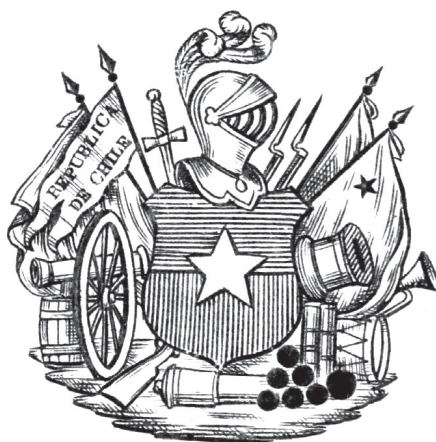


CUADERNO DE HISTORIA MILITAR



Nº 4

DEPARTAMENTO DE HISTORIA MILITAR

DICIEMBRE DE 2008

IMPRESO EN LOS TALLERES DEL INSTITUTO GEOGRÁFICO MILITAR.

LAS COLABORACIONES Y OPINIONES EN ELLA VERTIDAS SON DE EXCLUSIVA RESPONSABILIDAD DE SUS AUTORES Y NO REPRESENTAN NECESARIAMENTE EL PENSAMIENTO NI LA DOCTRINA INSTITUCIONAL.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

INDICE CUADERNO HISTORIA MILITAR N° 4

MEMORIA DEL TENIENTE DEL BATALLÓN QUILLOTA Enrique Vicencio	5
DIARIO DE CAMPAÑA DE UN CIRUJANO DE AMBULANCIA Víctor Körner Andwandter	23
MOVILIZACIÓN DE SAN FERNANDO EN LA GUERRA DEL PACÍFICO (1879-1884). LA RUTA DEL REGIMIENTO COLCHAGUA Y DEL BATALLÓN SAN FERNANDO Camilo Osorio Gálvez	73
APUNTES DE UN VIAJE AL PERÚ DURANTE LA OCUPACIÓN CHILENA J. Domingo Amunátegui R.	123
TODA LA VERDAD ACERCA DE LUIS CRUZ MARTÍNEZ, UNO DE LOS HÉROES DEL COMBATE DE LA CONCEPCIÓN Mario Soro Cruz	149

MEMORIA DEL TENIENTE DEL BATALLÓN QUILLOTA¹

Enrique Vicencio²

Agosto 16 de 1880.— Hoy día por segunda vez se tocó llamada a los soldados del batallón Quillota, por la banda del regimiento Valparaíso, siendo tal el entusiasmo de toda la población que parecían todos dispuestos, hombres y mujeres a ser enrolados en el cuerpo. A las 3 p.m. ya el cuartel ofrecía el espectáculo más interesante, ocupado sus patios por todos sus hijos que venían ansiosos por ofrecer su brazo para la defensa de su querida patria. No menos de trescientos hombres, sanos y robustos, estaban ya dispuestos a sacrificarse en el campo de batalla; por representar al pueblo que les vio nacer. Inmediatamente de haber pasado lista, el señor N. Moran hizo uso de la palabra arengando a los soldados, con ese patriotismo que siempre le caracteriza, que la misión que como hombres y como chilenos tenían que cumplir era tan sagrada como la religión que profesaban; que todo el batallón sería compuesto de hombres de Quillota y su oficialidad, en su mayor parte, hijos del mismo pueblo. En seguida hizo uso de la palabra el simpático comandante del cuerpo señor José R. Echeverría, que antes de dar principio fue saludado por todos los que ocupaban el local, de una manera entusiasmadora con los gritos de ¡Viva el comandante! ¡Viva el ciudadano Echeverría! ¡Viva el batallón Quillota! en seguida, con esa bondad con que se ha hecho acreedor a toda consideración, dio a comprender a sus soldados que, al tomar el mando que tenía el honor de representar lo había impulsado el deseo de ir a Lima a conquistar para su pueblo las victorias a que ha sido siempre merecedor, y desde luego pedía a sus soldados toda la voluntad de que pudieran disponer para que lo acompañaran hasta el fin de la jornada, con el bien entendido que la patria agradecida los cobijaría siempre bajo el árbol de la libertad y magnanimidad.

Concluido su corto pero enternecedor discurso, fue nuevamente saludado con estrépito a los gritos de ¡Viva el comandante Echeverría!, etc. Hizo en seguida uso de la palabra el doctor Iglesias, con un elegantísimo discurso, en el que dio a comprender a los soldados el por qué de la espantosa guerra en que estábamos envueltos con Perú y Bolivia. Fue interrumpido a cada frase. Hablaron varios otros señores que también fueron muy aplaudidos.

-
- 1 Enrique Vicencio. Memoria Inédita del Teniente del Batallón Quillota don Enrique Vicencio, En: Organización y campaña a Lima del batallón movlizado Quillota. Segunda parte de miscelánea patriótica. Relación i servicios del expresado en la fecha comprendida de 1879 a 1882. Por Francisco A. Figueroa B. Santiago. Imprenta de "El Correo". 1884. Págs. 196-217. Forma parte de las investigaciones y transcripción de Relatos de la Guerra del Pacífico de escasa difusión e inéditos. Trabajo encargado por el Departamento de Historia Militar del Ejército al profesor Sergio Villalobos y al licenciado Patricio Ibarra en el año 2006-2007.
 - 2 Poca es la información que existe sobre el teniente Enrique Vicencio. En septiembre de 1880 se incorporó a la 3ª compañía del batallón movlizado Quillota y participó en la campaña de Lima. Durante su estancia en las filas del batallón Quillota destacó por la ayuda que prestó al médico de aquel cuerpo merced a algunos conocimientos en medicina y farmacéutica. Pereció en marzo de 1881 a raíz de las heridas recibidas durante la batalla de Miraflores, a la cuadra de Arica, cuando volvía a Chile junto con su unidad.

MEMORIA DEL TENIENTE DEL BATALLÓN QUILLOTA

A las 3 p.m. se procedió a nombrar la guardia que debía custodiar el ya cuartel del “batallón Quillota”. Para el efecto se pidió al cuerpo de policía el uniforme necesario con su respectivo armamento, consistiendo estos en unas casacas de paño tejido con polillas; morriones que en otro tiempo fueron forrados con paño y que la mano destructora del descuido se había encargado de conservarlos. Con este uniforme, el antiguo fusil de fulminante con sus fornituras de un color indefinible y los pantalones propios del soldado, ya a cuadros o bien de bayeta, daban al centinela el aspecto de esos viejos soldados franceses que ellos mismos caricaturan, pero su gravedad y apostura como custodia o centinela era por demás militar y respetuosa, cuanto se necesitaba para el acto. Cubrió la guardia el oficial Subteniente señor Abel Arredondo. Mientras tanto, a la puerta del cuartel se aglomeraban confusamente los deudos, madres, hermanas, esposas, hijas o hijos, clamando por sus esposos, hermanos o padres. Otras, con mejores ánimos de patriotismo que las primeras, esperaban ansiosas la hora de fajina para proporcionar a los de su familia el alimento necesario que conducían en sus respectivas ollitas. Otras llegaban también con sus colchoncitos, frazadas o algún otro abrigo, a medida de sus fuerzas, para que sus parientes o allegados combatieran el frío de la noche. El que estuvo presente en esos momentos pudo comprender el valor de cuanto encerraban esos cuidados, atenciones y cariñosos desvelos para con ese puñado de valientes rotos que principiaban a probar las consecuencias y privaciones en sólo la primera noche de acuartelamiento. A las 7 p.m. el entusiasmo de la tropa era el mismo, con raras excepciones, pues había algunos que principiaron por protestar de las malas camas, del poco cuidado para con ellos, en fin, protestas absurdas hijas de la más supina ignorancia. A las 8 p.m. entraron varios señores con el objeto de hacer uso de la palabra. Habló el señor Diego Vial, Nicanor Cabrera, doctor Iglesias y el cura párroco señor Gálvez, a quienes aplaudieron frenéticamente durante todos los instantes que de ella hicieron uso. A las 9 ya todo estaba en calma y el corneta con su vibrante voz hacía conocer a sus soldados que la hora del silencio había llegado. Cada cual se arrolló lo mejor que pudo y con lo que pudo para pasar la noche de un sueño.

Día 16.— A las 4 a.m. el toque de diana anunciaba a los voluntarios quillotanos que ya la hora del trabajo presto principiaría, dando preferencia a todo, el aseo y compostura de cada cual. A las 9 a.m. por primera vez se les repartió el correspondiente diario para su almuerzo, guardándolos aquellos para quienes sus interesados les traían su ración de almuerzo. En seguida se dio principio al relevo de guardia, acto por demás original, pero disculpable. Cada uno de los guardias salientes se despojaba de su raído uniforme y mejor morrón para cederlo al entrante; si estas prendas quedaban al último grandes o estrechas no importaba, la figura siempre causaba risa, pero infundía respeto por el carácter que investía. A la 1 p.m. se tocó llamada para proceder a la revista de comisario, la que tuvo lugar inmediatamente después. El resto de la tarde se ocupó en filiar voluntarios y dar algunos de baja, tanto por reclamados, cuanto por inutilidad física.

Día 17.— Se recibieron unas cuantas solicitudes para oficiales del batallón y se filió a más de cincuenta individuos voluntarios. El resto de la tarde se ocupó disciplinando la gente con posiciones de reclutas, marchas y flancos.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Día 18.— El uniforme para la tropa ha llegado, no se conoce aún, pero el entusiasmo de aquella es envidiable. Los voluntarios aumentan y dados de baja y reclamados también, pero en corto número. Ejercicios como los otros días.

Día 19.— Hoy se dio principio al reparto de uniforme para la tropa, consistiendo estos en un kepi de brin, blusa de paño, camisa, poncho, pantalones de diablo fuerte y botas, presentando aquella un bonito aspecto con su cambio. Ejecutaron ejercicios con más desenvoltura y aire; el gusto por el servicio ha aumentado en toda la fila uniformada: están contentos. Voluntarios siempre filiándose. Reclamos y bajas, como otros días algunos.

Día 20.— Continúan uniformándose las compañías restantes. En lo demás como los días anteriores: ningún suceso que mencionar.

Día 21.— Como los días anteriores: voluntarios, reclamos y bajas. Ejercicios en la plaza.

Día 22.— Después de la Diana alistándose para ir a misa uniformados por primera vez. El número de ellos asciende de trescientos. Como remejo al uniforme y parada militar, a la salida de la misa, un fuerte aguacero los empapó sin causarles daño y para probarles que no eran soldados de papel. Resto del día lectura de leyes penales y obligaciones de centinela. Noche sin ocurrencia notable.

Día 23.— 6 a.m. ejercicio por compañías en la Plaza de Armas. 10.55 a.m. tomo tren a Valparaíso con el objeto de proporcionarme uniforme militar, pues supe que los señores llamados para la elección de oficiales tuvieron la feliz idea de darme el voto unánime para el puesto que desempeñaré...

Día 24.— Llegamos a Quillota a las 6 y media de la tarde y nuestro primer cuidado fue dirigirnos al cuartel para conocer sus novedades y disposiciones; de lo que supimos nada de notable, a excepción de muchos filiados y algunos reclamos por individuos necesarios al pueblo.

Día 25.— Sin ninguna novedad notable que mencionar durante todo el día, exceptuando los ejercicios doctrinales por los que ya cobran los soldados algún entusiasmo con la promesa de haberles prometido llevarlos al norte.

Día 26.— Como el día anterior: ejercicios y en todo, el cumplimiento de nuestras obligaciones. Por primera vez también me calo el traje militar, sintiendo con ellos tal entusiasmo y entereza que me parecía no era la única vez que lo llevaba sobre mi flaca humanidad. Recuerdo perfectamente el momento que mi madre me vio ponerme el kepi; me miró con ojos tan enternecidos y suplicantes que dudé por un instante entre el hogar y el deber como chileno, pero una fuerza sobrehumana y poderosa triunfó al amor maternal: el patriotismo. Vi ante ese espectáculo otro más imponente y conmovedor: vi la República con la estrella levantada y radiante, mostrando a sus hijos que ella sola no era suficiente para

MEMORIA DEL TENIENTE DEL BATALLÓN QUILLOTA

suspenderla hasta el firmamento, necesitaba los brazos de sus hijos, pedía con suplicante voz el apoyo de esos hombres que siempre han sabido salvar y arrebatarse a la derrota el triunfo espléndido con que en otras épocas se han hecho acreedores al heroísmo. Vi el árbol de la libertad inclinarse mustio, y era preciso regarlo con la sangre de sus hijos para verlo alzarse tierno y floreciente. Vi, en fin, la necesidad de acudir presuroso en defensa de esa patria querida, para librarla del yugo ignominioso del vencedor y mantener incólume el desarrollo envidiable de su industria y progreso material: fui soldado y contento seguiré hasta el fin de la jornada.

Día 27.— Como el día anterior: ejercicios por compañías en la plaza. Granaderos y Cazadores llamando la atención general por la presteza con que ya saben desenvolverse en la guerrilla; especialmente los Cazadores, a quienes disciplina el bastante militar y ex comandante interino de policía señor Ricardo Gutiérrez.

Día 28.— Por primera vez, 10 a.m. hago el servicio de guardia hasta las diez a.m. del siguiente día, sin haber tenido ninguna novedad que comentar.

Día 29.— 8 a.m. Listos para la misa, la que oímos en el templo de Santo Domingo. 1 p.m. lectura a la tropa de las obligaciones del soldado; resto del día en descanso.

Día 30.— Ejercicios de costumbre y sin otra novedad.

Día 31.— 6 a.m. Toda la oficialidad, con tambores y cornetas a la cabeza, fuimos a felicitar, al toque de diana, a nuestro querido comandante Echeverría, como el cumpleaños de su nacimiento. Todo el trayecto desde el cuartel hasta la casa lo hicimos con detonaciones de centenares de cohetes. Cuando se nos invitó al salón esperamos por un instante la presencia de nuestro comandante y sin presumirnos los que íbamos a presenciar, esperamos confiados en verlo aparecer como siempre, en su traje de paisano. Como a las 10.15 minutos llegó a nuestra presencia, pero en traje de comandante, luciendo su uniforme con una soltura sin igual. Nuestra primera exclamación al verlo ante nosotros, fue de felicidades y vivas para él. La impresión que debió causarle nuestra actitud sería fuerte, porque con bastante sorpresa y un algo desconocido, vimos que sus ojos se cubrieron de lágrimas enteras y visiblemente, pudiendo apenas manifestarnos su gratitud más o menos con las palabras siguientes: "Primera vez, caballeros y amigos, que recibo esta clase de manifestaciones, y primera vez también que la casaca o el uniforme de soldado estrecha mi cuerpo, siendo tal mi gratitud que debiera abrazarlos uno a uno, pero lo haré en los campos de batalla, cuando el triunfo de la gloria pertenezca al batallón Quillota". Fue sublime el momento de ver enternecerse a un soldado ante sus subalternos. Así se enternecen los valientes cuando tienen la plena convicción de obrar como leales y como hombres. En seguida nos dirigimos al cuartel al son de la diana y redobles de cohetes, en que, al presentarse nuestro comandante, la tropa formada y esperándolo, prorrumpió en un estrepitoso ¡Viva nuestro comandante! Después de dirigirles algunas cortas frases, ordenó se continuara el ejercicio de costumbre. El resto del día sin novedad.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Setiembre 1º.— Desde el amanecer principió a circular el rumor de que nos harían salir de Quillota con dirección al norte. En el ejercicio de la mañana todos procuraban hacer lo posible por ejecutar bien sus movimientos, como comprendiendo que sólo dependía de esa circunstancia la salida del batallón. Hasta la hora de silencio aún circulaba con insistencia.

Día 2.— 6 a.m. Con una rapidez pasmosa, ya el rumor del día anterior había cambiado con la ida a Santiago para tomar armamento y equipo y desde ahí partir directamente a Valparaíso para tomar el transporte. Durante el resto del día, que por primera vez se hacía, 300 hombres armados hicieron ejercicio en la plaza, quedando todos nosotros contentísimos al ver la buena voluntad del soldado para trabajar.

Día 3.— El rumor circula hoy con más insistencia pero más variado: unos son de una idea y otros otras y todos distintas. Resto del día sin novedad, a no ser por un sinnúmero de soldados dados de baja por el doctor Rencoret, suceso que se ejecutaba todos los días y que se compensaba con los voluntarios que diariamente acudían a ofrecer sus servicios.

Día 4.— El entusiasmo por salir se ha aumentado considerablemente, pero aún se ignora adonde se nos dirige, bien que es un rumor, pero no autorizado. Se nos da a saber que para el día de mañana tendremos que estar preparados para recibir escapularios, lo que aceptamos como la prueba más convincente de nuestra salida. La tropa, entusiasmada, no hablaba de otra cosa que de ir al norte; era su conversación favorita. El ejercicio se hizo como de costumbre. El resto del día hasta la noche sin ninguna otra ocurrencia.

Día 5.— 6 a.m. Toda la tropa se apresta y asea para la misa; siempre entusiasmados con los deseos de salir del pueblo. 8 a.m. Salimos armados a la plaza y después de algunos ejercicios, hacen echar armas a tierra y nos dirigimos a la misa en Santo Domingo. 2 p.m. Nos tocan llamada para prestarnos a recibir los escapularios, ceremonia que tendrá lugar en la Iglesia de San Agustín, a las 3 de la tarde. 3 p.m. Salimos a la plaza y formamos en batalla al frente de la Gobernación, lugar donde está la mayoría del cuerpo, para recibir por primera vez en nuestra fila nuestro querido estandarte. A la voz de presentar armas se batió en seguida marcha regular para dar salida a aquel. El acto sencillo por demás, fue presenciado por una concurrencia numerosísima. Después nos dirigimos a la Iglesia para dar principio al reparto de la insignia religiosa. Desfilamos hasta el interior de la Iglesia y cuando ya hicimos alto, el cura párroco dirigió la palabra al batallón, o mejor, al soldado defensor de la patria, en términos que indudablemente causó bastante impresión en muchos de esos ignorantes para quienes el único respeto es la religión. Después se dio principio a la ceremonia de repartir los escapularios, la que se ejecutó con bastante tristeza de las y los feligreses. Algunas amables y admiradoras de lo grande, de lo patriota y de lo sublime, entonaban con conmovedora voz unas preces a la Virgen del Carmen, nuestra protectora, y que hacían la ceremonia más interesante en el momento de la ejecución. Cuando el escapulario tocaba recibirlo a un oficial, el acto se hacía entonces más triste, pues unas cuantas veces vi yo asomar una lágrima traidora a las pupilas de unos ojos matadores, pero entristecidos en ese momento. Cuando se aproximaba mi turno, sentía una sensación inexplicable, sentía oprimida el alma, pero por un placer mezclado con melancolía; talvez el sentimiento

MEMORIA DEL TENIENTE DEL BATALLÓN QUILLOTA

del patriotismo luchando con el hogar próximo a abandonarlo. En el momento de aproximarse a la rejilla que daba paso al sitio en que se arrodillaban para recibir la insignia, luché entre dar salida a dos lágrimas que me atormentaban, o hacer aún otro esfuerzo para reprimirlas, porque en ese instante una inolvidable amiga enjugaba sus lindos ojos. después de haberme dado a comprender que lloraba por la ausencia de nosotros, pero el alma de soldado a que debía yo acostumbrarme, me hizo olvidar todo sentimiento triste para pensar sólo en mi patria. Subí con paso firme, rendí mi espada y recibí sobre mi cuello la efigie del Carmen, que como nuestra patrona debía protegernos.

Poco a poco se formaba el batallón en la calle con los ya desocupados de la Iglesia, para volvernos a nuestro cuartel.

¡Nunca olvidaré la impresión que me produjo ese desarrollo de lágrimas de tantos seres queridos que presenciaron nuestra ceremonia!

Después de regresar a nuestro cuartel 5 p.m. dispuso a la tropa para acudir a la mesa que se le había preparado, con asados, chanco y chicha, comida y bebida, que ejecutaron con el mayor orden. A las 7 p.m. principiaba a arreglarse el escenario que debía servir para una representación de títeres con que por primera vez se festejaba al batallón. Acudieron a la función no menos de doce hermosas jóvenes. También asistió como gobernador el Sr. Gobernador y municipales. Terminó aquella entre las manifestaciones y entusiasmo de la tropa, contenta con haber aprovechado tan bien el día domingo. Noche con mucho sosiego y orden.

Día 6.— Como los días anteriores, ejercicios doctrinales. Ingreso de voluntarios y algunos de baja.

Día 7.— Sin diferencia al día anterior.

Día 8.— Se lamenta un suceso ocurrido en Calle Larga, por una comisión del batallón, mandada a reclutar *voluntarios* y a cuya cabeza se mandó al Capitán J. de J. Balbontín y a quien se atribuía toda la responsabilidad del hecho. Ejercicios como en los días anteriores.

Día 9.- Se habla siempre con respecto al suceso ocurrido en Calle Larga y llega a nuestros oídos de que el Intendente de Valparaíso, Sr. Altamirano vendrá a tomar cartas en el asunto. Felizmente hemos sabido que no ha habido tal suceso que lamentar. Se espera con confianza la llegada de aquel, persuadidos de castigar al impostor de la falta atribuida al capitán Balbontín y soldados. 6 p.m. el Intendente ha llegado.

Día 10.— 6 a.m. Se hace aprestar y asear la tropa para recibir al Sr. Intendente en su revista que quiere hacerles. 7 a.m. El Intendente ha ido a Calle Larga a averiguar el suceso y nosotros salimos a la plaza a hacer evoluciones por batallón y al toque de corneta por primera vez. Quedamos contentos porque

se hicieron medianamente bien. Desde la 1 p.m. ya estábamos dispuestos para recibir al Sr. Intendente, confiados en que no encontraría ni un solo involuntario en nuestras filas. Como a las 2 p.m. se anunció la presencia del Intendente, me tocó a mí estar de guardia en ese día, y después de haber quedado todo dispuesto, se presentó con el señor Gobernador ante las filas de nuestros soldados, los que lo recibieron con las exclamaciones de ¡Viva el Intendente de Valparaíso! y lanzando sus gorras al aire. Después que aquel saludó contestando, se hizo al centro y habló a los soldados, más o menos, en los términos siguientes: “Soldados: yo vengo mandado por el Gobierno para indagar algunos sucesos lamentables que se ha dado cuenta, han tenido lugar en este cuerpo. Se ha dicho que la mayor parte de vosotros habéis sido traídos involuntariamente a este recinto y yo quiero saber si esto es efectivo”. “¡No señor!” Prorrumperen los soldados a una voz —“¡todos somos voluntarios!”—. “Bien, señores, continuó el Intendente, esto me prueba lo que yo antes había sospechado, que los hijos de Quillota no podrían desmentir a sus antepasados. Ahora voy a preguntaros confiadamente mi determinación: ¿Hay entre vosotros alguno que por su constitución física no le sea permitido continuar en el servicio militar?”. “No, señor, todos queremos ir”. “¿Y alguno a quien el estado de abandono en que queda su mujer, madres o hijos le impida también seguir desentendiéndose u obligándose a separarse de su hogar, hueco que es imposible llenar?” “¡No, señor, todos vamos a Lima! ¡A Lima, señor Intendente! ¡Viva Chile!” fue la única contestación de la tropa en general. “Ahora, señores, prosigue aquel, cuando conteste al Gobierno el resultado de mis indagaciones, diré que todas las imputaciones esas, cargadas a este cuerpo, son falsas, que el batallón Quillota está en las mejores disposiciones de ir al norte. ¡Sí, señor, todos vamos a Lima y que sea pronto!”. Cuando ya se calmó un poco el entusiasmo que los animaba ante la presencia del Sr. Intendente, salieron de la fila dos hombres a protestar en contra del cuerpo por haberseles traído en contra de su voluntad, a los que ordenó aquel inmediatamente de salir en libertad, dirigiéndose también al señor Comandante para que así lo ejecutara. Efectivamente, aquellos individuos serán siempre conocidos por su salida...

Concluyendo convencido ya el Sr. Intendente de la falsedad del hecho, se despidió de la tropa, y los Sres, oficiales y Comandante lo acompañaron hasta la casa del Gobernador. El resto de la tarde descanso a la tropa. Ninguna otra novedad a no ser el entusiasmo febril que dominaba a la tropa.

Día 11.— 8 a.m. Hay mucho entusiasmo por salir a Santiago en algunos de mis compañeros, los demás no encuentran de ningún agrado la ida a Santiago por algunas razones muy fundadas. Se ha sabido que es con el objeto de hacer en la capital la Gran Parada Militar, y por consiguiente, hay necesidad de uniforme de parada, el que no tienen. Todos se aprestan —2 p.m.— para hacer su viaje, oficiales y soldados. Las esposas, madres o hermanas de estos últimos se agruparon cerca del cuartel para que estos les den la papeleta para la mesada que ya les han asignado, pero no estará concluida antes de una semana más; por consiguiente, estas se mandarán desde Santiago. Resto de tarde, ejercicios de costumbre.

Día 12.— 6 a.m., alistándose para oír la misa de costumbre. Después de ésta se ha ordenado que cada compañía arregle sus respectivos cajones con los útiles consiguientes para el amanecer del día siguiente. 2 p. m, todos atareados en arreglar el equipo. Yo, a dicha hora ya principiaba por embalar mi equipo, con-

MEMORIA DEL TENIENTE DEL BATALLÓN QUILLOTA

sistente en una pequeña caja y una igual cama. No podía hacerlo con indiferencia al contemplar la tristeza con que toda mi familia observaba mis aprestos. Algo pesado oprimía el alma, pero también se sentía el placer de poder salir como soldado para acudir a la defensa de nuestros hermanos. Todos desde el más chico, mi inolvidable sobrino, ahijado y tocayo, tan soldado desde tan pequeño, hasta mi querida madre, no sufrían menos que yo al tener que separarme de ellas quizás por cuánto tiempo. ¡Y tal vez presintiendo no volver a verme! ¿Por qué al tiempo de separarse de la familia más querida, daría uno mil vidas por no ejecutarlo y se duda entre el cariño materno y el cariño patrio? No lo he comprendido nunca ni quiero comprenderlo. La tropa, toda conforme y alistada, durmió tranquilamente las horas de costumbre y yo desesperado, sin saber qué me pasaba, acompañé a la noche enteramente despierto. Me parece que la ambición de acudir pronto a cumplir con la obligación que mi puesto me impone en el campo de batalla, fue el enemigo que no me permitió cerrar los ojos durante toda la noche. En fin, ya gracias a la aurora que ha venido a alumbrar y anunciar la hora matinal entramos al día siguiente.

Día 13.— A las 3 a.m. ya todo Quillota estaba en pie para dar el último adiós a sus deudos queridos o amigos. Había tal movimiento que parecía ocurría un suceso de los más extraordinarios. Efectivamente: ¡Qué más extraordinario y sorprendente que la salida de un batallón de 600 hombres, formado con hijos del pueblo! Indudablemente que el resultado no podía ser sino tristísimo. A las 5 a.m. los carretones de la policía dieron principio a trasladar a la estación los bultos de equipaje pertenecientes al cuerpo. En este momento principian las lágrimas a correr abundantes por la mayor parte de los rostros de las esposas o allegadas, acusándonos de crueles por el abandono en que las dejarán sumidas. El movimiento de uno a otro lado y en todas direcciones de los que trabajan, gritan, llaman y se confunden es la prueba más evidente del viaje. Yo no he querido ver a mi familia, ni pretenderé hacerlo, porque quiero evitar esa hora de sufrimiento que produce una separación. Desde muy temprano — 3 a.m. — me dirigí al cuartel, para sentir menos el efecto que produce la ausencia de los seres, de los objetos que más le son querido a aquel que los abandona. Así pues, cuando llegué a la puerta del cuartel y contemplé por un momento esa confusión y movimientos de ir y venir, comprendí lo que sufrirían toda esa aglomeración de espectadores de los que la mayor parte o mejor en su totalidad, tenían un ser querido a quien dar el adiós, quizás el último, pues no se conoce el mandato de la Providencia para esos defensores de su religión y de su patria.

A las 5 ya dos compañías habían emprendido su viaje a la estación seguida de una numerosa procesión de ambos sexos. ¡Qué de llantos, protestas, quejas, suspiros, exclamaciones quejumbrosas, en fin, era aquello una miscelánea de sonidos y de palabras! A las 5 tres cuartos llegó su turno a la tercera y Cazadores, en la primera de las cuales me fui yo a la cabeza. Al pasar frente a mi casa, apenas me atreví a levantar los ojos para mirar por última vez las murallas y puertas que cubrían el centro y los rincones de ese hogar tan querido, que, prescindiendo de los deberes que como chileno hay que cumplir en los campos de batalla, jamás me atrevería a abandonar ni por un solo instante, fuera de los límites del incomparable Chile. Llegué a la estación y un peso extraño me oprimió el alma durante todo el tiempo que los soldados no profirieron ni una sola palabra, pero cuando ya volvieron a su vivacidad y sus naturales ocurrencias, ya no pensé sino en mi patria y en dar a Quillota mi único adiós.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

No faltaba para partir sino la 1ª compañía, atraso que me parecía ya de siglos, porque temía que de un momento a otro pudiese llegar a mi presencia algún miembro de mi familia y entristecerme con ella, el momento de distracción que me habían proporcionado los dichos y ocurrencias de ese grupo de hombres tan naturales. Afortunadamente, próximos ya a partir, pues sólo faltaban algunos minutos y embarcada también el resto de tropa que faltaba, no llegó a vernos partir ninguno de mi familia de lo que me alegré en parte...

Dada la prevención de partida, el comandante me ordenó quedarme hasta el segundo tren con el objeto de embarcar algún equipo que aún faltaba. Esto fue una sorpresa que me alegraba y me disgustó por dos motivos: 1º Porque aún podía ver por un momento más a mi querida familia y amigos; 2º Porque forzosamente tendría que despedirme de aquella, después de estar ya contento por no tener que pasar por ese sentimiento que anonada aun al más indiferente y frío. A las 6 tres cuartos a.m. el tren se ponía en marcha con los gritos de ¡Viva Chile! ¡Viva el batallón Quillota! ¡Adiós quillotanos! etc., que lanzaba el batallón en masa junto con los acordes de la Canción Nacional que ejecutó inmediatamente la banda. Fueron acompañados hasta Llaillai por el señor gobernador Vergara, municipales y demás amigos. Inmediatamente de perderse el tren a la vista de los concurrentes, se sintió ese silencio que produce la ausencia de los seres queridos en el momento de la despedida. Sólo se sentían los gemidos ahogados y silenciosos suspiros que se lanzaban por los que se iban. Verdaderamente tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para contenerme ante la presencia de esos centenares de almas que lloraban la ausencia de sus miembros más cercanos y queridos. Bajé mi vista y emprendí la vuelta en dirección a mi casa; en esta no se imaginaban mi presencia, por lo que se sorprendieron bastante, haciéndome por ello repetidas averiguaciones que yo satisfacé prontamente. Después que ya pude desocuparme, esperé la hora en que el tren debía conducirme a Santiago. A las 9.20 a.m. el silbido de aquel daba el aviso de su presencia, en el que me dirigí a la capital. El viaje lo efectué sin novedad y al desembarcarme averigüé la residencia de mi batallón, lo encontré frente a la estatua de O'Higgins. Hablando con mis compañeros me dijeron que desde que salieron de Quillota hasta Llaillai, todo fue mucho entusiasmo y vivas entre toda la tropa, ya desde ahí se despidieron del Gobernador y acompañantes para continuar el viaje. Entre aquel Montenegro se sintió una detonación e instantáneamente uno de los vidrios del departamento en que iba el comandante y algunos capitanes, fue agujereado por el proyectil, saliendo por el otro extremo sin ofender a nadie y que por una casualidad no fue herido el capitán Viel. No pudieron sorprender al hechor ni detener el tren, teniendo que conformarse con los comentarios hasta la capital. Llegados a ésta, tomaron camino de la Alameda a las 10.50 a.m. para dirigirse al cuartel que debían ocupar y al enfrentar a la estatua de O'Higgins hicieron alto mientras se tomaba conocimiento de aquel. Plantón fue este que duró hasta las 2 p.m., teniendo la tropa que soportar las fatigas consiguientes a la falta de alimento, pues, hasta esa hora aún no habían probado ni un solo pedazo de mal pan, teniendo algunos que ceder al hambre, porque la extenuación los obligaba. Unos cuantos cayeron al suelo por las faltas de algún alimento que les diera fuerza. Aquello era desesperante.

Por fin a las 3 se nos dio voz de marcha: tomé un carruaje y con dos de los fatigados seguí el rumbo del batallón, el que desfiló por la calle nueva de San Diego (Arturo Prat), al son del Himno de

MEMORIA DEL TENIENTE DEL BATALLÓN QUILLOTA

Yungay, hasta las afueras de la capital. Hicimos alto al frente de un caserón de aspecto repugnante y triste, el que se nos dio a conocer como nuestro cuartel. Entramos para ocupar las respectivas cuadras para las compañías y piezas para nosotros y fue grande nuestra sorpresa al contemplar las repugnantes habitaciones a que se nos destinaba, creyéndosenos tan inmundos como nuestros enemigos. Para acuartelarse en una aldeilla estaba perfectamente, pero en una capital como Santiago, máxime cuando se nos llevaba para lucirnos, era de todo punto admirable. Tuvimos que establecernos provisionalmente y agrupados, por lo estrecho del local, mientras se buscaba otro más adecuado y decente. Mientras tanto la tropa aún seguía sin comer, excepto uno que otro que se había procurado un pedazo de pan. Nosotros nos dirigimos al Hotel de los Hermanos y concluida nuestra comida a las 6 p.m. nos dirigimos al cuartel para conocer las nuevas disposiciones que existiesen; y al llegar cerca vimos que el batallón se dirigía con todo su equipo y armamento por la calle nueva de San Diego en dirección a la Alameda. Preguntamos a donde se dirigía y se nos dijo que al convento de la Merced, porque los buenos padres mercedarios nos habían ofertado sus claustros para hospedar el batallón. Llegamos a él, entramos y los reverendos todos, nos esperaban sonriendo para ponernos en posesión de nuestro nuevo cuartel; cuartel que debió tener desde ese instante sobre su puerta el siguiente lema: “Dios y Patria”.

Ellos, personalmente, nos mostraron todas sus comodidades e inconvenientes para que desde el momento pudiéramos descansar. Se repartieron todas las compañías, cada una en su respectiva cuadra, cediendo una pieza más bastante limpia para la mayoría y para nosotros un salón magnífico, en el que se ostentaba un sinnúmero de cuadros de los antiguos reyes, pinturas todas interesantes, y un buen piano; en fin, un salón bien amoblado.

Nos recogimos a él después de haber dejado tranquila a la tropa, arreglamos nuestras camas y principiamos una alegre y sostenida conversación con los amables, liberales y patriotas Mercedarios hasta cerca de las doce, a cuya hora se retiraron para dejarnos dormir, lo que ejecutamos inmediatamente por estar rendidos.

Día 14.— Principiamos por arreglar nuestras respectivas compañías, nuestros libros y papeles para pasar la revista de mañana. A las 9 a.m. se le repartió diario a la tropa para que se procuraran comida. Algunos apenas consiguieron comer algo, de lo que las mujeres entran por la retaguardia del convento, quedando los demás con el hambre consiguiente de un día de ayuno hasta las cinco de la tarde, hora en que ya pudieron entrar mayor número de mujeres conduciendo comida necesaria para todo el batallón. A las 2 p.m. se hizo ejercicio de armas en las mismas cuadras, todos los que tenían fusiles, como 300 hombres, hasta la hora de comida ya indicada. Durante todo el día fuimos atendidos admirablemente por los mercedarios con miles de manifestaciones cariñosas. Se nos invitó a la comida y en una unión franca como si ya nos hubiéramos conocido, se brindó por ellos y por el batallón Quillota. Durante la noche también fuimos invitados para el té, invitación que aceptamos y que nos movió a pedir entre todos ellos un capellán para nuestro cuerpo.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Entusiasmados y contentos de tanta manifestación y admirados de nuestra buena suerte nos despedimos y nos dirigimos a acostarnos.

Día 15.—7 a.m. Principiamos el arreglo para la revista de comisario que se ejecutó a las 8 a.m. y ante la presencia de Rdos. que admirados, o mejor, contentos observaban por primera vez en sus claustros esta clase de arreglo para la tropa. El resto del día lo pasamos sin novedad y siempre reunidos con los Rdos. Amigos hasta muy entrada la noche a cuya hora nos retiramos a dormir.

Día 16.—7 a.m. Nos dirigimos al Parque de Artillería para dejar el armamento Sneyder y tomar fusiles de mejor clase y mochilas. Entregamos todos aquellos y nos prometieron armar la tropa para el siguiente día. Regresamos a nuestro hermoso cuartel y a las 2 p.m. principiamos a recibir traje de parada para nuestros soldados, consistente en pantalón gris, kepí negro con sus iniciales B. Q. y morrales, con los que aquellos se pusieron de un humor admirable, dispuestos a todo y manifestando su voluntad por el servicio; deseando llegara pronto el día en que tuvieran que vestirse de parada para parecer *futres*. El resto del día sin novedad.

Día 17.- A las 6 a.m. nos dirigimos al Parque de Artillería para recibir armamento y equipo, llevando nuestros soldados a la espalda su poncho para colocarlo en la mochila que se les iba a dar. Llegadas las 6 se principió por la compañía de Granaderos a recibir sus fusiles, fornituras y mochilas. Aquellos son de último sistema o uno de los mejores, Grass, cuyo alcance o proyectil recorre la distancia de 1.800 metros. Las mochilas de cuero de vaca son bastante livianas y cómodas, teniendo como principal interés el haber pertenecido a los peruanos, a quienes se les quitó en el asalto de Pisagua. Después que el batallón estuvo completamente equipado y sus ponchos colocados en sus mochilas, nos dirigimos al Parque Cousiño para hacer algunas evoluciones y manejo de armas con el nuevo fusil. Ya en el centro del círculo que sirve a la tropa para sus movimientos, se nos mandó desplegar en batalla y después de algunas otras evoluciones se mandó hacer fuego por compañías, en seguida por medios batallones y después fuego graneado, fuego que se sostuvo por un momento con bastante felicidad. En general, el ejercicio de fogueo, para ser por primera vez y en víspera del día en que tenían que lucir su voluntad militar y disciplina, fue magnífico. Es cierto que había algunos y muchos que disparaban por primera vez, retirando la cabeza tal vez por temor de ver salir el tiro por la culata o esperar ver reventar el cañón, pero así se portaron magníficamente. Concluido los ejercicios nos tocaron retirada a nuestro cuartel; volviendo los soldados altamente entusiasmados con sus mochilas y sus magníficos fusiles. Al desfilar por la calle del Ejército Libertador y Alameda, el entusiasmo, o mejor, la admiración de todas las gentes de esas calles subió a sus límites, pues les sorprendía el cambio que habían observado nuestros soldados después de su vuelta del parque. Se oían las voces manifestando la sorpresa y llamándonos verdaderos soldados de línea. De vuelta a nuestro cuartel se procedió a enseñarles las primeras lecciones del manejo del arma, por la que manifestaron excelentes dotes. Resto de tarde y noche sin novedad, a no ser el recibo de nuestros despachos militares cuyo acto nos mereció un momento de felicitaciones.

MEMORIA DEL TENIENTE DEL BATALLÓN QUILLOTA

Día 18.— A las 11 a.m. principiamos por organizar perfectamente nuestras compañías con todo el equipo que habían recibido para presentarnos a formar la parada que debía acompañar al Presidente de la República señor Pinto, quien se ocupaba más de su grandeza y vanidades —olvidando la triste situación de la República— que de proporcionar los medios más rápidos de salvación. La parada era con objeto de escoltarlo hasta la catedral, donde se cantaría el Te Deum. A las 12 m. salimos a la calle y tomamos formación en batalla, se hizo presentar armas y se batió marcha para recibir nuestro estandarte, el que apareció orgulloso ante sus soldados. La admiración que causó a los espectadores fue bastante pronunciada porque les obligó a manifestarse con las palabras de “precioso estandarte”, “bonita bandera”, etc.

En seguida se procedió al reconocimiento de todos los jefes y oficiales ante el batallón, siendo saludado cada uno con el Himno de Yungay, Nacional o alguna otra música. Fue un acto que no ofrecía nada de particular, pero que llamó también la atención. Lo que me admiró el día anterior y hoy mismo, fue el apuro de algunos de mis compañeros para proporcionarse guantes blancos con que formar en la parada; como si no comprendieran que el soldado no necesita cubrir sus manos para presentarse tal como es: ¡hombre y libre defensor de su patria! Nos dirigimos a la Alameda para tomar nuestra colocación por orden de antigüedad. Formaban carrera desde la Moneda, los cadetes, bomberos armados y guardias de orden, continuando por el lado de la Intendencia y toda la plaza hasta extenderse por la calle del Estado, los siguientes cuerpos: Campo de Marte, Santa Lucía, Curicó, Victoria, Valparaíso y Quillota. Después de un plantón de dos horas principiamos por avanzar hasta que tomamos otra calle y poder con más libertad, pero en el mismo orden, desfilar por frente de S. E., dirigiéndonos a nuestro cuartel para descansar el día y aprestarnos para el siguiente. En la tarde, a la hora de comida en la mesa de los buenos reverendos nos invitaron para que los acompañásemos. Después de algunos platos y copas se brindó porque uno de los padres, el padre Aceituno, nos acompañara como capellán a la expedición. Gritos y vivas fue la contestación de todos; tal fue el entusiasmo que los dominó. El aludido hizo uso de la palabra inmediatamente, contestando que sería su mayor placer, y que era ya su única aspiración acompañarnos a la campaña como nuestro capellán. Hubo algunos otros brindis que fueron muy aplaudidos y a los que siguieron algunos afectuosos abrazos como prueba de la buena armonía y cariño que ya nos estrechaba. Quedamos todos comprometidos en ver el día siguiente al comendador para pedirle unánimemente como nuestro capellán al inteligente padre Aceituno; en seguida nos dirigimos a la calle cada uno por su lado, unos para ver a sus amigos y los más para ver los fuegos artificiales que se quemaban esa noche en la Plaza de Armas, ante una concurrencia numerosísima, los que estuvieron magníficos.

Día 19.— A las 11 a.m. estamos prontos para emprender la marcha al Campo de Marte. 12 m. adelantamos a la Alameda para tomar nuestra colocación por antigüedad, siendo los últimos por nuestra reciente organización. No menos de catorce cuadras ocupaba la línea de batalla compuesta por cinco mil y tantos hombres que componían los distintos cuerpos existentes en la capital. Cuando principiaron a desfilar todos los cuerpos por nuestro frente para tomar camino del Parque, me llamó la atención la marcha observada por los Bomberos Armados; no se podía esperar menos de un cuerpo formado por jóvenes ilustrados y competentes. Todos los cuerpos que pasaron por nuestro frente llevaban una marcha igual.

Emprendimos también nuestra marcha y llegamos al Campo de Marte a esperar la sonada revista de S. E. Nos tocó formar en batalla al costado izquierdo del Valparaíso. A la 1 p.m. la banda de Cazadores anuncia la presencia de S. E. que venía acompañado de sus ministros, pasando por nuestro frente que ya los esperábamos a la orden de parada. Acto continuo se procedió a las evoluciones por batallón y al fogeo, dando principio por la artillería con sus salvas. Cuando tocó al Quillota se mandó solamente el fuego graneado, para librarnos de pasar bochorno con las descargas por batallón o compañías. Se mandó a las compañías de Granaderos y Cazadores desplegarse en guerrilla para que hicieran fuego en avance y retirada, lo que ejecutaron con felicidad sobresaliendo los Cazadores, pues hicieron algunas descargas preciosas. En todos sus cambios de frente, despliegues y repliegues estuvieron tan perfectamente, que un inmenso gentío los seguía admirando sus evoluciones. Nosotros sólo hicimos dos evoluciones y con temor de ejecutarlas mal, pues no sabíamos absolutamente nada, pero por felicidad en muy poco nos equivocamos; viéndose obligado nuestro comandante a darnos descanso, se tocó ocultarse y así permanecimos hasta que principiaron las tropas a tomar el camino de retirada. El aspecto que presentaba el campo era imponente: en primer lugar, cinco a seis mil hombres moviéndose en distintas direcciones al compás de sus respectivas bandas de música; alrededor de todos como otros tantos o más número de ambos sexos contemplando las evoluciones; más afuera, encerrando todo ese círculo humano, no menos de mil carruajes particulares daban tantas vueltas alrededor del campo.

Cuando nos retiramos tomamos la dirección de la Alameda para desfilas por frente a un cordón de la aristocracia santiaguense, llegando a nuestro cuartel en el que inmediatamente fuimos recibidos por nuestros amigos los reverendos, quienes nos festejaron llevándonos a su mesa, en donde permanecimos hasta un poco entrada la noche. Como a las 9 p.m. cada cual, cansado con las jornadas del día, se dirigió a su cama a descansar.

Día 20.— A las 6 a.m. nos disponíamos para recibir la orden de dar puerta franca a la tropa, como suceso muy natural después de la gran parada militar, y como todo lo sobrenatural, se ordenó hacer ejercicio de armas en el interior del cuartel, privando a la tropa del deseo que los animaba: conocer toda la capital con un día que tuvieran de puerta franca. Pero no por esto se quejaron absolutamente. Guardaron el mayor orden. A las 12 se nos da la orden de arreglarnos para partir al norte; el entusiasmo que tal noticia produjo en el batallón fue indescriptible e inmediatamente se procedió a alistar todo el equipo. Los dichos y ocurrencias de todos me hacían recordar exactamente el día que ejecutábamos igual cosa para venir a la capital. A las 4 p.m. ya todo estaba perfectamente arreglado y listo para marchar al primer aviso. Me he olvidado decir que desde el día que llegamos a éste, la prensa se preocupó en saludarnos, colocándonos en una situación lisonjera por demás. *El Nuevo Ferrocarril*, sobresaliendo de los demás diarios, publicó la plana de oficiales y en seguida algunos párrafos encomiásticos; más tarde dio a conocer las profesiones y oficios que poseía el batallón entre sus oficiales, clases y soldados. En una palabra quedamos enteramente reconocidos a la prensa de Santiago, por la bondad con que a cada paso nos enaltecía. A las 6 p.m. nos reunimos todos los compañeros para pedir al comendador a nuestro futuro capellán, padre Aceituno, porque aproximándose la hora de partida necesitamos tener completa seguridad de que nos acompañaría

MEMORIA DEL TENIENTE DEL BATALLÓN QUILLOTA

a la expedición. Después de un instante más de tertulia, se nos reunió nuestro comandante y también el mayor y a las 8 p.m. nos dirigimos en formación a la celda del comendador y exponiéndole el motivo de nuestra presencia, nos contestó políticamente dándonos a conocer su negativa por el poco número de religiosos que existían en el convento. Quedamos como que nos conformábamos y nos retiramos a concluir el arreglo del equipo.

Día 21.— A las 8 p.m. formamos en la calle del costado de la Merced con todo nuestro equipo listo para embarcarnos, cuando se nos anunció repartición de escapularios por los siempre recomendables mercedarios, quienes deseaban para nosotros muchas felicidades. Procedimos a recibirlos; se hizo abrir el batallón en dos filas, batiéndose marcha regular, presentada las armas y rendido se colocó la insignia religiosa de la orden de Mercedes a cada uno del batallón, sin excepción. Fue un acto tristísimo que conmovió visiblemente a muchos de los espectadores. A las 8 concluía la ceremonia, luego nos dirigimos a la estación marchando con los acordes del Himno de Yungay; un gentío inmenso nos acompañó hasta allá mismo sin contar el doble que ya nos esperaba en la estación. En ella encontramos que también nos esperaba el diputado por Quillota el señor Félix Echeverría, quien con una galantería exquisita nos despedía uno a uno acompañado de un fraternal abrazo. Después nos dio a saber que había teleografiado a Valparaíso, a una casa inglesa, para que se nos dieran 25 revólveres para la oficialidad como un recuerdo de él y de Edwards en nuestra campaña, asegurándonos además que en poco tiempo de transcurso recibiría cada uno un capote militar y la tropa algún tiempo después. Galantería fue esta que nos dejó muy agradecidos para con él y su compañero de representación, señor Edwards. Tuvo también la mayor galantería de regalarnos 20 pesos por compañía con el objeto de comprarles algo para el camino, regalo que inmediatamente pusimos en conocimiento de las compañías para que conocieran que había alguien más que velaba por ellos. Agradecidos, los soldados vivaron prontamente al diputado por Quillota.

Cuando ya el tren quería ponerse en movimiento se nos presentaron todavía los mercedarios con un semblante algo triste, para despedirnos. Nos abrazaron uno a uno prometiéndonos rogar al Ser Supremo por nuestra conservación y buena salud para volver a tener el gusto de tenernos a su lado. Todos estos sucesos, francamente, observaba que a todos, como a nosotros, les impresionaba vivamente. No habíamos conocido hasta ese momento el entusiasmo que habíamos despertado con nuestra corta estadía en la capital. A las 9 en punto dio el convoy la señal de partida y al son del Himno Nacional y vivas de la tropa nos alejamos de Santiago, para volver a él quien sabe hasta cuando.

Ahora la única preocupación de la tropa y nosotros era llegar a Quillota para dar el último adiós a nuestras familias; adiós que nos oprimiría el alma, pero que teníamos que ejecutarlo, pues el comandante nos había asegurado la noche anterior que el tren se detendría sus dos horas en Quillota. El placer de la tropa por esta noticia era enorme, no cabían en sí de gusto, igualmente nosotros, pues a algunos nos palpitaba el corazón con mayor celeridad bajo la impresión que nos aguardaba. Yo muchas veces pensé que era mil veces mejor que el tren hiciera su marcha directamente a Valparaíso por muchas circunstancias, pero que ocurriría por la orden de detenerse en Quillota las dos horas que ya se nos había indicado. Así

pues, a la 1 p.m. principiamos a ver la murallas conocidísimas que cierran la estación del Ferrocarril y al mismo tiempo el tren a disminuir su carrera, dándonos a comprender que la parada era efectiva. La música rompió con el Himno Nacional y el tren avanzaba ya con más calma. Inmediatamente principiaron los gritos y vivas de ambas partes; unos para recibir a los miembros de su familia y otros para dar su despedida y saludar a sus madres, esposas, parientes o amigas. Llegaba en ese momento la máquina a la puerta exterior de la estación, cuando dando más fuerza de andar a los calderos desapareció de entre ese millar de gritos y vivas, dejando a cada uno con una sorpresa difícil de pintar. Yo, en su carrera, no vi más que una masa humosa con centenares de fisonomías que, confusas y perplejas miraban desaparecer el objeto de sus desvelos. Nunca más supe cuál fue el motivo porque el tren no se detuvo. Sentía mientras tanto en mi interior una alegría triste por tal desengaño; no sé explicármelo ni he sabido, pero hasta este momento he quedado satisfecho de ello. Entre la tropa y oficiales, se reían algunos y otros protestaban de tal inclemencia para con ellos, pero al fin se conformaron.

A las 4 p.m. llegamos a Valparaíso hasta frente al muelle e inmediatamente procedimos a embarcarnos. A las 4 p.m. llegó el comandante con el abanderado y sargentos, acompañado de la Municipalidad y Gobernador de Quillota; y por mi amigo Martín 2º Bello supe que al pasar el tren por Quillota, al que esperaban no menos de cuatro mil almas, hubo reniegos, protestas y llantos por la decepción que habían experimentado, privándoseles de ver a los seres queridos enrolados en el batallón. Hasta las niñas de los colegios con vestiduras blancas esperaban la llegada del batallón para cantar el Himno de Yungay o Nacional, pero alguna orden privada evitó que de ambos lados pudieran verse, obligando a los que esperaban a desesperarse y protestar en contra del comandante Echeverría y Gobernador Vergara. El chasco, pues, fue de los más originales. Después nos embarcamos y llegamos a bordo del Amazonas, transporte que nos conduciría hasta Iquique.

A las 9 p.m. levó anclas y emprendió el vapor su marcha a los gritos de ¡Viva Chile! que daba la tropa unido a los acordes del Himno Nacional de la banda de música y en seguida a los gritos de ¡a Lima! A la hora ya apenas se divisaban los destellos de las luces que alumbraban ese puerto querido que dejábamos quien sabe por cuánto tiempo. Distintos recuerdos asaltaban la mente de cada uno de mis compañeros en esos momentos en que ya sólo se sentía el ruido del vapor abriéndose paso por entre las olas. Unos, recordando su familia querida; otros, el pueblo en que por tanto tiempo llevó una vida regalada; los más, en ambas cosas, y yo, de todo cuanto había dejado para verme tal vez más tarde privado de ello mismo. En fin, pasamos la noche en agradables recuerdos para todas nuestras familias, hasta que el sueño nos hizo olvidar todo.

Día 22.— Amanecí mareado sin atreverme a salir del camarote, no en un estado grave, pero no me permitió el valor. A las 8 a.m. se les repartió una excelente caramañola a cada soldado con las que inmediatamente tomaron café, o mejor, su cacao, porque durante toda la navegación sólo se les dio infusión de hojas de cacao con chancaca, bebida a que por necesidad medio se acostumbraba a la tropa. Nos acompañaban a bordo no menos de 150 a 200 oficiales de distintas graduaciones y de casi todos los cuerpos

MEMORIA DEL TENIENTE DEL BATALLÓN QUILLOTA

del Ejército chileno, que volvían de cumplir sus licencias. Dichos oficiales tomaron posesión, antes que nosotros de cuantos camarotes existían a bordo del *Amazonas*, dejándonos, por consiguiente, sin tener dónde dormir, pues los que no alcanzaron camas tomaron posesión del comedor para dormir en sofás, teniendo nosotros que acurrucarnos entre la tropa y sobre cubierta. Así es que mi primer mareo lo sufrí sobre la cubierta.

A las 9 a.m. se tocó a almuerzo y se recurrió a la mesa, ocupándose esta con los primeros cincuenta que llegaron teniendo que protestar los demás porque no se les daba preferencia. El almuerzo no existía, pues no había qué comer, ni aun pan, teniendo que satisfacer el hambre con galletas duras de tropa y apollilladas. ¡Así trataba el gobierno a los servidores de sus bolsillos! Y así los tratará siempre ¡Bendita la Patria que por ella nos sacrificamos!

Se protestó porque no había qué comer y el contador contestó que no había, ni tampoco harina para pan. Se formó tal barahúnda con esto, que el buque parecía una torre de Babel. En fin, se pasó el día sin tener qué comer y nosotros ni aun dónde dormir.

Día 23.— Nuestro Comandante, desarrollando toda su energía procedió a arreglar la situación crítica de toda la oficialidad, dándonos preferencia en los camarotes y si sobran para los demás oficiales; procedió a arreglar también la comida y el pan, y este último sólo se obtuvo al día siguiente. Se ordenó hubiera tres mesas, la primera a las 9 para la oficialidad del Quillota y las dos restantes para las de los demás cuerpos. Se levantó por esto una protesta más enérgica, pero esta vez por algunos oficialillos sin educación que pedían ser antes que nosotros siendo que el *Amazonas* era transportador del Quillota y no de oficialidad de distintos cuerpos. Todo quedó al fin arreglado y los días y las noches las pasaban perfectamente y en mucha armonía, llegando hasta bailar cuecas todas las noches, con la familia del Capitán de puerto de Arica, señor Rodríguez, que también venía a bordo y a quienes una noche se les hizo función de títeres. Todo esto lo sabía y oía desde mi camarote, pues el mareo no me permitía levantarme, teniendo que hacer la navegación hasta Iquique tendido completamente.

Por fin, el 24 a las 10 a.m. se avistó Antofagasta en cuya bahía fondeamos a las 12 m. y me levanté para conocer desde el mar el famoso puerto, sitio de tantas peripecias. Demasiado emborrachado aún y un tanto débil salí de mi camarote y contemplé por algunos momentos el aspecto del puerto, no ofreciendo su vista absolutamente nada de notable. Unos cerros áridos, como toda la costa del Perú, y unos edificios que parecían de vieja construcción era lo que presentaba. También se notaba alguna tropa haciendo evoluciones.

Se trató de ir a tierra, lo que apenas se consiguió, porque la barra estaba malísima y los que no pudimos ir tuvimos el placer de escribir por primera vez a nuestras familias. A la 1.25 p.m., se levó ancla y nos hicimos mar afuera con rumbo a Iquique. Volví nuevamente a mi camarote un tanto mareado y como a las 7 p.m. sentí ya las cuecas y otros bailes que, como de costumbre, y esta vez como despedida se daban

a las hermosas pasajeras hasta Arica. Se les hizo también una función de títeres, con lo que se distrajeron hasta un tanto avanzada la noche.

Día 25.- Por fin a las 9 a.m. se avistó el puerto de Iquique, el famoso puerto, en cuyas aguas se trabó el combate más aterrador y heroico que hasta la fecha conocemos, y emprendido por el intrépido Arturo Prat.

Inmediatamente se sintió un estruendoso ¡hurra! y vivas al Quillota, junto con la banda que rompió con el Himno Nacional; el entusiasmo era indescriptible, a tal punto que ya desde ese instante desapareció todo mareo en mí, quedando sólo dispuesto para admirar y penetrar con el pensamiento el fondo de ese mar en cuyo seno yace tranquila la más heroica, admirable y vieja corbeta Esmeralda.

A las 11.30 a.m. penetramos en la bahía para fondear instantáneamente, teniendo que admirar desde luego el precioso aspecto del puerto y encontrándolo muy parecido con la bahía de Valparaíso. A las 12.25 se dio principio al desembarco del equipaje, concluido el cual se procedió con el de la tropa, animados de un entusiasmo grandísimo y a los acordes del Himno de Yungay. En cada lancha se dejaban sentir los atronadores vivas que exhalaban durante la travesía hasta el muelle.

Cuando nosotros llegamos, o la lancha en que yo iba atracó a aquel para desembarcarnos, me llamó la atención la inmensa concurrencia que llenaba el malecón esperándonos, en la que divisé la cara de muchos amigos. Inmediatamente que subí a éste me apresuré a estrecharles la mano con la efusión natural que se siente cuando, apreciando al amigo, transcurre un largo tiempo sin verlo. Mi placer fue grande, pues ya desde ese momento Iquique no sería tan desconocido para nosotros y por consiguiente, nuestra guarnición militar no sería tampoco aburridora.

Después de habernos reunido todos y formado en una calle próxima, descansamos un instante de pie mientras se nos encontraba el local más apropiado para cuartel. Visto a la ligera, como vi algunas de sus calles, no me pareció del todo feo; por el contrario, su aspecto era agradable y hacía recordar a algunas calles de Valparaíso. También las que recorrimos hasta llegar al local que se nos había destinado como cuartel, eran magníficas y su comercio tan surtido y variado como el del ya citado puerto.

Después de haber tomado posesión de aquel, cuyo caserón no era del todo malo, y haber ordenado la colocación de las compañías, salimos para procurarnos la casa que a nosotros debía alojarnos y que conseguimos a poca distancia, siendo cómoda y elegante bajo todos los aspectos y que pertenecía a un coronel peruano. Arreglamos nuestro alojamiento y nos volvimos al cuartel para proporcionar la comida a la tropa, comida que ya se había ordenado por el jefe de Estado Mayor. Nos dirigimos con el batallón al citado rancho establecido como a seis cuadras y al penetrar la compañía de Granaderos se les repartió un excelente pan y se les hizo avanzar hasta donde se encontraban como cuatro o cinco fondos con una muy buena comida a la chilena con bastante ají, la que recibían en el plato de sus caramayolas y avanzaban

MEMORIA DEL TENIENTE DEL BATALLÓN QUILLOTA

más hasta tomar asiento en unas bancas con sus respectivas mesas u cuyo largo no excedería de 50 metros y de las que había no menos de diez. Con todas las compañías se ejecutó lo mismo hasta ver las mesas enteramente ocupadas, lo que presentaba el espectáculo más animador y alegre. A medida que se desocupaban se dirigían por otra puerta, dando a la calle y ahí principiaban a tomar su colocación respectiva. La idea pues, o arreglo del rancho, nos pareció a todos perfectamente y los soldados salieron contentísimos con la comida por haber sido ésta una abundante ración y bien condimentada.

En seguida nos volvimos al cuartel y nos encontramos con algunos oficiales del batallón Rengo, el que estuvo acantonado en Quillota por algunos días, que nos esperaban para invitarnos a su mesa, gentileza que aceptamos con sumo placer. Nos dirigimos con ellos y al pasar por el centro de la plaza nos detuvimos para contemplar un instante la hermosa torre que en ella se ostenta y bajo cuyas arquerías se destaca el hermoso busto del inmortal Arturo Prat.

Estábamos admirados de trabajo tan delicado y de tanto gusto; pero con razón: dicha torre fue construida por los peruanos para conmemorar el famoso día del 2 de Mayo, su gloria favorita; pero que nosotros, con un solo 1 hemos convertido en 21 de Mayo, para conmemorar el día en que tuvo lugar el espartano heroísmo del timón de la gloriosa Esmeralda, Arturo Prat. En su segunda base, un hermoso reloj de esfera transparente que adorna sobremanera y alumbra de noche, marca sus horas con invariable exactitud. Se calcula que dicha torre costó a los peruanos como treinta o cuarenta mil soles.

Después de haber admirado por un instante más el delicado trabajo de aquella y alabando la generosidad de los peruanos para tenernos levantada esa magnífica torre, nos dirigimos con los amigos y compañeros del Rengo hacia su cuartel, con el objeto de hacer los honores a la mesa a que se nos había invitado. En esta comimos perfectamente; admirando la buena voluntad de ellos para atendernos. En seguida de algunas cordiales felicitaciones y bienvenida a nuestro cuerpo, nos retiramos quedando invitados para el día siguiente y enteramente comprometidos a la gratitud de todos.

Nos dirigimos a nuestro cuartel y después del servicio cotidiano, pensamos en prepararnos para dormir y recuperar un poco el sueño perdido con la navegación, lo que ejecutamos con la mejor felicidad.

DIARIO DE CAMPAÑA DE UN CIRUJANO DE AMBULANCIA¹

Víctor Körner Andwandter²

ADVERTENCIA

Estos apuntes fueron escritos a raíz de los acontecimientos casi día a día, a bordo, en los campamentos, durante las marchas, y aun en el campo de batalla, sin pretensiones, ni otra intención que la de fijar un recuerdo de los hechos tales como fueron desarrollándose en el transcurso del año y medio que duraron las dos primeras campañas de la Guerra del Pacífico.

Todo en aquella época de estudio y de organización del Ejército y las reparticiones anexas, revistió el carácter de lo improvisado. El Servicio Sanitario, se puede decir, en realidad no existía; y después, cuando este importante organismo fue creado, el elemento militar en su conjunto, lo miró con mal disimulada antipatía, lo consideraba como un estorbo impuesto por fuerza superior, con cuya existencia no había más que conformarse.

¡Así pudo suceder que para el asalto de Pisagua no se llevara una sola ambulancia, en la batalla de Dolores hubo una sola, en Tarapacá ninguna! Después de aquello fue cambiando lentamente, pero aún en la batalla de Tacna las ambulancias no pudieron llegar sino fragmentadas, incompletas y atrasadas.

En este sentido, estas desaliñadas anotaciones puedan tener un interés en cuanto se refieren al origen de un servicio que en la actualidad puede considerarse como un modelo de organización.

Por lo demás, todas son impresiones personales, sin comentarios ni datos oficiales, que en algo quizás puedan interesar a los viejos compañeros que aún viven, despertando en ellos los recuerdos de aquella época lejana.

1 Reedición del texto de Víctor Körner Anwandter. *Diario de Campaña de un Cirujano de Ambulancia. Campañas de Tarapacá y Tacna de la Guerra del Pacífico*. Marzo de 1879 a agosto de 1880. Santiago de Chile. Imp. Siglo XX, Sto. Domingo 684, 1929. Forma parte de las investigaciones y transcripción de Relatos de la Guerra del Pacífico de escasa difusión e inéditos. Trabajo encargado por el Departamento de Historia Militar del Ejército al profesor Sergio Villalobos y al licenciado Patricio Ibarra en el año 2006-2007.

2 Descendiente de los colonos alemanes de la Región de los Ríos, nació en Valdivia en 1856. Cursó las humanidades en su ciudad natal y las terminó en el Instituto Nacional. Inició luego los estudios de medicina y había obtenido el grado de bachiller cuando estalló el conflicto del Pacífico. Se incorporó con entusiasmo a las fuerzas expedicionarias, participando en las tareas de su profesión, cuando el servicio de ambulancia recién comenzaba a estructurarse y carecía de muchos de los elementos indispensables. El ingenio y el entusiasmo suplían a las necesidades. Se inició como ayudante de cirugía, luego fue designado cirujano segundo y más tarde director de la Ambulancia No. 1. Körner se encontró en las campañas de Antofagasta, Tarapacá y Tacna. Después de la ocupación de Tacna, regresó a Chile para reanudar los estudios de medicina y obtenido su título, viajó a Francia, Austria, Alemania e Inglaterra para perfeccionar sus conocimientos. A su vuelta incursionó en la política, siendo elegido diputado por Valdivia. Su ideología era liberal. En la misma época optó a la cátedra de ginecología, dando inicio a una brillante carrera académica señalada por conferencias e investigaciones, algunas de las cuales fueron publicadas. En edad avanzada, el año 1927, fue elegido senador por la circunscripción de Malleco, Arauco y Cautín.

*LA "COMISIÓN DE AMBULANCIAS" – LOS "BOMBEROS ARMADOS" –
NOMBRAMIENTO DE CIRUJANO 2º – PARTIDA A VALPARAÍSO*

Sentados a la sombra de los árboles, en uno de los escaños del redondel de la Plaza de Armas de Santiago, en el mes de marzo de 1879, con mi amigo Luis Rosende, sostuvimos una larga conversación sobre los recientes acontecimientos: la probable declaración de guerra al Perú y Bolivia, la ocupación de Antofagasta por las tropas chilenas al mando del coronel don Emilio Sotomayor, el combate de Calama y la necesidad de la organización del servicio sanitario del Ejército en campaña, cuya falta en esa primera acción de guerra había sido el motivo de un lamentable abandono de los heridos.

El gobierno, a quien el Cuerpo Médico, la Facultad y los estudiantes habían ofrecido sus servicios, encomendó esa tarea a una "Comisión de Ambulancias" compuesta de médicos y de algunos caballeros, y de la cual formaba parte nuestro profesor de anatomía, Dr. Don Joaquín Aguirre, de quien esperábamos el apoyo de nuestra solicitud de admisión.

Mi madre se encontraba a la sazón en Europa, atendiendo a la educación de mis tres hermanos menores; mi hermano mayor, Ricardo, tenía un empleo en la agencia de la fábrica Anwandter en Valparaíso. Tanto a mi madre como a mi hermano les comuniqué por carta mi determinación de interrumpir temporalmente mis estudios para alistarme en el personal médico que debía acompañar a nuestro Ejército en la próxima campaña.

Mi amigo Rosende, animado del mismo entusiasmo patriótico que la guerra había despertado en toda la juventud de aquella época memorable, no tardó en seguir mi ejemplo, y juntos nos dirigimos a la comisión de ambulancias para inscribir nuestros nombres en las listas.

Otro tanto debe decirse de la casi totalidad de nuestro curso del 5º año de medicina, cuyos alumnos todos habíamos rendido nuestro examen de bachiller antes de las vacaciones de ese verano.

En ese entonces yo pertenecía a la 5ª Compañía de Bomberos y también formaba parte del directorio de la Sociedad Médica en la cual ocupaba el puesto de tesorero.

La salida hacia el norte de los pocos cuerpos de línea que constituían nuestro Ejército, y la necesidad de ir formando con el resto de las tropas organizadas que habían quedado, las bases de nuevos cuadros, hizo concebir la idea de emplear el Cuerpo de Bomberos en la tarea de cubrir las guardias de la Moneda, de los cuarteles y de las cárceles.

Se decretó entonces la formación de un cuerpo de carácter militar que se designó con el nombre de "Bomberos Armados", sobre la base de las ocho compañías existentes, cuya dotación se aumentó por medio de la admisión de nuevos voluntarios, hasta alcanzar cada una a tener cien plazas. Se les

armó de rifles viejos de chispa, y oficiales o clases del Ejército de Línea se encargaron de su instrucción militar.

Tarde y mañana nos reuníamos en nuestros cuarteles y armados de nuestros pesados fusiles, salíamos por calles y plazas, o a la Alameda, para ejercitarnos en la uniformidad de los movimientos de armas, de las evoluciones, marchas o conversiones. Las primeras veces y antes de hacer estos ejercicios a la vista del público, nuestra compañía se retiraba a los extensos corredores del patio principal del Convento de la Merced que los padres, en su patriótico interés, habían puesto a disposición del directorio.

¡Era tan grande nuestro fervor y el entusiasmo que nos animaba en estos ejercicios, que un día en la plazuela del teatro, cuando el instructor hacía repetir una y otra vez a la compañía el ataque a la bayoneta en columna cerrada, uno de estos guerreros improvisados que en su ardor bélico quizás no había oído la voz de “alto”, o con la idea fija de encontrarse realmente frente al enemigo, hizo el movimiento de “media vuelta a la izquierda” prosiguiendo él solo, bayoneta calada, hasta el medio de la plazuela!

Las horas del día que esta nueva ocupación nos dejaba libres, las ocupábamos en nuestros estudios médicos o en visitas prolongadas a la Escuela de Medicina, situada en aquel entonces en la calle de San Francisco al pie del Hospital de San Juan de Dios, en un edificio que de medianamente bueno, sólo lucía un frontis estucado, adornado con un gran letrero “Escuela de Medicina.” Ahí, debajo de unas mediasaguas de planchas de hierro galvanizado, sobre un pavimento de ladrillos defectuosos, repasábamos en el cadáver las operaciones que nos parecían más necesarias en la guerra, como las ligaduras de arterias, las amputaciones de piernas y brazos en los puntos de elección, aplicación de vendajes para fracturas, etc.

En esta forma fueron pasando los días del mes de abril sin que se adelantara un ápice en la formación de la ambulancia que con el nombre de “Santiago N° 1” había sido proyectada por el comité. Al paso, en Valparaíso se avanzaba más rápidamente, de tal modo que nuestro compañero Víctor Barros Merino, que había conseguido un puesto de cirujano 2º en la ambulancia que en ese puerto organizaba el Dr. Martínez Ramos, se embarcaba ya a principios de mayo con destino a Antofagasta.

El 20 de abril presenciábamos en la estación Alameda la partida de un batallón Cazadores a Caballo de 500 hombres, que se verificó en presencia de un numeroso público, que despedía a esta tropa con muestras de un vivo entusiasmo.

El día 23 tuvimos que cumplir con el triste deber de acompañar al Cementerio General los restos de nuestro compañero Quintana, muerto a consecuencia de una difteria maligna, después de una grave enfermedad de pocos días.

El 1º de mayo, en una sesión de la Comisión de Ambulancias, el Dr. Arnao dio cuenta de las pésimas condiciones en que se hacía el servicio médico en el norte. En el combate de Calama no hubo recursos de

DIARIO DE CAMPAÑA DE UN CIRUJANO DE AMBULANCIA

ninguna clase para curar los heridos de esta acción de guerra; y entre otros casos se citaba el del capitán San Martín.

Nos pareció probable que estos hechos apresurarían las gestiones de la organización de la ambulancia a la cual debíamos ingresar. En efecto, pocos días después de aquel acontecimiento se nos entregaron unos cortes de paño para que mandáramos hacer un uniforme adecuado y sencillo: pantalón y chaqueta de paño azul oscuro, cruz roja en la gorra de marino, y en la manga del brazo izquierdo, en el cuello de terciopelo negro un N° 2. También se apresuró la confección de las carpas, de las cajas-botiquines y los útiles de curación, vendas, hilas, etc.

El día 12 de mayo, en una reunión de varios médicos y estudiantes inscritos para el servicio, el presidente de la Comisión, Dr. Nicanor Rojas, nombró los cirujanos destinados a los diferentes regimientos que ya se encontraban en Antofagasta, y también nos entregó, a Rosende y a mí, nuestro nombramiento oficial de cirujano 2° de la ambulancia Santiago, firmado por el Intendente General del Ejército, don Francisco Echaurren.

El 15 de mayo tuvo lugar en la Quinta Normal una exposición de los materiales de nuestra ambulancia: las carpas armadas, las angarillas, los botiquines, las artolas o sillas para ser colocadas sobre las mulas a manera de arguenas, de tal manera que una mula podía llevar dos heridos, uno a cada lado. El público se interesó vivamente por conocer todas estas novedades.

El día 19 presenciamos en la estación la despedida del batallón Chacabuco 6° de Línea, al mando de don Domingo Toro, provisto de unos cascos a la prusiana que, según se decía, habían sido encontrados en algún almacén boliviano de Antofagasta. El mismo día tuvimos que desarmar e inventariar todo el material de la ambulancia que aún se encontraba en la Quinta Normal, y se comenzó con su embalamiento. Se acerca pues al parecer, el día tan anhelado de nuestra partida al norte que; en el mes y medio de interminables gestiones, idas y venidas, en nuestra patriótica impaciencia nos parecía encontrarse aún a incalculable distancia. En la tarde de este día fui a comer con el amigo Klickmann a casa de don Federico Philippi, en la Quinta Normal.

El día 20 de mayo nos mandó llamar el presidente de la comisión, Dr. Nicanor Rojas, para entregarnos nuestro sueldo adelantado de un mes, correspondiente al grado de capitán (\$120) y darnos la orden de trasladarnos, en la mañana siguiente con todo el personal y el material de la ambulancia a Valparaíso.

El personal se componía de un cirujano 1° el Dr. Arnao, dos cirujanos segundos, 4 practicantes, 12 mozos, un ecónomo y un cocinero. El material eran las carpas, las angarillas, los botiquines con los medicamentos y los instrumentos quirúrgicos, la pequeña cocina con su dotación de ollas y el servicio, todo de lo más sencillo y económico posible.

El resto del día lo ocupé en trasladar mi mobiliario de estudiante a la casa de mi amigo Klickmann, entregar los libros de la caja de la Sociedad Médica a mi reemplazante, sacar un pase libre en la Comandancia General de Armas y despedirme de los compañeros de la 5ª Compañía de Bomberos, de guardia en ese día en la Cárcel, situada al pie del cerro Santa Lucía. En seguida, ya oscuro y lloviendo a cántaros, fui a comer donde la señora María Roperero, nuestra casa de pensión en la calle de Santa Rosa. Esa noche la pasé en casa de Klickmann, cuya cama estaba disponible por encontrarse él de guardia en la Cárcel.

El día 20 de mayo por el tren de las 8 a. m., nos trasladamos a Valparaíso con toda la ambulancia, siendo despedidos por un numeroso grupo de amigos y conocidos que habían acudido para desearnos un feliz viaje y buena suerte en la navegación a Antofagasta.

En Valparaíso, adonde llegamos puntualmente a las 12 del día, nos alojamos con Rosende en casa de mi hermano Ricardo que recién había llegado de Valdivia con su joven esposa. Aquí, en este círculo familiar, armónico y sencillo, donde en las noches nos reuníamos después de la comida para comentar en animada conversación, los acontecimientos del día y las noticias que iban llegando del norte sobre los movimientos de nuestra escuadra y sobre las probabilidades de un próximo combate, pasamos agradabilísimos días, hasta el momento en que hubimos de embarcarnos.

Luego supimos en la Intendencia General que esto demoraría aún algunos días más, a causa de la inseguridad de los mares, pues no se tenían noticias exactas del movimiento de los buques de la escuadra enemiga, el *Huáscar* y la *Unión*.

En el puerto nos entretuvimos con surtirnos de las pequeñeces que aún nos faltaban en nuestro modesto equipo. Yo compré entre otras cosas, algo de tabaco, útiles de escribir y una mochila. Mi equipaje era por lo demás muy reducido; consistía de una maleta de mano, sólida, de cuero, que me servía desde el año 1872, cuando, una vez concluidos mis estudios del tercer año de humanidades en el Liceo de Valdivia, me trasladé a Santiago para ingresar al Instituto Nacional. Como único abrigo llevaba un gran chal escocés, que me acompañó en toda la campaña, sirviéndome de cama o como frazada según las circunstancias. Una prenda utilísima resultó ser la mochila, en la cual, durante las marchas en el desierto llevaba todo lo más necesario de uso personal, ya que la maleta a menudo había de dejarla atrás. Mi calzado consistía en un solo par de botas que debieron ser de excelente calidad, pues duraron hasta mi vuelta a Santiago en agosto de 1880.

Una tarde, para pasar el tiempo, hicimos una excursión a los cerros y visitamos la cancha de críquet del Club Inglés. Otro día pasamos a ver el Hospital San Juan de Dios, que me pareció muy bien en todas sus instalaciones, llamándome especialmente la atención la magnífica sala de operaciones dotada de un lujo de comodidades.

El día 24 de mayo, en compañía de nuestro ecónomo, pasamos a las oficinas de la Intendencia General, donde supimos que nuestra partida sería dentro de pocos días más. Nos ocupamos allí en hacer un

duplicado del inventario de la ambulancia, que se nos había pedido en la Intendencia, tarea que nos ocupó toda esa tarde. Ahí nos dieron también noticias, con algunos detalles, del combate en el puerto de Iquique, entre los blindados peruanos: *Huáscar* e *Independencia*, y nuestras corbetas de madera: *Esmeralda* y *Covadonga*. Éstas habían quedado solas manteniendo el bloqueo del puerto durante la expedición que el resto de nuestra escuadra, al mando del Almirante Williams Rebolledo, había emprendido hacia el Callao en busca de la escuadra peruana, un descuido inconcebible de la superioridad.

La *Covadonga* al mando de Condell, perseguida por la *Independencia* y acercándose lo más posible a la costa, consiguió por esta maniobra, que el blindado peruano encallara en las rocas de Punta Gruesa, llegando así nuestra corbeta a ponerse en salvo en el puerto de Antofagasta.

La *Esmeralda* entretanto, en el combate con el *Huáscar*, para no rendirse al blindado peruano, prendió fuego a la Santa Bárbara hundiéndose en las aguas del puerto con la bandera al tope. Así decía el telegrama. ¡El *Huáscar* se habría dirigido hacia el norte, siendo probable que se encontraría con la escuadra chilena de regreso del Callao!

Estas noticias desencadenaron en el puerto un entusiasmo loco, oyéndose en la noche vivas y hurras en todas las calles a pesar de lo avanzado de la hora. Otro detalle triste para nosotros especialmente, era la noticia de la muerte de nuestro compañero Pedro Regalado Videla, cirujano de la *Covadonga*, en el combate con la *Independencia*. Se decía que la *Covadonga* tuvo unas 100 bajas entre muertos y heridos. Después llegaron nuevas noticias rectificando en parte las anteriores en el sentido de que la *Esmeralda* no había volado por la explosión de la Santa Bárbara, sino que fue hundida por las repetidas embestidas y los espilonazos del monitor y que el capitán Prat, saltando con un grupo de marineros en esos momentos a la cubierta del buque peruano, había sido muerto a balazos junto con los demás asaltantes.

En la mañana del 25 de mayo recibimos orden de aprontarnos para ir a bordo. Pero algunas horas después llegó una contraorden. Supimos que la razón de ello fue suscitada por la Compañía Inglesa de Vapores, que habría pedido demasiado caro (se decía que \$ 3.000) por el transporte a Antofagasta de la ambulancia, su material y personal y 40 cirujanos y practicantes de regimiento, y que probablemente dentro de algunos días nos llevaría el transporte *Loa*. Este atraso, después de estar ya listos para partir, fue causa de una justa indignación de parte de todos, ya que los acontecimientos en el norte parecían tomar ahora un giro más rápido.

La tarde la pasamos en el Club Alemán, presenciando el training del equipo que mañana iba a medirse con los ingleses en el tiro a la cuerda.

De la escuadra chilena no hay noticias. La peruana se encuentra en Iquique y Arica, de modo que nuestra navegación no habría sido sin peligros.

Mayo 27.— Hay noticias de que el *Huáscar* bombardeó a Antofagasta sin causar mayores daños. Estando las cosas así, no será posible una pronta partida, a pesar de que ya todo nuestro material y equipaje se hallan a bordo del *Loa*.

Se sabe que la escuadra chilena se encuentra navegando desde la altura del Callao hacia el sur, así que es posible que en estos días recibamos noticias de importancia.

En la noche asistimos a una pequeña fiesta que en el club Alemán se le daba al equipo que en los juegos atléticos había vencido a los ingleses.

NAVEGANDO HACIA ANTOFAGASTA, A BORDO DEL LOA

Jueves 29 de mayo.— Ayer pasamos el día esperando noticias, impacientes por falta de ellas. Esta mañana, después de haber despachado la correspondencia a Valdivia, supe que el *Loa* zarparía a las 10 de la mañana, así que volvimos a nuestro alojamiento para reunir apresuradamente nuestras cosas, despedirnos de nuestros huéspedes y volver al puerto para ir a bordo.

Aquí encontramos reunidos ya la casi totalidad de nuestros compañeros en alegre algazara. El comandante don Patricio Lynch y nuestro jefe el Dr. Nicanor Rojas sólo llegaron a bordo después del almuerzo, como a la una de la tarde. A las dos, el vapor levó anclas y abandonó el puerto al mismo tiempo que el vapor inglés *Chile*. Nosotros tomamos rumbo al norte, mientras que el Chile viró al sur, rumbo a Valdivia.

Al fin llegó el momento tan ansiado en que nos acercábamos al teatro de la guerra, donde podemos demostrar con hechos nuestro patriotismo y nuestro entusiasmo por servir a la patria.

El transporte navega a todo vapor. Al tiempo de pasar por el fuerte Valdivia alcanzamos a oír los hurras de despedida de la guarnición que contestamos en coro con el mayor entusiasmo. El transporte estaba armado de dos piezas de artillería de a 32, llevaba abundante carga, provisiones para el Ejército y unos 200 novillos. Tenemos un tiempo inmejorable, calma chicha, una noche preciosa de luna. El amigo Rosende, para prevenir el mareo se fue a acostar a nuestro camarote. A pesar de la calma el vapor se balancea bastante, movimiento que a cada momento produce un estruendoso pataleo de los 200 vacunos que se encuentran amarrados en largas filas en la baja cubierta, ruido que nos entretiene toda la noche.

Sábado 31.— Estamos pasando el tiempo a bordo muy contentos, jugando ajedrez, cantando, bailando o conversando en cubierta, gozando tendidos en las sillas de a bordo del magnífico tiempo.

En la tarde, estando en esa forma sobre cubierta, observé un gran pericote que, cerca de la borda venía corriendo hacia el lugar donde yo estaba tendido en mi silla, y alarmado seguramente por el clamoreo que su visita causó entre los compañeros, en su sobresalto, ¡se fue a refugiar en el hueco que hacía

mi pantalón, encaramándose por su interior hasta por encima de la rodilla! ¡De un salto me levanté de mi asiento, cogí al animal y lo sujeté con un fuerte apretón de manos; hasta que Rosende, armado de un pañuelo, extrajo al intruso con mucha destreza y lo arrojó por la borda al mar! ¡La primera víctima de nuestra actividad en la campaña!

Esta mañana recalamos en Caldera para tener noticias del *Huáscar* y de la escuadra peruana; pero como no había ninguna novedad seguimos rumbo a Antofagasta donde debemos llegar al amanecer. Hacia el norte aparece un humo que resultó ser el vapor de la carrera. La costa en esta región es árida y muerta, formada por cerros elevados y sin vestigios de vegetación.

*ANTOFAGASTA – VIDA DE CAMPAÑA – ESTADÍA QUE SE PROLONGA,
MONÓTONA E INTERMINABLE*

Junio 2.—El domingo 1º, muy de mañana, entramos al puerto. Después de almorzar a bordo, desembarcamos y nos establecimos en un campo libre hacia el sur del pueblo, no lejos de la playa, de la fábrica resacadora de agua y del mercado, donde podíamos adquirir nuestras provisiones a precios muy convenientes, cosa de interés, pues nosotros mismos teníamos que correr con los gastos de nuestro rancho.

La ambulancia Valparaíso se encuentra instalada no lejos, en frente de nosotros, en las laderas de los cerros que rodean el pueblo hacia el oriente. La ciudad es más extensa de lo que me había imaginado y de bastante movimiento; soldados se ven en todas partes en las calles y campos, donde podemos observar los ejercicios de las diversas unidades.

Las carpas de nuestra ambulancia, en las cuales estamos alojados, no pueden compararse con las de la Valparaíso que son de todo lujo y comodidad, como que todo allí abunda y sobra, al paso que en la nuestra todo es pobreza y escasez.

El clima es de lo más benigno; a mediodía tenemos un calor moderado y en las noches el frío no es tan intenso como en Santiago, vientos fuertes no hemos tenido hasta ahora.

Ayer visité la *Covadonga* para ver el efecto de los proyectiles del último combate, en especial los daños causados por los grandes proyectiles de a 300 de la *Independencia*, uno de los cuales causó la muerte de mi amigo Videla cortándole las dos piernas a la altura de las rodillas, y como no había nadie a bordo que lo pudiera asistir en debida forma, falleció a consecuencia de la hemorragia.

Los daños del casco del buque son considerables, pero me parece que serán fácilmente reparables.

Los alrededores de la ciudad son enteramente desiertos, piedras y arena, sin vestigios de vegetación o de aves, a excepción de una que otra gaviota que cruza los aires.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Junio 5.— Estoy muy cómodamente instalado en mi carpa, la comida que nuestro cocinero nos prepara es buena y nos sale a un precio moderado; nada falta, frutas, legumbres, papas, etc.

Ayer se me comisionó para hacerme cargo del Lazareto, y hoy pasé la primera visita a los 87 enfermos allí instalados. El edificio se encuentra en un estado lamentable, desaseado y asqueroso. Para proceder más acertadamente a su arreglo, trasladamos hoy en la tarde toda la ambulancia a la vecindad del hospital, en el extremo opuesto del pueblo. Será preciso desocupar las salas trasladando los enfermos interinamente a nuestras carpas para poder proceder al arreglo y limpieza en debida forma, pues las salas se encuentran en un estado de desaseo difícil de describir. Nos espera, pues, una tarea pesada y hartito trabajo.

Esta mañana entró al puerto uno de nuestros transportes que venía del norte escapando del *Huáscar* que lo había perseguido un gran trecho.

Junio 6.— Hoy en la mañana se pasó la visita en compañía del Dr. Arnao, hasta las 10. En la tarde se trasladaron 50 enfermos del hospital a nuestras carpas para proceder mañana al lavado y desinfección de las salas. Se levantarán además dos barracas nuevas con capacidad para 100 enfermos más, así pronto nuestra tarea será más pesada aun que al presente.

Junio 9.— Durante estos últimos días hemos cuidado nuestros enfermos lo mejor que ha sido posible. Hoy se volvieron a llevar los que se encontraban en las carpas, a las salas cuyo aseo se había concluido ayer.

Esta vida de trabajo continuo no me disgusta, a pesar de que no hemos tenido un momento de descanso; sólo hoy salimos un rato para bañarnos en el mar. Hay una poza magnífica no lejos del lugar donde la ambulancia se había instalado a la llegada. Con nuestro jefe el Dr. Arnao y con el ecónomo Víctor Castro nos entendemos bien. El Dr. Rojas nos manifestó su contento por nuestra conducta y celo en el arreglo del hospital. Arnao no vive con nosotros en las carpas, sino aloja en el pueblo, pero desde algunos días tenemos un nuevo compañero en la persona de Rodolfo Valdés Lecaros que desempeña el puesto de 2º ecónomo; corre con las compras de provisiones para el personal y con la vigilancia de la cocina del hospital.

Junio 11.— Los días se pasan en el cumplimiento de nuestras obligaciones en el hospital. Los enfermos se encuentran en general en camino de la mejoría y están contentos. Yo mismo me encuentro bien y no extraño la vida al aire libre, sin comodidades, durmiendo en una de las angarillas que sirven para el transporte de los enfermos y poniendo en mesas improvisadas, cajones o camas. Como nos encontramos a cierta altura sobre la playa, tenemos desde nuestras cargas una vista amplia sobre toda la bahía y podemos observar la salida y llegada de los buques en todo momento. Durante las noches, cuando el viento arrecia, a menudo tenemos que levantarnos para cerrar las delgadas telas que remueve el viento. ¿Será larga nuestra estadía en estas faldas arenosas y calientes, sobre las cuales reverbera el sol desde el amanecer hasta la tarde? Con nadie hasta ahora hemos podido conversar sobre este tema.

DIARIO DE CAMPAÑA DE UN CIRUJANO DE AMBULANCIA

Junio 12.— Esta mañana en la visita del hospital me acompañó el cirujano 2º de la ambulancia Valparaíso N° 2. Después de almuerzo invité a nuestro pensionista enfermo, el teniente Aguirre, a hacer un paseo a la ambulancia Valparaíso donde nos quedamos a comer. A las 5 de la tarde vimos entrar a la bahía al *Cochrane* y al transporte *Loa*.

Junio 15.— En la noche los dos buques volvieron a abandonar la bahía. Se dice que el Comandante Simpson tuvo una breve entrevista con el General en jefe, don Luis Arteaga [sic].

El Jefe de Estado Mayor, General Villagrán, partió ayer para el sur en el vapor de la carrera. De Santiago llega la noticia de un movimiento de insubordinación del batallón Carampangue que por este motivo habría sido disuelto.

En el hospital todo marcha bien. Rosende y yo atendemos solos a los 90 enfermos, raras veces requerimos los consejos del Dr. Arnao.

Todos los días en la tarde, nos vamos a bañar en la poza, pues a pesar de estar a mediados de invierno, la temperatura es de lo más agradable; el termómetro a mediodía no sube de 20 grados, en la noche desciende a 6, los vientos que al principio nos solían incomodar, han cesado últimamente, así que el clima se puede calificar realmente de ideal.

Hoy hubo un serio altercado entre Castro y el Dr. Arnao. Parece que Castro tiene la intención de presentar su renuncia. Esto me parece dudoso, pero las dificultades con Arnao seguirán produciéndose por su carácter violento y poco franco. Se habla con insistencia de que luego el Ejército partirá al norte para atacar a Iquique. El transporte *Limarí* acaba de llegar de Valparaíso trayendo material de guerra y provisiones.

Ayer hicimos en compañía de un oficial amigo una excursión a los cerros que enfrentan el hospital, hasta un punto de la altura en donde se divisa una gran ancla pintada en las rocas, según se nos dijo, para señal de los buques que en tiempos anteriores, cuando el auge de las minas de Caracoles, por el año 1870, buscaba la entrada del puerto.

Nuestra sorpresa fue grande el encontrar en aquellas alturas, al lado de la sombra, en algunas grietas de las rocas, señales de vegetación; pequeñas plantas que se mantienen vivas a pesar de la absoluta sequía que reina en aquellas alturas, merced a la escasa humedad que les proporcionan la niebla y las camanchacas nocturnas.

Junio 20.— Seguimos cumpliendo con nuestros deberes en el hospital. Las carpas se encuentran desocupadas, todos los enfermos han sido trasladados definitivamente al hospital. Las carpas se han desarmado y embalado, listas para el transporte en caso de necesidad.

Ayer entraron al puerto el *Blanco* y el *Limarí*. Hoy llegaron dos transportes con tropas. Se dice que el Ministro de Guerra debe llegar mañana por el vapor de la carrera.

En la tarde el General Arteaga pasó revista general a toda la tropa, más o menos 7.000 hombres y tres ambulancias, las dos de Valparaíso y la nuestra. El General nos honró con breves palabras, preguntando por nuestro material y el personal médico y el de servicio. La artillería hizo al final ejercicio de tiro al blanco, según se dice, con muy buenos resultados.

Junio 22.— Ayer hicimos una visita al *Blanco*, pero no pudimos ver las máquinas ni la artillería. Hoy para el almuerzo tuvimos de invitados al secretario del *Blanco* y al ex cónsul chileno de Iquique.

En la tarde hice ensillar las mulas para irnos a bañar, y en seguida fuimos a tomar once a la ambulancia Valparaíso. En la noche me puse a escribir una detallada carta a mi abuelo, don Carlos Anwandter por el cual tengo un afecto especial y que siempre ha seguido con el mayor interés la marcha de mis estudios en Santiago.

Hay en la bahía cuatro transportes y se esperan otros más, por eso se vuelve a hablar de un próximo embarque de tropas; pero nada seguro se sabe.

Junio 24.— Hoy hemos tenido que lamentar el primer muerto en el hospital: lues terciaria. Además tengo otro caso grave de fiebre tifoidea por el cual temo. La cuestión Castro — Arnao parece llegará luego a un término. El Dr. Rojas me mandó llamar para informarse sobre el particular y decirnos que Castro sería cambiado a otro puesto.

El material de carpas de la ambulancia de la Inmaculada Concepción recién llegado, nos fue entregado hoy; se compone de dos grandes carpas con 16 camas cada una y una cantidad de medicinas y útiles que nos prestarán grandes servicios; pues nuestra ambulancia salió de Santiago bastante incompleta y falto de muchas cosas necesarias, como carros, mulas, etc., que espero nos serán proporcionadas en breve.

Estando hoy en la plaza, me encontré con Ignacio Santa María, que llegó ayer con su padre don Domingo, ministro de la Guerra, en el transporte *Rímac*. Conversamos largo de los amigos de Santiago y de las expectativas de la campaña. Todavía estoy sin ninguna noticia ni cartas del sur ni de Europa.

Junio 30.— En los últimos días no ocurrió nada de interés; pero hoy al fin recibí cartas detalladas de Valdivia que me llenaron de regocijo. Yo por mi parte despaché una larga carta para mi madre, a Europa.

Hoy armamos una de las nuevas carpas recién llegadas, mandadas por el obispo de Concepción. Para mañana se anuncia una gran revista, así que tendremos un día de pesada labor; tendrá que salir todo el personal de mozos y practicantes.

DIARIO DE CAMPAÑA DE UN CIRUJANO DE AMBULANCIA

Julio 4.— ¡La revista de hoy fue bastante deslucida! Tenemos ahora en el hospital 170 enfermos que nos dan un trabajo pesadísimo.

Ayer visitamos las oficinas de la Compañía Salitrera. Sus instalaciones nos parecieron enormes; elaboran diariamente hasta 3.000 quintales de salitre, lo que da una idea de la importancia de este establecimiento.

El Dr. Rojas, jefe del Servicio Sanitario con su secretario Domingo Grez, partieron para el sur; se dice que sólo será por una semana. ¡Parece pues que no hubiera esperanzas de que salgamos de este lugar antes de otro mes a lo menos! ¡Paciencia!

Julio 6.— Hasta las 11 estuvimos ocupados en el hospital. En la tarde fuimos al baño. A la vuelta tuvimos la sorpresa de ser recibidos por Alfonso Klickmann que recién llega del sur en el *Limarí*. ¡No podía ser de otro modo! ¡Cómo se iba a quedar por allá!

En la noche nos juntamos en la plaza con él, con Jiménez e Ibarra, quien nos invitó a la casa de los oficiales Navales, donde estuvimos hasta después de las 9, entretenidos con la música que Klickmann nos tocó en un piano bastante bueno. A la vuelta, después de una rápida pasada por las salas del hospital y haber encontrado todo en orden, nos retiramos a nuestra carpa-dormitorio.

Julio 7.— Alfonso vino temprano para acompañarme en la visita diaria de las salas. Después de almorzar juntos nos fuimos a bañar y nos pusimos a leer los diarios llegados por el correo de ayer; comimos juntos. Anoche tuvimos uno de aquellos vientos huracanados del sur que arrastró con nuestras endeblez carpas, las que como se ve, poco nos servirán en el futuro.

¡Todo el material que trajimos de Santiago es por el mismo estilo, poco práctico e inadecuado para el objeto y mal hecho! ¡Si esto no se modifica temo que, llegado el caso, pasaremos un chasco!

Un propio de Tocopilla trae la noticia que la *Pilcomayo* destruyó una cantidad de lanchas en aquel puerto; y que el *Blanco* fue divisado a la altura de Cobija. Se dice que está en camino el resto de las ambulancias de Santiago! ¡Ojalá que estén mejor equipadas que la nuestra!

Junio 9 [sic].— Ayer tarde fuimos invitados a un *lunch* por las ambulancias de Valparaíso en sus hermosas carpas, armadas a bastante distancia del pueblo; pasamos un rato muy agradable con los compañeros y varios oficiales amigos.

El *Blanco* entró hoy al puerto después de perseguir infructuosamente a la *Pilcomayo*, la que por su más rápido andar se sigue burlando de los buques chilenos, lo mismo que el *Huáscar*, que va siendo el terror de los mares. En la tarde fui a comer con Klickmann a la ambulancia Valparaíso, donde estuvimos

conversando hasta las 8; ¡son todos excelentes muchachos! Hoy llegó el batallón Chacabuco. ¡Cada llegada de tropa es motivo de nuevos rumores de un pronto embarco del Ejército para el norte! Se supone que nuestros transportes, que actualmente todos se encuentran en Valparaíso, traerán numerosas reservas para el Ejército.

Julio 15.— Parece que en el personal de las dos ambulancias de Valparaíso han surgido algunas dificultades; entiendo que se intenta refundirlas en una sola bajo dirección única del Dr. Martínez Ramos, lo que no es de agrado de la N^o 2; espero que esto se arreglará satisfactoriamente. Hoy estuve solo en el hospital, pues Rosende salió a caballo con los de la 2^a para cazar lobos en la costa. El Dr. Arnao dispuso que dos cirujanos del regimiento con sus respectivos practicantes, se hicieran cargo de cuatro salas del hospital, lo que originó algún desorden en el servicio y dio lugar a quejas de los enfermos, lo que, a su vez motivó una visita de inspección del General en Jefe. Después de oír nuestras explicaciones, el General dispuso que se suspendiera esa orden y que todo volviera al régimen anterior, de servicio exclusivo de la ambulancia, terminando así este incidente que no dejó de incomodarnos y herir nuestro amor propio.

Hoy pude practicar mi primera operación, aunque pequeña; se trataba de una herida del pie en un soldado de Cazadores, que hizo necesaria la articulación de un dedo del pie en la articulación tarsometatarsiana. La narcosis fue algo difícil y prolongada por ser el enfermo alcohólico; por lo demás todo marchó rápidamente y sin la menor dificultad.

Julio 17.— Por encontrarse enfermos dos de nuestros practicantes me tocó a mí hacer las curaciones a varios heridos graves; así que estuve ocupado hasta tarde en la noche; sin embargo, después de comer me desprendí por un rato para ir a la plaza; en la tarde tomé mi baño de costumbre. En la noche entró al puerto el crucero francés *Victorienne*.

Junio 19 [sic].— Hoy partió para el sur el General Arteaga con su ayudante Ossa, según se dice, para no volver más; en su lugar tomó el mando supremo el General Escala.

El *Cochrane* y el *Matías Cousiño* fondearon en la bahía viniendo de Iquique, donde tuvo lugar un corto tiroteo con el *Huáscar*, que burlando la vigilancia de los buques chilenos había entrado al puerto, y a su salida se encontró con la *Magallanes* con la cual cambió algunos tiros. La *Magallanes* tuvo algunos heridos que se llevaron hoy a la ambulancia Valparaíso, en número de tres, uno de ellos muy grave.

El Dr. Tagle Arrate, cirujano del *Cochrane*, me mandó llamar hoy para ofrecerme el puesto de segundo, lo que yo, por varias razones no quise aceptar.

Julio 22.— En el hospital el trabajo sigue siendo abrumador, y no hay esperanzas de que se nombre un personal propio para él; nuestros mozos comienzan a quejarse del exceso de trabajo.

DIARIO DE CAMPAÑA DE UN CIRUJANO DE AMBULANCIA

¡Se corre que el *Huáscar* y la *Unión* se encuentran cruzando frente a Chañaral, así que nuestros transportes viniendo de Valparaíso se expondrían a encontrarse con los buques enemigos!

Julio 26.— Hoy me tocó en el hospital más trabajo que de costumbre por estar enfermo uno de los practicantes. Sólo a la una de la tarde pude ir a pasar la visita al Lazareto. En la tarde, el Dr. Arnao quiso hacer una amputación, pero por dificultades de la narcosis hubo de postergarla hasta mañana. En la noche fuimos a hacerle una visita a Arnao en su domicilio, pero no lo encontramos en casa. En la plaza nos topamos con un señor Rojas que estuvo cuatro años de secretario de nuestra Legación en La Paz; conversamos largo sobre las costumbres bolivianas y las cosas de por allá.

¡Se rumorea que nuestro transporte *Rímac*, que viniendo de Valparaíso, trae el batallón Carabineros de Yungay de 250 hombres y la caballada correspondiente, ha caído en poder del *Huáscar*!

En la tarde del día anterior nos habíamos ocupado con Rosende en arreglar nuestro botiquín y proveerlo de las medicinas más necesarias, sobre todo la quinina no puede faltar en la próxima campaña.

Julio 28.— Ayer, domingo, fue día de bastante trabajo: en la tarde se hizo la operación que debió hacerse el viernes, así que me desocupé a las seis de la tarde. La noche la dedicamos al estudio. Hoy almorzamos después de las 12, hora en que terminé mis tareas. En la tarde recibimos, Castro y yo, un gran cartel de la ambulancia Valparaíso; por él nos felicitaban por ser el día de nuestro santo. Yo agradecí la atención e invité a los amigos a que nos juntáramos en la noche en la plaza. Allí encontramos también al Dr. Arnao que nos acompañó en la pequeña fiesta, que se prolongó hasta las 10 de la noche, hora en que nos retiramos a nuestro campamento.

Julio 31.— Ayer llegaron al fin las dos ambulancias de Santiago. Vienen de cirujanos-jefes, los doctores J. M. Ojeda y Hermógenes Ilabaca; de segundo, David Perry. El personal de practicantes y mozos se encuentra alojado en nuestras carpas y nos hace pasar por sus impertinencias e indisciplina, ratos bastante molestos.

Rosende y González partieron en comisión al sur, llevando a bordo del transporte *Lamar* 40 enfermos crónicos, inválidos para el servicio.

En la dirección del Servicio Sanitario tenemos novedades. Director General ha sido nombrado el clérigo señor Raimundo Cisternas, del cual dependen las ambulancias, menos las de Valparaíso. Cirujano en Jefe es el Dr. Domingo Gutiérrez, bajo cuya dirección se encuentran los hospitales y el lazareto.

En estos días deberé entregar el hospital al nuevo personal que ha venido especialmente para hacerse cargo de este servicio.

Estas reformas han producido por de pronto, cierto desorden en nuestro régimen habitual.

Agosto 3.— Parece que el Dr. Arnao será removido de su puesto. Yo he quedado interinamente en su lugar. Con todas estas novedades nuestra ambulancia se encuentra en pleno desorden, y yo he tenido que acudir a la ambulancia Valparaíso para almorzar y comer.

En la tarde fuimos a unas carreras organizadas por los oficiales de caballería, en Bellavista, donde pasamos un rato muy agradable. En ese punto se está levantando un fortín armado de tres grandes piezas de artillería, una de 300 libras y dos de 150.

Agosto 8.— Estoy reemplazando al Dr. Arnao que ya no es jefe de la ambulancia. Rosende me escribió desde Caldera, donde se encuentra detenido con sus enfermos a causa de descomposturas serias de las máquinas del *Lamar*, por lo demás no ha tenido novedad en el viaje.

Todavía estoy a cargo de una de las salas del hospital y además he tenido que reemplazar al Dr. Arnao en el servicio del Hospital del Salvador. Estamos en plena reorganización, todo en el mayor desorden. Aún no se divisa término a nuestra estadía aquí, ni un cambio en la monótona vida de campamento. El bloqueo de Iquique parece ha sido suspendido, nuestra escuadra se encuentra en parte aquí, en parte en el sur. Aún no he sabido nada sobre quien será nombrado jefe de nuestra ambulancia.

Agosto 12.— Hoy partió para el sur el Dr. Néstor Calderón, jefe de la segunda ambulancia Valparaíso para ver modo de arreglar las dificultades con la 1ª; ojalá pueda yo conseguir un puesto en aquella sección, una vez que él vuelva.

En estos días conocí a una señora Hoffmann, que tiene un almacén en el pueblo; es suegra de Agustín Ide y tiene dos hijas con las cuales solemos pasar ratos de agradable charla en compañía de Klickmann.

Agosto 17.— Estando de visita en la ambulancia N° 2, nos convidó el Dr. Martínez a un paseo en carreta, a la vuelta me quedé a comer: ¡se pasó muy divertido y bastante húmedo! Hace días que no hay movimiento en el puerto. No ha entrado ningún vapor ni del norte ni del sur. Dicen que va escaseando la carne para el Ejército.

Agosto 24.— Hoy despaché correspondencia a Valparaíso y a Valdivia y le escribí a Rosende que aún permanece detenido en Caldera. ¡Sigo en las mismas ocupaciones de siempre, pero aburrido y fastidiado, parece que esto no tiene término!

La fusión de las dos ambulancias de Valparaíso es ya un hecho.

Víctor Barros M. y seis más se retiran y regresan al sur.

El Dr. Martínez me ha ofrecido un puesto que por de pronto no acepté por varias razones: en mi puesto tengo mayores garantías de estabilidad e independencia.

Agosto 25.— Al amanecer me despertó uno de los mozos con la noticia de que el *Huáscar* se encontraba en las afueras de la bahía. En efecto, al incorporarme en mi camilla y abriendo la tela de la carpa pude divisar al ya legendario buque-fantasma, balanceándose a los primeros rayos del sol en las tranquilas aguas de la bahía. El monitor se mantuvo por espacio de algunas horas en observación fuera del alcance de nuestros cañones y fue el motivo de la curiosidad general de la población; todo el mundo quería conocer el objeto de tantos comentarios y leyendas, que tan de improviso se presentaba a nuestra vista. Así se mantuvo sin moverse hasta cerca de las 9 de la mañana, para después alejarse con rumbo al sur. Este acontecimiento nos mantuvo en expectación hasta tarde en la noche, nos recogimos sólo a las 11 p.m.

Agosto 28.— Hoy, a las 12, el *Huáscar* nos hizo una nueva visita; antes de entrar a la bahía, detuvo una barca francesa que, cargada de salitre salía del puerto. Se aproximó lentamente hasta que, a la 1, estando a una distancia conveniente, el *Abtao*, desde la Poza le disparó el primer cañonazo que fue saludado por un viva general de toda la población. El peruano en contestación, izó desde luego una gran bandera peruana, en señal de desafío. Otro tanto hizo el *Abtao*, izando la bandera chilena y largando un segundo cañonazo, cuyo proyectil levantó una gran columna de agua muy cerca del *Huáscar*. A todo esto el peruano no daba señales de vida, manteniéndose como en observación; muy luego los fuertes también abrieron el fuego uniendo sus tiros a los del *Abtao*, sin que el *Huáscar* contestara a esta agresión general; sólo al noveno tiro de cañón de nuestro lado, vimos salir un foganazo de la torre del monitor, oímos el sonido vibrante, característico de los grandes proyectiles y pudimos ver caer la enorme bala en las inmediaciones del *Abtao*. Mientras seguía el cañoneo de los fuertes, el *Huáscar* se retiraba lentamente poniéndose fuera del alcance de los cañones de los fuertes, así que a las 2 se produjo una pausa del cañoneo que duró como hasta las 3. A esa hora el *Abtao*, estando el *Huáscar* algo más próximo, volvió a abrir el fuego.

El *Huáscar*, cambiando a cada tiro de sitio, comenzó a abrir fuego, pero sólo sobre los fuertes y sobre el *Abtao* el cual recibió una primera granada de a 300 que lo atravesó de banda a banda sin herir, como supimos después, a nadie. Pero el segundo proyectil del *Huáscar* hizo una tremenda explosión en la misma cubierta del *Abtao* a consecuencia del cual hubo 12 muertos y 10 heridos que se llevaron inmediatamente en parte a la ambulancia Valparaíso, en parte al hospital. A uno de ellos tuvimos que hacerle sobre la marcha la amputación de la pierna en el tercio inferior de la tibia. A otro de los heridos un fragmento del proyectil le arrancó la pierna en la parte inferior del muslo y se encuentra en estado de suma gravedad. Un tercero se encuentra en el mismo estado, con un fragmento del proyectil dentro del abdomen. Entre los muertos se cuenta el primer maquinista Mery. ¡El Teniente Policarpo Toro, que estaba dirigiendo las maniobras del gran cañón del *Abtao* sobre el cual chocó el proyectil, fue envuelto en la explosión, arrancándole todo el uniforme del cuerpo sin recibir él, felizmente ningún rasguño! Con esto cesó el fuego de tierra, mientras que el *Huáscar* hizo aún tres últimos disparos que no hicieron mayor daño, retirándose en seguida con rumbo al sur; eran más o menos las 7 de la tarde.

A las 10 de la noche apareció el *Blanco* acompañado del *Itata*, tarde, ¡como tantas otras veces!

Este imponente espectáculo, el primer combate que he tenido la suerte de presenciar, cumpliendo en él con los tristes pero humanitarios deberes de mi cargo, lo observé, como se comprende, con el mayor interés y gran nerviosidad. Algunas de las granadas del *Huáscar*, yendo demasiado lejos y pasando por encima de la población, fueron a caer en partes arenosas del terreno sin hacer explosión y pudieron ser recogidas más tarde intactas, como valiosos recuerdos de este hecho de armas.

Agosto 29.— El *Blanco* abandonó la bahía a las 4 de la mañana con rumbo al sur, al paso que de Mejillones llegó la noticia de que el *Huáscar* había pasado a la vista de ese puerto. A las cuatro de la tarde el *Blanco* regresó al puerto y largó ancla.

Para mañana está anunciada la salida de la *Magallanes* y del *Limarí* para el sur; este último llevará una cantidad de enfermos e inválidos, como también parte del personal licenciado de las ambulancias de Valparaíso del cual nos despedimos en el muelle a las 8 de la noche.

Septiembre 2.— El regimiento Santiago se embarcó en el transporte *Itata* para trasladarse a *Tocopilla*, acompañado de una sección de la ambulancia Valparaíso; entre otros, parte también Klickmann. ¡Ya casi todos mis amigos se han ido!

Septiembre 14.— Hoy al fin regresó Rosende de su viaje al sur después de una ausencia de 1 mes; no trae nada de nuevo.

Se dice que ha llegado a Valparaíso un buque que trae un cargamento de armas para el gobierno. En San Pedro de Atacama ha tenido lugar un encuentro con tropas bolivianas que perdieron 5 soldados y 2 prisioneros. Nosotros tuvimos 5 heridos.

Septiembre 22.— Anteayer tomé parte en una partida de caza a los lobos, algunas leguas al norte de Antofagasta. La mala suerte quiso que llegáramos tarde, cuando aquellos animales ya habían abandonado las rocas en que suelen pasar la noche. Nos desmontamos, le soltamos un poco las monturas a nuestras cabalgaduras para darles el merecido descanso y nos acercamos al alto barranco que, en algunas partes desciende casi verticalmente a las rocas que orillean el mar y donde debían estar los lobos, pero que a nuestra llegada estaban ya enteramente desiertas. Algunos tiros de rifle disparados al azar no tuvieron otro efecto que producir un espanto en nuestras cabalgaduras que se encabritaron: con los saltos, las monturas se dieron vuelta y con esto aumentó el pánico, originando un desbande y una carrera desenfrenada de toda la tropa en dirección a Antofagasta. Quedamos pues a pie en aquellos interminables y profundos arenales, sin provisiones, ya que todas habían quedado en las alforjas de nuestras monturas, y lo peor de todo, ¡sin una gota de agua! No quedaba pues otra cosa que hacer que emprender la marcha de regreso a pie hasta Antofagasta, adonde llegamos exhaustos después de medianoche, muy poco satisfechos del resultado de nuestra cacería. La mañana

DIARIO DE CAMPAÑA DE UN CIRUJANO DE AMBULANCIA

siguiente me tocó volver a recorrer a caballo el mismo trayecto para recoger las prendas perdidas que todas nos habían sido facilitadas por oficiales amigos de los regimientos de caballería.

Hoy volvieron del Salar del Carmen las tropas que hace días habían salido a aquel punto para hacer ejercicios de maniobras: el regimiento 4º de Línea, el regimiento Bulnes, una compañía de Cazadores y una compañía de artillería: parece que estas tropas partirán luego para el Toco. Supe que Klickmann está actualmente en Quillagua a orillas del *Loa*.

Octubre 5.— Anteayer me mandó llamar el Director General señor Cisternas, para darme la orden de acompañar al batallón Cazadores del Desierto en su marcha a Caracoles y Calama, hasta que llegara el cirujano nombrado para este cuerpo, Manuel Cocio.

Jefe del batallón es el Coronel Orozimbo Barboza, que yo conocí cuando fue gobernador de Toltén. Segundo jefe es un militar francés, el comandante Bouquet, un hombre alto, de aspecto marcial y de agradable trato.

Mis preparativos para esta expedición no fueron por cierto muy complicados; ¡no había mucho en que pensar!

Al fin un cambio en la eterna monotonía de la vida que llevábamos ya durante cinco meses. Mi mochila, el maletín y el chal constituye todo mi equipaje. El maletín irá en las carretas, y conmigo llevaré lo demás y un revólver, un pequeño estuche de cirugía con bisturí, pinzas, tijeras, agujas, sondas, lanceta. Además conseguí en la contraloría un catre de campaña para la estadía en Calama.

La marcha se hará a pie, sólo los oficiales superiores irán montados. Entre la oficialidad no tengo ningún conocido, pues el cuerpo recién viene del sur.

MARCHA POR EL DESIERTO A CARACOLES Y CALAMA

Calama, octubre 16.

El día 6 de este mes, a las 7.30 a. m., me embarqué con mi batallón en el tren que va a Salinas. A las 2 de la tarde llegamos a la estación Carmen Alto, donde nos recibieron los oficiales del regimiento Esmeralda, alojados en un cuartel bastante cómodo. Fuera de este edificio no se ven sino miserables casuchas de calamina, para los trabajadores de la oficina salitrera. Aceptamos de muy buena gana la invitación a almorzar con los oficiales del Esmeralda.

A las 4 nos despedimos y seguimos en el mismo tren hasta la estación de término, Salinas, donde llegamos a las 7 de la tarde. El coronel me llevó a la casa de don Pedro Göpfert, donde nos alojamos. Este

caballero tiene en este lugar una fábrica de agua, que consiste en unos extensos techados de vidrio en cuya cara inferior se condensa durante las noches siempre frescas del desierto, la humedad del aire. El agua así condensada, se desliza en forma de gotas por la cara inferior del vidrio y se reúne en canales que lo conducen a un depósito común. El agua así producida se vende por galones.

A las tres de la mañana nos despertó la corneta del batallón, y después de la distribución a la tropa de las raciones de charqui y de dos litros de agua por cabeza, nos pusimos en marcha a las primeras luces del alba. La tropa era novicia, completamente ignorante de lo que es el desierto y poco ejercitada en las marchas; tenía equipo completo, bastante pesado, así que una vez que pasó el fresco de la mañana y comenzó a hacerse sentir el calor abrasador del mediodía, se manifestaron las primeras dificultades. A retaguardia se vio formar lentamente una columna de rezagados que, a medida que pasaban las horas iba extendiéndose más y más. A eso de las 12 del día la mayor parte de la tropa había consumido ya la totalidad de su ración de agua, a pesar de la orden estricta de proceder con la mayor economía. Poco a poco se fue relajando la disciplina, cada uno marchaba como mejor podía y muchos de los soldados acosados por la sed y el cansancio iban desprendiéndose de las prendas más pesadas; el rifle, las mochilas quedaban botadas en la arena del desierto. Yo entretanto, más entrenado, desentendiéndome de las quejas de la falta de agua de la tropa, que no podía remediar, me adelanté haciendo etapas de dos horas, al cabo de las cuales me tendía en la arena por un cuarto de hora y me refrescaba con un trago de agua con un poco de harina tostada de trigo de la que me había surtido en la ambulancia, para volver en seguida a iniciar una nueva etapa de dos horas de marcha. Con este sistema pude llegar con el grueso del batallón a eso de las 8 de la noche, en un estado relativamente fresco y aún con un resto de agua en mi caramayola, al término de nuestra jornada fijada para este día, un punto llamado Posada de Punta Negra, donde en varias casuchas y despachos encontramos agua y provisiones a precios módicos.

Lentamente iban llegando los rezagados: pero al fin hubo necesidad de mandar algunas carretas para recoger los soldados exhaustos y cargar las prendas abandonadas en el camino: fusiles, mochilas, cartucheras, etc.

Yo tuve la suerte de encontrar en uno de los pequeños despachos una cama bastante cómoda, en la cual me tendí a dormir hasta la una de la mañana.

A esa hora se tocó diana para despertar a la gente y comenzar la segunda jornada después de la distribución de las raciones y del agua.

¡Una noche maravillosa! ¡El desierto sumido en un profundo silencio! Ningún ruido, ninguna señal de vida perturbaba la contemplación de la magnificencia del cielo estrellado. La media luz del cuarto menguante de la luna hacía aparecer más incierta y lejana la línea del horizonte de la inmensa llanura del desierto: la extensa columna de la tropa que callada y somnolienta seguía por camino arenoso, todo, dejó en mí una impresión fantástica e inolvidable.

DIARIO DE CAMPAÑA DE UN CIRUJANO DE AMBULANCIA

Siguiendo por una huella que parecía el lecho de un pequeño estero, huellas que en el desierto se forman por efecto de golpes de agua o “aluviones” producidos por tempestades de invierno en la cordillera, llegamos a las 8 de la mañana a un punto llamado “Los Amarillos”, donde en un miserable rancho, albergue de carreteros, se nos esperaba con varias tinajas de agua mandadas desde Caracoles. Aquí nos dimos un descanso durante las horas de calor, hasta las 4 de la tarde.

A esa hora se ordenó lo que debió haberse hecho desde un comienzo. Se cargaron algunos carretones disponibles con los rifles y el equipo de la tropa. Los soldados aliviados de esta manera, emprendieron la marcha a Caracoles, contentos y con nuevos bríos.

A las 8 de la noche llegamos a una mina llamada “Casa de Tablas”, donde se nos dio la importante noticia de la toma del *Huáscar*: noticia que todos, oficiales y tropa, recibimos con manifestaciones del mayor entusiasmo, pues todos comprendíamos la influencia que este acontecimiento tendría en la prosecución de la campaña.

Al fin, después de una hora más de marcha fatigosa, llegamos a las 9 de la noche, a Caracoles, el, en su tiempo, tan famoso y rico centro minero.

El pueblo está situado en una falda de bastante declive, a 3.000 metros sobre el nivel del mar, así que la marcha y la respiración, a la menor aceleración se hace fatigosa por la rareza del aire. La edificación en general es regular y existe una botica bien surtida.

Aquí se le dio a la tropa un descanso de tres días para reponerse de las fatigas de la marcha y para atender a la mayor parte de la gente de las magulladuras de los pies. Yo, con algunos oficiales conseguimos alojamiento en un pequeño hotel.

Al día siguiente de nuestra llegada me ocupé en atender en el cuartel a los numerosos magullados y a algunos enfermos leves. Al día subsiguiente toda la oficialidad fuimos invitados a una comida que los oficiales del batallón cívico habían organizado en celebración de la toma del *Huáscar*.

El domingo 13 de octubre, a las 2 de la tarde volvimos a ponernos en marcha en dirección a Calama. Ya de noche, llegamos a un punto llamado “Aguas Saladas”, en donde supimos que nos habíamos extraviado del camino, motivo por el cual no encontramos ahí ni agua, ni provisiones.

Aquí pasamos la noche con un frío intenso, un viento helado y sin abrigo. Se logró encender una pequeña fogata con bosta, así que nos protegimos en algo del frío; pero a las 12 de la noche resolvimos seguir la marcha, hasta que a las 4 de la mañana nos venció el cansancio y la fatiga.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Cuando aclaró, divisamos a la distancia, al pie del cordón de cerros de la “Sierra de Limón Verde”, la hilera de nuestras carretas.

En una hora de marcha les dimos alcance y con el comandante Bouquet nos acomodamos sobre uno de estos vehículos. A las 12 del día vinieron a encontrarnos algunos soldados montados que el coronel había mandado con agua y comestibles.

A las 6 de la tarde hicimos al fin nuestra entrada triunfal al pueblo de Calama; que ya habíamos divisado desde algunas horas antes, de la altura de los cerros que forman al valle del río Loa.

Octubre 15.— Calama es un pueblcito muy modesto, de más o menos seis cuadras de extensión, situado en una llanura verde que a la distancia nos hizo una impresión favorable de fertilidad y de frescura. Las casas son en su mayoría muy pobres; tienen generalmente techos planos, o formados de simples esteras de totora sobre murallas de adobes, bajas y rústicas. El único edificio propiamente tal, es el de la casa comercial de Artola Hnos., compradora de metales. Los habitantes en sus simpatías se inclinan más hacia Bolivia que a Chile. La vida es cara, las provisiones escasas. El hospital se encuentra en un estado pasable; en él atiendo por el momento a unos 20 enfermos.

Desde mi llegada me siento con un fuerte resfrío del cual no me he podido reponer, quizás por el intenso frío de las noches a que se está expuesto aquí en los primitivos y ruinosos alojamientos, donde en las noches además, tengo que defenderme de las vinchucas, esta nueva plaga bastante más molesta que la de las pulgas en Antofagasta, las que a pesar de su abundancia deben calificarse de inocentes en comparación de estas bestias feroces, que eran para mí hasta ahora desconocidas.

Octubre 23.— Ayer llegó el colega Cocio para reemplazarme en mi puesto. ¡un rayo de luz y alegría en esta atmósfera de soledad y de tristeza!

¡Los diez días de estadía en estas ruinas han sido sin duda los más pesados de toda la campaña hasta ahora! Cocio me dice que en su equipaje trae algunas cartas para mí. ¿Serán ya la contestación de las que mandé últimamente a Valdivia? ¡Ojalá sea así!

El estado sanitario de la tropa ha empeorado considerablemente: ya tenemos 45 enfermos en el hospital, la mayor parte de catarrros intestinales por la mala alimentación y el agua salobre, y de afecciones reumáticas por el clima frío.

Calama, octubre 25.— Mañana, a las 5 de la madrugada partiré de aquí con una compañía de Cazadores a Caballo y un piquete de 25 granaderos. ¡El viaje de regreso lo haré pues a caballo!

DE VUELTA EN ANTOFAGASTA

Noviembre 6.— El 26 de octubre, después de un viaje de 11 horas a caballo, llegamos a Caracoles, fatigados, con sed y con hambre. El boticario del pueblo, un señor Ehrlich, que tuve ocasión de conocer en mi viaje de ida, tuvo la amabilidad de invitarnos a comer, al capitán de la compañía, y a mí; nos sirvió un buen vino y de postre una taza de café.

Repuestos en esta forma, partimos a las 9 de la noche para llegar después de una hora de marcha, a la “Isla de Caracoles” donde la tropa tenía su alojamiento.

Nuestro departamento estaba ocupado por los oficiales de una compañía de Granaderos, destinados a la guarnición de Calama, que debían partir a las 2 de la mañana, así que hubimos de esperar hasta esa hora para poder ocupar nuestras camas. ¡Tomamos posesión de ellas por cierto, en cuanto sus ocupantes las abandonaron, y antes de que se enfriaran!

En un día más de marcha llegamos a Carmen Alto, donde pasamos la noche; el 28 de octubre en la tarde llegamos a Antofagasta, justamente a tiempo para presenciar el magnífico espectáculo de la partida del Ejército hacia el norte. Era una escuadra formada por unos veinte buques, vapores y algunos veleros, que llevaban unos 10.000 hombres de todas las armas, cuyo embarque había demorado dos días.

¡Nuestra mala estrella no quiso, o mejor dicho, don Emilio Sotomayor no creyó necesario que las ambulancias fueran incorporadas a la expedición! Otro tanto sucedió en Mejillones, donde se embarcaron el batallón Chacabuco y Zapadores.

Antofagasta, noviembre 15.— Hace cuatro días que se embarcaron para Pisagua la ambulancia Valparaíso y la 3ª de Santiago. Nosotros, una vez más quedamos rezagados, condenados a permanecer en este campamento, ¡quién sabe hasta cuándo! ¡Paciencia!

Durante los últimos tiempos se había desarrollado aquí una epidemia de parotiditis, paperas; una afección que, aunque no es de mayor gravedad, me llamó la atención por la rapidez con que se propaga y por el número de individuos que ataca. En las calles se encontraban a cada paso soldados con la cara amarrada, y ofreciendo el aspecto tan especialmente grotesco que el hinchamiento de las parótidas le da a la cara y cabeza del enfermo.

Yo mismo fui víctima de esta enfermedad, aunque sólo me tomó un lado de la cara; pero por falta de cuidado se prolongó por varias semanas, hasta que nos embarcamos para Pisagua.

El transporte *Loa* entró al puerto trayéndonos 106 heridos de Pisagua, casi todos en un lamentable estado de descuido. Vienen además 56 prisioneros bolivianos. Se nos avisa que el *Copiapó* viene en

camino con una segunda partida de heridos; seguramente vendrán como los primeros, con sus heridas infectadas, así que seguiremos en una tarea pesada y desagradable.

Los oficiales del *Loa* nos cuentan que el asalto y toma de Pisagua se efectuó el 2 de noviembre, iniciándose con un duelo de artillería entre la escuadra y los fuertes de tierra. En seguida desembarcaron el regimiento Atacama, Zapadores y una compañía del Buin, bajo el fuego de la fusilería de la guarnición boliviana, y que a las tres de la tarde el Teniente Barrientos clavó la bandera chilena en la cumbre de los cerros que circundan el puerto por el oriente. En la altura se encontró un gran campamento boliviano. El resto del Ejército desembarcaba mientras tanto en la caleta de Junín, haciendo la marcha hasta Pisagua a pie.

LLEGADA Y ESTADÍA EN PISAGUA

Al paso que la ambulancia Valparaíso y la 3ª de Santiago se habían embarcado en Antofagasta para este puerto el 11 de noviembre, nosotros permanecimos en nuestro campamento que ocupábamos ya por espacio de seis eternos meses, y seguíamos cumpliendo con nuestra obligación de atender los heridos de los últimos combates. Pero al fin, el 16 de noviembre nos llegó la orden de alistar nuestro material para embarcarnos en el transporte Angamos y trasladarnos a Pisagua. Se comprende el entusiasmo con que nos pusimos a la obra del embalamiento del material y equipajes.

Una vez a bordo, nuestro buque abandonó el puerto rumbo a Pisagua, con un mar tranquilo, cubierto de una espesa neblina tan frecuente en estas costas. El día 18 al amanecer, enfrentamos el puerto de Iquique, bloqueado por el *Cochrane* y la *Covadonga*. Después de ponernos al habla por un momento con el primero, seguimos navegando para llegar a Pisagua a las diez de la mañana.

Del pueblo propiamente tal, sólo quedan en pie unos pocos edificios, el Consulado inglés, la Intendencia, la estación del ferrocarril y el hospital, situado éste, muy lejos hacia el norte, completamente separado de la población. Se divisaban aún algunos escombros humeantes y rumas de carbón y de sacos de salitre. La bahía es muy abrigada, de aguas casi siempre tranquilas; la faja de terreno plano entre la playa y el pie de los cerros, es muy estrecha; en las laderas paradas se divisan los largos zigzags del ferrocarril que trepa hasta la llanura de la cumbre.

Por falta de embarcaciones para el desembarque, fuimos trasbordados con todo el personal y materiales, en los botes del *Angamos*, al transporte *Itata* fondeado vecino a nosotros.

¡Desde la cubierta del *Itata* pudimos presenciar al día siguiente antes de las doce, la entrada al puerto de nuestro blindado *Blanco* trayendo a remolque a la corbeta peruana *Pilcomayo*, adornada de una gran bandera chilena! ¡Este convoy fue saludado por todos los buques surtos en la bahía con empavesado completo y por parte de las tripulaciones con estruendosos hurras y vivas a Chile!

DIARIO DE CAMPAÑA DE UN CIRUJANO DE AMBULANCIA

Supimos que el *Blanco* había sorprendido a la *Unión*, la *Pilcomayo* y *Chalaco* a la salida de Arica rumbo al norte. La *Pilcomayo* por su menor andar fue alcanzada por nuestro blindado y obligada a rendirse. La tripulación en número de 160 hombres refugiada en los botes, fue hecha prisionera, mientras que los oficiales a bordo habían prendido fuego al buque. Fue tarea de 24 horas de ardua labor para la gente del *Blanco*, el poder extinguir el incendio. La artillería también había sido inutilizada, pero las máquinas estaban más o menos intactas; en efecto, a los dos días de haber desembarazado las bodegas del agua, ya el buque pudo moverse por su propio esfuerzo.

En la tarde de este mismo día 19 nos llegó a bordo la noticia de que un poco más al interior, en los cerros de Dolores y San Francisco, había tenido lugar una importante batalla. Un ejército chileno de unos 6.000 hombres al mando de don Emilio Sotomayor había derrotado completamente un ejército peruano y boliviano fuerte de 10.000. Se asegura que nuestras pérdidas no suben de 300 entre muertos y heridos.

El día 20 desembarcó toda la ambulancia, instalándose en el hospital cuya atención nos fue recomendada.

VIAJE AL SUR CON UN TRANSPORTE DE HERIDOS A BORDO DEL COPIAPÓ

Apenas instalados en el hospital, nos llegaron 180 heridos de la batalla de Dolores, de los cuales 150 fueron embarcados al día siguiente en el transporte *Copiapó*, y yo recibí orden de hacerme cargo de ellos para llevarlos al sur. A bordo me encontré con el compañero Julio Pinto A., cirujano del regimiento Cazadores, que debía ayudarme en la tarea. En la noche supimos la nueva que el puerto de Iquique se había rendido al Comandante Latorre después de que toda la guarnición se había retirado hacia el interior. En la cárcel se libertó a los 60 prisioneros, tripulantes de la *Esmeralda*, sobrevivientes del glorioso combate de Iquique; todos ellos fueron trasladados inmediatamente a bordo del *Cochrane*.

El día 23 de noviembre al amanecer, el *Copiapó* zarpó con rumbo al sur. Recalamos en Iquique y Antofagasta para proveernos de víveres y agua. En Caldera tocamos para desembarcar los heridos del regimiento Atacama, y en Coquimbo, donde nos tocó un día de pésimo tiempo y mar muy agitado, dejamos los heridos del regimiento Coquimbo.

El día 30 fondeamos en el puerto de Valparaíso con los 90 heridos que restaban. De estos se acomodaron 30 en los hospitales del puerto y los últimos fueron trasladados en la misma tarde, en un tren especial a Santiago, a donde llegué con ellos el 1º de diciembre, a las 6 de la mañana. Permanecí aquí sólo el tiempo necesario para instalar a mis heridos en los diferentes hospitales.

Después de saludar rápidamente a mis conocidos y familias amigas, regresé a Valparaíso, donde pude gozar de un descanso de cuatro días, descanso que por lo demás era muy necesario, pues los ocho días de aquella navegación fueron en realidad muy pesados. La tarea de atender los heridos hacinados en

las oscuras y mal ventiladas bodegas del buque, con elementos enteramente insuficientes y con un solo ayudante, fue casi superior a mis fuerzas. Llegué a Valparaíso sintiéndome mal, con ligera temperatura y con una erupción vesicular, parecida a varicela.

El buen aire del puerto, la alimentación sana de legumbres y frutas frescas, y sobre todo el aseo del cuerpo con buena y abundante agua, de todo lo cual había carecido por espacio de tantos meses; tuvieron por resultado una rápida mejoría.

En estos días de descanso tuve la satisfacción de poder presenciar la entrada triunfal de la corbeta *Pilcomayo* al puerto, y asistir a la grandiosa recepción que el pueblo de Valparaíso ofreció a los marinos sobrevivientes de la *Esmeralda* que en ella venían del norte, después de su largo cautiverio de Iquique.

El Intendente de Valparaíso saludó a los héroes en la plaza con una brillante alocución, entregándoles al terminar, a cada uno, una medalla de plata conmemorativa de aquella hazaña. La hermosa fiesta terminó con un banquete que se les ofreció en el Club Central. Me dicen que una parte de esta gente formará entre la tripulación del *Huáscar*, cuyas reparaciones están ya terminadas, encontrándose esta nueva unidad de nuestra Armada en mejores condiciones que cuando era peruano.

Con pena me despedí de mi hermano y de mi cuñada que recién entraba en convalecencia de una grave enfermedad de viruelas.

En mi viaje de regreso, que fue rápido y feliz, pude conocer el puerto y pueblo de Iquique, recién ocupado por nuestras fuerzas.

ESTADÍA EN PISAGUA

Diciembre 11.— En Pisagua encontré todo sin novedad, el servicio del hospital seguía su marcha normal.

El Dr. Ramón Allende Padín, cuya inteligencia y talento organizador es de todos conocido, ha sido nombrado Director del Servicio Sanitario; ojalá que se inicie una reforma del servicio de ambulancias y se las dote de mejor material y de un personal subalterno más numeroso y mejor preparado.

Rosende me impuso de los detalles del desastroso combate de la quebrada de Tarapacá, el 27 de noviembre, en el cual perdimos tan distinguidos jefes como Ramírez y Vivar, y amigos como Pedro Urriola y Jorge Cuevas del regimiento Chacabuco. Las bajas del 2º de Línea, Zapadores, Chacabuco y Artillería de Marina ascendieron según se dice, a unos 800 hombres entre muertos y heridos, de 2.000 más o menos que eran los nuestros. Recordamos al compañero Manuel A. Vivanco, cirujano de Zapadores, que había escapado ileso de aquella hecatombe.

DIARIO DE CAMPAÑA DE UN CIRUJANO DE AMBULANCIA

Pocos días después de mi regreso a Pisagua, conseguí un permiso para hacer una excursión al interior y conocer el campo de batalla de Dolores y San Francisco. El viaje lo hice con Klickmann en un tren de carga y como es de rigor aquí, sobre un carro plano, expuestos en el día al calor del sol y en la noche a la humedad de la camanchaca. A lo largo de la línea del ferrocarril, que tiene una longitud de más o menos 50 millas hasta Agua Santa, hay numerosas oficinas salitreras. El desierto de la pampa del Tamarugal tiene aquí el mismo aspecto desolador que en la región de Antofagasta, pero más hacia el interior existen de trecho en trecho profundas quebradas con vertientes de buen agua y abundante vegetación, como las de Jazpampa, Tiliviche y Tarapacá.

En Dolores nos alojamos en el campamento de uno de los cuerpos allí destacados. El suelo en toda esta región, a lo largo de la línea y en gran extensión alrededor de las oficinas, muestra los vestigios de la extracción del caliche, en forma de grandes excavaciones rodeadas de vallas de escombros, como si un arado gigantesco hubiera pasado por el terreno.

En la batalla los nuestros ocupaban el faldeo de los cerros de Dolores y de la Encañada de donde nuestra artillería dominaba todo el campo enemigo. Esta circunstancia agregada a la indecisión del enemigo para un ataque rápido, y la neblina de aquella tarde, explica la admirable y decisiva victoria chilena a pesar de la superioridad numérica del ejército aliado.

En el viaje de vuelta a Pisagua, en los edificios ruinosos y abandonados de una de las estaciones en que se detuvo el tren, encontré a un hermoso perro de raza terranova, tendido en el suelo, al parecer sin vida, sujeto aún de su cadena; al examinar más cerca al pobre animal, noté que en el cuello tenía una profunda herida, producida sin duda por los continuados frotos del collar en los esfuerzos, que por liberarse, debió haber hecho el animal en las horas y días de su abandono, en su desesperación de sed y de hambre. La herida del cuello era tan profunda que en el fondo de ella se había producido una fisura traqueal por la cual se notaba aún una débil respiración. Desprendí al pobre y agonizante animal de la cadena y del collar, le mojé la lengua con agua de mi caramayola y lo subí al carro. En Pisagua se repuso muy luego, sanó de su herida y agradecido, me acompañó fielmente hasta nuestra partida para Ilo, a donde no me fue posible llevarlo.

Pisagua, diciembre 15.— Aquí en el hospital ocupamos con Rosende una modesta pieza; nos hacen compañía el capellán señor Valdés Carrera y un pensionista enfermo, don Roberto Ovalle E., capitán del regimiento Esmeralda, con ellos jugamos de tarde una partida de brisca. Como tenemos muchos enfermos que, a falta de espacio en el edificio principal han tenido que ser ubicados en las carpas, no nos falta trabajo. Nuestro único recreo es el baño de mar que está muy a nuestro alcance. Dos veces al día bajamos a una pequeña playa que entre unas rocas existe en las inmediaciones del hospital, para entregarnos por espacio de media hora, antes de almuerzo y comida, a este agradable y sano ejercicio en las tranquilas y tibias aguas de la bahía.

Diciembre 30.— Parece que nuestra estadía en este puerto se prolongará por un tiempo indeterminado.

¡Hoy es el día de mi madre! Hace años que no paso este día en su compañía, y aun trascurrirán varios antes que pueda abrazarla. Supongo que mi última carta, en que expreso mis felicitaciones y mi afecto, ya estará en su poder.

En las últimas semanas hemos podido notar frecuentes movimientos de tropas que parecen tener por objeto exploraciones de las regiones de más al norte. Ayer salió la *O'Higgins* para Ilo llevando un batallón del regimiento Lautaro. Un batallón del regimiento Santiago bajo las órdenes del Comandante Pedro Lagos, salió hace días por Jazpampa en dirección al valle de Sama. Se dice que la Unión llevó un cargamento de armas a Mollendo.

La noticia de un avance del General boliviano Campero hasta Calama resultó ser inexacta. Se trataba al parecer sólo de una montonera que había llegado hasta San Pedro de Atacama.

Hace algunos días tuvimos el gusto de ver fondear en la bahía al *Huáscar*, ya enteramente reparado y con artillería nueva. Después de algunas horas volvió a zarpar en dirección al norte.

- Noticias de Lima anuncian que el Presidente Pardo [sic] abdicó al poder y que Piérola ha asumido el gobierno como dictador.
- El día de pascua lo pasamos como cualquier otro día.
- Se sabe que en Tacna se está reuniendo un ejército boliviano bajo las órdenes de Campero, y que en Arica se encuentra el General Montero con un ejército peruano de más o menos 6.000 hombres.
- Parece que se ha efectuado un canje de prisioneros de guerra. Hace días pasó por Pisagua un vapor inglés que llevaba hacia al norte la tripulación peruana del *Huáscar* y de la *Pilcomayo*. Se anuncia que los oficiales chilenos prisioneros en Tarma o Jauja pasarán hacia el sur en el próximo vapor. ¡Se susurra hasta de negociaciones para ponerle fin a la guerra!...

Enero 3 de 1880.— ¡El año ha terminado! Pero de qué diferente manera de como me lo había imaginado cuando, hace ocho meses salí de Santiago. Es cierto, he visto y he conocido a mucha gente, he recorrido una importante región del país; en vez de los estudios en las aulas universitarias, he conocido y palpado la vida práctica; en contacto directo con el mundo, he aprendido a tratar y conocer a los hombres. ¡No he perdido mi tiempo! Espero que todo esto sea de provecho en el porvenir.

La *Magallanes*, que viene del norte, trae la noticia que el batallón del Lautaro, que desembarcó en Ilo, había avanzado por el valle de Moquegua sin encontrar resistencia alguna. Sin embargo, se está embarcando en el *Itata* un batallón del Esmeralda, que va en refuerzo de la tropa que se encuentra en Ilo.

DIARIO DE CAMPAÑA DE UN CIRUJANO DE AMBULANCIA

Se dice que el Presidente Daza se ha refugiado a bordo del buque de guerra norteamericano Pensacola, y que Camacho asumió la presidencia de Bolivia.

Con el recién nombrado jefe de nuestra ambulancia, el Dr. Ravest, hemos tenido algunas dificultades por asuntos del servicio, debido a su carácter poco avenible. Cuando vuelva el Dr. Allende de Iquique esperamos que esto se arregle.

Enero 8.— La tropa del *Lautaro* y *Esmeralda* que fue a Ilo, ha regresado sin novedad. Se dice que esta expedición de exploración fue un verdadero paseo por el valle de Moquegua, no encontrándose la menor resistencia en ninguna parte.

Hoy hemos tenido que lamentar un desgraciado accidente en la estación del ferrocarril. Un tren en que iban hacia el interior varios cientos de soldados de reserva recién llegados del sur, momentos después de partir se desvió a la salida de la estación, yéndose a estrellar contra las paredes de la bodega de la estación. A resultas de este accidente hubo 10 muertos y más de 40 heridos. Entre estos una gran parte tenían fracturas complicadas de las piernas, debido a esto a la circunstancia de que la gente iba en carros planos de carga y muchos de los soldados sentados en el borde de los carros con las piernas colgando, así que todos los que iban en el lado del tren que se estrelló contra el edificio, recibieron el golpe en las piernas. Desde las 3 de la tarde y durante toda la noche hasta el amanecer, estuvimos atendiendo a estos heridos. Hubo necesidad de hacer dos amputaciones y nueve vendajes por fracturas de las piernas o muslo. ¡Por falta de camas tuvimos que acomodar a muchos de los enfermos antiguos en el suelo para hacerles lugar a los heridos!

Febrero 12.— Por los diarios supimos que Klickmann ha vuelto de Chiloé donde pasó sus vacaciones, así que es posible que llegue en estos días en el *Itata*... Recibí correspondencia de Valparaíso y de Valdivia con buenas noticias de todos los míos.

El Dr. Ravest hizo la renuncia de su puesto de jefe de la ambulancia y nuestros practicantes también se retiran todos. Interinamente desempeño yo el cargo de jefe.

El Dr. Allende nos ha prometido una completa reorganización de la ambulancia, dotarla de nuevo material y nombrar un personal subalterno más eficiente. Para el puesto de ecónomo se nombró, en lugar de Ariztía, el que hace tiempo había reemplazado a Castro, al señor Francisco Machuca, que se está desempeñando a nuestra satisfacción.

En el hospital tenemos de jefe al Dr. Ríos, bajo cuya acertada dirección hacemos una instructiva y buena práctica diagnóstica y terapéutica. En esta forma hemos aprovechado muy bien los últimos dos meses.

Fuera de las breves salidas a la playa para el baño, no nos movemos del hospital, pues en la ruinas del pueblo no hay nada que ver, a no ser algunos almacenes y despachos que en las noches son el sitio

de borracheras y pendencias. Uno de nuestros sirvientes falleció a consecuencias de una puñalada que recibió en una de las salidas al pueblo de noche.

Problema de interés primordial es aquí en Pisagua, como también lo era en Antofagasta, el de suministrar al Ejército el agua para la bebida.

En toda la costa no existe otra agua que la que se obtiene por destilación del agua de mar, en establecimientos que se designan corrientemente con el nombre de "resacadoras". En ocasiones de mayor necesidad, contribuyen a este objeto los buques de guerra, provistos igualmente de aparatos de destilación.

En aquellos establecimientos el agua se vende a tanto la arroba; y la ración diaria por individuo en el Ejército se calcula en dos litros. La distribución se hace diariamente a los diferentes cuerpos y al hospital.

A esta operación se le da cierta importancia a causa del gasto que significa el consumo de este artículo de primera necesidad. Aquí se procede a ella bajo la supervigilancia del General Baquedano, que por de pronto no tiene en el Ejército otro cargo.

Desde algunos días tenemos a nuestra disposición un bote en el cual hemos salido a pescar en las costas cercanas, surtiéndonos así de pescado fresco tanto para nosotros como para los enfermos del hospital.

Las noticias del Perú no son de mayor interés. Piérola continúa de dictador en Lima.

Se dice que en la región de Moquegua, Arica y Tacna los aliados están reuniendo un gran ejército. ¡Se habla de 15.000 hombres!

Es general la creencia que próximamente haremos una decisiva expedición al norte. Esta creencia se funda en que desde hace poco nuestro Ejército está organizado formando cuatro grandes divisiones en la siguiente forma:

PRIMERA DIVISIÓN. Regimientos Esmeralda, 3º de Línea, Navales y Valparaíso.

Un escuadrón de Caballería.

Una batería de Artillería.

Ambulancia Valparaíso.

Jefe, Coronel Amengual.

SEGUNDA DIVISIÓN. Regimientos Santiago, 2º de Línea, Atacama y Bulnes.

Un escuadrón de caballería.

DIARIO DE CAMPAÑA DE UN CIRUJANO DE AMBULANCIA

Una batería de artillería.
Ambulancia Santiago N° 1.
Jefe, Coronel Muñoz.

TERCERA DIVISIÓN. - Regimientos, 4º de Línea, Coquimbo, Chacabuco y Artillería de Marina.
Un escuadrón de caballería.
Una batería de artillería.
Ambulancia 3º de Santiago.
Jefe, Coronel Amunátegui.

CUARTA DIVISIÓN. - Regimientos, Buin 1º de Línea, Zapadores y Lautaro.
Un escuadrón de caballería.
Una batería de artillería.
Ambulancia 2º de Santiago.
Jefe, Coronel Barboza.
General en jefe, general Erasmo Escala.
Jefe de Estado Mayor, Coronel Pedro Lagos.
Figura además una compañía de pontoneros.

Las reservas, acantonadas en la región de Iquique, están formadas por los regimientos: Valdivia, Chillán, Caupolicán, Melipilla, Colchagua, Cazadores del Desierto, Aconcagua N° 1, Aconcagua N° 2 y Atacama N° 2.

La primera división está acampada en Hospicio y Jazpampa, la segunda en San Antonio, la tercera en Dolores y la cuarta en Santa Catalina.

Todo esto está, pues, muy bien dispuesto, y el Ejército se encuentra en muy buen pie y bien entrenado en las marchas por el desierto.

Respecto a la reorganización de las ambulancias y del servicio sanitario en general, no se ha avanzado gran cosa, faltan medios de movilización propios y el personal es insuficiente. La tropa había sido provista al principio de la campaña de un "paquete de curación", que consistía en una pequeña bolsa de género que contenía una venda, una pieza de lienzo de un metro cuadrado y un paquete de hilas, destinado todo esto a una primera curación de urgencia. Cada soldado tenía en su mochila uno de estos paquetes, pero después de algunos meses, era raro encontrar un soldado que conservara aún entre su equipo este rudimentario adminículo; su contenido, destinado primitivamente a la primera curación en caso de una herida, había sido reemplazado durante las largas estadias en los campamentos, por otros objetos de uso personal y más comúnmente servían de bolsas tabaqueras.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Nuestros botiquines estaban provistos de los medicamentos más necesarios, cloroformo, quinina, ipecacuana, opio, morfina, yodo, etc., pero el instrumental era pobre, faltaba algodón y aparatos prácticos para fracturas. Nuestro desinfectante principal era el ácido fénico y el alcohol, y en su defecto, después en Moquegua, Locumba y Sama, nos servíamos del pisco, que en aquellas regiones encontrábamos en cantidades más que suficientes.

EMBARQUE DEL EJÉRCITO – ESTADÍA EN PACOCHA Y MOQUEGUA

Pacocha, febrero 28.

El día 23 de febrero, en Pisagua, recibimos orden de embarcarnos en el velero *Humberto I* con todo nuestro personal y materiales. En este buque se reunieron todas las ambulancias menos la 2ª de Santiago, que aún permanece en Antofagasta. El Ejército se embarcó todo en los transportes y buques de guerra y en los tres veleros.

Al día siguiente, 24 de febrero, antes de mediodía, esta complicada operación del embarque de un ejército numeroso con todos sus agregados, la artillería, la caballada, las mulas, etc., estaba terminada.

A las 12 el convoy se fue poniendo en marcha. Conté 13 grandes vapores y buques de guerra, tres buques de vela, el escampavía *Toro* y dos torpederas. Los buques de vela eran remolcados por el *Matías Cousiño*, el *Limarí* y el *Lamar*. En los afueras del puerto el convoy se organizó en la siguiente forma: a la cabeza, el *Blanco*, dos torpederas y el *Toro*; en segunda fila iban el *Copiapó*, *Itata*, *Loa*, *Amazonas* y la *Magallanes*; en tercera fila, el *Matías* con el velero *Mary* al remolque el *Limarí*, con el *Elvira Álvarez* y el *Lamar* con *Humberto I*; más atrás venía el *Angamos*, *Santa Lucía*, el *Abtao* y el *Toltén*.

El aspecto general de este gran convoy, que desde nuestra posición central podíamos contemplar en toda su extensión, me pareció magnífico; y el entusiasmo que animaba el corazón de todos los que en él íbamos, no lo era menos.

A pesar de que no sabíamos con precisión adonde nos dirigíamos, se supo que sería a algún puerto de la región de Moquegua.

Navegamos toda la noche sin la menor novedad, y a las 10 del día siguiente, el convoy se detuvo a la vista del puerto de Pacocha, donde encontramos a la *Chacabuco*. El pueblo resultó estar completamente abandonado, así que el desembarco de las tropas, que comenzó inmediatamente y se efectuó por precaución entre unas rocas al lado sur del pueblo, se terminó sin entorpecimiento. A las dos de la tarde vimos desde nuestro buque, flamear el pabellón chileno sobre los edificios del pueblo. Nosotros pasamos la noche aún a bordo y desembarcamos sólo cuando nuestro ecónomo nos avisó que había encontrado una casa adecuada para alojar a la 1ª y 3ª ambulancia, al paso que la 4ª se instaló en el edificio de la estación

del ferrocarril, en donde desde luego organizó un hospital que ya está prestando servicios, pues enfermos no faltan.

Nosotros, por nuestra parte, nos encontramos cómodamente instalados en nuestra casa. Existen varios almacenes italianos donde nos podemos surtir de todo lo necesario: hay frutas que vienen de Ilo, aunque no están aún en toda sazón: no falta tampoco buen vino de Moquegua y pisco de Locumba. Además tenemos provisiones que se trajeron previsoramente desde Pisagua.

Febrero 29.— Ayer por la mañana entró al puerto la *Magallanes* con bandera a media asta. Traía la noticia de la muerte del Comandante Thompson del *Huáscar*, el cual, con la *Magallanes* había sostenido un combate con el *Manco-Capac*, los fuertes de Arica y algunas torpederas, que duró cerca de ocho horas. ¡Una bala de cañón causó la muerte de Thompson! La *Magallanes* también fue tocada por algunos proyectiles que causaron una sola baja y algunos perjuicios de consideración.

Marzo 4.— Se ha sabido que el 1º tuvo lugar un bombardeo del puerto de Arica por el *Blanco*, el *Huáscar* y el *Angamos*, que duró varios días.

Domingo, marzo 7.— Hoy de improviso llegó la orden de que Rosende y yo nos embarcáramos en el *Amazonas* para acompañar una expedición que a las órdenes del Coronel Barboza, debía operar sobre Islay y Mollendo.

Iban el batallón Navales embarcado en el *Blanco*, Zapadores en el *Lamar* y el 3º de Línea y 30 cazadores a Caballo en el *Amazonas*, en total unos 2.000 hombres.

Zarpamos el lunes a mediodía y después de navegar unas siete horas, ya oscuro, el convoy se detuvo en alta mar.

A la una de la mañana nos volvimos a poner en marcha para acercarnos al puerto de Islay, un poco al norte de Mollendo. A las 4 de la mañana comenzó el desembarco de la tropa con toda precaución y silencio, en una pequeña playa al norte del pueblo, donde entre unas rocas desemboca un pequeño estero. Se susurró que el *Blanco* en esas maniobras, estuvo a punto de encallar en las rocas que, a flor de agua, no se veían en la oscuridad.

A pesar de todas las precauciones, un destacamento peruano se aperció de la operación y comenzó a hacer fuego sobre los invasores. Después de un corto tiroteo, los peruanos se retiraron y el desembarco pudo llevarse a cabo sin ulterior dificultad.

El pequeño pueblo se encontraba enteramente abandonado, así que la tropa luego se puso en marcha hacia Mollendo, situado a unas tres leguas más al sur. Una vez terminadas aquellas opera-

ciones, el *Amazonas* se dirigió a Mollendo adonde llegamos casi junto con la vanguardia de nuestras tropas.

Aquí se supo que la guarnición peruana de más o menos 200 hombres se había retirado hacia el interior antes de la llegada de los nuestros, pero que fue alcanzada por nuestra caballería y Zapadores en las estaciones de Mejía y Ensenada del ferrocarril de Arequipa, donde se hicieron 18 prisioneros y se inutilizaron unos 40 carros del equipo.

En Mollendo desembarcamos para conocer la ciudad que como Islay, estaba enteramente desierta, pero que por lo demás nos hizo una impresión bastante favorable. Nos llamó la atención la cantidad de soldados francos que recorrían las calles, algunos de ellos ya en estado manifiesto de ebriedad, pues de la Aduana habían sido extraídas considerables cantidades de vino, cerveza y licores.

En el curso del día, recorriendo la ciudad, pudimos observar desórdenes provocados por estos soldados vagos que penetraban en las casas y almacenes abandonados por sus dueños. Estos lamentables sucesos, señales de relajación de la disciplina y del orden, hicieron que el comando dispusiera, aunque tarde, medidas estrictas de represión, y ordenara el regreso a Islay del regimiento 3º de Línea que ya en el camino y a la llegada, había dado muestras de descontento y de insubordinación. A pesar de esto fue imposible reunir a todos los soldados dispersos en la población, que luego comenzaron a promover desórdenes serios.

Al caer la tarde, comenzando ya a oscurecerse, oímos algunos disparos de rifle, que muy pronto fueron aumentando en número. Le manifesté entonces a mi compañero la conveniencia de que regresáramos a bordo del *Amazonas*. Al pasar por el edificio de la aduana, situada en las proximidades del muelle, divisamos en el patio y en el interior del edificio escenas de un completo y lamentable desorden.

Una vez a bordo de nuestra nave, ya de noche, vimos las primeras señales de un incendio hacia el lado norte del pueblo. Las llamas fueron aumentando gradualmente, hasta que en la noche, la mayor parte de la ciudad era una inmensa hoguera, cuyos resplandores iluminaban toda la bahía, de tal manera que en la cubierta del *Amazonas* podíamos leer sin dificultad las letras de imprenta de un diario.

Al día siguiente, 11 de marzo, por la mañana el *Amazonas* volvió a Islay para embarcar el 3º de Línea, y volver luego a Mollendo. Durante este trayecto pude observar en la cubierta a los “niños” del 3º en charla familiar comentando las aventuras de los últimos días y haciendo alarde de las “granjerías” que cada uno había podido hacer.

En Mollendo fuimos a ver la estación del ferrocarril que había sido destruida con dinamita bajo la dirección de Arturo Villarroel, el “General Dinamita”. Del bonito edificio no quedaba sino un montón de escombros. Otro tanto se hizo con las locomotoras, carros y máquinas.

DIARIO DE CAMPAÑA DE UN CIRUJANO DE AMBULANCIA

El día 13 se pasó en la tarea de buscar y reunir los soldados dispersos en el pueblo e irlos embarcando. Esto último no es siempre fácil en un puerto como Mollendo, enteramente abierto a los vientos reinantes del sur y en donde, más que en otras partes de la costa, es frecuente aquel extraño fenómeno que en todo el norte se designa con el nombre de “braveza del mar”.

Al fin, en la noche nuestro convoy pudo zarpar de regreso a Pacocha, adonde llegamos el 14 en la noche. En los días que duró esta expedición, en sí misma sin duda muy interesante, pero que me sugirió sentimientos y reflexiones muy encontrados, ¡no tuvimos felizmente ocasión de prestar servicios médicos ni quirúrgicos! ¡No hubo enfermos ni heridos! Cosa bien rara por cierto.

Pacocha, marzo 15.

A nuestro regreso supimos que la 2ª División al mando del General Baquedano, con 800 jinetes, 14 cañones y la ambulancia Valparaíso había partido en dirección a Moquegua, ciudad defendida por un fuerte destacamento peruano.

Como del equipo de la línea del ferrocarril a Moquegua no había más que dos locomotoras y unos pocos carros, y todo esto en mediocre estado, la tropa tuvo que hacer la marcha a pie. Las máquinas se reservaron para llevar las provisiones y el agua. Sucedió entonces que las locomotoras se descompusieron en el camino y no llegaron al punto convenido. Cuando la tropa llegó al punto de reunión, rabiosa de sed y cansancio y se encontró sin agua, estallaron serios desórdenes, imposibles de reprimir por la oficialidad. La tropa comenzó a desbandarse en dirección al valle aún lejano, ya en completo desorden. El General Gregorio Urrutia, recordando la desgracia que parecidas circunstancias motivaron en la quebrada de Tarapacá, tuvo que recurrir a medidas de extraordinaria energía, mandando hacer fuego sobre los desbandados, para restablecer el orden y hacer volver la tropa.

Pacocha, marzo 17.

Llegan los primeros rumores de un importante encuentro de la 2ª División con las tropas peruanas de Moquegua.

Anteayer entró al puerto la *Pilcomayo*. Fuimos a bordo a visitar y saludar al compañero, Dr. Cornelio Guzmán, cirujano de la *Esmeralda* durante el combate con el *Huáscar* en Iquique el 21 de mayo del año pasado, el cual, saliendo de su cautiverio de Jauja venía en este buque de regreso a la patria.

Las provisiones para el Ejército habían comenzado a escasear, pero el transporte *Carlos Roberto* que viene del sur nos trae nuevos repuestos.

Marzo 19.— Ayer por la mañana entró el *Matías Cousiño* con la noticia de que la *Unión*, burlando la vigilancia del *Huáscar* encargado del bloqueo de Arica, había entrado al puerto, y después de la permanencia de un día, había vuelto a salir ileso a las 5 de la tarde.

Marzo 28.— Llegaron noticias detalladas de Moquegua. En resumen dicen lo siguiente: el día 22 de marzo las tropas chilenas al mando del General Baquedano obtuvieron una decisiva victoria sobre las tropas peruanas de guarnición en esa ciudad. Al saber la aproximación de los chilenos, las tropas peruanas se atrincheraron en el cerro de los Ángeles, situado al norte del río, enfrente del pueblo, ocupando allí magníficas posiciones, consideradas casi como inexpugnables. En la noche del 21, el batallón Atacama inició el ataque escalando aquel cerro por el lado más escarpado y por esa razón poco vigilado, efectuando esa ascensión difícilísima en el espacio de cuatro horas, mientras el resto de nuestras tropas emprendieron una marcha envolvente por el lado opuesto. El ataque simultáneo comenzó al amanecer antes de las seis de la mañana y después de una breve resistencia de menos de una hora, los peruanos, en desordenada fuga, se retiraron en dirección a Tarata, pues el 2º de Línea les había cerrado el camino a Tacna en dirección al sur. Los malos caminos impidieron una persecución del enemigo más allá de Tarata. Nosotros tuvimos sólo 10 muertos y 30 heridos.

Nuestras tropas en Moquegua se encuentran en excelentes condiciones, con provisiones en abundancia y vino en grandes cantidades, pues en esta materia, a causa de la guerra se ha acumulado el producto de dos cosechas. Esta circunstancia ha sido motivo de enérgicas medidas de la superioridad militar para prohibir el consumo excesivo del vino que es muy generoso y alcohólico.

De ambulancias se encuentran allá la de Valparaíso y una ambulancia peruana.

El Coronel Lagos ha hecho renuncia de su puesto de Jefe de Estado Mayor y se ha trasladado a Iquique, acompañando al ministro de Guerra en Campaña, don Rafael Sotomayor. Allá también se encuentra el Dr. Allende Padín.

Hoy tuve que recibir y acomodar en las carpas de nuestra ambulancia a 30 enfermos mandados del interior.

En la estación Hospicio, punto de donde parten los caminos a Locumba y Sama, parece que se van acumulando depósitos de provisiones. ¿Será esto un signo de que la partida del Ejército se va aproximando?

Hoy despaché una detallada carta a Europa para mi madre.

Pacocha, abril 8.— El 31 de marzo resolví hacer una excursión a Moquegua con el fin de conocer aquella región, pero principalmente con el objeto de traer legumbres y fruta fresca para los enfermos y el personal de la ambulancia. Para ello era necesario un pasaporte y un permiso especial de la superioridad militar.

DIARIO DE CAMPAÑA DE UN CIRUJANO DE AMBULANCIA

A ese fin fui a ver al General Escala para conseguir la autorización necesaria y explicarle el objetivo de mi viaje. El General me recibió con la llaneza y la amabilidad que lo caracteriza, accedió a mi pedido y extendió personalmente el permiso. Me llamó la atención la facilidad con que el General manejaba la pluma con su mano izquierda. Su brazo derecho lo perdió, según creo, en la batalla de Loncomilla.

Partí al día siguiente a las 9 de la mañana en una locomotora, en compañía del compañero Juan P. Rojas; a las 2 de la tarde llegamos a Hospicio.

La línea atraviesa desde Pacocha, y aun hasta Conde, una región que es un verdadero desierto.

En Conde la línea entra al fértil valle de Moquegua, apareciendo desde luego las extensas viñas y plantaciones de árboles frutales. Su ancho varía desde una a varias cuerdas. Al pie de los cerros estériles que limitan el valle en ambos costados y que marcan el comienzo del desierto plano de la altura, se divisan de trecho en trecho, edificios que deben ser las bodegas en que se depositan los vinos. Más hacia arriba, en Samegua y Llacango comienzan los alfalfaes y variedad de árboles frutales, naranjos, paltos, chirimoyos, etc.

El pueblo de Moquegua tiene un aspecto francamente colonial, está situado en la ribera sur del río, frente a la cuesta de los Ángeles, detrás de la cual se divisa el cerro "El Ataúd" que separa el valle de Moquegua del de Tarata. Las calles son estrechas pero pavimentadas y las principales se veían embanderadas con banderas italianas, pues fuera de unas pocas tiendas chinas, casi todo el comercio es italiano. En las calles se veían sólo mujeres y niños, y en general se notaba el miedo y la aversión hacia los chilenos; sin embargo, no tuvimos ninguna dificultad ni desagradados en los días de nuestra estadía. El batallón Grau, que se batió en la cuesta de los Ángeles, estaba formado por gente de este pueblo.

Visitamos la ambulancia peruana, que encontramos muy bien instalada. Nos llamó la atención el numerosísimo personal. Probablemente los jóvenes de la sociedad, al aproximarse las tropas chilenas, encontraron en ella un cómodo y seguro lugar de refugio.

Otro día hicimos una excursión al campamento de Cazadores instalado en el lado norte del río, en dirección de la cuesta, en compañía del amigo Julio Pinto Agüero, cirujano de ese cuerpo, donde nos sirvieron un almuerzo con abundante vino blanco de excelente calidad.

Estábamos alojados en las casas del capellán don Ruperto Marchant P., donde en una gran sala, y en compañía de varios otros amigos nos acomodamos, a falta de camas, en el piso entablado sobre nuestros abrigos.

El día 5 de abril volví al puerto llevando un carro cargado de frutas y legumbres.

En la bahía encontré reunidos numerosos buques de la escuadra que al día siguiente partieron en dirección al norte, según se dice al Callao.

PRIMEROS MOVIMIENTOS DEL EJÉRCITO EN DIRECCIÓN A TACNA

Abril 6.— Hoy al amanecer partieron para Hospicio el Buin y Carabineros de Yungay. Mañana debe salir el resto de la primera división hacia el mismo punto y a Locumba.

Se ha efectuado un cambio importante en el comando superior del Ejército: el General Baquedano ha sido nombrado General en Jefe en lugar de Escala, y Jefe del Estado Mayor el Coronel Velásquez.

A mi regreso de Moquegua tuve la grata sorpresa de encontrarme con cartas de Valparaíso y de Valdivia, que contesté inmediatamente.

MARCHA A LOCUMBA

Locumba, abril 20.— ¡Ayer llegamos a este fértil y hermoso valle! El día 15 recibimos en Pacocha orden de prepararnos para la partida, que se fijó para el 17.

La estadía de mes y medio en Pacocha, a diferencia de la prolongada y aburridora vida de campamento de Antofagasta y de Pisagua, ha sido en general más variada e interesante, pues la guerra había entrado en un periodo de mayor actividad, y el gran movimiento de tropas que presenciábamos a diario hacía entrever la posibilidad de próximos e importantes acontecimientos.

En todo el Ejército dominaba la idea y la esperanza de que se acercaba el momento en que una acción decisiva pondría fin a la contienda en que estaba empeñado.

Además del agrado con que se recibe toda expectativa de cambio, había otro motivo de orden material que hizo que nos fuera más simpática la orden de partida; ¡me refiero a la plaga de las moscas! La permanencia en nuestro campamento; en la casa o en las carpas de los enfermos iba siendo realmente insoportable a causa de esta plaga. La abundancia de estos dípteros era verdaderamente inverosímil.

En nuestra habitación era tal la cantidad de moscas que en las tardes cuando se recogían al interior de las piezas, formaban en el cielo y en la parte superior de las paredes una espesa capa negra de donde salía un zumbido sordo y continuo. Para comer teníamos que recurrir a maniobras complicadas para evitar que cubrieran los guisos o cayeran sobre los platos que nos servíamos. Su extraordinaria multiplicación era debida sin duda a la benignidad del clima y a la presencia en los alrededores y en el pueblo mismo de la numerosa caballada y mulas del Ejército.

DIARIO DE CAMPAÑA DE UN CIRUJANO DE AMBULANCIA

Al día siguiente de recibir la orden de partida, trasladamos nuestros 25 enfermos al hospital y comenzamos a pasar nuestro material a la estación, tareas que nos ocuparon toda la tarde.

El 17 por la mañana partimos en un tren y llegamos a las 11 a Hospicio, donde nos recibió el Comandante Bascuñán para entregarnos las mulas que debían llevar la ambulancia a Locumba, pues otro medio de transporte no era posible por falta de caminos.

La noche se pasó en compañía de los oficiales de una compañía del 4º de Línea. El Teniente Almarza nos indicó un corredor donde acomodamos nuestras camas. Alguien me había regalado una botella de vino generoso, y no sabiendo donde guardarla, la metí para mayor seguridad debajo de la montura que me servía de almohada durante la noche. ¡Pues señor! ¡Cuando desperté por la mañana, aquel elixir, que debía servirnos para remojar nuestro desayuno de charqui, había desaparecido!

Temprano comenzó la tarea de cargar las mulas, pero como teníamos que reservar cabalgaduras para el personal y para nosotros, resultó que tuvimos que dejar una parte de las carpas y otros objetos pesados, para que nos fueran enviados más tarde.

La recua se componía de 18 mulas de carga y 10 de montura. A falta de monturas los practicantes y mozos se acomodaron en frazadas o almohadas, algunos de a dos en un animal, y salieron adelante con los capataces. Rosende y yo seguimos una hora más tarde.

La distancia hasta Locumba será de unas doce leguas. El camino en general es plano, pero interrumpido por una extensa depresión del terreno o quebrada de unas leguas de ancho, en la cual el camino es malo, de muchas subidas y bajadas y grandes vueltas. Al llegar a la elevada orilla que limita hacia el norte esta gran depresión, gozamos de una vista maravillosa sobre el grandioso panorama que se extendía delante de nosotros: una serie interminable de cerros y montículos de forma más o menos cónica, de coloración rojiza, alumbrados por los rayos del sol poniente. Por entre ellos aparecían quebradas tortuosas y profundas, formadas probablemente por corrientes de agua que en tiempos anteriores deben haber regado estos terrenos bajos convertidos actualmente en un desierto seco y estéril, sin un vestigio de vegetación.

A las ocho de la noche divisamos el fértil valle de Locumba. A poco andar llegamos a un punto llamado Zitana. Nos detuvimos delante de una casita de la cual, a nuestros llamados, salieron dos oficiales y nuestro antiguo y conocido ecónomo, Víctor Castro, a recibirnos. Después de ofrecernos una taza de té y una copa pisco, ellos reanudaron su interrumpido sueño y nosotros extendimos nuestras monturas debajo de una ramada al lado de la casa.

A las ocho de la mañana ensillamos nuestras cabalgaduras, y después de despedirnos seguimos nuestro camino por un costado del valle y a lo largo de viñedos y plantaciones en dirección del

pueblo. De pasada divisamos, ya cerca de la población, entre las viñas, los campamentos de los regimientos Esmeralda y Navales, pertenecientes a la primera división, a la cual también nuestra ambulancia había sido agregada últimamente. Nos presentamos desde luego al jefe de la división, coronel Amengual, quien nos indicó que instaláramos la ambulancia en la iglesia y sus anexos, situada en uno de los costados de la modesta plaza del lugarcito. El edificio era antiguo pero espacioso, muy adecuado para el objeto. Para los practicantes y el personal de mozos se armaron algunas carpas en el patio interior, donde también quedó la cocina y el resto del material. Nosotros los cirujanos, nos instalamos en la sacristía, amueblada con unos escaparates destinados a guardar los trajes del cura. Las paredes estaban adornadas de algunos cuadros de santos a cuyo aspecto terrorífico tuvimos que acostumbrarnos poco a poco. El resto de nuestro material, como angarillas, carpas y frazadas, fue llegando algunos días después de que tomamos posesión de la iglesia, pues a causa del desastroso estado en que se encontraban las mulas, se tuvo que dejar una parte de la carga en el camino para mandar por él en seguida.

ESTADÍA EN LOCUMBA

Abril 22.— El compañero M. Salamanca, cirujano del Buin, nos vino a notificar que en los campamentos había unos 200 enfermos que debían trasladarse sin tardanza al hospital que estábamos instalando en la iglesia, así que no nos faltaba trabajo.

Provisiones no escasean, frutas y uvas hay en abundancia como también vino, y en el estero dicen que abundan buenos camarones. En la vecindad de la iglesia existe una bodega con una cantidad de tinajas de greda en parte aún llenas de pisco, lo que es una tentación para nuestro personal, que por esa causa es objeto de una continua y estricta vigilancia de la guardia que el coronel ha puesto a nuestra disposición.

Antes de la ocupación de Locumba, fue sorprendido aquí por la montonera del caudillo peruano Albarracín, un piquete de nuestros Cazadores a Caballo al mando del Comandante Diego Dublé A., ocupado en la exploración de las regiones vecinas. De los 25 hombres sólo lograron escapar diez y el jefe; los restantes fueron muertos o cayeron prisioneros, entre ellos el alférez Almarza.

Se espera que el resto del Ejército irá llegando en estos días desde Pacocha. De Sama llega la noticia que nuestra caballería, de avanzada en ese punto, tuvo un encuentro con la montonera de Albarracín, perdiendo éste unos 140 hombres entre muertos y heridos; en esta forma quedó vengada la derrota de Dublé en la emboscada de Locumba.

Ayer fuimos a comer con los oficiales de la artillería, que están regimiento instalados en una casa en que nada falta, muebles, servicio, cristalería. El pueblo mismo está enteramente desierto, fuera de unas pocas mujeres y niños no se ve un alma.

DIARIO DE CAMPAÑA DE UN CIRUJANO DE AMBULANCIA

Abril 23.— Hoy, al fin, llegó el resto de nuestro material a Zitana. Entre él se encuentran también las cajas con los medicamentos que nos hacían mucha falta. No teníamos nada que darle a nuestros enfermos, pues la única pequeña botica que encontramos en el pueblo estaba pésimamente surtida. Mandaremos inmediatamente a buscar lo que más falta hace. Las enfermedades más comunes son los catarros gastro-intestinales y sobre todo las tercianas, debidas al clima húmedo del valle y a la abundancia extraordinaria de zancudos.

En la noche fuimos a comer en compañía de algunos oficiales, el Mayor Salvo, el Capitán Errázuriz y el Teniente Toro, que por cierto no están tan pobremente instalados como nosotros en nuestra sacristía.

Mayo 1º.— Hoy supimos que pasó por Zitana, en marcha para Buenavista en el valle de Sama, y como última, la segunda división que viene de Moquegua. Antes habían partido ya la primera y tercera. La cuarta había desembarcado en Ite, junto con la artillería de campaña y de montaña, trasladadas a esa caleta por mar desde Pacocha, pues el transporte de las pasadas piezas por tierra desde Hospicio, habría sido poco menos que imposible; y aun así nos dicen que el desembarco de los cañones y la subida de ellos hasta la altura de los cerros de la costa fue un trabajo de romanos, llevado a cabo bajo la dirección del capitán Orella. En Sama se encuentra reunido así la casi totalidad del Ejército. Nosotros por ahora y hasta nueva orden, tenemos que quedarnos aquí en Locumba al cuidado de no menos de unos 300 enfermos. De ellos ya hemos mandado los más leves, que son unos 100 a la costa para ser embarcados. El resto se irá a medida que tengamos medios de transporte, pues los más graves sólo se podrán llevar en carros. La única ambulancia que se encuentra en Sama es la de Valparaíso.

Durante los últimos dos días estuvimos aquí enteramente solos, así que hemos pasado las noches algo alarmados y en vela; hasta que conseguimos que se nos mandara una guardia de unos 50 hombres.

Se nos dice que dentro de tres días seremos relevados. ¡Ojalá! Y antes de que nos coman los zancudos que tanto abundan en este valle.

Mayo 5.— Campamento de Buenavista (Sama).

El domingo 2 de mayo en la noche, llegó una partida de mulas para transportarnos a Sama, ¡sorpresa por cierto más que agradable! Como ya de antemano habíamos embalado la mayor parte del material, se preparó la partida para el día siguiente. Ya a las 9 estaban cargadas y listas las 23 mulas. La pequeña caravana se puso en marcha en dirección a Zitana, para comenzar desde ahí, la travesía del valle de Locumba hasta Camcara. Desde este punto comienza la ascensión de los cerros que limitan el valle por el sur. A las 2 de la tarde llegamos a la cumbre, desde donde la vista abarca un inmenso panorama, una llanura que se extiende hasta la región de Tacna, situado detrás de unos cerros que lo ocultan a la vista. El valle de Sama, nuestro objetivo, se presentaba a la distancia en aquel desierto gris, como una faja verde, de aspecto halagador y aparentemente mucho más cerca de lo que en realidad se encontraba, fenómeno

que es debido a la extraordinaria pureza y transparencia del aire. Sólo después de una marcha de más de cinco horas, llegamos a las 7 p.m. al término de nuestra jornada. Desde mucho antes divisamos los fuegos de los extensos campamentos del Ejército. Nos detuvimos delante de una ramada que el Dr. Martínez nos tenía reservada. Se comenzó a descargar las mulas, y una vez terminada esta tarea y ordenado a la ligera el material, nos acostamos a dormir envueltos en nuestros chales, en el suelo de la ramada.

El Ejército se encuentra acampado en la orilla norte del valle de Sama que es mucho menos profundo, de riberas mucho más planas que los de Moquegua y Locumba; lo recorre un estero o río que riega campos fértiles en que se cultiva la caña de azúcar, algodón, alfalfa, etc.

Las divisiones y cuerpos del Ejército ocupan una faja de terreno de unas 20 cuadras de extensión; el aspecto general de este gran campamento con su activa vida militar, el ir y venir de soldados y ordenanzas, las alegres ramadas verdes en que se hospedan las tropas, adornadas en su mayor parte con banderitas chilenas o con los pabellones de las distintas divisiones, entreveradas con las carpas destinadas a la oficialidad, es de lo más romántico y encantador, sobre todo de noche cuando se divisan los innumerables fuegos en los cuales la tropa prepara el rancho.

Detrás de la primera división, a la cual está agregada nuestra ambulancia, hice armar unas tres carpas para nuestro alojamiento mientras llega el resto del material. Enfermos no faltan, y ya estamos organizando un pequeño hospital, instalado en una ramada, que atendemos junto con los compañeros de la ambulancia Valparaíso, vecina a nosotros.

Se sabe que el ejército enemigo, fuerte de unos 12.000 hombres, se encuentra sólo a unas seis leguas de distancia, en unas colinas cercanas a Tacna, que en parte se divisan desde las colinas vecinas.

El espíritu de nuestras tropas es magnífico, con fe inquebrantable en la victoria; nadie piensa en un fracaso, que, ya que nos encontramos en un desierto sin recursos y tan lejos de la costa y de nuestra escuadra ¡sería de consecuencias incalculables!

Se espera el resto de la artillería, que debe venir de Ite acompañada del regimiento Chillán y Zapadores.

Provisiones no faltan, pues se ha estado trayendo en grandes cantidades desde Hospicio. Este transporte constante de víveres, municiones y materiales para el Ejército durante los últimos meses, ha exigido un esfuerzo extraordinario de las bestias de carga, pues el estado de los caminos no permite sino el transporte a lomo de mula. Estos pobres animales se encuentran por esta causa en un estado lamentable.

El valle de Sama, en general, no está tan bien cultivado como el de Locumba, pero en mis viajes al Lazareto, donde atiendo algunos enfermos de viruela, y que por la gran distancia a que está situado, tengo

DIARIO DE CAMPAÑA DE UN CIRUJANO DE AMBULANCIA

que hacerlo a caballo, he podido ver plantaciones de caña de azúcar, algodón, árboles frutales y muchos sauces. Más distante aún hay potreros alfalfados que sirven de talaje para la caballada del Ejército.

Sama, mayo 12.

En una gran ramada tenemos desde algunos días 98 enfermos de la primera división, casi todos de terciana; pero sabemos que en los cuerpos existen muchos más. Por este motivo hemos organizado un servicio de dispensario establecido en una de las ramadas, al cual asisten diariamente numerosos enfermos de las distintas divisiones, en grupos acompañados de un suboficial. Los medicamentos más corrientes son el sulfato de quinina, los polvos de Dover y el aceite de ricino.

Después de estar tan bien instalados, la primera división recibió orden de trasladarse a la ribera sur del valle, movimiento que se efectuó esta mañana. Una parte de la ambulancia hará otro tanto mañana.

El Dr. Gorroño, recién nombrado jefe de nuestra ambulancia, se incorporó hace dos días. Es una persona de trato agradable, simpático, que en nada recuerda a su antecesor. Gorroño y Rosende se trasladaron con una parte de la ambulancia a la ribera sur para unirse con la primera división. Yo, con una parte del personal, permaneceré aún por algunos días más, para seguir atendiendo los 120 enfermos que nos quedan.

Ayer 11 de mayo recibí cartas de Valdivia con buenas noticias. Entre otras cosas me preguntan por la probable duración de la campaña, e insinúan la conveniencia de reanudar mis interrumpidos estudios. Yo comprendo que esto es importante, pero por ahora no puedo ni pensar en mi retiro.

Acaba de llegar de Ite la artillería Krupp con una brigada de Zapadores de modo que el Ejército cuenta ahora con 31 piezas Krupp, 5 piezas francesas de bronce y 4 ametralladoras. Se sabe ahora los detalles de las dificultades del desembarque de la artillería en Ite y de su subida a los cerros de la costa.

Sama, mayo 21.

Ayer me reuní con el resto de la ambulancia en el lado sur de la quebrada.

Los últimos 28 enfermos que me quedaban, los pasé al hospital para poder hacer la mudanza. Pero aquí, ya me volví a encontrar con 60 nuevos enfermos, distribuidos en parte de nuestras carpas, en parte en una ramada hecha para ese objeto.

Nos encontramos colocados en el ala izquierda, detrás de la primera división, en un lugar muy conveniente.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

El día 15 llegó de Yaras el resto de regimiento Zapadores y el batallón Chillán, que fue agregado a la primera división, así que actualmente se encuentran en el lado sur de la quebrada las tres divisiones: 1ª, 2ª y 3ª y toda la artillería; la caballería, por motivo del forraje para la caballada, está un trecho más hacia arriba de la quebrada, en el valle.

Ayer 20 de mayo, el Ejército fue sorprendido por la mala noticia de la muerte de don Rafael Sotomayor, ministro de Guerra en campaña, acaecida de una manera repentina, sin que antes sintiera el menor malestar. Se dice que el cuerpo será embalsamado para ser repatriado. Se ha dispuesto que la *Covadonga* de Ite lleve la noticia a la *Magallanes* en Arica y ésta vaya a Iquique para que sea transmitida a Santiago.

Se cree en el Ejército que el General Baquedano, después de este suceso y asumiendo él solo toda la responsabilidad, le imprimirá mayor actividad a las operaciones sobre Tacna.

En efecto, ya al día siguiente salió al mando del jefe del Estado Mayor una columna exploradora compuesta de 800 hombres de caballería, 200 infantes montados y cuatro cañones, con el objeto de orientarse en lo posible respecto a las posiciones del Ejército enemigo. Todo el mundo tiene la convicción de que a la vuelta de esta expedición y en posesión de los datos que ella traiga, el Ejército emprenderá la marcha para atacar al enemigo.

Materia de preocupaciones es para nosotros si en ese caso acompañaremos al Ejército o se nos dejará acá. A causa de la escasez de los medios de transporte y del mal estado de las mulas de carga que han estado ocupadas sin descanso en el transporte de víveres, equipajes, forraje, agua, etc., durante cerca de dos meses, nos inclinamos a creer más bien lo último, además se reservarán seguramente las que se encuentran en mejor estado para llevar agua y todo lo necesario para el día de la marcha. ¡Ahí veremos!

BATALLA DE TACNA

Viernes 28 de mayo.— En el campo de batalla de Tacna.

El lunes 24, en la tarde, se nos enviaron dos carretones aperados y 15 mulas de carga, y la orden de aprontarnos para partir al día siguiente junto con la primera división.

En la mañana del día siguiente, muy temprano, comenzamos a transportar nuestros enfermos al lado norte del valle, para entregarlos a la 4ª ambulancia “Dr. David Perry”, que se había instalado en aquel punto. En seguida comenzó la tarea de distribuir el material entre los carros y las bestias de carga, y escoger lo más necesario; algunas angarillas, unas pocas carpas y las pesadas cajas de medicamentos se colocaron en los carros; las cargas para las mulas consistían en frazadas, vendas, materiales de curación, etc., todo lo más liviano posible, pues los animales se encontraban en un estado lamentable, hasta el punto de tener que eliminar algunos que apenas podían mantenerse en pie.

DIARIO DE CAMPAÑA DE UN CIRUJANO DE AMBULANCIA

El resto, los elementos personales y los equipajes, quedaron en el campamento al cuidado de algunos sirvientes enfermos o imposibilitados para la marcha. Rosende y yo escogimos dos mulas que parecían ser de silla, para llevar nuestros abrigos, y en mi mochila empaqueté lo más necesario, un pequeño estuche de cirugía, algunos elementos de curación y vendas. A la 1 de la tarde se puso en marcha nuestra pequeña caravana, en demanda del Ejército que ya había partido a las 10 de la mañana.

Después de algunas horas de marcha alcanzamos a divisar, ya cercana, la retaguardia de nuestra división. El camino, a medida que avanzábamos, se iba haciendo más pesado para movilizar nuestros vehículos; la arena se hizo tan profunda que no tardaron en quedarse definitivamente atascadas nuestras carretas; inútil fue todo mi empeño para volver a ponerlas en marcha, los pobres animales se resistían tenazmente a seguir haciendo esfuerzos para mover la pesada carga en aquellos arenales. Tuve que resolverme a proseguir mi camino con las mulas solas para alcanzar a mi compañero; a poco andar encontramos una partida de mulas cargadas de barriles con agua, tan cansadas y exhaustas como las nuestras.

Hacia delante, hasta donde alcanzaba la vista, divisábamos la interminable fila de nuestros regimientos envueltos en una atmósfera de polvo o bruma, al través de la cual relucían por momentos los destellos de las armas sobre las cuales se reflejaban los rayos del sol ya muy próximo al horizonte; ¡un cuadro verdaderamente soberbio cuyo aspecto no se borrará de mi memoria!

Más adelante encontramos un grupo en que reconocimos al capellán don Ruperto Marchant P. y al Dr. Gorroño, que atendían a tres arrieros heridos, que al amanecer, habiéndose adelantado con una recua de mulas cargada de barriles de agua, se habían encontrado con una avanzada enemiga, y así heridos, habían sido abandonados, tendidos al lado del camino. Después de hacerles la curación necesaria, conseguimos que el jefe del Buin dejara unos soldados para acompañar a los heridos hasta que llegaran elementos de transporte.

A las nueve de la noche, ya en completa oscuridad, seguimos nuestra marcha. Además de la oscuridad impedía la orientación una neblina que muy luego se convertía en la tan molesta camanchaca, tan frecuente en estas regiones. Caminamos hasta después de la una de la mañana, cuando nos detuvo de improviso un “quién vive”. Después de darnos a conocer contestando en la forma acostumbrada con “Chile”, supimos que nos habíamos extraviado y nos encontrábamos frente a uno de nuestros regimientos más avanzados que, para descansar se había echado a tierra detrás de los pabellones de sus fusiles.

Resolvimos quedarnos en este sitio para pasar el resto de la noche. Nos apeamos, desensillamos nuestras cansadas cabalgaduras y nos acostamos sobre la arena envueltos en nuestros abrigos.

A las primeras luces del alba reanudamos nuestra marcha junto con los regimientos vecinos. Ya nos encontrábamos cerca de las posiciones enemigas, pues a eso de las siete de la mañana, a lo lejos, oímos el estampido de dos cañonazos. Nos detuvimos para preparar un poco de café puro para el desayuno,

calentando el agua en los platos de nuestras caramayolas, merced a una pequeña fogata que logramos encender con unas tablas; y seguimos avanzando, hasta que a las 9 a.m. divisamos a la distancia delante de nosotros el grueso de nuestras tropas, y más lejos, en la cima de un cordón de suaves colinas debían encontrarse las posiciones fortificadas del enemigo.

Durante este descanso pudimos observar las dificultades y los esfuerzos de nuestra artillería para subir las pesadas piezas a una ligera elevación del terreno con el objeto de colocarlas en una posición conveniente. Ocho y más parejas de caballos y la ayuda de numerosos soldados en las ruedas traseras fueron necesarias para arrastrar los cañones por la profunda arena hasta el punto escogido para su posición definitiva.

Resultó ser esta una batería de la primera división; al mando de mi amigo el Capitán Ramón Perales, natural de Valparaíso, hijo del coronel retirado del mismo nombre. Nos encontrábamos pues en el ala derecha de nuestra extensa línea de batalla, que se extendía oblicuamente hacia el norte, de tal manera que el ala izquierda de nuestro Ejército se encontraba a mucho mayor distancia del enemigo que nosotros.

En este punto tuve un incidente por demás cómico: al pasar frente a un grupo de oficiales a caballo, reunidos en consejo alrededor de su jefe, mi macho, animado del espíritu sociable propio de las bestias de carga, se negó a obedecer las poco acostumbradas riendas, se acercó a aquel grupo y se plantó ahí sin que me fuera posible hacer comprender al obstinado animal que debíamos seguir adelante, motivando esta situación las risas y aclamaciones de los oficiales que observaban mi aflicción. ¡Fue necesario que mi compañero, a mis llamados, se acercara para que a la vista del animal amigo mi cabalgadura se resolviera a seguir su camino!

Alrededor de las 10 de la mañana nuestra artillería abrió el fuego que no tardó en ser contestado por la artillería enemiga. Algunos de los proyectiles peruanos los vi caer en las inmediaciones de las baterías que teníamos por delante, felizmente sin hacer explosión. Este duelo de artillería duró con siempre creciente viveza hasta las once y media, hora en que comenzó a disminuir el fuego de la artillería enemiga hasta el punto de cesar casi del todo.

Apagado el fuego de la artillería enemiga, nuestras líneas de tiradores comenzaron su avance en dirección de las posiciones fortificadas bolivianas, subiendo rápidamente por las suaves pendientes de las laderas arenosas en nuestro frente. Al mismo tiempo se inició desde este momento por ambos lados el fuego de fusilería, produciendo un ruido ensordecedor comparable a los redobles de un tambor, que desde ese momento no se interrumpió un momento durante toda la duración de la batalla, hasta alrededor de las tres de la tarde, hora en que se decidió nuestra victoria.

Nosotros nos desmontamos para seguir a pie los pasos de la infantería, manteniéndonos a una prudente distancia.

DIARIO DE CAMPAÑA DE UN CIRUJANO DE AMBULANCIA

No tardamos mucho en encontrar los primeros heridos, entre ellos el Teniente Montalva del Esmeralda con una gravísima herida en el pulmón; al Capitán Beytía con quemaduras en la cara y manos causada por la explosión de un carro de municiones, al Teniente Aníbal Guerrero, y numerosos soldados.

A eso de las doce y media vinieron corriendo a nuestro encuentro grupos de soldados en rápida retirada, diciéndonos que nuestras líneas habían tenido que ceder ante el incontenible ataque de los “Colorados” de Daza y que los bolivianos venían avanzando rápidamente. En efecto no tardaron en hacerse sentir los silbidos de las balas que pasaban por sobre nuestras cabezas o caían en nuestra vecindad levantando en la arena nubecitas de polvo. Nos retiramos con la gente y con los heridos detrás de un montículo que nos protegiera de los proyectiles, y reunimos ahí un numeroso grupo de heridos.

Al poco rato vimos pasar a corta distancia al Coronel Holley a caballo, acompañado de algunos oficiales. Me acerqué a este grupo para obtener noticias sobre el curso que iba tomando la batalla, y se me dijo que el peligro del avance boliviano había pasado, pues fue rechazado por una carga del escuadrón de Granaderos de reserva a nuestra derecha, y que además ya habían entrado en acción el centro y el ala izquierda de nuestra línea de batalla, y que todo iba bien.

Tranquilizados en esta forma, proseguimos nuestra tarea atendiendo los heridos que encontrábamos en el campo, siempre bajo el continuado ruido del fuego graneado de la infantería, hasta que a las dos y media de la tarde este ruido fue disminuyendo y alejándose gradualmente; y alrededor de las tres se decidió la contienda con la completa derrota de los ejércitos aliados. Algunos lejanos estampidos de cañón indicaban que la distancia de los combatientes iba en aumento, hasta que cayendo la tarde todo quedó en silencio.

Hasta tarde continuamos en busca de los heridos del campo, formando un pequeño campamento en donde podíamos atenderlos con más comodidad, hasta que la oscuridad de la noche interrumpió nuestra fatigosa tarea.

Nos encontrábamos a pocas cuerdas de las trincheras abandonadas del enemigo.

Avanzando las horas el campo comenzó a cubrirse de una neblina que poco a poco se fue transformando en una mojadora camanchaca.

En esta situación se nos presentó el problema de cómo proteger a los más graves de nuestros heridos de la humedad y del frío de la noche.

Para ello tuvimos que recurrir a los muertos que yacían sobre la arena en los alrededores, en su mayor parte bolivianos, despojándolos de sus chaquetas para cubrir con ellas a los más necesitados; tarea desagradable por cierto, y más difícil de lo que uno se imagina, a causa de la extrema rigidez cadavérica de los miembros.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Hecho todo esto, nos tendimos sobre la arena, no sin antes proveernos de uno de los rifles “Comblain” botados en el campo, y de algunas cápsulas para cualquiera emergencia durante la noche.

Durante el combate ni tampoco al día siguiente supimos nada acerca de nuestra ambulancia, colocada seguramente a gran distancia a retaguardia.

Después de pasar una noche relativamente tranquila, sin otra perturbación que la llegada de algunos soldados extraviados que preguntaban por el camino a Tacna, vimos llegar por la mañana algunos vehículos con gente encargada de recoger los heridos. El número de aquellos medios de transporte resultó ser insuficiente, así que quedamos con un grupo de unos veinticinco heridos; esperando que volvieran en su busca.

La distancia hasta el pueblo era considerable, de más o menos dos leguas, así que podíamos esperar su vuelta sólo en la tarde. Pero las horas pasaban sin que llegaran las ansiadas carretas.

Resolvimos entonces que Rosende emprendiera la marcha al pueblo para apurar el envío de auxilio.

Pasé así la noche solo con los 25 heridos, sin tener que darles ni agua ni otro alimento que unos pocos granos de maíz tostado que había encontrado en las faltriqueras o en los morrales de los bolivianos.

Como hasta las nueve de la mañana de hoy 28, aún no veo llegar a nadie, sin agua ni recurso alguno, iré yo mismo a reclamar en Tacna el inmediato envío de los elementos necesarios para rescatar a estos infelices.

ESTADÍA EN TACNA

Tacna, mayo 29.— Ayer, después de una marcha de dos horas desde el campo de batalla, llegué a Tacna después del mediodía. No fue difícil dar con el Coronel Amengual, jefe de nuestra división. La guardia apostada en la puerta de la casa me dijo que el coronel estaba almorzando en compañía de varios oficiales.

A pesar de que el aspecto de mi persona, después de las trasnochadas y días de ayuno, sin agua de bebida y menos para la limpieza, estaba lejos de ser correcto, me hice conducir al comedor donde el Coronel me recibió sentado en la cabecera de la mesa, y ahí mismo le di cuenta de la situación en que se encontraba el resto de los heridos de la división que me había tocado cuidar en el campo de batalla hasta esa mañana. Describí exactamente donde se encontraba el grupo, e insistí en la urgente necesidad de enviar inmediato socorro. En mi presencia el Coronel dio la orden a uno de sus ayudantes de despachar sobre la marcha los vehículos necesarios para recoger a aquellos infelices.

DIARIO DE CAMPAÑA DE UN CIRUJANO DE AMBULANCIA

Hecha esta diligencia urgente, fui a presentarme al Dr. Allende, quien dispuso que me pusiera a las órdenes del Dr. David Tagle Arrate, a quien le había tocado hacerse cargo del hospital del Mercado instalado en aquel edificio situado en la Alameda de Tacna, donde se habían reunido unos 400 heridos chilenos y algunos bolivianos.

Los heridos, entre los cuales había también algunos enfermos, habían sido instalados en el gran patio cubierto del Mercado, empedrado con las pequeñas piedras de río, tal como se encuentran muchas de las veredas de las calles atravesadas de Santiago, acostados algunos en camillas o angarillas, la mayor parte en el suelo, sobre algunos sacos vacíos o frazadas. Sólo unos pocos tuvieron la suerte de conseguir un colchón que mereciera este nombre.

En el teatro, donde había instalado otro hospital, aun de mayor capacidad que el del Mercado, las condiciones en que se encontraban los enfermos, también dejaban mucho que desear por la estrechez de las localidades y la pésima ventilación.

Después de la batalla nuestra ambulancia quedó disuelta de hecho. El Dr. Gorroño, nuestro jefe, atendía algunos pequeños hospitales establecidos en casas particulares, Rosende fue destinado al hospital del teatro, yo quedé en el del Mercado y el resto del personal estaba disperso en otras partes.

En el hospital del Mercado el mayor inconveniente era el excesivo número de heridos. Fue preciso disponerlos en largas hileras, uno al lado del otro de tal manera que había que pasar por encima de uno para poderse poner en contacto con el siguiente. Estas largas hileras estaban separadas entre sí por estrechos pasillos.

Es incomprensible que la superioridad militar, ya que durante la ocupación de la ciudad había procedido con toda clase de miramientos para con la población, no hubiera hecho una requisición de un número suficiente de colchones para la habilitación indispensable de los hospitales.

Estas circunstancias más que primitivas, tuvieron por resultado que en muchos de estos heridos, precisamente en los más graves que sólo con dificultad podían cambiar de posición, aparecieran muy pronto señales de decúbito en la región sacra y encima de los trocánteres.

En uno de los costados del gran patio principal, existían algunos departamentos o piezas más pequeñas en donde era posible aislar los enfermos cuyo estado lo exigía.

De ayudantes para los servicios menudos, la limpieza, repartición de la comida, etc. servían los soldados de la guardia instalada en un cuarto contiguo a la puerta principal que daba a la Alameda. Nosotros, los dos médicos acomodamos nuestro alojamiento en una pequeña pieza en frente de la guardia, al lado de la puerta.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

La tarea que teníamos que cumplir diariamente en atender aquel enorme número de enfermos, era por demás pesada. En la imposibilidad material de poder cambiar y renovar diariamente los vendajes a todos los heridos, a los más leves a menudo les tocaba su turno día por medio y aún a los dos días.

El material de curación comenzó a escasear muy pronto, y teníamos que recurrir, a falta de hilas o algodón preparado, al algodón crudo tal como se recogía de la mata.

Después de algunos días vino a visitar el hospital e imponerse de las condiciones en que se encontraban los heridos, el General Baquedano en persona. Recorrimos los pasillos estrechos que dejaban entre sí las tupidas filas de los heridos, acostados en el suelo o en sus míseras camas. El General escuchaba con benevolencia los justificados reclamos de la gente, dirigiéndoles con su modo entrecortado de hablar, algunas palabras de aliento; pero al quejarse uno de los heridos de que no se le hubiera curado su herida desde hacía dos días, se volvió airado para preguntarme por la razón de esta negligencia. ¡Tuve que explicarle a mi General lo que pasaba en el servicio y que no era indispensable el cambio diario de los vendajes en las heridas leves! Concluido este incidente, seguimos en la visita.

El resultado práctico de esta inspección fue enteramente nulo. Las cosas siguieron en la misma forma deficiente, sin aumentar el personal médico, y sin mejorar las condiciones de los enfermos.

Es fácil imaginarse los inconvenientes y dificultades que en esta situación y con medios tan primitivos, teníamos que vencer para hacer las curaciones y sobre todo para practicar las operaciones, inevitables en algunos casos. ¿Quién, en estas condiciones, podría pensar en hacer anotaciones o llevar estadísticas? ¡Pero me imagino que ellas habrían revelado un resultado desastroso!

Dos graves inconvenientes se agregan a los ya indicados: 1º La plaga de las moscas, que a consecuencia del inevitable desaseo se multiplicaron de una manera extraordinaria. ¡Sus larvas aparecían en los vendajes húmedos y aún en las heridas mismas!; y 2º ¡La plaga de los piojos! ¡No hay para qué entrar en detalles! Cuando tarde en la noche después de desocuparme, me retiraba a mi dormitorio, tenía que comenzar por despojar mi ropa interior de estos asquerosos y molestos huéspedes para poder dormir y gozar del necesario descanso de la noche!

Después de permanecer un mes y medio en este puesto, tuve noticias de que la dirección intentaba enviar al sur una partida de aquellos heridos que se encontraban en estado de soportar el viaje. Con este motivo fui a hablar con el Dr. Allende para conseguir que me encomendara esta comisión, a lo cual él accedió.

Se escogieron unos 100 enfermos y heridos y algunos oficiales con los cuales me fui a Arica para embarcarlos en el transporte *Limarí*. Entre los oficiales iba mi amigo el Teniente del Esmeralda, Arístides

DIARIO DE CAMPAÑA DE UN CIRUJANO DE AMBULANCIA

Pinto Concha, con una herida muy rebelde del talón y del hueso del calcáneo, y el Teniente de Navales, Enrique Germaín con una herida no penetrante del pecho.

Salimos de Arica a principios de julio y llegamos a Valparaíso después de una navegación feliz de seis días. Ahí dejé a Germaín en su casa, entregué los heridos a los hospitales a los cuales estaban destinados y el mismo día seguí viaje a Santiago, acompañando a Aristides Pinto hasta dejarlo en su casa. Allí lo seguí atendiendo hasta su curación definitiva.

Con la batalla de Tacna y la toma de Arica se dio término a la segunda campaña de la guerra. Se creía en la posibilidad de su terminación definitiva. En Santiago se hablaba de gestiones de paz y como esos rumores, en cierta manera, fueron confirmados por declaraciones del Ministerio en las Cámaras, resolví presentar mi renuncia, poner término a este ya largo paréntesis, y reanudar mis interrumpidos estudios.

A pesar de lo avanzado del año, conseguí incorporarme al curso de clínica del profesor don Germán Schneider y a las demás clases del 5º año de medicina.

Trabajé con toda decisión durante el resto del año y durante las vacaciones del verano, reuniendo al mismo tiempo los datos necesarios para la memoria de Licenciado, cuyo tema me fue sugerido por el profesor Dr. Mazzei, de tan grata memoria entre sus discípulos, como estimado por su clientela y por toda la sociedad de Santiago.

El año y medio de la campaña nos fue abonado como tiempo de clínica, así que pude rendir la prueba de Licenciado el 2 de mayo y el examen de médico dos semanas después. Recibí mi título de Médico cirujano en sesión del Consejo, el 16 de mayo de 1881, a la edad de casi 25 años.

El invierno de ese año lo pasé aún en Santiago visitando las clínicas y hospitales, y en el mes de agosto me embarqué para Europa donde permanecí dos años frecuentando las clínicas de París, Londres, Berlín y Viena.

Volví a Chile a fines del año 1883; contraí matrimonio el 12 de enero de 1884 y me establecí en Santiago para iniciar el ejercicio de la profesión.

MOVILIZACIÓN DE SAN FERNANDO EN LA GUERRA DEL PACÍFICO

(1879-1884)

La Ruta del Regimiento Colchagua y del Batallón San Fernando

Camilo Osorio Gálvez¹

En la Guerra del Pacífico, Chile debió movilizar unidades desde todo el país para contrarrestar la fuerza de los beligerantes aliados. Será en esta movilización nacional donde en la zona central del país, y en específico en la zona de Colchagua, encontramos la creación de dos cuerpos que nacen como unidades cívicas al servicio de la nación; siendo estas unidades el Batallón Cívico Movilizado “Colchagua” –que será elevado a Regimiento en 1880– y el Batallón Cívico “San Fernando”, que en 1879 se fusiona con el “Rengo” para crear el “Colchagua”, reorganizándose en 1880 para apoyar las campañas hasta 1884. Con estos antecedentes se rastreará la ruta y lugares donde estuvieron ambas unidades durante el conflicto, para comprender entonces, su participación en el emblemático conflicto de 1879.

1. ANTECEDENTES: EL CONTEXTO SOCIOPOLÍTICO DE LA GUERRA DEL PACÍFICO

Para estudiar la movilización colchaguina en la Guerra de 1879 se debe, necesariamente, establecer los parámetros genéricos que rodearon las causas del mencionado conflicto, y así explicar entonces el contexto social y político que motiva la movilización nacional de tropas con destino al desierto y a los recónditos parajes peruanos y bolivianos que fueron ocupados por las tropas del Ejército Chileno.

De esta forma, debemos retroceder a los diferendos diplomáticos con las Repúblicas de Bolivia y Perú. Éstos se remontan a las campañas por la independencia nacional, sustentándose en los vacíos legales que la corona española deja con respecto a la demarcación territorial de los nacientes Estados–Naciones de Sudamérica, una vez consumadas las campañas de independencia:

“Cuando los pueblos americanos se emanciparon de España, sus límites territoriales no estaban bien determinados. La metrópoli no había tenido interés político en fijar los linderos de las secciones que formaban su imperio colonial, sino en la parte con que limitaban con el Portugal porque esas

1 Licenciado en Educación y Profesor de Historia y Ciencias Sociales de la Universidad del Mar, Campus San Fernando. Actualmente ejerce docencia en establecimientos educacionales de San Fernando y San Vicente. El autor agradece los comentarios y aportes entregados por la historiadora Claudia Arancibia F. y a don Pedro Hormazábal por las enriquecedoras conversaciones sobre el tema.

*divisiones eran para ella administrativas e internas. A lo más se había cuidado de deslindar la jurisdicción de sus autoridades para evitar competencias y desacuerdos, pero aun eso mismo le era difícil por el atraso de la geografía americana en territorios inexplorados. Y como más tarde cada una de esas secciones formó una República independiente, surgieron los pleitos de deslindes a medida que los territorios fronterizos adquirirían importancia”.*²

La cita del texto de Gonzalo Bulnes es bastante elocuente con respecto al posterior origen de los diferendos entre Chile y las repúblicas del Pacífico, pues, al no delimitarse las fronteras, las disputas y discrepancias en las relaciones exteriores de cada uno de los países nacientes, sería una frecuente involución, pues no sólo entre Chile y Bolivia habrá diferencias del mismo tipo.³

La primera solución a este naciente conflicto, suscitado post independencia, fue reconocer las últimas posesiones territoriales de cada país al momento de iniciar la campaña, lo que recibió el nombre de *Utis Possidetis*. Después de este primer tratado limítrofe, surgió una primera solución en el gobierno de Manuel Bulnes Prieto, quien en 1842 fijó el límite norte en el paralelo 23 de latitud sur situado en Mejillones. Sin embargo, Bolivia continuó con reclamos posteriores a ese tratado y no será hasta 1866 en que durante el gobierno de José Joaquín Pérez se fije una zona de medianería entre ambos países comprendida entre los paralelos 23 y 25 de latitud sur, dejando como límite el paralelo 24. Esta situación consistía en la mutua extracción y exportación de los recursos minerales comprendidos en el espacio mencionado, siendo las ganancias de los mismos, para ambos países en forma equitativa. Como esta medianería generó también desacuerdos diplomáticos, se firmó en 1875 un tratado en que se optó por dejar el paralelo 24 como límite entre ambas naciones, y por ende, los recursos ubicados al norte del paralelo eran exclusivos de Bolivia, en tanto que los ubicados al sur quedarían en manos chilenas; sin embargo, el gobernante Boliviano Hilarión Daza, contraviniendo lo establecido en este tratado, confisca, en febrero de 1879, la empresa salitrera chilena a causa de no pagar los impuestos de exportación del salitre —que según el tratado no debían gravarse sino hasta 10 años— que el gobierno altiplánico había estipulado con respecto a la extracción y exportación del mineral blanco. Ante este acto que transgredía el tratado signado, el Gobierno de Chile decide tomar el puerto de Antofagasta para evitar el remate de la empresa, comenzando así el camino que irremediamente llevaría a la guerra.

Con este breve resumen de los antecedentes políticos y económicos de la Guerra del Pacífico, es posible estudiar el contexto social previo a la eclosión del conflicto, lo que se resume en un clima de odiosidad contra el pueblo boliviano, un sentimiento que trasciende las causas políticas y económicas del conflicto que lleva a la unidad nacional en aras de vencer a un solo enemigo —los llamados desdeñosamente “cui-cos”— pues ya se conocían en el resto del país los constantes apremios ilegítimos y abusos cometidos en contra de chilenos cuando la administración de Antofagasta estaba en manos de autoridades bolivianas;

2 BULNES, Gonzalo. *La Guerra del Pacífico*. Vol. 1., Ed. del Pacífico, Segunda Edición, Santiago de Chile, 1955. pág. 33

3 Ver a este respecto el texto de SCHEINA, Robert. *Latin America's Wars: The Age of the Caudillo*. Vol. 1. Brassey's Estados Unidos, 1 ed. Año 2003.

este ambiente es claramente distinguible en los diarios de campaña, que muestran cómo surgen los sentimientos de patriotismo con el fin de defender a la Patria que les había dado sustento, como lo muestra la siguiente cita tomada del texto de Hipólito Gutiérrez que dice:

*“Yo, Hipólito Gutiérrez, en el mes de setiembre (sic), en el año 1879, el día 10 de este mes, nos convidamos dos amigos y compadres [...] nos fuimos para Chillán a prestar nuestro servicio al gobierno, con nuestro entero gusto, para ir al norte a Lima, a defender nuestra patria hasta morir o vencer por nuestra bandera chilena [...]”*⁴

Esta cita muestra cómo las personas que se enrolaron voluntariamente en un Ejército dispuesto a sortear los innumerables obstáculos que les presentó la campaña solo con el fin de defender a la Patria, a la bandera chilena y a los valores identitarios que ella encarnaba en la época.

Con estos antecedentes, explicamos la Guerra del Pacífico basándonos en los desacuerdos políticos que gradualmente desgastaron las relaciones exteriores de las repúblicas, lo que socialmente causa el clima de odiosidad entre los pueblos que se reflejó también en la alevosía y ensañamiento con que ambas fuerzas actuaron una en contra de la otra en la mencionada guerra.

Con esta ubicación sinóptica es que estudiar la ruta de campaña de las unidades sanfernandinas se explica sobre la base de grupos de apoyo al resto de las unidades y divisiones del Ejército chileno de línea; rol que la ciudad cumple desde antes del surgimiento del conflicto, pues, como se estudiará en los párrafos siguientes, los batallones cívicos y las guardias nacionales tendrán roles de control y protección de fronteras durante la Guerra y apoyarán a las unidades de línea ya sea asegurando los puestos ya conquistados – en el caso del Regimiento “Colchagua” – o como avanzadas de reconocimiento, en el caso del Batallón cívico “San Fernando”.

2. SITUACIÓN MILITAR DE COLCHAGUA PREVIA A 1879.

Entre 1860 y 1879 en la provincia de Colchagua solo existen batallones cívicos, puesto que el departamento de Curicó había pasado a formar la Región del Maule, y por ende el batallón cívico de aquella ciudad pasó a integrar las unidades de la mencionada región, por lo que en esta época en Colchagua se contará al Batallón de San Fernando y el de Rengo. Lo expuesto recientemente se manifiesta claramente en los oficios de partes que existen sobre la comandancia general de armas de Colchagua entre 1876 y 1878; estructura política que era similar a la actual Intendencia regional o gobernación provincial que caracterizan la última división administrativa del país.⁵

4 GUTIÉRREZ, Hipólito. “Crónica de un Soldado en la Guerra del Pacífico” en QUIROZ, Abraham; GUTIÉRREZ, Hipólito. *Dos Soldados en la Guerra del Pacífico*. Ed. Francisco de Aguirre

5 Se refiere a que es similar a la estructura del año 2008.

Con la relativa tranquilidad de los gobiernos que se sucedieron entre 1861 y 1879, los batallones cívicos en Colchagua cumplieron misiones policiales como la guardia de recintos carcelarios y la prevención del bandolerismo y hechos de violencia que eran bastante comunes en la provincia, conforme a esto es que el Coronel Luis Arteaga en el cargo de Inspector General del Ejército, firma un oficio el 24 de febrero de 1876 con el fin de abonar recursos para los batallones que están haciendo guardia en recintos penitenciarios y cumpliendo otras obligaciones que no necesariamente son de carácter militar, como lo presenta la transcripción facsimilar del original que es como sigue:⁶

“Por el ministerio de la Guerra con fecha 22 del corriente i bajo el N° 273 se dice a esta inspección lo que a continuación copio.

“Impuesto este ministerio de las medidas adoptadas por el comandante de armas de caupolicán con el fin de atender convenientemente al servicio de las guardias de cárcel i prevención, ha acordado aprobar el decreto de 9 del actual que V.S. transcribe por su nota n° 160, con excepción del artículo 3° que dispone sean considerados como faltos los individuos que sean citados para concurrir al cuartel i no lo verificasen en la hora i día designados.

*“V.S. ordenará que solo los individuos que sean filiados i queden incorporados definitivamente en el batallón puedan ser compulsados al servicio i castigados con las penas que es costumbre aplicar en los casos de no concurrencia a las listas de rcc”.*⁷

Lo transcribo a usted para los fines consiguientes i en contestación a su nota n° 21 febrero 17 del corriente mes (sic)”.

Conforme a esta nota se puede entender que la importancia de los Batallones Cívicos era muy preponderante puesto que servían para mantener el orden interno de la República, ser la reserva del ejército y servir de apoyo a las fuerzas leales del gobierno cuando hubiere algún peligro que conmocionase a la población del territorio chileno –como lo fueron los conflictos de 1851 y 1859– y que pusieran en peligro el orden institucional acorde al ideario original de Diego Portales. De esto se desprende que aparte de conformar una fuerza alternativa para el gobierno en caso de guerras civiles, los batallones cívicos cumplirán una misión de apoyo al Ejército de Línea en caso de peligro externo, como sucede en 1879, tiempo en que mientras se aseguraba la victoria marítima, el Ejército preparaba la invasión terrestre y los batallones del sur del país se instruían para estar en condiciones de operar en caso de que se les demandase.

6 Libro de Oficios de Partes Comandancia Jeneral de Armas de Colchagua 1876 – 1878. Archivo Museo Licurnlauta de San Fernando. Volumen Sin Foja.

7 Léase como “Revista de comisarios”

3. LA RUTA DEL BATALLÓN COLCHAGUA (1879-1881)

Mientras las unidades del ejército de línea iniciaban la campaña de Tarapacá el 2 de noviembre de 1879 con la toma de Pisagua, en el sur se preparan para actuar como apoyo las reservas cívicas y los escuadrones de caballería que se forman espontáneamente por los individuos que desean defender la patria que veían amenazada. Con ese contexto, la provincia de Colchagua con sus batallones cívicos San Fernando y Caupolicán –puesto que el Curicó quedó emplazado para la Región del Maule– se preparan para iniciar su campaña al norte, y es así que el 14 de noviembre de 1879, mediante un decreto supremo firmado por el presidente Aníbal Pinto Garmendia, ambas unidades se fusionan para formar el Batallón de Guardias Nacionales “Colchagua”, la transcripción literal del decreto es como sigue:

“Por el ministerio de la guerra se comunica en esta inspección el sup[re]mo decreto, fecha de hoi cuyo texto es como sigue.

He acordado i decreto: Disuélvase los batallones cívicos de San Fernando i Rengo, i organisase un batallon de infanteria de guardias nacionales movilizado, denominado “Batallon Colchagua” que se formara con los voluntarios de los cuerpos disueltos i con igual dotacion en la plana mayor i cuatro compañías, que la asignada a los cuerpos movilizados de dicha arma = Nombrase com [andante] del mencionado batallon al teniente coronel de gu [ardi] as nacionales don Manuel Soffia. = La inspección Jral del ramo dictara las ordenes del caso para el cumplimiento del presente decreto.

Tómese razón y comuníquese (sic)”.⁸

De la transcripción del decreto se entiende que ambas unidades de la provincia de Colchagua como el Batallón San Fernando y el Batallón Rengo –del departamento de Caupolicán– no están en condiciones de partir al norte si no es en fusión, lo que se entenderá de la carta que el ministro Urizar Garfías envía al comandante Soffia para darle a entender quienes debían componer la unidad. El texto facsimilar del documento es como se transcribe a continuación:

“Lo trascribo a U. S. para en cumplimiento, previniendolo para satisfacer las disposiciones legales que existen en la ordenanza jral del ejto respecto al modo de completar las fuerzas de los cuerpos esta inspección desea llenar los deberes que le imponen los art. 17, 27 i 30 del titulo 49 en uso de las facultades que le confiere el decreto sup[re]mo de 15 de junio de 1842 con tal motivo se dirige a US para llamar en distinguida atencion sobre algunos puntos de reconocida importancia tratandose de llenar las plazas del cuerpo mandado movilizar por el decreto que antecede.

8 Archivo Museo Licurnlauta. Vol. Sin número. Correspondencia de Colchagua 1879.

En consecuencia U.S. al transcribir al jefe del cuerpo la presente nota se servirá manifestarle que conviene al buen orden i moralidad del servicio que la jente que se aliste sea robusta, sana i completamente voluntaria, que a nadie se le estienda su filiacion sin que haya prestado su pleno consentimiento para el efecto y ademas de este requisito se procure si fuese posible que el medico de ciudad practique un reconocimiento profesional sobre la salud i demas circunstancias fisicas de los individuos, a fin de no enrolar en los cuerpos soldados, cabos i sargentos (sic) inutiles para el servicio mili(t)ar.

No obstante lo espuesto, lo que espresa esta inspección del digno celo de U S i el particular interez que tendrá el com [andan] te de ese batallon para observar las prevenciones que anteceden, se permite recordar las terminantes disposiciones de los arts. 5,7 i 8 articulo 15 titulo 28, art. 19 titulo 31 i art 5 titulo 32 del mismo codigo.

Dios guarde a U. S.”⁹

Dentro de los mismos días, se establece que la fuerza del Batallón Colchagua debía ser de 6 compañías y cada una de ellas debía componerse de un capitán, un teniente, dos subtenientes, un sargento 1°, seis sargentos 2°, seis cabos 1°, seis cabos 2°, y ciento veintiocho soldados; lo que hace un total de 151 plazas por compañía y un total de 906 plazas considerando el batallón completo, mientras que la plana mayor se componía del comandante, que era un teniente coronel; un sargento mayor como segundo comandante, dos capitanes ayudantes, un subteniente abanderado, un sargento 2°, un cabo 2° y diez tambores o cornetas, que formaban la banda instrumental del cuerpo. Al ser un Batallón Cívico, su bandera era cuadrangular de color azul, con una estrella bordada en hilo de plata al centro y arriba de esta debía estar el nombre de la unidad con letras bordadas en el mismo material, con un alto de 2 pulgadas y de medio centímetro de grosor.¹⁰

Sin embargo, como se establece sobre la base de una fusión, el Batallón Colchagua no alcanza a dotarse conforme a lo estipulado por los decretos, debe recurrir al reclutamiento de voluntarios provenientes de otras zonas rurales de la provincia, y es en ese contexto que se comisiona a don Pedro Aravena, de San Fernando, para reclutar individuos en sectores aledaños, y se busca en el sector de Vichuquén en el límite sur de la entonces provincia de Colchagua, lo que queda registrado en una carta firmada por Soffia al Ministro del Interior, cuyo texto es como sigue:

9 *Ibidem.*

10 Véase a este respecto VARAS, Antonio. Recopilación de Leyes y Decretos del Gobierno. Santiago de Chile, Imprenta R. Varela, 1884. Tomos V y VI

“Señor Ministro del Interior

Mi carta llegará a eso hoi a las cinco pues ayer cuando recibí la suya ya no era hora de correo. En ella indicó que mañana queda acuartelada la fuerza que pueda reunirse en San Fernando i Rengo para lo cual he dado pasos activos desde ayer mismo, como es posible que no se alcance a reunir toda la jente necesaria i se que el lunes deben pasar 100 hombres de vichuquen para el deposito jeneral convendría que usted por telégrafo diera orden al intendente de Curicó a fin de que esa jente pase a incorporarse a mi cuerpo.

En todo caso el miércoles o jueves quiero salir para San Bernardo con la jente que pueda reunir muchos de los cuales por primera vez van a tomar un fusil así es que convendría darles una instrucción a lo menos de quince días.

Dios Guarde a Us.

Manuel José Soffia (sic)”.¹¹

Conforme a esta carta se puede entender que el Batallón Colchagua no alcanza a completar sus plazas con los individuos de su provincia, sino que debe auxiliarse con los hombres venidos de Vichuquén, como por ejemplo, entre los que se presentaban apareció un joven provinciano de nombre Isaac Ormazábal Canales¹² que se destacará en las Batallas de Chorrillos y Miraflores, las que serán analizadas más adelante.

Con jóvenes provincianos provenientes de Vichuquén, Rengo, San Fernando y San Vicente, el Batallón Colchagua al mando del Teniente Coronel de guardias nacionales don Manuel José Soffia Otaegui partió en tren a San Felipe para recibir instrucción militar y embarcarse al norte en dirección a Antofagasta, ciudad en que permanecerá hasta el mes de febrero de 1880 para luego estar de guarnición en Iquique, lugar en el cual el cuerpo recibe el decreto que lo eleva a la categoría de “Regimiento”, fechado el 14 de agosto de aquel año, y cuyo texto es como sigue:

“He acordado y Decreto:

Elévase a Regimiento el Batallón Cívico Movilizado “Colchagua”. El mencionado Regimiento constará de 2 Batallones de 4 Compañías cada uno. La Plana Mayor constará de un 1º Jefe, de la clase de coronel o teniente coronel; un 2º Jefe, de la clase de teniente coronel y de un 3º, del empleo de

11 Comandancia Jeneral de Armas de Colchagua. Libro Copiador de Oficios 1879 – 1883. Archivo Documental Museo Licurnalauta de San Fernando. Volumen sin foja.

12 Antecedentes familiares cortesía de Juan Cornejo Acuña; bisnieto.

MOVILIZACIÓN DE SAN FERNANDO EN LA GUERRA DEL PACÍFICO (1879-1884)

sargento mayor; 2 capitanes ayudantes, 1 subteniente abanderado, 1 sargento 2º, 1 cabo 1º y 10 tambores o cornetas. La 1ª y 2ª Compañías de cada Batallón constarán de 1 capitán, 1 teniente, 2 subtenientes, 1 sargento 1º, 6 sargentos 2º, 6 cabos 1º, 6 cabos 2º y 130 soldados. La 3ª y 4ª Compañías, la misma dotación que las anteriores con solo 129 soldados.

La Inspección General del ramo dará las órdenes correspondientes para el cumplimiento del presente Decreto.

Tómese razón y comuníquese.

Pinto.

José Francisco Vergara”(sic) ¹³

Cuando la Unidad es elevada a la categoría de Regimiento ciertas características de su composición cambian, pues la bandera cambia de color; al ser regimiento de línea y no batallón cívico, esta pasa a ser de color rojo —en vez del azul original— y las letras del cuerpo debían ser bordadas en hilo de oro, al igual que la estrella al centro de la banderola y las acciones de batalla en que el cuerpo haya participado. Conforme a la lectura del decreto, se puede observar que el cuerpo consta de dos batallones y ocho compañías en total, lo que hace un número de plazas cercano a los 1000 hombres aproximadamente; en cuanto al uniforme el Colchagua no cambia mayormente, pues al ser de origen cívico no tiene número como los otros cuerpos de línea que componían el Ejército regular al iniciar la guerra; y en vez del número, el Colchagua tendrá una estrella bordada en hilo de oro en el quepí y en el cuello de la guerrera de cada soldado, desde el comandante hasta el último hombre.¹⁴ Conforme a este contexto es que corresponde analizar la actuación del Regimiento Colchagua en la Guerra del Pacífico desde 1879 hasta 1881.

En la Guerra del Pacífico el inicial Batallón Colchagua y posterior Regimiento Colchagua tendrá una actuación de apoyo a la conquista de los territorios enemigos de Tarapacá y el interior de Perú entre los años 1879 y 1881, puesto que en marzo de este último año la unidad es disuelta y su personal licenciado.

Como ya se ha planteado, la ruta de la unidad comienza en noviembre de 1879 cuando a través de la fusión del “San Fernando” y del “Rengo” se forma el “Colchagua”, al mes siguiente el cuerpo parte desde San Fernando a Melipilla para recibir instrucción militar, y el día 10 del mismo mes se embarca en Valpa-

13 Inspección General del Ejército. AGE, sin datos de Volumen.

14 De esta manera se diferencia de los cuerpos de línea iniciales que llevaban el número correspondiente a su cuerpo como el 1º de línea “Buín”, etc., que llevaban el número en el quepí y en la guerrera.

raíso en dirección a Antofagasta donde permanecerá hasta febrero de 1880, en que se dirigirá al puerto de Iquique donde su comandante; el Teniente Coronel Manuel José Soffia O. asume como gobernador militar de la zona y el batallón queda de guarnición en el mismo lugar.

Con el establecimiento de la guarnición Militar en Iquique, el Batallón Colchagua se apresta a un posible ataque del enemigo, lo que se evidencia en una carta que el Coronel Soffia envía al Presidente Aníbal Pinto el 16 de marzo de 1880, cuya transcripción es como sigue:

“Apreciado señor y amigo: Aprovecho el primer vapor para tener el gusto de contestar a su nota de 4 del presente

Es muy natural la ansiedad en que todos nos encontramos por saber luego las noticias y puedo asegurarle que, desde que me hice cargo de la comandancia de Armas, mandé siempre sin pérdida de tiempo todo lo que se me comunicaba desde Pisagua y lo que yo recogía aquí a la llegada de los vapores. Si algunas veces no recibían las noticias con oportunidad y en partes tan oscuras era porque así se mandaban desde Pisagua y yo al transmitir las no me creía autorizado para cambiar ni una sola palabra. Sería conveniente recomendar al General Villagrán que, cuando él salga de Pisagua deje como comandante de armas a alguna persona diligente y de buen criterio capaz no solo de redactar los partes de un modo claro sino que también para apreciar las noticias que debe transmitir. Es a Pisagua a donde primero llegan los transportes y es ahí donde van a parar las comunicaciones del gobierno para el señor Sotomayor y el General Escala.

El 15 del presente entregué al señor Lynch la comandancia general de Armas y la Jefatura haciéndole presente que podrá ocuparme en todo lo que me creyere útil. Le he estado poniendo al corriente de todo y le entregué los estados del parque y de existencia de almacenes que hice formar al día siguiente que tomé la comandancia y que se lleva al día, para que Ud. vea que aquí se sabe lo que se tiene en materia de municiones, víveres, forraje, etc. , le incluyo copia de los estados el día antes de entregar al señor Lynch.

Donde he oído y creo que hay algún desorden en cuanto a no saber lo que se tiene es en Pisagua y en los transportes. Es muy posible que usted ordenará un inventario prolijo en todos los transportes y en algunos de los buques de la escuadra, se descubriría mucha parte de lo que falta, como por ejemplo las granadas para cañones de montaña franceses. Sucede con estas granadas que faltan en Ilo, seiscientos que pidan con urgencia y al ejército de reserva 1.400 para la dotación de las dos baterías que existen y que tienen 192 granadas. Cuando se han pedido con apuro a Santiago contestan sorprendidos porque creen haber mandado muchas; pero como aquí no se encuentran es seguro que están todavía en el buque que las trajo. Vale la pena hacer cuanto antes una inspección prolija y por persona de confianza en todos los transportes y aun en el Angamos donde se cree que hay varias cosas que reclama el Cochrane.

Los dos fuertes que existen en esta plaza dejados por los peruanos se encuentran en perfecto estado y sus cañones Perrit (sic) de a 300 y 200 listos para disparar en el caso bien remoto por cierto de que llegara a presentarse el enemigo. El cañón de a 150 que sacaron los peruanos de los de la Independencia, se encuentra ya en la isla que está a más o menos mil metros de la costa y en esta semana quedará sobre su cureña y a juicio de los que entienden será este cañón la mejor defensa del puerto.

En pabellón de Pica y en Guanillos nada se ha hecho y aun entiendo que no hay orden para hacer fortificaciones. Hace pocos días hablando sobre el particular con el Comandante Latorre del Cochrane, me decía que a su juicio no debía pensarse en fuertes pues era indispensable mantener siempre un buque de nuestra escuadra para proteger los embarques de guano y que eso bastaría.

Se ha corrido en estos días que los peruanos proyectaban una expedición de cuatro mil hombres sobre esta plaza desembarcando en Molle, pero todo esto no pasa más allá de una de tantas bolas que se echan a correr todos los días. Parece sin embargo que el señor Lynch no lo cree tan improbable y me preguntó antes de ayer si no convendría pedir un Batallón más, yo le manifesté que a mi juicio no era posible que hiciera una operación tan descabellada; pero que me parecía bien eso de pedir otro batallón para que así el mío no estuviera tan recargo de servicio perjudicándose en su instrucción. Al señor Santa María había escrito ya sobre el particular y le decía que si era posible mandar otro batallón para ayudar al servicio de la guarnición vendría bien; pero que si no había podríamos seguir nosotros solos sin ningún inconveniente. No debe Ud. abrigar temor alguno sobre que los peruanos puedan volver a ocupar esta plaza, es muy improbable si no imposible que lo intenten y si llegaran a intentarlo por desembarco creo que tendríamos fuerzas para rechazarlas con los 600 del Colchagua y con los 100 artilleros que quedan. Lo que hace mucha falta para el servicio de las avanzadas son 25 hombres de caballería que no he podido conseguir con el señor Villagrán y a falta de ellos vendrían muy bien 25 monturas que aquí no faltan caballos y jinetes.

Antes de concluir me voy a permitir indicarle la conveniencia de que se fijen un poco más en las personas que mandan como empleados públicos, parece que se ha atendido mucho a los empeños sin fijarse en los antecedentes y competencias de los individuos y eso está dando malos resultados. Esto es privado, que lo pase usted bien y ordene a su Aff. Amigo y at. S. S."(sic).¹⁵

De la lectura de esta carta se puede entender que en el mismo momento que el ejército chileno en campaña estaba peleando la guerra en territorio peruano, podemos ver que más al sur, los elementos logísticos de coordinación entre la acción política y el mando militar no son conforme a los parámetros de conducción táctica de la época y en el caso de un ataque enemigo a la guarnición de Iquique —defendida solamente por el Regimiento Colchagua— podría haber estado en serios problemas, puesto que contaba con muy pocos recursos para contrarrestar un posible ataque peruano. Sin embargo, correspon-

15 ANAC. Carta de Manuel José Soffia a Aníbal Pinto. Fondo Varios Vol. 416. Fojas 256-259.

de mencionar también en este sentido que después de la derrota aliada en Tacna, Arica y en el Campo de la Alianza los peruanos y bolivianos se aprestan a replegarse en dirección al norte y por ende en ese aspecto es posible encontrar la explicación de por qué en los territorios de Tarapacá y Antofagasta solo quedan de guarnición unidades cívicas y de pocos recursos militares como el caso del Regimiento Colchagua.

Desde Febrero de 1880 hasta Octubre del mismo año, el ahora Regimiento Colchagua como ya se ha mencionado se encuentra en Iquique, pero algunas de sus compañías son parte de las expediciones de la 1ª división del ejército que parten a Chimbote y a San Pedro al norte del puerto nortino. El 10 de Septiembre de 1880 llegó al puerto de Chimbote en donde se dirigieron a Supe y al puerto de Paita el 17 de Septiembre del mismo año y en estos lugares destruyeron el ferrocarril de Huaca y exploraron el valle de Lurín, Chiclayo y Trujillo.

De vuelta en Iquique, en noviembre de 1880, el Regimiento Colchagua se encuentra en Arica, lugar en que el alto mando del ejército en campaña prepara el desembarco directo y definitivo en territorio peruano que se realizará en Pisco el 15 de diciembre del mencionado año y desde este punto rápidamente el ejército en campaña se acantona en Lurín, para preparar la toma de Lima; lo que se lograría únicamente con la derrota definitiva del ejército peruano acantonado en las inmediaciones del balneario de San Juan de Chorrillos, lo que se conseguiría en la batalla librada el 13 de enero de 1881.

Para comprender la actuación del Regimiento Colchagua en la batalla de Chorrillos se debe necesariamente comprender el contexto y desarrollo genérico de este enfrentamiento, conforme a eso es que en los momentos previos a la Batalla de Chorrillos se observa un mejor escenario para las fuerzas chilenas en disputa, puesto que en términos morales la tropa presenta un alto índice de confianza, y en el aspecto de recursos podría librarse una batalla de duración de alrededor de 8 horas de lucha, lo que es un tiempo considerable, teniendo en cuenta las variables de la planificación, disciplina de la tropa y la posición enemiga; en este aspecto, las posiciones peruanas reportaban una desventaja para las fuerzas chilenas, los peruanos ocupaban posiciones altas en cerros y llanos, lo que dificultaba un ataque directo por parte de las tropas chilenas, ese factor sumado al poder de la artillería peruana debía causar un enorme problema para la fuerza expedicionaria chilena.

Conforme a la descripción de la Batalla hecha por el Estado Mayor General del Ejército:

"[...] dos eran las posiciones ocupadas por el Ejército Peruano para la defensa de Lima por el sur. La más avanzada se encontraba en el cordón de alturas que se extiende desde Morro Solar hasta Monterrico Chico, abarcando la serranías de Santa Teresa y San Juan."(sic).¹⁶

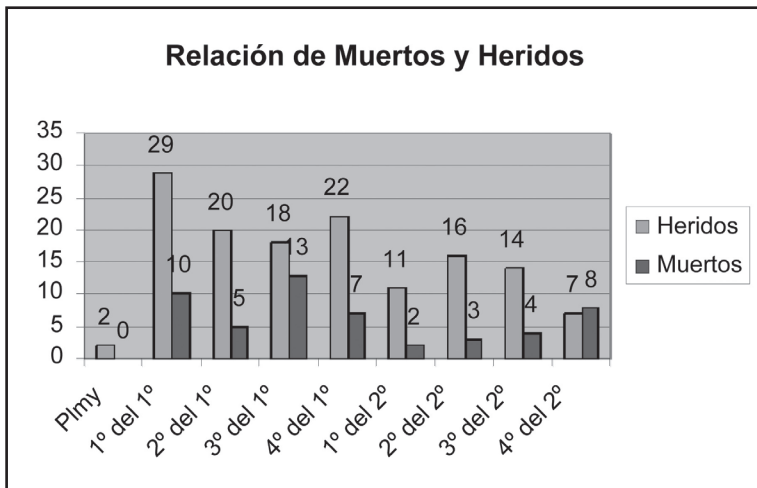
16 EMGE. *Historia Militar de Chile*. Tomo 2. IGM. Santiago de Chile 1997. p. 178

MOVILIZACIÓN DE SAN FERNANDO EN LA GUERRA DEL PACÍFICO (1879-1884)

Conforme a la descripción de la posición peruana esta cubría alrededor de 17 kilómetros, por lo que se puede entender como una línea dispuesta para la contención y desgaste, puesto que los fuegos de la artillería peruana como cañones o ametralladoras debían causar grandes estragos durante el ataque chileno.

Conocedor de este riesgo, el plan chileno tendría como primera prioridad neutralizar el poder de fuego del enemigo, para lo cual debía contar con una caballería ágil y vigorosa que debía sortear rápidamente las posiciones enemigas y llegar a la artillería para así facilitar la conquista de la Infantería y asegurar el triunfo chileno en la batalla, de acuerdo a esto es que la caballería debería romper el cerco enemigo conforme a una maniobra envolvente y así posibilitar un ataque en dos flancos para el enemigo y causar su agotamiento atacándolo por diversos puntos. Sin embargo, la táctica de Baquedano, se desarrolló con un ataque frontal directo a las posiciones.

Comprendido el desarrollo general de la Batalla de Chorrillos es posible afirmar que la actuación del Regimiento Colchagua fue de importancia, pues como parte de las fuerzas de la I división al mando de Patricio Lynch, le tocó avanzar desde las posiciones del cerro Zig-Zag y al Morro Solar, y de toda la fuerza dispuesta para el combate (3 jefes; 29 oficiales y 801 individuos de tropa), tuvieron 189 bajas (contando el total de muertos y heridos) entre oficiales e individuos de tropa, lo que representó el 23, 28% de la tropa entrada en combate.



Resumen de Bajas R. Colchagua Batalla de Chorrillos (elaborado por el autor sobre relación de Adolfo Krüg, después de la batalla)

Fuerza que entra en combate

- Jefes: 3

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

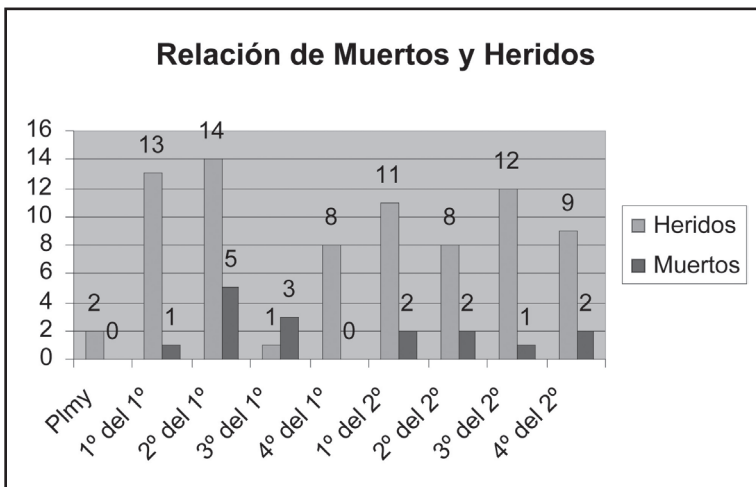
- Oficiales: 29
- Tropa: 801
- Total: 833 Plazas

Bajas en la Batalla

- Heridos: 139 (16.68%)
- Muertos: 52 (6.24%)
- Total: 191 plazas (22.92 %)

Después del triunfo militar chileno en Chorrillos era necesario neutralizar las posibilidades de reagrupamiento de las tropas peruanas, por lo que la Batalla de Miraflores –librada dos días después de Chorrillos– fue consecuencia de la batalla anterior, en este sentido, las fuerzas chilenas debían aprovechar la retirada como un factor decisivo en su accionar, junto con eso era menester considerar la fatiga de las tropas enemigas sobrevivientes de Chorrillos. En Miraflores el plan de ataque chileno era similar al usado hace 2 días, con la diferencia que solo se buscó la destrucción del enemigo que no pudo reagrupar sus tropas y presentar un buen combate a las fuerzas chilenas.

En esta batalla, el Regimiento Colchagua pudo participar en el combate contra la fuerza peruana y ocupar posiciones de vanguardia en el ataque de la primera división del llamado “Príncipe Rojo”. Las tropas del Colchagua, junto al resto de la I división, atacaron por el flanco izquierdo de las tropas peruanas que no pudieron resistir el ataque envolvente que esta vez sí se realizó. En esta batalla el Colchagua presentó a 652 plazas entre Jefes, Oficiales e Individuos de tropa, y conforme a su actuación tuvo un total de 99 bajas, lo que significó una pérdida del 15,18% y entre los muertos figuran los oficiales Juan Reyte, Pedro Antonio Vivar, Manuel Carrasco, Manuel Palacios, José Villarroel y Genaro Molina.



MOVILIZACIÓN DE SAN FERNANDO EN LA GUERRA DEL PACÍFICO (1879-1884)

Resumen de Bajas R. Colchagua Batalla de Miraflores (elaborado por el autor sobre relación de Adolfo Krüg, después de la batalla)

Fuerza que entra en combate

- Jefes: 2
- Oficiales: 19
- Tropa: 631
- Total: 652 Plazas

Bajas en la batalla

- Heridos: 78 (11.96 %)
- Muertos: 16 (2.45%)
- Total: 94 plazas (14.41%)

Después de esta victoria para las fuerzas chilenas, el Regimiento Colchagua participa dentro de la fuerza que ocupa Lima el 20 de enero de 1881. Con la entrada a Lima del ejército chileno –en que la banda instrumental del Regimiento Colchagua participó como parte de las bandas que irrumpieron con paso marcial en las calles de la capital peruana– se decidió la guerra en una muy favorable posición para Chile, sin embargo, el Ministro de Guerra en Campaña, don José Francisco Vergara, resuelve que la mitad del ejército en campaña vuelva a Chile y por ende se disuelven cuerpos y su personal es licenciado. Entre esta fuerza se encuentra el Regimiento Colchagua que se embarca en el puerto del Callao para volver a la ciudad de San Fernando en el mes de Marzo de 1881, en que por decreto supremo fechado el 26 de marzo de 1881, se disuelve la unidad por tercera vez, conforme al documento que se transcribe a continuación:

“He acordado y Decreto:

Artículo 1º Pónense en receso los siguientes cuerpos de la Guardia Nacional Movilizada que forman parte del Ejército Expedicionario del Norte: “Navales”, “Atacama”, “Coquimbo”, “Valparaíso”, “Colchagua”, “Melipilla” y “Quillota”.

Artículo 2º El receso principiará el 1º de Abril próximo y terminará el 1º de Julio.

Desde esta última fecha los expresados cuerpos funcionarán en las respectivas localidades como Cuerpos Sedentarios, con arreglo a las disposiciones vigentes sobre la Guardia Nacional Pasiva.

Artículo 3º Los Jefes, oficiales, clases y soldados de los expresados Regimientos y Batallones Movilizados, recibirán al comenzar el receso una gratificación equivalente a 3 sueldos en el empleo que desempeñaren.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Se exceptúan los Jefes y oficiales de Ejército empleados en ellos, quienes continuarán disfrutando de sus sueldos respectivos según la Sección o Cuerpo a que fueren destinados, y los de la Guardia Nacional a quienes el Gobierno acuerde dejar en servicio activo.

Artículo 4º El abono de gratificación lo harán las Comisarías en vista de la última Lista de Revista pasada por cada cuerpo después de su regreso del Norte.

Artículo 5º La Intendencia General del Ejército, de acuerdo con la Inspección General de la Guardia Nacional dictará a la brevedad posible las disposiciones necesarias para el ajuste definitivo de los oficiales y tropa que han regresado de la campaña y que se dejan en receso por el presente Decreto.

Artículo 6º Las oficinas que verifiquen el pago de la gratificación a que se refiere el Artículo 3º pasarán su cargo a la Comisaría General para que ésta la registre en sus libros y recabe por el conducto respectivo la aprobación e imputación a las leyes especiales de guerra.

Artículo 7º La Inspección General de la Guardia Nacional pasará a la Inspección General del Ejército la lista de los oficiales que declara en receso este Decreto y que deseen continuar en el servicio, a fin de que los Jefes de los Cuerpos de Línea los tengan presentes al elevar propuestas para llenar las vacantes de sus cuerpos.

Artículo 8º Todos los individuos de tropa a que se refiere este Decreto podrán incorporarse en los Cuerpos de Línea del Ejército de Operaciones, manifestando su intención de hacerlo así antes del 15 de Abril entrante.

El Inspector General del Ejército dispondrá lo conveniente para la incorporación de que se trata.

Tómese razón y comuníquese.

Pinto

Manuel García de la Huerta."(sic).¹⁷

De acuerdo a este decreto entonces es que el Regimiento Colchagua vuelve a San Fernando, y su personal será licenciado o en algunos casos integrarán otras unidades del Ejército, que aún permanecen en el escenario de la Guerra.

17 Archivo Licurnlauta. Op. cit.

Posterior a la disolución de la unidad el Coronel Manuel J. Soffia queda como intendente de la provincia de Colchagua, pero será destinado a Iquique posterior al envío de una carta directa al Presidente Aníbal Pinto cuyo texto es como sigue:

"[...] Después de Chorrillos y Miraflores me he sentido mal de salud con el principio de las Tercianas; pero por fortuna ha pasado ya todo cuidado y me encuentro bien. Es por otro motivo que no había podido tener el gusto de felicitar a usted por el triunfo obtenido y que viene a hacer de su administración la época más grandiosa de nuestra historia nacional.

El desenlace de la guerra, colosal para nuestro Chile, la no interrupción y por el contrario aumento de las industrias del País, la prosperidad del comercio y la riqueza pública y privada, etc., son a no dudarlo motivos de gran satisfacción para el mandatario que recibió el gobierno en época difícil con crisis, con pobreza y con horizonte cubierto de negros nubarrones. Que la misma fortuna siga acompañándole hasta el fin y que tengamos buen acierto para fijarnos en un reemplazante, deben ser hoy las únicas aspiraciones de todo buen patriota.

Como habrá visto por los partes oficiales al Colchagua le tocó su parte en los dos combates y tuvo como bajas a diez y seis oficiales de 29 que formaron y el 36% de la tropa. Entre los muertos figuran dos capitanes, Vivar que deja hermanas huérfanas y Reyte que deja mujer y dos hijitos en la mayor pobreza, luego le agradeceré que, cuando sea oportuno se acuerde de estas familias.

Yo sigo al mando del Regimiento y de guarnición en este puerto, aguardando la resolución que se tome, dispuesto siempre a acompañarle en el puesto que se me señale. He oído que las autoridades de Iquique y Tacna piensan renunciar y para el caso de que haya algo de verdad, bueno es que usted sepa que, puede contar al menos con mi buena voluntad para el trabajo. Conozco bastante a Tarapacá y el Norte y aunque sus pueblos no tienen los atractivos de los de Chile viejo, me gustaría sin embargo tomar parte en la organización de las nuevas provincias chilenas.

Deseando a Ud. y familia toda clase de prosperidades me es grato repetirme como siempre su afectuoso amigo y atento servidor."(sic).¹⁸

Como expone la carta, posterior a la disolución del Regimiento Colchagua, lo que preocupa a su comandante resultó ser la suerte de las familias de los oficiales caídos en actos de servicio como Vivar y Reyte, y pide que no sean abandonadas por el gobierno y así también se pidió por la suerte de muchos huérfanos que fueron amparados por el hogar "El Asilo de la Patria" dirigido por la Iglesia Católica.

18 ANAC. Carta de Manuel José Soffia a Aníbal Pinto. Fondo Varios, Vol. 416. Fojas 276-277

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

El Colchagua fue recibido con honores en la ciudad que le vio nacer cuando vuelve el jueves 17 de marzo y su recepción se materializa en una ceremonia dirigida por el entonces intendente don José María Valderrama, y el capellán de la ciudad, el reverendo padre Juan Francisco Riveros.¹⁹

En conclusión, la ruta del Batallón y posterior Regimiento Colchagua puede centrarse en los aspectos de apoyo –como ya se ha mencionado– y se puede resumir en la tabla que se presenta a continuación.²⁰

<i>LUGARES EN QUE PERMANECIÓ EL REGIMIENTO CÍVICO MOVILIZADO COLCHAGUA</i>		
<i>Año de 1879</i>		
Meses	Año	Lugares
Diciembre	1879	Antofagasta
<i>Año de 1880</i>		
Enero	1880	Antofagasta
Febrero	1880	Antofagasta
Marzo	1880	Iquique
Abril	1880	Iquique
Mayo	1880	Iquique
Junio	1880	Iquique
Julio	1880	Iquique
Agosto ²¹	1880	Iquique
Septiembre	1880	Iquique-Chimbote
Octubre	1880	Iquique-San Pedro
Noviembre	1880	Arica
Diciembre	1880	Pisco
<i>Año de 1881</i>		
Enero	1881	Chorrillos-Miraflores-Lurín-Lima
Febrero	1881	Callao
Marzo	1881	San Fernando

19 La Juventud de San Fernando 16 de Marzo de 1881. Sección Microformatos de la Biblioteca Nacional.

20 AGE. Listas de Revista de Comisario. Btn. Colchagua Vol. 309.

21 La Unidad es elevada a la categoría de "Regimiento", según el decreto supremo fechado el 14 de Agosto de 1880.

4. LA RUTA DEL BATALLÓN CÍVICO “SAN FERNANDO” (1880 – 1884)

El 5 de octubre de 1880, a los casi 11 meses de la organización y movilización del Regimiento Colchagua en San Fernando se reorganizó el batallón cívico de la ciudad, que conforme a los planes de Vergara no debía entrar en combate por la pronta rendición del enemigo, lo que no ocurre, puesto que el General Cáceres organiza una resistencia en la Sierra Peruana mediante el sistema de las montoneras, lo que causará la eclosión de una de las campañas más difíciles que ha debido enfrentar el Ejército chileno.

El Batallón San Fernando –disuelto para organizar el Colchagua junto con el Rengo– se reorganiza el 5 de octubre de 1880, y de inmediato parte a San Bernardo para recibir instrucción militar y así prestar el debido apoyo a las unidades que combaten en territorio peruano.

Entre 1880 y 1882, el “San Fernando” parte desde su ciudad de origen a San Bernardo y desde ese punto se embarca en dirección a Arica para después estar de guarnición en Lima a mediados de 1881. Sin embargo, esta unidad participa también en expediciones divisionarias que tienen la misión de neutralizar las montoneras al interior del territorio peruano. Los lugares que recorre en ese tiempo son como se precisa a continuación:²²

<i>RELACIÓN DE LOS LUGARES EN QUE PERMANECIÓ EL B. SAN FERNANDO ENTRE 1880 Y 1882</i>			
Día	Meses	Año	Lugares
13	Octubre	1880	San Fernando
15	Noviembre	1880	San Bernardo
15	Diciembre	1880	San Bernardo
15	Enero	1881	A bordo del transporte “Amazonas” (15 Ene) – Arica (16 Ene) – 4º Cía. En Crucero “Angamos”
14	Febrero	1881	Calama
14	Marzo	1881	Calama
13	Abril	1881	Calama
15	Mayo	1881	A bordo del “Payta”
15	Junio	1881	Lima
15	Julio	1881	Lima
15	Agosto	1881	Lima
15	Septiembre	1881	Lima
15	Octubre	1881	Lima
15	Noviembre	1881	Chorrillos

22 AGE. Listas de Revista de Comisario. Btn. San Fernando Vol. 349

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

<i>RELACIÓN DE LOS LUGARES EN QUE PERMANECIÓ EL B. SAN FERNANDO ENTRE 1880 Y 1882</i>			
Día	Meses	Año	Lugares
15	Diciembre	1881	Chorrillos
14	Enero	1882	Chosica (Plana Mayor se encuentra con Banda)
15	Febrero	1882	Matucana- Chicla- Chosica
15	Marzo	1882	Matucana- San Mario- Chicla
15	Abril	1882	Lima
13	Mayo	1882	Lima
14	Junio	1882	Lima (Cdte. Diego Donoso con comisión)
15	Julio	1882	Lima
15	Agosto	1882	Chorrillos (Asume Cdte. (Sgto. May.) Pedro José Peña)
14	Septiembre	1882	Chorrillos (Asume Cdte.(TCL) Gregorio Silva)
13	Octubre	1882	Iquique
15	Noviembre	1882	Iquique
15	Diciembre	1882	Iquique – Antofagasta (4ª Compañía en comisión)

Como puede observarse, esta unidad, al mando del Teniente Coronel Diego Donoso, y secundado por el Sargento Mayor Pedro José Peña, actúa solo como grupo de apoyo y reconocimiento, sin embargo, el hecho de que no haya estado en un combate directo no es menos importante puesto que al ser unidad de exploración y de reserva permite dar seguridad al comando general y así planificar sin mayores contratiempos la campaña del sector noreste de Perú.

La Guerra dura hasta 1884, y en los lugares que guarnece el San Fernando se cubren importantes cantones salitreros como muestra la tabla que se expone a continuación.²³

<i>RELACIÓN DE LOS LUGARES EN QUE PERMANECIÓ EL B. SAN FERNANDO ENTRE 1883 Y 1884</i>			
Día	Mes	Año	Lugares
14	Enero	1883	Iquique-Antofagasta (4ª Compañía en expedición)
14	Febrero	1883	Iquique- Antofagasta (12 feb. 2ª Compañía Comisión en Santiago)
13	Marzo	1883	Iquique- Antofagasta (4ª Compañía en expedición)
14	Abril	1883	Iquique- Antofagasta
14	Mayo	1883	Antofagasta- Iquique- San Fernando (Comisión de reclutamiento)
14	Junio	1883	Iquique- Antofagasta

23 AGE. Listas de Revista de Comisario. Btn. San Fernando Vol. 350

MOVILIZACIÓN DE SAN FERNANDO EN LA GUERRA DEL PACÍFICO (1879-1884)

<i>RELACIÓN DE LOS LUGARES EN QUE PERMANECIÓ EL B. SAN FERNANDO ENTRE 1883 Y 1884</i>			
Día	Mes	Año	Lugares
12	Julio	1883	Pozo Almonte- Iquique- Antofagasta
14	Agosto	1883	Pozo Almonte- Iquique- Antofagasta
14	Septiembre	1883	Pozo Almonte- Iquique- Antofagasta
14	Octubre	1883	Pozo Almonte
11	Noviembre	1883	Pozo Almonte- Iquique
13	Diciembre	1883	Pozo Almonte- Iquique- Antofagasta
14	Enero	1884	Pozo Almonte- Iquique- Antofagasta
14	Febrero	1884	Pozo Almonte- Iquique- Antofagasta
14	Marzo	1884	Pozo Almonte (Plana Mayor 1ª, 5ª y 6ª Cía.) – Iquique (2ª Cía.)- Antofagasta (3ª Cía. y 4ª Cía.)
14	Abril	1884	Pozo Almonte (Plana Mayor 1ª, 5ª y 6ª Cía.) – Iquique (2ª Cía.)- Antofagasta (3ª Cía. y 4ª Cía.)
14	Mayo	1884	Pozo Almonte (Plana Mayor 1ª, 5ª y 6ª Cía.) – Iquique (2ª y 4ª Cía.)- Antofagasta (3ª Cía.)
14	Junio	1884	Iquique (Todo el Batallón, excepto la 3ª Cía. que está en Antofagasta)
12	Julio	1884	San Fernando (Disolución y licenciamiento de la unidad)

Terminada la guerra, las unidades que no formaron los Regimientos de Línea –que eran numerosos– fueron licenciados, y el San Fernando es disuelto el 14 de Julio de 1884, cuando ya la paz estaba signada y la Patria no corría mayor peligro.

5. CONCLUSIÓN

La presencia y actuación militar sanfernandina en la Guerra del Pacífico puede resumirse entonces en una fuerza de apoyo como se ha planteado anteriormente, puesto que al nacer ambas unidades sobre la base de cuerpos cívicos movilizados no integran muy seguido avanzadas de vanguardia en las acciones militares; para el caso del Regimiento Colchagua, como se analizó; este apoyo se evidenciará en sus acciones de soporte a la conquista, como lo fueron las batallas de Chorrillos y Miraflores; mientras que para el Batallón San Fernando, ese apoyo se reflejará en la vigilancia y protección de oficinas salitreras, como en la exploración de nuevos puntos con el fin de neutralizar eventuales focos de resistencia que pudiesen poner en peligro la dominación chilena en territorio peruano durante la Guerra del Pacífico. En consecuencia, puede afirmarse que aunque si bien es cierto, las unidades estudiadas no presentarán una experiencia de combate muy extensa –como los cuerpos de línea de Santiago, por ejemplo– su rol fue preponderante en el sentido de la contribución que prestaron para la mantención de la conquista y el aseguramiento del triunfo chileno en la llamada “Guerra del Nitrato”.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

I. FUENTES

1. Archivo Nacional Histórico de Chile. Fondo Varios. Vol. 815
2. Archivo Nacional Histórico de Chile. Fondo Ministerio de Guerra. Vols. 549, 893, 894.
3. Archivo General del Ejército de Chile. Fondo Histórico Listas de Revista de Comisario. Vols. 309, 317, 318, 320
4. Archivo Documental Museo Licurnlauta de San Fernando. Libro Copiador de Oficios 1876-1878
5. Archivo Documental Museo Licurnlauta de San Fernando. Libro Copiador de Oficios 1879-1881

II. FUENTES IMPRESAS

1. VARAS, Antonio. Recopilación de Leyes, Ordenes Decretos Supremos i Circulares concernientes al Ejército. Imprenta de R. Varela, Santiago de Chile, año 1884

III. DIARIOS Y REVISTAS

1. *La Juventud de San Fernando*
2. *El Chicote de San Fernando*

IV. BIBLIOGRAFÍA GENERAL

1. ARANCIBIA Clavel, Patricia. "El Ejército de los Chilenos" (Ed. Biblioteca Americana. 1ª edición Santiago de Chile, año 2007)
2. CENTRO DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES MILITARES; Departamento de Historia del Ejército "Primera Jornada de Historia Militar siglos XVII-XIX" (Estado Mayor General del Ejército, 1ª edición, Santiago de Chile, 2004)
3. "Segunda Jornada de Historia Militar, Siglos XIX-XX" (EMGE, 1ª edición, Santiago de Chile, 2005)

MOVILIZACIÓN DE SAN FERNANDO EN LA GUERRA DEL PACÍFICO (1879-1884)

4. BULNES, Gonzalo. "La Guerra del Pacífico" (Ed. Pacífico, Santiago de Chile año 1953)
5. ESTADO MAYOR GENERAL DEL EJÉRCITO "Historia Militar de Chile" 3 Tomos (TT. GG. Instituto Geográfico Militar, 1980, Biblioteca del Oficial, Santiago de Chile)
6. "Historia del Ejército de Chile" (10 vols. EMGE, Santiago de Chile, 2ª edición 1985)
7. GUTIÉRREZ, Hipólito. "Crónica de un Soldado en la Guerra del Pacífico" en QUIROZ, Abraham; GUTIÉRREZ, Hipólito. "Dos Soldados en la Guerra del Pacífico". Ed. Francisco de Aguirre, 1ª edición Buenos Aires, Argentina, 1977)
8. NEIMAN, Enrique. "Aquel San Fernando" (Ediciones los Afines, San Fernando, Chile 2ª edición, 1972)
9. SALAZAR, Gabriel. "Labradores, Peones y Proletarios" (Lom Ediciones 2ª edición; Santiago de Chile, año 2000)
10. SCHEINA, Robert. Latin America's Wars; The Age of the Caudillo. Vol. 1. (Brassey's Estados Unidos, 1ª edición, 2003)

OFICIALES BTN. SAN FERNANDO

Plana Mayor.

TCL. Carlos Palacios
MAY. Amador Mujica
MAY. Angel Custodio Pacheco
CIR Carlos Auger
CAP Manuel Castro
CAP Onofre Segundo Concha
Contador Ernesto Varas
STE. Enrique Maturana.

1ª Cía.

CAP. Ramón Torrealba
TTE. Benjamín Palacios
STE. Luis Izquierdo

2ª Cía.

CAP. Pedro Eguiluz
TTE Alejandro Rivera
STE. Carlos Yáñez
STE. Diego Sánchez

3ª Cía.

TTE. Eleodoro Sotomayor
STE. Zenón Cerda

4ª Cía.

CAP. José María Botarro
TTE. Ramón Vicuña
STE Maximiliano Maturana
STE Isidro Ibarra

BATALLÓN COLCHAGUA

*Lista de Revista de Comisario para el mes de Diciembre de 1879*²⁴

BATALLÓN COLCHAGUA²⁵

PLANA MAYOR

Lista para la revista de comisario por el mes de diciembre de 1879

<i>Premios i actas de altas</i>	<i>Clases</i>	<i>Nombre</i>	<i>Presente</i>	<i>Ausente</i>	<i>Destinos</i>
	Tente. CrI. comandante	Don Manuel José Soffia Otaegui	P		
Destinado en la fecha según mando	Sjto. Mayor	Don Telasco Trujillo	A	En Iquique	
Ascendido por despacho supremo de 19 de marzo	Capt. Aydte.	Adolfo E. 2º Krug	P		
Ídem del 21 de Ídem	ID. ID	José 2º Pumarino	P		
Dcto. Supremo de 25 Id. i 27 Id.	Subte. Abdo.	Andrés Aravena	P		
Recibo de nombramiento de 7 de Id.	Sarjento 1º	Juan Andrés Fonseca	P		
	Cabo 2º	Justo Pastor Palacios	P		
	ID “	Romualdo Ríos	P		
	Tambores	José de la Cruz Ríos	P		
	Tambores	Santiago Díaz	P		
	Tambores	Juan Gonzáles	P		
	Tambores	Juan de Dios Guajardo	P		
	Tambores	Pedro Romero	P		
	Tambores	Jerman Chávez	P		
	Tambores	Manuel Jesús Gómez	P		

24 Ejército de Chile. Lista de Revista de Comisario Batallón Movilizado Colchagua 1879-1881. Archivo General del Ejército: Volumen 317.

25 Nota: La traducción de esta lista de revista es acorde con el original digitalizado en fotos, y no adaptado a los actuales códigos lingüísticos.

MOVILIZACIÓN DE SAN FERNANDO EN LA GUERRA DEL PACÍFICO (1879-1884)

BATALLÓN COLCHAGUA

PRIMERA COMPAÑÍA

LISTA para la revista de comisario por el mes de Diciembre de 1879

Premios i Actas de altas	Clases	Nombre	Presente	Ausente	Destinos
	Capitán Graduado de Mayor	Don Carlos Ignacio Palacios	P		
	Teniente	Edmundo Cristi	P		
	Subteniente	Alejandro Soffia	A	Con licencia	
	Subteniente	Alfredo Jaramillo	P		
Nombr. por Decr. Supremo del 1.NOV	Sarjento 1º	Zoilo Bautista	P		
Nombr. por Decr. Supremo del 1.NOV	Sarjento 2º	José Ignacio Núñez	P		
Nombr. por Decr. Supremo del 1.NOV	Sarjento 2º	Olegario Rojas	P		
Nombr. por Decr. Supremo del 1.NOV	Sarjento 2º	Ramón Labra	P		
Nombr. por Decr. Supremo del 1.NOV	Sarjento 2º	Augusto Díaz	P		
Nombr. por Decr. Supremo del 1.NOV	Sarjento 2º	Lucas Riveros	P		
Nombr. por Decr. Supremo del 1.NOV	Sarjento 2º	José Domingo Pizarro	P		
Nombr. por Decr. Supremo del 1.NOV	Cabo 1º	Enrique Guzmán	P		
Nombr. por Decr. Supremo del 1.NOV	Cabo 1º	Celedonio Vergara	P		
Nombr. por Decr. Supremo del 1.NOV	Cabo 1º	Pedro 2º Migurdes	P		
Nombr. por Decr. Supremo del 1.NOV	Cabo 1º	Luis Moya	P		
Nombr. por Decr. Supremo del 1.NOV	Cabo 1º	Luis Antonio Escobar	P		
Nombr. por Decr. Supremo del 1.NOV	Cabo 1º	Abemijeneo Olmazábal	P		
Nombr. por Decr. Supremo del 1.NOV	Cabo 2º	Francisco Iturriaga	P		
Nombr. por Decr. Supremo del 1.NOV	Cabo 2º	Nemecio Núñez	P		
Nombr. por Decr. Supremo del 1.NOV	Cabo 2º	José Manuel Morales	P		
Nombr. por Decr. Supremo del 1.NOV	Cabo 2º	Bruno Román	P		
Nombr. por Decr. Supremo del 1.NOV	Cabo 2º	Gregorio Palena	P		
Nombr. por Decr. Supremo del 1.NOV	Cabo 2º	Valentín Escobar	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Alejandro Villagrán	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Jerónimo Arce	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Pedro Antonio Fuentes	P		
=====	Soldado	Lucas Leighton	P		

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Premios i Actas de altas	Clases	Nombre	Presente	Ausente	Destinos
=====	Soldado	Adolfo Corvalán	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Ángel Aravena	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	José Gregorio Pardo	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Juan Bautista Ponce	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Amador Cortés	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Basilio Madariaga	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Baldomero Vargas	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Federico Abarca	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Miguel Labraña	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Bernabé Ibarra	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Ignacio Contreras	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Ceferino Vergara	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Alejandro Vásquez	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Dionisio Pizarro	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Galo Moya	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Joaquín Núñez	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Clodomiro Silva	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Laureano Pino	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Clodomiro Salinas	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Laureano Rojas	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Ramón Vivanco	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Gumercindo Tapia	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Ramón Alberto Opazo	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Francisco Antonio Zamorano	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Justo Díaz Reyes	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Saturnino Ramírez	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Dámaso Argomedo	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Tristán Díaz	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Remigio Gamboa	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Anselmo Ubilla	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Francisco Muñoz	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	José Ramón Arellano	P		

MOVILIZACIÓN DE SAN FERNANDO EN LA GUERRA DEL PACÍFICO (1879-1884)

Premios i Actas de altas	Clases	Nombre	Presente	Ausente	Destinos
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Miguel Mardones	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	José Urbano Román	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Juan Fuenzalida	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	José Luís Uribe	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Juan Solís	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Rodolfo Pacheco	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Pedro Antonio Osorio	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Ricardo Valenzuela	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Carlos Borroneo Bravo	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Lorenzo Arellano	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Santiago Silva	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Lazarino Cajas	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Nazario Zúñiga	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Domingo Cofré	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	José Mercedes Briones	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Juan José Ortiz	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Leoncio Reyes	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Edmundo Valencia	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Hipólito Reyes	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Gregorio Osorio	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	José Miguel Lorca	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Plácido Saavedra	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Juan Bautista Camilo	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Feliciano Jorquera	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	José Silva	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Celestino Rojas	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Fernando Gangas	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	José Manuel Figueroa	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Vicente Maturana	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Manuel Jesús Peña	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Eugenio Jiménez	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Florentino Abarca	P		

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Premios i Actas de altas	Clases	Nombre	Presente	Ausente	Destinos
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	José de la C. Urrutia	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Juan de la C. Peralta	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Leopoldo Castillo	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	José Manuel Cofré	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Lorenzo Cofré	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	José Domingo Montero	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Francisco Pérez	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Juan Sarmiento	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Ciriaco Polanco	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Ceferino Galarce	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Pedro Francisco Aravena*	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Carlos Loyola	P		
Voluntarios del 16.NOV	Soldado	Eustaquio Torrealba	P		

RESUMEN JENERAL

	Tte. Crl.	Sjto. Mayor	Capitán	Teniente	Subte-niente	Sargentos		Tambores	Cabos		Soldados	Total
						1º	2º		1º	2º		
P/A	*	*	1	1	2	1	6	*	6	6	81	100
T	*	*	1	1	2	1	6	*	6	6	81	100

PREMIADOS

1º 2º 3º 4º Total

- * El Soldado Pedro Francisco Aravena pasó a la Segunda Compañía, por lo que también figura en esa lista. Se advirtió de ese error al Comisario.

Antofagasta, Diciembre 15 de 1879

Firma de Carlos Ignacio Palacios

Vº Bº

Soffia

MOVILIZACIÓN DE SAN FERNANDO EN LA GUERRA DEL PACÍFICO (1879-1884)

BATALLÓN COLCHAGUA

SEGUNDA COMPAÑÍA

Lista para la revista de comisario por el mes de diciembre de 1879

Premios i Actas de altas	Clases	Nombre	Presente	Ausente	Destinos
Despacho Supremo 19.NOV, cúmplase 21.NOV	Capitán	Pedro Nolasco Gajardo	P		
Decreto 25.NOV, Cúmplase 27.NOV	Subteniente	Pedro José Ascúí	P		
Decreto 25.NOV, Cúmplase 27.NOV	Subteniente	Cayetano Maturana			
Decreto 25.NOV, Cúmplase 27.NOV	Sarjento 1º	José León Lara	P		
Decreto 25.NOV, Cúmplase 27.NOV	Sarjento 2º	Estanislao Lizama	P		
Decreto 25.NOV, Cúmplase 27.NOV	Sarjento 2º	José Secundino Araos	P		
Decreto 25.NOV, Cúmplase 27.NOV	Sarjento 2º	Adolfo Escobar	P		
Decreto 25.NOV, Cúmplase 27.NOV	Sarjento 2º	Daniel Arsenio Silva	P		
Decreto 25.NOV, Cúmplase 27.NOV	Sarjento 2º	Manuel Jesús Meléndez	P		
Decreto 25.NOV, Cúmplase 27.NOV	Sarjento 2º	Florencio Gallego	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Tambor	Juan de la Cruz Muñoz	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Cabo 1º	Juan Bautista Miranda	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Cabo 1º	Rafael Ibarra	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Cabo 1º	Francisco Lizana	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Cabo 1º	Rudesindo Apablaza	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Cabo 1º	Melquiades Reyes	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Cabo 1º	Gregorio Dinamarca	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Cabo 2º	Adolfo de la Barra	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Cabo 2º	Florencio Medina	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Cabo 2º	Gasto Núñez	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Cabo 2º	Manuel Riveros	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Cabo 2º	Abelardo Córdova	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Cabo 2º	José Manuel Ibarra	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Soldado	Pedro Francisco Aravena	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Soldado	Manuel Jesús Soliaga	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Soldado	Enrique Silva	P		

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Premios i Actas de altas	Clases	Nombre	Presente	Ausente	Destinos
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Soldado	Antonio Alarcón	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Soldado	Nicanor Díaz	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Soldado	Celedonio Díaz	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Soldado	Carmen Peña	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Soldado	Francisco Rojas	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Soldado	Baldomero Jirón	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Soldado	Ignacio Soto	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Soldado	Nicolás Aránguiz	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Soldado	Isidoro Román	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Soldado	Eulogio Garrido	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Soldado	Hermógenes Román	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Soldado	Juan Montero	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Soldado	Miguel Lazo	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Soldado	Pascual Leiton	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Soldado	Lindor Ascuí	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Soldado	Francisco Horta	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Soldado	Jesús María Henríquez	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Soldado	Dionisio Zúñiga	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Soldado	Cipriano Mena Jaña	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Soldado	Domingo Lorca	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Soldado	Emiliano Acuña	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Soldado	Anacleto García i García	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Soldado	Casimiro Díaz	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Soldado	Pedro José Caroca	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Soldado	Pantaleón Cornejo	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Soldado	Cipriano Mena Guzmán	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Soldado	Isaías Ávila	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Soldado	Marcelino Bravo	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Soldado	José Epifanio Zolorza	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Soldado	Antonio Cornejo	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Soldado	Tilidor Fuentes	P		
Obtuvieron Nomb. Fecha 17.NOV	Soldado	Belisario Abarca	P		

MOVILIZACIÓN DE SAN FERNANDO EN LA GUERRA DEL PACÍFICO (1879-1884)

Premios i Actas de altas	Clases	Nombre	Presente	Ausente	Destinos
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	Luis Antonio Urbina	P		
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	José Miguel Cerpa	P		
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	Benjamín Toro	P		
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	Seferino Pisco	P		
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	Dionisio Muñoz	P		
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	Isidoro 2º Varela	P		
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	Luis Álvarez	P		
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	Ramón Piña	P		
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	Gregorio Pérez	P		
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	Domingo Guajardo	P		
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	Manuel Valenzuela	P		
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	Emeterio González	P		
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	Luis Bamondes	P		
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	Manuel Torres	P		
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	Inocencio Navarro	P		
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	Lindor Reyes	P		
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	Eulogio Espinosa	P		
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	Eugenio Ojeda	P		
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	Serviliano Muñoz	P		
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	Antonio Soto	P		
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	Tránsito Carreño	P		
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	Juan Lima	P		
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	Santiago Córdova	P		
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	José Morales	P		
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	José Lorenzo Rodríguez	P		
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	Amador Díaz	P		
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	Beno Muñoz	P		
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	Eulogio Riquelme	P		
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	Benjamín Muñoz	C P	Enfermo	
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	Ambrosio Cáceres	P		
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	Roberto Díaz	P		
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	Cipriano Pérez	P		

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Premios i Actas de altas	Clases	Nombre	Presente	Ausente	Destinos
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	Mercedes Zamorano	P		
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	Valentín Moya	P		
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	Pedro Luis Parra	P		
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	Benito Ramos	P		
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	Manuel Rodríguez	P		
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	Manuel Alcalde	P		
Obtuvieron Nombr. Fecha 17.NOV	Soldado	Galindo Osorio	P		

RESUMEN JENERAL

	Tte. CrI.	Sjto. Mayor	Capitán	Teniente	Subte- niente	Sarjentos		Tambores	Cabos		Soldados	Total
						1º	2º		1º	2º		
P/A	*	*	1	0	2	1	6	1	6	6	79	99
T	*	*	1	0	2	1	6	1	6	6	79	99

Antofagasta, Diciembre 13 de 1879

Firma de Pedro Nolasco Gajardo

PREMIADOS

1º 2º 3º 4º Total

Vº Bº

Soffia

MOVILIZACIÓN DE SAN FERNANDO EN LA GUERRA DEL PACÍFICO (1879-1884)

BATALLÓN COLCHAGUA

TERCERA COMPAÑÍA

Lista para la revista de comisario por el mes de diciembre de 1879

Premios i Actas de altas	Clases	Nombre	Presente	Ausente	Destinos
Despacho supremo 19 de noviembre, cúmplase el 21 del mismo	Capitán	Don Andrés Sota L. de Guevara	P		
Despacho supremo 25 de noviembre, cúmplase el 27 del mismo	Teniente	Don Bernardo Latorre	P		
Despacho supremo 25 de noviembre, cúmplase el 27 del mismo	Subteniente	Don Hilarión Izquierdo			
Despacho supremo 25 de noviembre, cúmplase el 27 del mismo	Subteniente	Don Emilio San Cristóbal	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Sarjento 1º	Luis Quintanilla	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Sarjento 2º	Clorindo Gómez	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Sarjento 2º	Ambrosio Morales	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Sarjento 2º	Jesús Quiroz	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Sarjento 2º	Silvestre Arenas	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Sarjento 2º	Máximo Monreal	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Sarjento 2º	Jacinto Navarro	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Cabo 1º	Francisco Rodríguez	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Cabo 1º	Pedro Carreño	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Cabo 1º	Erasmus Guzmán	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Cabo 1º	David Parra	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Cabo 1º	Bernardo Ferrari	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Cabo 1º	Martín Zavala	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Cabo 2º	Alejandro Oróstegui	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Cabo 2º	Excequiel Madariaga	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Cabo 2º	Dionisio Sánchez	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Cabo 2º	Moisés Carreño	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Cabo 2º	Eduardo Aldino	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Cabo 2º	José Gregorio Barrera	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Francisco Vargas	P		

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Premios i Actas de altas	Clases	Nombre	Presente	Ausente	Destinos
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Manuel Antonio Reyes	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	José Ramírez	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Mardoqueez López	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Matías Miranda	C. P.	En Hospital	
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Fermín Peña	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Gabriel López	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	José Agustín Fredes	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Pedro Catrileo	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Manuel Vara	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	José Antonio Aguilera	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	José Muñoz	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Nepomuceno Díaz	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Juan León	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Ángel Custodio Urbina	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Gregorio Núñez	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Maximiliano Rojas	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	José Santos Riquelme	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Gabriel Aravena	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Manuel Tamayo	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	José Bravo	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Emilio Torres	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Antonio Maublen	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Gabriel Toro	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Nicolás Berríos	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	José Antonio Lazo	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	José del Carmen Casanova	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Eliverto Medina	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Benigno Farías	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Miguel Cáceres	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Ismael Bustamante	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Evaristo Vásquez	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Daniel Plaza	P		

MOVILIZACIÓN DE SAN FERNANDO EN LA GUERRA DEL PACÍFICO (1879-1884)

Premios i Actas de altas	Clases	Nombre	Presente	Ausente	Destinos
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Manuel Ávila	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Ignacio Torrealba	C. P.	En Hospital	
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	José María Gómez	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Jerónimo Nilo	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Valentín Moreno	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Pedro González	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	José del Carmen Vera	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	José Díaz	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Florencio Aliaga	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	José Rosales	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Cipriano Díaz	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Nicasio Pérez	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	José Arancibia	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Juan Acuña	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Luciano Ruz	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	José Antonio Céspedes	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	José Ignacio Rodríguez	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Pedro Muñoz	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Pedro Palma	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Hermógenes Lantadilla	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Tadeo Hernández	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Miguel Ibarra	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	José Pizarro	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Bartolo González	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Pedro Fuentes	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	José Domingo Cordero	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Miguel Rojas	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Hipólito Osorio	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Roque Valenzuela	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Emilio Gallardo	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Tiburcio Orellana	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	José Mardones	P		

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Premios i Actas de altas	Clases	Nombre	Presente	Ausente	Destinos
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Cecilio Díaz	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Juan Lara	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Belisario Romero	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Juan José Reyes	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Juan Pavez	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Avelino Ortiz	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	José Ibarra	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Pedro Juan Mella	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Andrés Solís	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Rubén Abarca	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Andrés Castro	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Lucas Roldán	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Iginio Caña	P		
Obtuvo nombr. de esta clase el 17.NOV	Soldado	Pedro Rojas	P		

RESUMEN JENERAL

	Tte. CrI.	Sjto. Mayor	Capitán	Teniente	Subte- niente	Sarjentos		Tambores	Cabos		Soldados	Total
						1º	2º		1º	2º		
P/A	*	*	1	1	2	1	6	x	6	6	81	100
T	*	*	1	1	2	1	6	x	6	6	81	100

Antofagasta, Diciembre 13 de 1879
Firma de Andrés Sota L. de Guevara

PREMIADOS

1º 2º 3º 4º Total

Vº Bº

Soffia

MOVILIZACIÓN DE SAN FERNANDO EN LA GUERRA DEL PACÍFICO (1879-1884)

BATALLÓN COLCHAGUA

CUARTA COMPAÑÍA

Lista para la revista de comisario por el mes de diciembre de 1879

Premios i Actas de altas	Clases	Nombre	Presente	Ausente	Destinos
Despacho supremo del 19 de noviembre, cúmplase el 21	Capitán	Don Pedro Antonio Vivar	P		
Despacho supremo del 25 de noviembre, cúmplase el 27	Teniente	Don José Hilarión Laspar	P		
Despacho supremo del 25 de noviembre, cúmplase el 27	Subteniente	Pedro Nolasco Contreras			
Despacho supremo del 25 de noviembre, cúmplase el 27	Subteniente	Alberto Wilson	P		
	Sarjento 1º	Vicente Ayala	P		
	Sarjento 2º	Silvero Ibarra	P		
	Sarjento 2º	Evaristo Herrera	P		
	Sarjento 2º	Lorenzo Salazar	P		
	Sarjento 2º	Domingo Navarro	P		
	Sarjento 2º	Adolfo Quintana	P		
	Sarjento 2º	Roberto Dupont	P		
	Cabo 1º	Juan Contreras	P		
	Cabo 1º	Pedro Espinoza	P		
	Cabo 1º	Luis Antonio Sotomayor	P		
	Cabo 1º	Andrés Crispo Escobar	P		
	Cabo 1º	Jerónimo Muñoz	P		
	Cabo 1º	Domingo [...] García	P		
	Cabo 2º	Belisario Saavedra	P		
	Cabo 2º	Manuel Jesús Astete	P		
	Cabo 2º	Plutarco Zúñiga	P		
	Cabo 2º	Pedro Navarrete	P		
	Cabo 2º	Benito Ulloa	P		
	Cabo 2º	Luis Ferrada	P		
	Soldado	Don Demetrio Sotomayor	P		

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Premios i Actas de altas	Clases	Nombre	Presente	Ausente	Destinos
	Soldado	Francisco Muñoz	P		
	Soldado	Juan de Dios Céspedes	P		
	Soldado	Ceferino López	P		
	Soldado	Joaquín Martínez	P		
	Soldado	Fidel Jaña	P		
	Soldado	Francisco Antonio Cáceres	P		
	Soldado	Manuel Antonio Echeverría	P		
	Soldado	Pedro Cerda	P		
	Soldado	Pedro Solís	P		
	Soldado	Feliciano Lizama	P		
	Soldado	Fernando Pastén	P		
	Soldado	Jacinto Cornejo	P		
	Soldado	Manuel Medina	C. P.	En Hospital	
	Soldado	Francisco Palma	P		
	Soldado	Francisco Nilo	P		
	Soldado	Pedro Rosales	P		
	Soldado	Juan Villalón	C. P.	En Hospital	
	Soldado	Gregorio Brito	P		
	Soldado	Ildefonso Soto	P		
	Soldado	Aravilano Contreras	P		
	Soldado	Cayetano Muñoz	P		
	Soldado	Feliciano López	P		
	Soldado	Miguel García	P		
	Soldado	Nicolás Morales	P		
	Soldado	Gregorio Maldonado	P		
	Soldado	Bernardino Pino	P		
	Soldado	Tristán Jauregui	P		
	Soldado	Pedro Saravia	P		
	Soldado	Miguel López	P		
	Soldado	Presto Lorca	P		
	Soldado	José Luis Díaz	P		
	Soldado	José Martín Céspedes	P		

MOVILIZACIÓN DE SAN FERNANDO EN LA GUERRA DEL PACÍFICO (1879-1884)

Premios i Actas de altas	Clases	Nombre	Presente	Ausente	Destinos
	Soldado	Antonio Marín	P		
	Soldado	Dionisio Castro	P		
	Soldado	Simón Rodríguez	P		
	Soldado	Mauricio Zúñiga	P		
	Soldado	Pedro Antonio Espinoza	P		
	Soldado	Francisco Vargas	P		
	Soldado	Evaristo Ovalle	P		
	Soldado	Justo Muñoz	P		
	Soldado	Domingo Rojas	P		
	Soldado	Baldomero Moya	P		
	Soldado	Juan de Dios Gajardo	P		
	Soldado	Timoteo Ramírez	P		
	Soldado	Faustino Acevedo	P		
	Soldado	José Corral	P		
	Soldado	José González	P		
	Soldado	Ignacio Henríquez	P		
	Soldado	Sebastián Lartiga	P		
	Soldado	Juan Francisco López	P		
	Soldado	Juan Flores	P		
	Soldado	Carmelo Astete	P		
	Soldado	Nicasio Galaz	P		
	Soldado	Justo Lastra	P		
	Soldado	Amador Cabeza	P		
	Soldado	Francisco Puebla	P		
	Soldado	Eduardo Jiménez	P		
	Soldado	Juan Cabeza	P		
	Soldado	Manuel Arellano	P		
	Soldado	Juan de Dios Reyes	P		
	Soldado	Juan Araya	P		
	Soldado	Máximo Gaete	P		
	Soldado	Eugenio Becerra	P		
	Soldado	Evaristo Riveros	P		

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Premios i Actas de altas	Clases	Nombre	Presente	Ausente	Destinos
	Soldado	Francisco Ibarra	P		
	Soldado	Andrés Digno Torres	P		
	Soldado	Primitivo Gaete	P		
	Soldado	Mauricio Vargas	P		
	Soldado	Cayetano Silva	P		
	Soldado	Seliceo Silva	P		
	Soldado	Salustio Silva	P		
	Soldado	Ismael Cáceres	P		
	Soldado	Juan de Dios Muñoz	P		
	Soldado	Francisco Navarro	P		
	Soldado	Ignacio Morales	P		
	Soldado	Justo Rufino Vidal	P		
	Soldado	Primitivo Donoso	P		
	Soldado	Gregorio Fuentes	P		
	Soldado	Laureano González	P		
	Soldado	Justo Pastor Palacios	P		

RESUMEN JENERAL

	Tte. Crl.	Sjto. Mayor	Capitán	Teniente	Subte-niente	Sarjentos		Tambores	Cabos		Soldados	Total
	1º	2º	1º	2º								
P/A	*	*	1	1	2	1	6	x	6	6	81	100
T	*	*	1	1	2	1	6	x	6	6	81	100

Antofagasta, Diciembre 13 de 1879

Firma de Pedro Antonio Vivar

PREMIADOS

1º 2º 3º 4º Total

Vº Bº

Soffia

MOVILIZACIÓN DE SAN FERNANDO EN LA GUERRA DEL PACÍFICO (1879-1884)

BATALLÓN COLCHAGUA

QUINTA COMPAÑÍA

Lista para la revista de comisario por el mes de diciembre de 1879

Premios i Actas de altas	Clases	Nombre	Presente	Ausente	Destinos
Despacho supremo del 19 de noviembre, cúmplase el 21	Capitán	Don José María Avila M	P		
Despacho supremo del 25 de noviembre, cúmplase el 27	Subteniente	José María Urzueta	P		
Despacho supremo del 25 de noviembre, cúmplase el 27	Subteniente	Santiago O'Rian	P		
	Sarjento 1º	José Dolores Saldías	P		
	Sarjento 2º	Crispín Gómez	P		
	Sarjento 2º	Francisco Guajardo	P		
	Sarjento 2º	Abel Emigdio Palma	P		
	Sarjento 2º	Pedro Pascual Roa	P		
	Sarjento 2º	Juan de la Cruz Ibarra	P		
	Cabo 1º	Luciano Maturana	P		
	Cabo 1º	Matías Salinas	P		
	Cabo 1º	Benigno Román	P		
	Cabo 1º	Javier Sepúlveda	P		
	Cabo 1º	Pablo Mauricio Silva	P		
	Cabo 1º	Amador Jara	P		
	Cabo 2º	Ramón Ladrón de Guevara	P		
	Cabo 2º	Demetrio López	P		
	Cabo 2º	Abdón Gómez	P		
	Cabo 2º	José Antonio Escobar	P		
	Cabo 2º	Gavilán González	P		
	Cabo 2º	José del Tránsito Fredes	P		
	Soldado	Rosendo Salinas	P		
	Soldado	José de la Cruz Yáñez	P		
	Soldado	David Morales	P		
	Soldado	Hermenejildo Lara	P		

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Premios i Actas de altas	Clases	Nombre	Presente	Ausente	Destinos
	Soldado	Juan de Dios Aravena	P		
	Soldado	Justo González	P		
	Soldado	Benjamín Barahona	P		
	Soldado	Antonio Maturana	P		
	Soldado	José Román	P		
	Soldado	Guillermo Grandón	P		
	Soldado	Manuel Prenaleta	P		
	Soldado	Emilio González	P		
	Soldado	Lorenzo González	P		
	Soldado	Antonio Valdés	P		
	Soldado	Plasido León	P		
	Soldado	Pedro González	P		
	Soldado	José Froilán Marín	P		
	Soldado	Candelario Salazar	P		
	Soldado	Miguel Fidel Pérez	P		
	Soldado	Juan Gómez	P		
	Soldado	Juan Campos	P		
	Soldado	Bernardo Basualto	P		
	Soldado	Benito Bustamante	P		
	Soldado	Francisco Barrios	P		
	Soldado	Juan de Dios Jiménez	P		
	Soldado	Mauricio Gaete	P		
	Soldado	Adrián Cañete	P		
	Soldado	Tiburcio Jaña	P		
	Soldado	José Filomeno Ríos	P		
	Soldado	Lorenzo Eleodoro Sotomayor	P		
	Soldado	Pedro Bravo	P		
	Soldado	Juan Reyes	P		
	Soldado	Jenaro Solís	P		
	Soldado	Zenón Cerda	P		
	Soldado	Ambrosio Sienas	P		
	Soldado	Francisco Enríquez	P		

MOVILIZACIÓN DE SAN FERNANDO EN LA GUERRA DEL PACÍFICO (1879-1884)

Premios i Actas de altas	Clases	Nombre	Presente	Ausente	Destinos
	Soldado	Francisco Lara	P		
	Soldado	Angel Custodio Rodríguez	P		
	Soldado	Gabriel Santibáñez	P		
	Soldado	Rodolfo Varela	P		
	Soldado	Rosalindo Maturana	P		
	Soldado	Placido León Candia	P		
	Soldado	Roque Serrano	P		
	Soldado	Felipe Ormazábal	P		
	Soldado	José de la Cruz Martínez	P		
	Soldado	Justo Chaparro	P		
	Soldado	José Antonio Garrido	P		
	Soldado	Jesús Valenzuela	P		
	Soldado	Tomás García	P		
	Soldado	Juan de Dios Valencia	P		
	Soldado	José Lorenzo Pérez	P		
	Soldado	Bartolomé González	P		
	Soldado	Juan Canelo	P		
	Soldado	David Aguilera	P		
	Soldado	Benito Lobo	P		
	Soldado	Francisco Gómez	P		
	Soldado	Abel Zamora	P		
	Soldado	Pedro Guerrero	P		
	Soldado	Miguel Pérez	P		
	Soldado	José Vásquez	P		
	Soldado	Santiago Lizama	P		
	Soldado	Juan Amaya	P		
	Soldado	Manuel Catalán	P		
	Soldado	José Luis Castro	P		
	Soldado	José Hilario Aravena	P		
	Soldado	Amador Córdova	P		
	Soldado	Francisco Torrealba	P		
	Soldado	Luis Cerro	P		

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Premios i Actas de altas	Clases	Nombre	Presente	Ausente	Destinos
	Soldado	Sinfonso Núñez	P		
	Soldado	Ricardo Manterota	P		
	Soldado	Marcos Serrano	P		
	Soldado	José Luis Brantes	P		
	Soldado	Juan Rojas	P		
	Soldado	Adolfo Naranjo	P		
	Soldado	Juan Armijo	P		
	Soldado	Adrián Carreño	P		
	Soldado	José Pilar Ramírez	P		
	Soldado	Tomás Barrera	P		
	Soldado	Santiago Serrano	P		
	Soldado	Abel Caroca	P		
	Soldado	Basilio Gres	P		

RESUMEN JENERAL

	Tte. Crl.	Sjto. Mayor	Capitán	Teniente	Subte- niente	Sarjentos		Tambores	Cabos		Soldados	Total
						1º	2º		1º	2º		
P/A	*	*	1		2	1	5	X	6	6	81	99
T	*	*	1		2	1	5	X	6	6	81	99

Antofagasta, Diciembre 13 de 1879

Firma de José María Avila

PREMIADOS

1º 2º 3º 4º Total

Vº Bº

Soffia

MOVILIZACIÓN DE SAN FERNANDO EN LA GUERRA DEL PACÍFICO (1879-1884)

BATALLÓN COLCHAGUA

SESTA COMPAÑÍA

Lista para la revista de comisario por el mes de diciembre de 1879

Premios i Actas de altas	Clases	Nombre	Presente	Ausente	Destinos
Despacho supremo del 19 de noviembre, cúmplase el 21	Capitán	Don Leonardo Portales	P		
Despacho supremo del 22 de noviembre, cúmplase el 23	Teniente	Don Manuel Carrasco	P		
Despacho supremo del 22 de noviembre, cúmplase el 23	Subteniente	Don Alejandro Polloni	P		
Despacho supremo del 22 de noviembre, cúmplase el 23	Subteniente	Don Onofre White	P		
Obtuvo Nomb. de esta clase el 17.NOV	Sarjento 1º	Casimiro Gatica	P		
Obtuvo Nomb. de esta clase el 17.NOV	Sarjento 2º	Don Jenaro Molina	P		
Obtuvo Nomb. de esta clase el 17.NOV	Sarjento 2º	Alfredo García	P		
Obtuvo Nomb. de esta clase el 17.NOV	Sarjento 2º	Pablo Molina	P		
Obtuvo Nomb. de esta clase el 17.NOV	Sarjento 2º	Marcelino Pardo	P		
Obtuvo Nomb. de esta clase el 17.NOV	Sarjento 2º	Francisco Escalona	P	Del Rgto. 2º de Línea Agregado a este Cuerpo	
Obtuvo Nomb. de esta clase el 17.NOV	Cabo 1º	Luciano Ascui	P		
Obtuvo Nomb. de esta clase el 17.NOV	Cabo 1º	Manuel Ulloa	P		
Obtuvo Nomb. de esta clase el 17.NOV	Cabo 1º	Mariano Seguel	P		
Obtuvo Nomb. de esta clase el 17.NOV	Cabo 1º	José del Carmen Uribe	P		
Obtuvo Nomb. de esta clase el 17.NOV	Cabo 1º	Rodolfo Jofré	P		
Obtuvo Nomb. de esta clase el 17.NOV	Cabo 1º	Bernardo Segundo Aravena	P		
Obtuvo Nomb. de esta clase el 17.NOV	Cabo 2º	Pedro Zenón	P		
Obtuvo Nomb. de esta clase el 17.NOV	Cabo 2º	José Manuel Morales	P		
Obtuvo Nomb. de esta clase el 17.NOV	Cabo 2º	José del C. Pérez	P		
Obtuvo Nomb. de esta clase el 17.NOV	Cabo 2º	Zrifon Jiménez	P		
	Soldado	Don Martiniano Brito	P		
	Soldado	Cruz Retamal	P		
	Soldado	Francisco Alvarado	P		

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Premios i Actas de altas	Clases	Nombre	Presente	Ausente	Destinos
	Soldado	Manuel Aravena	P		
	Soldado	Mauricio Roldán	P		
	Soldado	José Félix Muñoz	P		
	Soldado	Bonifacio Marín	P		
	Soldado	Santos Aguilera	P		
	Soldado	David Castillo	P		
	Soldado	Esteban Díaz	P		
	Soldado	Gabino Sepúlveda	P		
	Soldado	José Dolores Pavez	P		
	Soldado	Leandro Valenzuela	P		
	Soldado	Antonio Rodríguez	P		
	Soldado	Santiago González	P		
	Soldado	Marcelino Araya	P		
	Soldado	Juan Francisco Espinoza	P		
	Soldado	Pedro Olea	P		
	Soldado	Rafael González	A	Falta a dos Listas	
	Soldado	Juan López	A	Falta a dos Listas	
	Soldado	José Domingo López	P		
	Soldado	Jesús Ruz	P		
	Soldado	Eduardo Salazar	P		
	Soldado	Santiago Contreras	P		
	Soldado	Adrián Donoso	P		
	Soldado	José Aniceto González	P		
	Soldado	Dionisio Vargas	P		
	Soldado	Felipe Roldán	P		
	Soldado	Anacleto Saavedra	P		
	Soldado	Mateo Bravo	P		
	Soldado	Maximino Salgado	P		
	Soldado	Manuel García	P		
	Soldado	Zorilio Mortes	P		
	Soldado	Pantaleón Silva	P		
	Soldado	Ramón Rivadeneira	P		

MOVILIZACIÓN DE SAN FERNANDO EN LA GUERRA DEL PACÍFICO (1879-1884)

Premios i Actas de altas	Clases	Nombre	Presente	Ausente	Destinos
	Soldado	José Ignacio Morales	P		
	Soldado	Juan Bautista Santana	C. P.	Enfermo en el hospital	
	Soldado	Santos Caris	A	Falta a dos Listas	
	Soldado	Nicolás Herrera	P		
	Soldado	Juan López Toro	P		
	Soldado	Baldomero Serón	P		
	Soldado	Maximiliano Pardo	P		
	Soldado	Filadelpio Trujillo	P		
	Soldado	José Tomás Torreblanca	P		
	Soldado	Luciano González	P		
	Soldado	Carmelo Lucero	P		
	Soldado	Abdón Moreno	P		
	Soldado	Emilio Zalazar	P		
	Soldado	Manuel Reveco	P		
	Soldado	Melquisides Arene	P		
	Soldado	Recaredo López	P		
	Soldado	Avelino Cabrera	P		
	Soldado	Bernardino González	P		
	Soldado	Juan Bautista Viedma	P		
	Soldado	Francisco Valenzuela	P		
	Soldado	Jerónimo Astete	P		
	Soldado	Ceferino Díaz	P		
	Soldado	Juan Francisco Lucero	P		
	Soldado	Daniel Molina	P		
	Soldado	Lorenzo Salinas	P		
	Soldado	Doroteo Casupias	P		
	Soldado	Ricardo Muñoz	P		
	Soldado	Juan de Dios Paso	P		
	Soldado	Francisco Fuentes	P		
	Soldado	Juan Moya	P		
	Soldado	Juan Muñoz	P		
	Soldado	Pedro Verdugo	P		

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Premios i Actas de altas	Clases	Nombre	Presente	Ausente	Destinos
	Soldado	Benito Sandoval	P		
	Soldado	Segundo Vergara	P		
	Soldado	Casimiro Rojas	P		
	Soldado	Tadeo Videla	P		
	Soldado	Juan Bautista Cerda	P		
	Soldado	Manuel Osorio	P		
	Soldado	Segundo Silva	P		
	Soldado	Abraham Ramírez A.	P		
	Soldado	José Navarro	P		
	Soldado	Manuel Moraga	P		
	Soldado	Jerónimo Figueroa	P		
	Soldado	Juan de Dios Ramírez	P		
	Soldado	Avelino Castillo	P		
	Soldado	Estamastao Gómez	P		
	Soldado	Lucindo Espinosa	P		
	Soldado	Anacleto Urbano Ibáñez	P		

RESUMEN JENERAL

	Tte. Crl.	Sjto. Mayor	Capitán	Teniente	Subte-niente	Sarjentos		Tambores	Cabos		Soldados	Total
						1º	2º		1º	2º		
P/A	*	*	1	1	2	1	5	X	6	4	80	96
T	*	*	1	1	2	1	5	X	6	4	85	99

Antofagasta, Diciembre 13 de 1879

Firma de Leonardo Portales

PREMIADOS

1º 2º 3º 4º Total

Vº Bº

Soffia

APUNTES DE UN VIAJE AL PERÚ DURANTE LA OCUPACIÓN CHILENA¹

J. Domingo Amunátegui R.²

I DE SANTIAGO A CALLAO

El miércoles 27 de julio de 1881 a las siete y media de la mañana me instalaba en uno de los vagones del ferrocarril que a las ocho sale diariamente de Santiago a Valparaíso. Estaba fijada para la tarde de ese mismo día la partida de un vapor con destino al Callao, término de mi viaje, y debía embarcarme en él.

A la hora indicada el convoy se puso en marcha.

El día era frío como de los más del invierno. Los cerros que rodean el imponente camino de fierro, cubiertos de nieve hasta sus faldas presentaban un hermoso espectáculo. Ninguna nube empañaba la claridad del sol que, reflejándose en la nieve, producía diversos y brillantes visajes.

Deteniéndonos solamente en algunas de las estaciones del tránsito llegamos a Valparaíso a las doce y media. Como el vapor no salía antes de las cinco ocupamos el tiempo de que podíamos disponer en recorrer las alegres calles del puerto. A las cuatro nos embarcamos en el *Pizarro*.

Este buque, construido hace dos o tres años para el servicio de la Compañía Inglesa de Navegación por Vapor en el Pacífico (Pacific Steam Navigation Company) es magnífico. Sus departamentos bien ventilados y ordenados ofrecen al viajero toda clase de comodidades.

A las ocho pasamos al comedor a tomar una taza de té, después de lo cual subimos a la toldilla a esperar la salida del vapor. A las nueve y media fue anunciada por un cañonazo. Inmediatamente el buque se puso en movimiento.

1 José Domingo Amunátegui Rivera. *Apuntes de un Viaje al Perú durante la ocupación chilena*. Santiago. Imprenta Gutenberg. 42 – Calle De Jofré – 42. 1882. Forma parte de las investigaciones y transcripción de Relatos de la Guerra del Pacífico de escasa difusión e inéditos. Trabajo encargado por el Departamento de Historia Militar del Ejército al profesor Sergio Villalobos y al licenciado Patricio Ibarra en el año 2006-2007.

2 Nacido en Chillán en 1862, su padre fue el General José Domingo Amunátegui Borgoño. Su participación en la Guerra del Pacífico fue más bien incidental, no habiendo tomado parte en ningún encuentro armado. Habiéndose trasladado al Perú después de la ocupación de Lima, fue designado oficial de la aduana del Callao gracias a la influencia de su padre. Durante su estadía en la Ciudad de los Reyes, Amunátegui compartió con altos oficiales chilenos y pudo visitar los campos de batalla de Chorrillos y Miraflores, formándose una idea cierta de lo sucedido a través de su observación directa del resto de los combates y de los relatos de los militares sobrevivientes. También realizó una excursión al interior del Perú. Concluida la guerra, inició una carrera como profesor universitario y alcanzó un papel destacado como político. En dos breves ocasiones fue Ministro de Justicia del gobierno de Federico Errázuriz Echaurren y del Interior a fines de esa administración.

APUNTES DE UN VIAJE AL PERÚ DURANTE LA OCUPACIÓN CHILENA

De pie, apoyado en la borda, observaba las maniobras del navío y la tierra de que poco a poco me alejaba. Las innumerables luces del puerto iban desapareciendo lentamente; media hora más tarde apenas se vislumbraba en el horizonte una débil penumbra. Minutos después no percibíamos nada; estábamos ya en alta mar.

En la mañana del día siguiente tuve la ocasión de entablar relaciones con varios pasajeros, en cuya compañía pasamos agradables momentos en ese día y durante toda la navegación.

El mar estaba en calma; el vapor marchaba sin ocasionar ningún incómodo movimiento.

A las tres de la tarde fondeábamos en Coquimbo, cuya bahía parece una laguna por la tranquilidad de sus aguas que jamás experimentan movimiento alguno. Luego que la Gobernación Marítima pasó la visita de ordenanza, los fleteros, dueños de botes, invadieron el buque ofreciendo sus embarcaciones a los pasajeros. Deseosos de conocerlo todo, desembarcamos inmediatamente.

La población no tiene ninguna particularidad. No cuenta más que con dos o tres calles regulares; las atravesadas son cortas y accidentadas. El aspecto general del pueblo es triste y no se nota movimiento. Parece que influye mucho en la poca vida de Coquimbo, como ciudad, las mejores condiciones y la proximidad de La Serena.

Comimos en tierra y a las seis regresamos al *Pizarro*. A las ocho y media de la noche el vapor levaba anclas y abandonamos la rada; la luna entre el novilunio y su primer cuarto aparecía iluminando con tenue luz la inmensidad del mar.

Entre Coquimbo y Huasco adonde nos dirigíamos, el mar no es tan Pacífico como lo dice su nombre. Durante la noche el buque se sacudía de una manera extraordinaria. Los animales que, en gran cantidad, llevaba en el entrepuente se caían y levantaban aumentando el ruido producido por el agua al chocar los costados del vapor.

En todo el día viernes 29 no ocurrió ninguna novedad. Nos detuvimos en Huasco y Carrizal y a las ocho de la mañana del 30 llegamos a Caldera.

Existe en este puerto un muelle al cual pueden atracar vapores de bastante calado. La ciudad es de lo más triste que pueda imaginarse. Las casas parecen abandonadas, y en efecto muchas lo están; no se encuentra una persona en las calles. La vegetación ahí es completamente desconocida; todo es arena.

Antes de volver a bordo pasamos al transporte nacional *Matías Cousiño* que estaba atracado al muelle. Este buque cargado con cañones, cureñas y máquinas traídas del Callao, esperaba ciertos elemen-

tos indispensables para efectuar su descarga. Con mucho gusto visitamos el blindado, como lo llaman nuestros marinos. Sus hazañas y las de su alegre Capitán Castleton son de todos conocidas.

A las dos continuó el *Pizarro* su viaje y sin ningún incidente digno de especial mención largaba el ancla a la una de la tarde del domingo 31 en Taltal.

Taltal es actualmente uno de los puertos de Chile de más importancia, debido a las salitreras y minas explotadas desde hace poco tiempo. Notábase en la bahía y el pueblo, a pesar de ser día de descanso, mucho movimiento; quince buques cargaban salitre y metales; el mar siempre tranquilo, contribuye a facilitar los numerosos embarques. Actualmente se construye un ferrocarril (ya al terminarse) a las salitreras del interior, lo que dará más impulso a la industria y al comercio.

A las tres de la tarde dejamos el puerto. Navegando el resto de ese día y la noche sin novedad, nos sorprendió la mañana del lunes 1º de agosto en Antofagasta.

Tenemos, ahora, a la vista la primera hoja, el prólogo de la Guerra del Pacífico. Antofagasta fue su causa; fue la primera tierra que pisaron los soldados de Chile y en la cual recibieron las lecciones que les dieran después mil victorias. Además de su importancia histórica, es Antofagasta notable por su comercio. Las ricas minas de Caracoles y las salitreras del interior efectúan por él su exportación. La ciudad ocupa una extensión considerable.

Casi todo el día permaneció el vapor en Antofagasta, pues conducía mucha carga. A las tres y media de la tarde salimos del puerto con rumbo directo al oeste, a causa de la configuración de la costa, que forma entre Antofagasta y Mejillones, una península de forma regular. En la punta S. O. de esta península se eleva a 1.540 metros el morro Moreno, altura de aspecto tenebroso y sobre el cual las gentes de los lugares vecinos refieren multitud de leyendas. Dicen que en su cima hay una laguna encantada a la que no ha podido alcanzar ningún mortal; agregan que varios han emprendido el peligroso viaje, pero que ninguno ha vuelto jamás. A las cinco pasábamos por el pie del morro y el buque viraba al norte. A las ocho fondeaba en Mejillones del Sur (antes de Bolivia).

El martes 2 hicimos escala en Cobija, puerto casi completamente abandonado; en Tocopilla, notable por sus minas de metales y establecimientos de fundición y en Guanillos, caleta que posee una bahía infernal, y en la cual, para bien nuestro, sólo permaneció el buque algunos minutos, pues llegó a las ocho de la noche y a las ocho y cuarto zarpaba con rumbo a Iquique.

Íbamos a conocer, ahora, dos sitios notables por haberse desarrollado en ellos los acontecimientos más memorables de que han sido teatro las aguas del Pacífico. En algunas horas más pasaríamos frente a Punta Gruesa, testigo eterno de la hazaña de Condell y poco después fondearíamos en Iquique... en Iquique digo y basta. ¿Alguien ignora quién fue Prat?

Mas, no había aún amanecido cuando pasamos a la altura de Punta Gruesa. A la primera luz del alba del día 3 de agosto fondeaba el *Pizarro* en Iquique.

A las siete y media nos dirigimos a tierra. El dueño del bote que nos conducía, interrogado por nosotros, nos indicó el lugar donde se hundió con su bandera al tope la querida *Esmeralda*. Ahí yace en el fondo del mar la histórica nave sirviendo de sarcófago a sus tripulantes. ¡Jamás hombre alguno lo tuvo mejor!

La embarcación surcaba ligera las tranquilas aguas de Iquique. Cada gota encierra un recuerdo: cada peñasco es un testigo mudo de la homérica hazaña. Las olas, en su sordo murmullo, parecen decir al viajero que ellas sostuvieron el casco agujereado de la *Esmeralda*; que ellas, con religioso respeto, abrieron paso, atónitas de tanto heroísmo, a aquellas gloriosas tablas, única tumba digna de los titanes que poco antes fueran sus heroicos defensores.

Nuestra primera visita en tierra fue a la plaza Prat, en cuyo centro se encuentra el monumento elevado a su memoria. Consiste en una torre de madera sostenida por cuatro pilastras que forman un recinto en el cual se ha colocado el busto del capitán de corbeta. En el pedestal que lo sostiene se leen los nombres de los que con él pelearon hasta morir, guiados por la inmaculada estrella del azul purísimo de la bandera de Chile.

Recorrimos, después, toda la ciudad. Sus casas, de madera, son de elegante construcción. Nótase en las calles continuo movimiento. El comercio está muy extendido y hay almacenes de bastante lujo y riqueza.

Cansados de andar volvimos a bordo, no sin dificultad por el mal estado del mar. A las tres y media dejábamos al puerto.

Más o menos en la mitad del trayecto de Iquique a Pisagua se encuentra el puerto de Mejillones del Norte (antes del Perú). Está casi completamente desierto, según nos dijeron personas que lo han visitado; los vapores no hacen escala en él. Dos horas después de salir de Iquique llegábamos a Pisagua.

Cada uno de los puertos que vamos ahora visitando tiene su historia. La de Pisagua es de las más interesantes. Los recuerdos del combate con que se inició la guerra activa al Perú y Bolivia se presentan a la mente del viajero. Nosotros, ávidos de conocer los sitios que nuestros soldados han hecho célebres procuramos desembarcar; pero la hora avanzada y el breve tiempo que iba a permanecer el vapor en el puerto nos lo impidieron. Hubimos de contentarnos con observar desde la toldilla del *Pizarro* la elevadísima montaña que los bravos del Buin, Zapadores y Atacama escalaron el 2 de noviembre de 1879. Quien, ignorando hasta donde puede alcanzar el valor del soldado de Chile, oyera referir, a la vista de la escarpada cuesta, los detalles de la acción, se echaría a reír y quizá alcanzaría a considerar al narrador falto de sano

juicio o fantástico soñador. Solamente hombres llenos de un santo patriotismo pudieron haber emprendido aquella atrevida ascensión; hombres vulgares no habrían avanzado dos pasos.

La bahía, protegida de todos los vientos por altos cerros, es tranquila. Constantemente hay fondeados en ella diez o quince buques ocupados en cargar salitre. La ciudad no la visité, como lo he dicho; se me aseguró era poco notable.

A las ocho de la noche salíamos de Pisagua y al amanecer del día siguiente 4 de agosto el vapor largaba el ancla en Arica.

Aquí nuevas y más luminosas glorias. Desde a bordo veíamos esa columna de granito que parece tocar el cielo, el Morro. Desde su cima los peruanos desafiaron en distintas circunstancias el poder de los buques bloqueadores que ningún daño podían ocasionarles. Parecíanos ver a Thompson sobre la cubierta del *Huáscar* tratando, en loco arranque de valor, de derribar o vencer la fortaleza. Los cañones que pusieron fin a la vida del bravo capitán ocúltanse con el buque a que pertenecían en el fondo del mar; una boya roja, como la vergüenza de que deben haber estado poseídos al hundirse sin honor, señala el sitio en que se encuentran.

Cincuenta y cinco minutos bastaron a un puñado de soldados para concluir con el artillado Arica y su inexpugnable Morro. Hoy la bandera de Chile flamea en el asta donde la del Perú parecía mofarse de los que pretendían bajarla de tanta altura.

La ciudad no presenta ninguna novedad; es pequeña y la población reducida, a juzgar por el poquísimos movimiento que se observa. Los edificios bajos y de feo aspecto; las calles angostas e irregulares. Comercio sólo existe en corta escala; toda la importación va a Tacna y Bolivia.

A las doce y media del día abandonábamos la rada de Arica y emprendimos viaje directo al Callao.

A pesar de no haber hecho escala en ningún puerto, esta última parte del viaje nos fue muy agradable por varios motivos. De un lado la proximidad del arribo; de otro mar tranquilo, alegres distracciones en el día y durante las primeras horas de la noche amena conversación en la toldilla, donde nos reuníamos todos los pasajeros a la luz de espléndida luna.

El sábado 6 debíamos llegar al Callao. En la mañana de ese día una espesa niebla ocultaba la costa a nuestra vista. A las diez habíase disipado algo y se nos presentaba hacia el norte la de isla San Lorenzo, que cierra la bahía del Callao por el oeste. Hora y media después estábamos frente a su punta sur. Entre esta extremidad y el continente existe un estrecho y bajo canal, peligroso para los buques de bastante calado, por lo cual nosotros tuvimos que recorrer toda la extensión de la isla para efectuar la entrada por el norte. A las doce y media el *Pizarro* llegaba al término de su viaje. A la una estábamos en tierra.

II CALLAO

El puerto del Callao es uno de los más importantes del Pacífico por ser la entrada del comercio de Lima y del interior del Perú, por su tranquila, extensa y cómoda bahía y la magnífica obra del Muelle Dársena. Como plaza fortificada era hasta enero de 1881, en que fue ocupada por el Ejército chileno, la primera del Pacífico. Hoy no existen más que los escombros de los baluartes que en la guerra de la Independencia defendió durante trece meses el General español don José Ramón Rodil, asediado por las tropas patriotas a las órdenes del General don Bartolomé Salom (1825-1826) y que el 2 de mayo de 1866 sostuvieron el ataque de la escuadra española.

La ciudad se divide en vieja y nueva. La primera, la más próxima a la bahía, no es más que confuso laberinto de calles trazadas sin dirección recta. Los edificios son todos viejos y feos. Abundan en esa parte de la población los cafés, fondas y chinganas, llenas constantemente de marineros y gente perdida. La ciudad nueva tiene sus calles rectas, anchas, con espaciosas y cómodas veredas y aunque los edificios no son de muy buen aspecto, se ve en ellos moderna arquitectura.

El comercio está casi todo en la ciudad vieja. No hay ese movimiento inmenso, peculiar de los puertos de alguna importancia: estando la capital tan cerca y unida por dos ferrocarriles con el Callao las grandes casas comerciales establecen sus oficinas principales en Lima y les basta en el puerto una agencia para sus relaciones con la Aduana y el desembarque y embarque de mercaderías. La proximidad de Lima es también motivo para que el Callao sea poco habitado. Buenos edificios públicos no los hay en el Callao. El que servirá de casa Prefectural esta inconcluso y ha sido arreglado por la autoridad chilena para ocuparla como Cárcel, cuartel de Policía y Administración de Correos, oficinas que estaban muy mal instaladas.

El Mercado es extenso, cómodo y de sólida construcción.

El Teatro, que tal título lleva escrito en gruesos caracteres es un rudo edificio que no pasa de ser bodega adaptada al uso que se le destina. Tiene una fila de palcos al nivel de la platea, otra superior y sobre ésta la galería. Es una sala inmunda, fea, incómoda y sin ornato alguno.

El Hospital de Guadalupe es actualmente el mejor edificio público del Callao. Posee espaciosas salas y patios, y como es el único que existe en la población, presta importantísimos servicios.

No hay ningún paseo público de alguna importancia. La plaza principal no puede ser considerada en ese rango, pues se reduce a un diminuto jardín, a una pila y varios sofás; todo en el recinto de cincuenta metros cuadrados más o menos.

La bahía es muy extensa y sus aguas siempre están en calma. Resguardada de todos los vientos jamás tiene lugar en ella un temporal. Actualmente no está muy limpia a causa de los buques de guerra, pontones y lanchas que los peruanos echaron a pique después de la batalla de Miraflores.

La obra más notable del puerto es indudablemente el Muelle Dársena. Buques de todos calados atracan en él para descargar sus mercaderías. Vías férreas ponen en comunicación las distintas secciones del Muelle con tierra firme, a la cual está unido por un sólido puente de fierro. Los días de trabajo semeja una población por el continuo movimiento de hombres, máquinas, carros, etc. Es el único por el cual puede efectuarse la descarga, pues posee privilegio exclusivo por muchos años.

El muelle para pasajeros es de madera y pequeño.

A pocas cuadras del Callao, en dirección al este, existe una pequeña población denominada Bellavista. Casi todas sus casas están abandonadas. Hay en él un Hospital de Caridad. En 1825-1926, sirvió de Cuartel General a las tropas del general Salom.

El Callao está unido a la capital, de la cual distan dos leguas y media, por dos vías férreas y un magnífico camino carretero. Uno de los ferrocarriles, perteneciente a la Sociedad Inglesa, llega hasta Chorrillos; el otro es el Trasandino, construcción de don Enrique Meiggs y que va hasta la Oroya. Este pertenece al Gobierno del Perú; pero hace algunos años lo arrendó a una empresa americana.

III CHORRILLOS-MIRAFLORES

Visita a los campos de batalla

Dos días después de mi arribo al Callao, el comandante del batallón 4º de Línea, don Luis Solo Zaldívar, me invitaba para formar parte de una caravana que el 11 debía visitar los campos donde en los días 13 y 15 de enero de 1881 los soldados de Chile obtuvieron sobre el Perú las dos más brillantes victorias de la larga y difícil campaña del Pacífico.

Gustoso acepté el convite y el día fijado llegaba a las ocho y media de la mañana a la estación del ferrocarril de Chorrillos, en Lima, lugar de reunión. Pocos momentos más tarde la locomotora nos arrastraría a nuestro destino.

Y ya que, tranquilamente instalados en el *wagon*, atravesamos lugares que poco de notable tienen, echemos una ojeada a los compañeros de viaje.

Empezaremos por los militares.

Figuraba en primera línea, por su mayor graduación, el Coronel don Francisco Muñoz Bezanilla, comandante de los sableadores de Chorrillos los *Granaderos a Caballo*, muerto pocos meses más tarde, víctima de la malignidad del clima y las penurias de la campaña; seguían el Comandante Zaldívar del 4º, captor del Morro de Arica; el Capitán de fragata don Luis Pomar, Gobernador Marítimo del Callao, acompañado de su señora; el Sargento Mayor de ingenieros, don Francisco Javier Zelaya y el Subteniente Sanz del 4º; y paisanos del señor Julio Prado, Oficial Mayor de la Aduana del Callao, dos hermanos del Coronel Muñoz Bezanilla, y el que esto suscribe.

Pero entre los saludos y reconocimientos el ferrocarril se detiene. Miramos por la ventanilla; más nuestra vista sólo encuentra escombros, restos de incendio: estamos en Miraflores. Dos minutos de espera y continuamos la marcha. Pasamos por Barranco y otros pueblos que ofrecen el mismo espectáculo de Miraflores y a las nueve y media llegamos a Chorrillos.

Aquí nos esperaban nuestros caballos, enviados con anterioridad y quince soldados de Granaderos a Caballo, que debían acompañarnos en previsión de cualquier ataque por partidas de bandoleros que, según noticias, pululaban por esos lugares, circunstancia que nos impediría llevar a buen término nuestro plan.

Entramos en el pueblo.

Era Chorrillos la delicia de los habitantes de Lima; el lugar donde jamás se dio campo a otro sentimiento que a la alegría. Ricos propietarios edificaron en él casas hermosísimas, brillantes palacios adornados con oriental lujo y con cuanto pudieron idear la fantasía y el deleite. Todo lo que en Lima había de aristocracia pasaba a Chorrillos en ciertas épocas del año, que se deslizaban como un sueño para los felices limeños.

Tales cosas refieren los que en días no lejanos conocieron el pueblo por donde caminamos; pero nosotros que vamos pasando por él después de aciagos días para su grandeza, sólo vemos destruidas murallas de hermosas moradas, trozos de cinceladas estatuas y mil despedazados objetos, testigos de lujo y elegancia, y por todas partes reinando tristeza y soledad. ¡Cuán distinto es el día de hoy a los que ya pasaron y que difícilmente tomarán! ¡A la alegría, molicie y bullicio de otros tiempos, han sucedido el silencio y severidad de las tumbas que tales parecen hoy aquellos valiosos palacios!

Sin embargo, se puede formar, por lo que aún queda en pie, una idea más o menos exacta de lo que Chorrillos fue en otro tiempo. Verdaderos palacios encantados formaban las calles, que estaban decoradas con objetos artísticos de refinado gusto. Hermosos jardines y paseos daban más alegría y completaban ese paraíso. Y ¿qué resta de tanto ensueño? Bastó un solo día, un momento para que no quedara piedra sobre piedra, reduciéndose todo a escombros, a polvo, que poco a poco desaparecerá bajo la acción del tiempo. Pasando por todos estos restos que han obstruido las calles en gran parte, llegamos al pie del *Salto del Fraile*.

Lleva este nombre un promontorio no muy elevado que penetra un tanto en el mar y es el término de la elevadísima montaña denominada *Morro Solar*.

No nos fue poco costosa la ascensión al cerro. Conduce a su cumbre un ancho camino, muy largo, a causa de las sinuosidades con que ha sido hecho; a cada paso encontrábamos estacas con gruesas argollas, que sirvieron a los artilleros del Perú para conducir sus cañones hasta la altura, las que prestaron también a los artilleros de Chile grandes servicios para bajar esos mismos cañones, trofeos de su victoria. Ya en la cima ofreciéronse a nuestra vista diferentes panoramas: al frente, al norte, Lima y Callao; a la izquierda el mar; a nuestros pies las ruinas de la hermosa Chorrillos: el lujo y el placer; a la derecha el campo de batalla: el valor y la justicia.

Varias granadas había esparcidas en la planicie de la cumbre como también cadáveres de caballos y mulas. Después de una corta discusión sobre el camino que debíamos seguir, se resolvió, por los que conocían el terreno, volver por donde mismo habíamos subido y tomar la vía carretera que se extiende a los pies del Morro Solar y que conduce a Villa y Lurín. Dirigímonos, en efecto, por el sendero indicado, pasando cerca del cementerio de Chorrillos y continuamos hasta el nacimiento del *Morro Solar*.

- ¡Aquí fue el apuro! gritó el Comandante Zaldívar que marchaba adelante. Al oír esto nos reunimos todos junto a él, y nos refirió cómo, después de salvar mil obstáculos, llegó con algunos soldados del 4º hasta ahí, al pie de la inexpugnable montaña, donde el Coronel Amunátegui, comandante de la 2ª Brigada de la 1ª División, a la cual pertenecía el 4º recibió orden de su jefe el Coronel Lynch para emprender, con 300 hombres de varios cuerpos que, en compañía del coronel Urrutia, había logrado reunir, la ascensión a la cumbre. Dio sus órdenes al jefe y las águilas emprendieron su vuelo a la cúspide; pero apenas llevaban recorrida la cuarta parte del camino se desprenden de arriba seis batallones peruanos que hacen retroceder a los nuestros, de los cuales algunos se refugiaron con el Comandante Zaldívar tras de una muralla y otros con el Coronel Amunátegui se colocaron en la falda del cerro que anteriormente se habían tomado.
- ¡Calacuerda y ataque! gritó el Coronel a sus cornetas que inmediatamente empezaron a tocar lo indicado por su jefe, sin dejar de mirarlo, esperando nuevas órdenes, pues los batallones peruanos bajaban con presteza. Los nuestros resolvieron defenderse hasta morir, pero salvólos la reserva que, caminando al trote fue vista por los peruanos, causa bastante para obligarlos a retirarse más que de prisa.

Este ataque costó la vida de muchos bravos chilenos. Y más, un extranjero, el Capitán del Chacabuco, Otto von Moltke, cayó al lado de Zaldívar, a quien pedía por favor no lo abandonase. Tomólo el comandante; pero tuvo luego que dejarlo porque los batallones enemigos les picaban las espaldas. Al volver Zaldívar por el mismo lugar vio el cadáver del noble alemán completamente despedazado por los

peruanos que, sin el coraje suficiente para atacar a los vivos, cebábanse en los cadáveres de los muertos y en los mutilados cuerpos de los infelices heridos.

Terminada esta relación subimos al último de los morros tomados por el 4º y el Chacabuco. Empezamos a marchar por la cumbre de los empinados cerros, en dirección al S. E. y por detrás de las murallas de piedra que el enemigo levantó para su defensa. A mucho andar, bajando y volviendo a subir, pasando por entre cadáveres que el viento ha descubierto y pisando huesos, ropas, correaes, caramayolas, etc., arribamos al morro en que el 4º y Chacabuco empezaron la lucha, es decir, a la derecha de la línea peruana. Desde ahí divisamos la gran planicie conocida con el nombre de *La Tablada*, donde acampó nuestro Ejército la noche anterior a la batalla.

Olvidaba consignar, como parte de nuestro paseo, que antes de subir a los cerros encontramos dos arrieros, conductores de un ganado a Lima. Interrogados por nosotros, nos dijeron que huían de una montonera. *Paramos la oreja* al oír esto y marchamos precavidos.

Y hago esta anotación porque desde el morro en que nos encontrábamos, frente a *La Tablada*, divisamos a lo lejos una partida de diez individuos a caballo, partida que tomamos por tales montoneros; y probablemente no nos engañábamos, a juzgar por los datos que más tarde obtuvimos.

Continuando directamente al E. por sobre los morros atacados por la 1ª División, llegamos a una parte más baja que la que habíamos recorrido. Aquí tocó su turno a la 1ª brigada de la 1ª división. Divisamos un poco más al E. el morro tomado por el Buin y todavía algunos otros; pero como ya eran las once y media y nuestros estómagos pedían pronto auxilio, nos dirigimos a la hacienda de San Juan, cuyas casas veíamos a poca distancia al N.

Cuando los habitantes de la hacienda vieron hombres armados alarmáronse y corrían en todas direcciones. Adelantóse a nosotros un cabo de Granaderos para anunciar que éramos gente de paz.

Nos recibió un individuo como de cuarenta y cinco años, administrador del fundo, diciéndonos que hacía una hora los montoneros habían robado todos los animales de su propiedad.

Al oír esto dos o tres soldados de Granaderos pidieron se les permitiera hacer un reconocimiento de los alrededores, pues deseaban repetir la carga de la batalla, pero tuvieron que contentarse con observar la vecindad desde la muralla de la casa mientras nosotros hacíamos un ligero almuerzo.

Nos condujo el administrador a una de las piezas interiores pasándonos por patios y callejones que nos hicieron recordar las cazuelas de Locumba y Moquegua y temer pudiera haber para nosotros en San Juan otra cazuela o guiso semejante, confeccionado entre balas y bayonetazos, lo cual, para individuos como nosotros, sin grandes deseos de recibir un mandoble, no sería cosa muy apetecible. Dejamos, sin

embargo, que el charlatán administrador hiciera con nosotros lo que tuviese a bien, con tal de satisfacer nuestros estómagos y curiosidad.

Luego que hubimos consumido la mayor parte de algunos víveres que los Granaderos conducían, fuimos invitados por nuestro cicerone, el administrador, a visitar la casa, que durante las batallas sirvió de hospital de sangre. Condújonos a la pieza donde murió el Comandante Tomás Yávar, de *Granaderos a Caballo*. El dueño de la casa la habita actualmente y duerme en el mismo catre en que murió el bravo comandante. De casi todos los ojos vi desprenderse una lágrima; lágrima que salía del corazón de hombres que en un día fueron capaces de quitar la vida a miles de sus semejantes, pero que no pueden contener su emoción al contemplar el lugar donde se acabó un jefe y compañero. Y ya lo he dicho: algunos de la comitiva y los soldados que nos acompañaban eran Granaderos. Y esos soldados que hicieron temblar el suelo con las patas de sus corceles, lloraban al recordar al padre amante, al querido jefe que los condujo a la lid y a la gloria.

Pero, es la una p. m. y tenemos mucho camino que recorrer todavía. Despedímonos del administrador, que nos acompañó hasta la puerta, talvez murmurando por lo bajo y deseándonos, Dios sabe cuántos daños y reveses, pues era peruano y la guerra había trastornado toda su casa e intereses.

Tomamos el camino al E. y luego volvimos al N. dejando atrás los cerros de San Juan.

— Aquí les toca a los Granaderos, exclamó el Mayor Zelaya.

En efecto, estábamos en la llanura donde tuvo lugar la famosa carga de Granaderos. A nuestra izquierda, es decir, al O. había una larga muralla extendida de norte a sur cerrando una serie de potreros divididos entre sí por murallas perpendiculares a aquella. En uno de estos potreros penetraron los Granaderos. Referíanos cómo saltaban los caballos la muralla sin derribarla y cómo ya dentro no dejaron un enemigo con vida. Muchos fueron a refugiarse arriba de un cerrillo que cierra el potrero por el O.; pero hasta la cumbre los persiguieron los Granaderos, y vense todavía las innumerables huellas de los caballos.

— *Bienhaiga la liona grande*, exclamaban los soldados con la mayor naturalidad, como si todo lo que en ese día aconteció no hubiera pasado de una *liona*; algo semejante a los aplausos y discusiones de un *meeting* o a las disputas en un día de elecciones.

Pero, cambiando de tono uno de los soldados, decía, señalando el sitio donde cayó Yávar:

— Ahí hirieron a mi Comandante y lo llevamos en una manta hasta el pie de aquella loma.

Y ¿por qué fue el único oficial que cayó? Le interrogó uno de nuestros compañeros.

- Venía adelante. Llevaba con la mano las riendas levantadas y la bala le traspasó la mano y el vientre. Los oficiales venían al frente de las mitades atrás de mi Comandante y cuando estuvimos dentro del potrero no tuvieron tiempo los peruanos para apuntarles.

Todos los soldados que iban con nosotros se acordaban perfectamente de los sitios en donde habían sucumbido sus jefes o sus compañeros, a pesar de la completa abstracción que hace el hombre en el combate de todo lo que incumbe a los demás, no ocupándose sino de lo que él mismo ejecuta, pero, como uno de los mismos soldados decía, el cariño muestra al jefe o al compañero que cae.

Eran ya las dos y media de la tarde. Nos despedimos de los morros de Chorrillos y San Juan que en línea veíamos al sur, de aquellos memorables y solitarios lugares donde entre la caliente arena se encuentran tantos huasos queridos y tantos recuerdos que forman la epopeya de un pueblo viril y la tumba de otro minado por la molición y las pasiones políticas y sociales y dirigimos nuestros caballos hacia el N. al campo de Miraflores.

*

A las tres de la tarde arribamos a uno de los reductos del centro de la línea peruana, en Miraflores. Este reducto, como los demás que forman la línea, tiene una elevación de tres o cuatro metros y fue tomado a la bayoneta por nuestros soldados. Sigue, en dirección al mar, la serie de murallas aspilladas donde se ocultaba el enemigo.

Cada reducto llevaba su respectivo nombre. Recuerdo sólo el de *Alfonso Ugarte*. Dentro de él vimos gran cantidad de bajas, caramayolas, cañones rotos y otros objetos.

Para la construcción de esta magnífica línea destruyeron todas las murallas de los potreros, dejando solo las que estaban más o menos en línea recta de este a oeste. De trecho en trecho levantaron los grandes reductos de que he hablado y en los cuales podrán refugiarse más de mil hombres. Las balas que disparaban los soldados chilenos iban a perderse en la tierra de las gruesas murallas, sin causar daño al enemigo; pero luego que salvaban el obstáculo que se les ponía por delante, quedaban los peruanos tendidos en el campo o huían para no volver más al combate.

A las cuatro y media entrábamos en el pueblo de Miraflores. Construidas sus casas a semejanza de las de Chorrillos, presenta la población un pintoresco aspecto a pesar del incendio. Las calles, muy rectas, están plantadas de hermosos árboles que el fuego no alcanzó a destruir. En la plaza principal nos sentamos en el borde de la pila, con el objeto de terminar los víveres que restaban. Y ahí, en medio de aquel campo lleno de sangre en un día de gloria, bebimos todos una copa a la salud del Ejército del 13 y 15 de enero y de la patria querida: de Chile. En seguida emprendimos la marcha de regreso.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Para llegar a la estación tuvimos que pasar por donde tres o cuatro cholos construían una muralla. Había existido ahí una casa que sobresalía como dos metros de las demás, obstruyendo en gran parte la calle que era angosta. La nueva muralla la levantaban los cholos siguiendo la línea señalada por las casas. Un soldado de Granaderos, que marchaba atrás, reparó en esto y llamando a uno de los constructores, con tal gracia que nos hizo reír a todos: le dijo:

— Mira ¡ho! Si nosotros somos *güenos* ingenieros, hasta les hemos *enderesao* la calle.

Y continuó, dirigiéndose a sus compañeros.

— Y estos pícaros que no saben ni agradecer todavía *nos sacan el cuero*.

En la estación del ferrocarril se nos dijo que ya no pasaba ningún convoy, por cuyo motivo nos vimos obligados a hacer el viaje a caballo por la misma carretera por donde los vencedores de Chorrillos y Miraflores entraron en Lima.

En la capital se suscitó una discusión sobre si seguíamos a caballo hasta el Callao o tomábamos el ferrocarril. Obtuvo mayoría de votos el viaje a caballo que inmediatamente emprendimos.

A las siete de la tarde estábamos en el puerto, después de haber conocido detalladamente los sitios donde los soldados de Chile escribieron con sus rifles, su valor y su inteligencia la más brillante página de su historia; historia breve por los años, pero de muchas y muy gloriosas hojas.

IV LIMA

Lima, capital del Perú, la ciudad de los Virreyes, la por mucho tiempo capital de la América Española fue fundada el 18 de enero de 1535 por Francisco Pizarro, a orillas del Rímac.

El aspecto general de la ciudad deja en el transeúnte desagradable impresión. Sus edificios son de antiquísimo estilo; contruidos todos con balcones completamente cerrados por celosías de vidrio parecen viejas jaulas. Su extensión es reducida relativamente por el número de habitantes y al que ocupan otras que tienen más o menos la misma población.

Vamos a consignar, como simple apunte, una ligera idea de los edificios públicos, monumentos y paseos de Lima.

Comenzaremos por la plaza principal, donde se encuentran el Palacio de Gobierno, en el lado norte; el Palacio Arzobispal y la Catedral en el oriente, el portal de Escribanos en el occidente y el de Botoneros en el sur. La fisonomía de todos estos edificios es de lo más triste y feo.

El Palacio de Gobierno es un curioso conjunto de toda clase de construcciones, estilos y arquitecturas. Encuéntrese, en esa diversidad, representados los partidos políticos del Perú, sin faltarle al edificio la carcoma, vetustez e inmundicia de aquellos círculos que ha jugado continuamente con la suerte de la nación. En el exterior se ven trozos de edificios de un sólo piso, de dos, de tres y hasta de cuatro, distribuido todo tan sin orden y simetría que produce esa amalgama el aspecto más original que pueda imaginarse. Su interior es una desordenada reunión de patios, salas y corredores que necesitan ser estudiados detenidamente para no extraviarse al recorrerlos. Las oficinas están más o menos bien arregladas. Uno de los cuerpos del edificio ha sido ocupado siempre por la Guardia de Seguridad.

En la misma plaza y compitiendo con el Palacio de Gobierno en fealdad y vejez se encuentra el Palacio Arzobispal.

La Catedral tiene bonita fachada. Dos torres, de las cuales una sirvió admirablemente para cierto *auto de fe* en 1872, le dan mejor perspectiva. En el interior existe riqueza en la ornamentación de los objetos que la componen, aunque los antiguos han sido hechos de ricas materias y por hábiles artífices.

Los portales de Escribanos y Botoneros son muy semejantes. Construidos de dos pisos, la parte baja es formada por una serie de arcos de piedra de poca altura y de feo aspecto. La parte superior es un balcón con celosías de vidrio, sucio y viejo. En el de Escribanos hay algunos almacenes de comercio de bastante lujo.

En este mismo orden de viejos edificios encuéntrense casi todos los templos de Lima. En ellos no se renueva nada; no se retoca nada: tal como fueron levantados siglos atrás subsisten hoy día. Tienen cosas de inmenso valor; pero antiquísimas. Un individuo afecto a conocer los progresos de la arquitectura podría hacer allí provechosos estudios.

El Teatro Principal y los edificios destinados al Cuerpo Legislativo son otros tantos recuerdos de tiempos pasados.

El primero data de 1662, la sala, de regulares dimensiones, además de la platea tiene tres filas de palcos y sobre la más elevada la galería; los palcos completamente separados entre sí por tabiques de madera, son estrechos e incómodos. Del Congreso sólo conocí el exterior que es por el mismo estilo de los del Palacio de Gobierno, Arzobispal, Teatro, etc. Conserva en sus murallas numerosos recuerdos de la poco tranquila proclamación de don Nicolás de Piérola en diciembre de 1879.

Además de estos antiguos edificios públicos existen en Lima otros de construcción reciente.

Merecen especial mención: la Escuela de Artes y Oficios, con salones y departamentos convenientemente arreglados para cada uno de los diversos ramos que ahí se estudian; el Palacio de la Exposición, cuya espléndida fachada no corresponde en todo a la sencillez de los salones; el Mercado, edificio bien distribuido, extenso y de regular aspecto. La Penitenciaría, que no tuve ocasión de visitar, es, según personas competentes, de primera clase. La Casa de Moneda y la Biblioteca Nacional son también buenos edificios.

Entre los hospitales figura en primera línea el magnífico del Dos de Mayo. Hay ahí lujo, comodidad y trabajo sólido; las salas son bien ventiladas, los departamentos de empleados, salas de autopsia, depósito, lavandería, cocinas, baños, etc., están arreglados con bastante elegancia y con toda especie de comodidades. Existen dos o tres hospitales más, pero no tienen nada de particular.

*

Monumentos hay pocos en Lima. Conocí sólo tres y creo son los únicos que existen: el dedicado al Dos de Mayo, y las estatuas de Simón Bolívar y de Cristóbal Colón.

El primero es una hermosísima obra de arte. Consiste en una elevada columna de mármol, coronada por el Ángel de la Victoria; en su base se encuentran representadas en cuatro bellas figuras de bronce las repúblicas de Chile, Ecuador, Perú y Bolivia; el pedestal que sirve de base a todo es cuadrangular y se ven en él magníficos bajorrelieves. Este monumento está situado a la entrada de la ciudad, en el término del camino carretero del Callao.

La estatua de Bolívar, colocada en la pequeña e irregular plaza de la Inquisición representa al Libertador a caballo, saludando con el sombrero en la mano al pueblo que lo aclamaba después de Junín y Ayacucho. Es de bronce y descansa en un pedestal de mármol con bajorrelieves.

El descubridor de la América está representado en mármol. A sus pies tiene una india a la cual entrega el símbolo del cristianismo. Este hermoso grupo ha sido colocado frente al Palacio de la Exposición.

El cementerio encierra algunos mausoleos que son verdaderas obras de arte. Es de notar el orden, distribución y arreglo admirables con que ha sido planteado.

*

Los paseos públicos son escasos. La Plaza Principal, apenas si tiene algunos sofás y un miserable jardín. La Alameda de los descalzos, situada ultra-Rímac, a pesar de su poca longitud es hermosa; está completamente cerrada por una elegante verja de hierro; estatuas, jarrones y sofás de mármol le dan agradable vista.

*

Tres puentes sobre el Rímac ponen en comunicación los dos barrios en que el río ha dividido a Lima. El principal, construido por los españoles es sólido y majestuoso. El llamado *Puente Balta* es elegante y bien construido. El otro es de madera. Por los tres pueden pasar toda clase de vehículos. El ferrocarril a Ancón ha construido también un puente, pero destinado únicamente a su servicio.

V TIPOS-COSTUMBRES

Al recorrer las calles de Lima y del Callao llama vivamente la atención la diversidad de los tipos de individuos que se encuentran. Sin contar la inmensa cantidad de extranjeros de todas las nacionalidades, véanse allí en gran abundancia las curiosas fisonomías de los hijos del Celeste Imperio con sus pálidas caras y sus ojos oblicuos; negros de África; al original *cholo*, que parece revelar en su figura el poco alcance de su inteligencia.

Los asiáticos habitan en barrios especiales, tienen ahí sus teatros, cuyos espectáculos, fantásticos e incomprensibles para nosotros, duran hasta tres días consecutivos y se desarrollan entre el espeso humo de las pipas cargadas con opio de los espectadores; sus almacenes de comercio llenos de mercaderías chinas, de gran valor algunas. Varios de estos asiáticos han logrado reunir cierta fortuna y existen casas de comercio, pertenecientes a ellos, respetables por los capitales con que giran.

Los chinos han servido en las haciendas del Perú más o menos como esclavos. El 1º de octubre de 1881, fueron declarados, por decreto del Cuartel General del Ejército de Chile, libres para contratarse voluntariamente como cualquier ciudadano.

Los negros, que también se han aglomerado en ciertos barrios, viven en inmundas cloacas. Sus vestidos, siempre sucios y harapientos, son imagen de sus soeces costumbres. La mayor parte de los criminales detenidos en las Penitenciarías y Cárceles, pertenecen a esta raza.

Los hábitos y usos de los demás habitantes del Perú no pueden ser hoy día conocidos, sino muy ligeramente, por los chilenos para quienes las casas son templos inviolables, cuyas puertas jamás les dan entrada. Lo que es público puede únicamente observarse y si hubiéramos de juzgar por ello, hay en sus hábitos, como en todo, mucho de antiguo.

Se conservan en Lima, como resto de vieja dominación, las *Corridas de Toros*, *Plaza de Acho*, se denomina el recinto en que tienen lugar. En un inmenso anfiteatro, cubierto solamente en la parte donde se colocan los espectadores: el circo destinado a la lucha está sin techo: todo el edificio es antiquísimo,

como la costumbre a que está dedicado y que aun los peruanos no han podido abandonar. No tan solo en Lima se efectúan esas sangrientas luchas entre hombres y toros: cada pueblo del Perú cuenta con un lugar destinado a ellas. Y si en Lima, por ser la capital de la República, y por consiguiente donde la cultura y la civilización han alcanzado cierto grado de perfección, no se convierten las lidias de toros, a las cuales asisten tantos miles de espectadores de todas categorías, en campos de desórdenes, no sucede igual cosa en los demás pueblos, aun en los principales departamentos. El Gobierno ha intervenido en algunas ocasiones, pero no para cortar el mal de raíz, sino para reglamentarlo y hacerlo así tal vez más ameno, y agradable. Como comprobante de lo que digo, léase la siguiente disposición del Ejecutivo, que copio íntegra por ser un documento curioso, tanto por el fondo de su contenido, como por emanar del soberano de una nación y llevan fecha reciente.

Helo aquí:

“Ministerio de Gobierno.

Lima, 26 de octubre de 1876.

Teniendo en consideración que, si bien, por decreto de 17 de febrero de 1875, la dirección de los espectáculos públicos corresponde a los Consejos Provinciales, esto no obsta a la inspección superior que concierne al Gobierno en todos los actos de la administración local, y menos al cumplimiento del deber que le impone la ley de vigilar constantemente por la conservación de la moral pública y de la vida de los ciudadanos; y atendiendo: 1º a que las lidias de toros que con frecuencia se celebran en algunos pueblos principales del interior, originan frecuentes y graves desórdenes, por consecuencia de la embriaguez a que se entrega el pueblo en esos espectáculos, con mengua del decoro y de la salubridad pública; 2º que siendo estas fiestas por su propia naturaleza peligrosas para la vida de los mismos individuos que se ocupan en la tauromaquia, el riesgo es inminente para los ciudadanos que, por lo común en estado de embriaguez toman parte en ellas, sin poseer conocimientos en dicho arte, resultando de aquí frecuentes y sensibles desgracias; y 3º que es un deber del Gobierno impedir que estas se repitan, prohibiendo esa clase de diversiones, cuando se hacen de la manera irregular anteriormente expuesta:

Se resuelve.

1º Prohíbense las lidias de toros en toda la República, excepto en los casos de que sean desempeñadas por cuadrillas de toreros que posean los conocimientos que el arte requiera, y se previene a las Municipalidades, que, al expedir la respectiva licencia, se cercioren de la competencia de aquellos, y 2º Las autoridades municipales que contra el tenor de lo dispuesto en el artículo anterior explican licencias para lidias de toros, sufrirán la multa de cincuenta soles, que se aplicarán a los fondos municipales; y en caso de reincidencia, la pena de suspensión de tres a seis meses, con arreglo a los arts. 400 y 117 del Código Penal; cuyas penas serán impuestas por los Prefectos, dando cuenta.

Comuníquese en circular a los Prefectos.

Publíquese y regístrese. – Rúbrica de S. E. – García y García”

Y es el Gobierno de una nación que se titula civilizada, encargado de velar por la vida de los ciudadanos, por la moral y salubridad públicas el que dicta decretos reglamentando espectáculos en que, según él mismo, peligra la vida de los ciudadanos que toman parte en ellos. Más aún, el Consejo Provincial de Lima (y lo mismo se observa en otros pueblos del Perú) que ha dictado una Ordenanza Municipal para las corridas de toros se ha arrogado el derecho de presidirlas, teniéndolo, tal vez, a gran honor. ¡En la plaza de Acho hay dos elegantes y extensos palcos destinados uno para el *Gobierno del Perú* y el otro para el *Consejo Provincial de Lima!*

Desde que Lima fue ocupada por el Ejército chileno sólo ha habido tres o cuatro corridas de toros. Ya que las autoridades chilenas han introducido en el Perú buenas enseñanzas, harían un bien a ese país si concluyeran con anticuallas como esta. La ley del progreso exige a las naciones más cultas que no sean egoístas y comuniquen sus adelantos a las que por sus instituciones deficientes, usos y costumbres van poco a poco quedándose atrás.

VI LA OCUPACIÓN CHILENA

Voy a intercalar entre estos apuntes algunos referentes a la ocupación del Perú por el Ejército de Chile. No se crea que vaya a juzgar esa ocupación bajo el punto de vista militar o político; no soy yo quien pueda hacerlo. Me concretaré solamente a referir, a la ligera, algunos de los más importantes acontecimientos ocurridos durante mi permanencia en Lima y a dar noticias sobre la organización que se ha dado, en aquel territorio, a los diversos ramos de la Administración Pública.

Como es sabido, las batallas de Chorrillos y Miraflores pusieron término a todas las autoridades constituidas en Lima y Callao. El General en Jefe del Ejército chileno se hizo cargo del gobierno del territorio, pues no existían autoridades locales ni judiciales, aquellas por haber cesado de hecho en sus funciones y éstas por no haber aceptado la invitación del General en Jefe para continuar en ellas. Para evitar los grandes inconvenientes que iban a provenir de la falta de tales autoridades, se permitió a las municipalidades de Lima y el Callao continuar administrando los diversos ramos locales de su dependencia. Puesto el gobierno local en manos de una autoridad peruana más de una de las secciones que de él dependen debía necesariamente adolecer de graves faltas, por la circunstancia de estar ocupado el distrito de su jurisdicción por tropas enemigas. Y tal sucedió con la policía de seguridad que, servida en el principio por soldados de uno de los cuerpos del Ejército se redujo poco después a simples patrullas que recorrían la población durante la noche y a algunos comisionados especiales. Los males consiguientes a este orden son manifiestos. La necesidad de policía hacíase sentir más en Lima que en el Callao, pues siendo este puerto

de poca extensión, con algunos soldados se conservaba bien el orden. Subsistió esto hasta que a principios de diciembre las autoridades chilenas tomaron a su cargo el gobierno local. El batallón Bulnes fue enviado a Lima como cuerpo de policía de seguridad.

Más sensible habría sido la falta de las autoridades judiciales si no se hubieran formado Tribunales Militares que ejercieran las atribuciones correspondientes a aquellas. Instaláronse dos, uno en Lima y otro en el Callao. Las sentencias dictadas por ellos pasaban en apelación el General en Jefe las de Lima y al Jefe Político y Militar del Departamento del Callao. Grandes servicios prestaron esos tribunales, compuestos en su totalidad por jefes del Ejército de ocupación. Como la gran cantidad de litigios impusiera mucho trabajo a sus miembros, el Jefe Político y Militar del Callao creó dos Juzgados de Paz para la tramitación de los asuntos de menos cuantía. Siendo aún insuficiente este servicio así organizado, el general Lynch dictó con fecha 6 de noviembre un decreto que empezó a regir en 1º de diciembre y por el cual se creaba un Juzgado de Letras en Lima y otro en Callao. Al mismo tiempo formábanse juzgados de Paz en Lima y aumentábanse los del Callao.³

No fue materia de poco trabajo la instalación de los Juzgados de Paz de Lima. Fueron nombrados para desempeñarlos, ciudadanos peruanos que alegando fútiles motivos querían desligarse de esa obligación; pero, de buen o mal grado tuvieron que hacerse cargo de sus destinos. Los Jueces de Paz no son rentados.

A estas medidas de orden judicial siguieron en los mismos primeros días de diciembre otras de orden local y que hacía tiempo eran deseadas tanto por chilenos como por los extranjeros. Las autoridades municipales cesaron en sus funciones por un decreto del Cuartel General. En reemplazo de ellas se nombró un Jefe Político para Lima, cargo que fue conferido al secretario del General en Jefe don Adolfo Guerrero, quien organizó en pocos días todos los servicios de su dependencia. En el Callao se hizo cargo de los ramos municipales el Jefe Político y Militar, Coronel don José Domingo Amunátegui. Este acontecimiento produjo alguna sensación entre los peruanos que veían desaparecer su último resto de autoridad. Levantáronse inútiles protestas y el Alcalde de la Municipalidad de Lima don César Canevaro llegó hasta hacerlo por escrito en una nota pasada al Cuartel General.

Los bienes que debía reportar esta ocupación no se hicieron esperar. Lima contó luego con un buen cuerpo de policía de seguridad. El Callao fue alumbrado con gas hidrógeno; las entradas se comenzaron a percibir con más orden y regularidad. Y, lo que era en sumo grado necesario, se pudo asear las poblaciones, cuyas casas y calles no eran más que montones de inmundicias.

Hasta noviembre se hacía el servicio de correos por dos oficinas: una peruana y otra chilena. Clausurada la primera se organizó la segunda y está bien atendida.

³ En junio de 1882 se han creado dos Juzgados de Letras más, y nombrado un promotor fiscal para el Callao y otro para Lima. Al mismo tiempo han sido clausurados los Tribunales Militares.

Las contribuciones fiscales las cobraba hasta poco después de la caída del Gobierno de García Calderón, la Caja Fiscal peruana. Desde noviembre o diciembre las percibe la autoridad chilena.

El ramo de hacienda, de más difícil organización, adaptable a las circunstancias en que se encuentra el territorio ocupado, ha sido el de Aduanas. Sólo existe una completamente organizada y es la del Callao; de ella dependen las de todos los puertos ocupados, que fueron, hasta mayo del presente año, servidas por un solo empleado cada una, siendo en varias oficiales del Ejército, a los cuales se daba una gratificación, economizando así empleados especiales; hoy tiene tres empleados cada una. En la Aduana del Callao se pagan todos los derechos cualesquiera que sea el puerto en que se efectúe la exportación o importación. El comercio, en sus relaciones con las Aduanas, se rige por el Reglamento de Comercio del Perú y por decretos expedidos por el General en Jefe y por el Administrador de la Aduana del Callao. La entrada mensual ordinaria alcanza a más de 400.000 pesos. Las oficinas que tienen más movimiento, después de la del Callao, son las de Paita, Pisco y Salaverry. La de Mollendo lo tuvo en los primeros días en que se estableció, a principios de febrero del presente año.

Gran parte del Ejército estuvo, desde principios de agosto hasta diciembre, acampado fuera de Lima, formando línea desde el cerro San Cristóbal, situado en la ribera norte del Rímac, hasta Chorrillos. Esta línea tenía por objeto detener los avances de los montoneros de Cáceres cuyo Cuartel General estaba en Chosica, estación del ferrocarril trasandino a 39 kilómetros al este de Lima. Todos los cuerpos que la componían pusieron en movimiento para atacar a Cáceres el 1º de enero en dos divisiones: una al mando del General Lynch pasó el Rímac y se dirigió a la cordillera por Canta; la otra a las órdenes del Jefe de Estado Mayor Coronel Gana tomó la vía del ferrocarril trasandino directamente al este. Luego que Cáceres tuvo noticias de este avance de nuestras tropas se puso en precipitada fuga dejando el camino sembrado de armas, bagajes y soldados. Las dos divisiones chilenas se juntaron en Chicla, a 139 kilómetros de Lima. De ahí continuó parte de ambas, a las órdenes del Coronel don Estanislao del Canto con dirección a Jauja, Tarma, Huancayo, etc. Pocos días después, las tropas de Cáceres eran completamente derrotadas en Pucará por la división del Coronel Canto.

Los cuerpos del Ejército se encuentran en Lima bien instalados. Además de algunos cuarteles, han sido habilitados para servir como tales el Palacio de la Exposición y la Escuela de Artes y Oficios. Ocupanse en ejercicios doctrinales, marchas fuera de la población, etc. Es notable el estado de adelanto en que se encuentran.

La prensa chilena ha ocupado también el territorio peruano con dignos representantes. Al principio se publicó en Lima *La Actualidad* que fue reemplazada por *La Situación*, diario esmeradamente servido, se ha convertido hace poco en *Diario Oficial*. En el Callao se publicó *El Día*, al cual sucedió *El Comercio*, este último, bajo la inteligente dirección del activo joven Luis E. Castro es hoy una importante publicación.

Durante todo el tiempo que ha transcurrido desde la ocupación de Lima (17 de enero de 1881 a 22 de marzo de 1882) ha reinado en la capital y en el Callao una tranquilidad normal, a lo menos en apariencia. Con el arribo a Lima del ex dictador don Nicolás de Piérola parece que algunos vocingleros quisieron formar algazara: convocaron a un *meeting* en la Plaza Principal de Lima, frente al Palacio de Gobierno, residencia del General en Jefe del Ejército de Ocupación. Se decía que se iba a proclamar ahí un Presidente de la República. Reunióse mucha gente; pero bastaron algunos soldados del 4º de Línea, de guardia en el Palacio, para dispersar a los politiqueros. Ha sido éste el único movimiento ocurrido en la capital. Eso sí que los peruanos, alucinados siempre por grandes proyectos, temerarias empresas, echan a rodar diariamente alarmantes noticias, que solo ellos creen, sobre fantásticos ataques nocturnos, mediaciones a mano armada de todas las naciones del universo, etc.; ataques e ilusiones que hacen pasar agradables ratos a las vivas imaginaciones de los limeños.

VII A CHICLA

El ferrocarril trasandino a La Oroya.

Cuéntase como la magna obra de don Enrique Meiggs, el infatigable contratista de casi todos los ferrocarriles que cruzan la América del Sur, la vía férrea que en el Perú se denomina Ferrocarril Central Trasandino entre Callao y Oroya.

La naturaleza, con todos sus elementos, oponíase a la realización del pensamiento de Mr. Meiggs: llevar un ferrocarril al interior del Perú, salvando la cordillera de los Andes; pero ese hombre admirable que debió llevar por divisa *querer es poder*, no se inmutó ante las contrariedades y el 1º de enero de 1870 inauguraba los trabajos, siendo Presidente del Perú el Coronel don José Balta. Bendijo la primera piedra el ilustrísimo Arzobispo de Lima Goyeneche y Barreda, y se acuñaron hermosas medallas de oro y cobre para conmemorar tan fausto acontecimiento. Algún tiempo después, la locomotora recorría 139 kilómetros, desde el Callao a Chicla, su término actual.

La obra de que voy ocupándome tiene para nosotros los chilenos otro atractivo, a más de los que en sí encierra; casi toda ella fue construida por compatriotas nuestros, muchos de los cuales encontraron su tumba en los malsanos lugares que atraviesa. Desde que llegué al Callao, tuve grandes deseos de visitar la renombrada vía; pero la época no se prestaba para cumplirlos, porque las montoneras de bandidos que, bajo el falso nombre de defensores de la honra del Perú, siguieron a las derrotas de Chorrillos y Miraflores, hicieron campo de acción la línea del Trasandino que, en caso de ataque por parte de los chilenos, les ofrecía fácil camino para emprender precipitada fuga. Y fue debido a la que las desorganizadas tropas del General peruano, ex prisionero nuestro, Andrés A. Cáceres, efectuaron a la aproximación de los soldados del Coronel Gana, que pude recorrerla y añadir a estos desaliñados apuntes la relación de mi visita.

Varios amigos, compatriotas, residentes en el Callao, que deseaban, como yo, emprender el mismo viaje, obtuvieron de la amabilidad del gerente de la empresa del ferrocarril Mr. Jacobo Backus, la cómoda locomotora *La Favorita*, y designóse para la marcha el domingo 22 de enero del presente año.

A las siete y media de la mañana del señalado día *La Favorita* abandonaba la estación de Desamparados, en Lima, conduciendo en su *wagon* a don Rafael Orrego, vista de la Aduana del Callao, al Comandante del blindado *Blanco Encalada* don Jorge Montt; a don Nefalí Cruz Cañas, Juez de Letras del Callao, a Benito García Valdivieso, Eduardo y Luis Vial, Felipe Casas Espínola, Mariano Ríos González y al autor de estos apuntes.

Saliendo de Lima, la línea está tendida por medio de inmensos cañaverales, que constituyen la riqueza de la hacienda de Santa Clara, a cuya estación llegábamos a las 8.7. Cuatro minutos solamente nos detuvimos ahí y continuamos la marcha hasta llegar a Chosica a las 8.40. Nos bajamos a tomar una taza de café en el hotel de la estación, donde estuvimos charlando un instante con los oficiales del batallón San Fernando, que guarnecía a nuestro paso ese lugar, poco antes Cuartel General de Cáceres, y a las 9 nos despedimos de Chosica.

Todo lo que hemos recorrido de la línea férrea (53 kilómetros) no ofrece ninguna particularidad. Sin abandonar la ribera del Rímac, continuamos por entre cañaverales y verdes potreros. Pasamos los puentes del Puruguay y Corcona y la estación de Cocachacra y a las 9 y media nos deteníamos en San Bartolomé.

Como se nos dijese que íbamos a permanecer quince minutos en este punto, resolvimos tomar algún alimento. Tocó su turno a Benito García Valdivieso, quien, con anterioridad, había sido comisionado para la conducción de los bagajes. Debido a su actividad, tuvimos a nuestra disposición todo lo que podíamos desear. Terminados los quince minutos *La Favorita*, se puso en marcha.

El camino cambia aquí de aspecto. Teníamos a nuestra vista un escarpado cerro y en su ladera, extendiéndose en zigzag, la vía férrea. Empezamos la ascensión y en un instante estuvimos a 1.495 metros sobre el nivel del mar. Se nos presentan ahora elevadísimos cerros, insondables precipicios, que salvamos pasando sobre sólidos puentes que parecen colgar en el abismo. La temperatura ha cambiado también completamente: al sofocante calor de Lima y el Callao sucede un frío agradable y algunos goterones de helada agua penetran por las ventanillas. A las 10.10 pasamos por el elevadísimo puente de Agua Verrugas, obra que no alcanzamos a examinar a causa de la rapidez con que marchábamos; sólo sí, pareciónos que habíamos volado por las nubes. De tanta altura fuimos a caer dentro de un oscuro túnel, y de éste a otro, y aun a dos continuo. Dejando atrás el miserable pueblo de Surco, llegamos a Matucana a las 10.50.

Matucana, capital de la provincia de Huarochirí, es como todos los pueblos que se encuentran en la elevada cordillera, una triste aldea, con algunos casuchos de barro con techo de paja medio arruinados,

y con sólo dos o tres casas de tabla. Edificado entre escarpados cerros es un lugar húmedo y malsano. Encierra, sin embargo para nosotros, memorables recuerdos.

Era el 18 de setiembre de 1838. Hallábanse en el pueblo que vamos recorriendo, 200 hombres del batallón Santiago, perteneciente al Ejército Restaurador, que a las órdenes del General don Manuel Bulnes operaba en el Perú, en contra del protector don Andrés de Santa Cruz. El *Santiago*, cuyo mando lo tenía don José María de Sessé, celebraba en el día citado, con una fiesta religiosa en la capilla del pueblo —que aún existe tal cual era entonces— el aniversario de la Independencia de Chile. No había terminado la ceremonia cuando las avanzadas del batallón dieron la señal de tener el enemigo al frente.

Momentos después caía este, al mando del General boliviano Otero y en número de 480 hombres sobre el *Santiago*, cuyos soldados, saliendo precipitadamente de la capilla, cargaron con furioso ímpetu sobre los soldados de Otero. Trabóse un encarnizado combate cuerpo a cuerpo en las estrechas calles y casas de la población. Después de cinco horas de lucha, los soldados de Chile, alcanzaron, como en todas partes una espléndida victoria. Las tropas de Otero, desorganizadas, pasaron el Rímac y huyeron escalando los empinados cerros que rodean la población, habiendo dejado en poder del vencedor 50 prisioneros, otros tantos muertos y heridos, armas y municiones.

La capilla de Matucana, en la cual tuvo lugar la función religiosa y que sirvió también de campo de batalla, ocupa uno de los costados de la pequeña plaza del pueblo y el día de nuestra visita estaba abierta y en completo abandono. Las paredes carcomidas y llenas de tejidos de arañas, de cuevas de ratas y lagartos; los altares, antiquísimos, yacen esparcidos en medio del recinto, que es un montón de inmundicias y un foco de fetidez. Al parecer, no ha sido jamás reformada, pero según se nos dijo, en cada revolución, de las infinitas que han estallado en el Perú, la tal capilla, unas veces como cuartel general, otras como guarida de ladrones y salteadores, y por fin como campo de batalla, ha pasado por otras tantas profanaciones y consagraciones. Hoy espera ser de nuevo restaurada, después de haber servido de campamento de las hordas de Cáceres.

A las 11.10 continuamos la interrumpida marcha, hasta que a las 11.40 hicimos alto en Tamboraque, a 3.000 metros de elevación y a 119 kilómetros del Callao.

La lluvia continúa con más fuerza y el frío es más intenso. Saliendo de Tamboraque seguimos ascendiendo por estrechos desfiladeros, oscuros túneles y elevados puentes. A seis kilómetros de distancia se encuentra San Mateo, pintoresco pueblo situado al pie de un elevado cerro, en cuya cima está la estación del ferrocarril. Observando el pueblo desde la altura, nos pareció menos miserable que los que habíamos dejado atrás.

Después de San Mateo, el camino es más imponente y grandioso. Graníticas e inmensas rocas forman los cerros a cuyo pie, unas veces y otras por su cima marchamos, atravesando el río Rímac, los pro-

fundos precipicios por pintorescos puentes y salvando los cerros por dentro de tenebrosas cavernas. El río ofrece en estas alturas un curioso fenómeno: penetra en una inmensa roca, desaparece por corto trecho y brota después como del centro de la tierra, elevándose el agua a no poca altura.

En medio de este laberinto denominado *El Infiernillo*, nos detuvimos en la estación de Anchí a las 12.15. Sólo el tiempo necesario para que *La Favorita* hiciera provisión de agua permanecimos ahí y a las 12.37 llegábamos a Chicla, a 3.724 metros de altura, habiendo recorrido 139 kilómetros y pasado cuarenta y dos túneles, uno de los cuales nos llamó vivamente la atención por su forma semicircular.

Chicla es una aldea como todas las que habíamos conocido en el viaje. Cuenta, sin embargo, con dos hoteles, uno de los cuales, el *Hotel Trasandino*, nos proporcionó regular caldo y buen café, que nos fueron de mucho provecho, pues hacía bastante frío y el agua, muy helada en ese lugar, caía con fuerza.

En las elevadas regiones andinas ataca a menudo a los viajeros una enfermedad conocida con el nombre *de soroche*. Nosotros no experimentamos sus efectos; solamente sentimos fatigosa la respiración y dificultad para mantenernos de pie.

Hora y media permanecimos en Chicla. A las 2.5 silbaba el pito de *La Favorita* y empezábamos con vertiginosa rapidez el descenso.

Nada de notable nos ocurrió, hasta llegar al puente de Agua Verrugas, donde nos bajamos a examinar la magnífica obra. Estuvimos en medio del puente, notable, no tan solo por su elevación, sino también por su sólida construcción y elegante forma. Como llovía bastante regresamos pronto a *La Favorita*, para continuar volando, que tal hacía la diminuta locomotora hábilmente manejada por Mr. H. J. Schenk, uno de los subalternos de Mr. Meiggs en la construcción de la vía.

Dos o tres minutos nos detuvimos en cada una de las estaciones de Matucana y Chosica y a las 5.45 llegábamos a Lima donde tomamos un convoy que a las 6.5 salía al Callao.

En cinco horas y media recorrimos 278 kilómetros, pasando de una temperatura de 28° (cent.) sobre cero a otra de 3° (cent.) bajo cero. En esas pocas horas conocimos uno de los más grandes trabajos del mundo, y para cuya realización se juntaron dos elementos: el brazo chileno y el ingenio yankee.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

*

Damos a continuación una guía del ferrocarril trasandino con indicación de las distancias del Callao a que se encuentra cada punto y su elevación sobre el nivel del mar.

DISTANCIA DEL CALLAO EN KMS.	ESTACIONES	ELEV. EN MS.
14.0	LIMA	
29.3	SANTA CLARA.....	399.9
53.8	CHOSICA	853.5
72.4	COCACHACRA	398.5
75.8	SAN BARTOLOMÉ.....	1.495.1
90.0	SURCO	2.028.5
101.6	MATUCANA.....	2.373.9
111.8	TAMBO DE VISO.....	2.703.7
119.1	TAMBORAQUE	3.000.3
125.0	SAN MATEO	3.209.7
131.7	ANCHI	3.440.4
139.2	CHICLA	3.734.8

Para la terminación del ferrocarril hasta Oroya, restan 80 kilómetros. De este trayecto están terminados el terraplén y algunos túneles.

VIII REGRESO

Después de permanecer ocho meses en Lima y Callao, emprendía el 22 de marzo del presente año mi viaje de regreso a Chile, en el vapor *Cachapoal* de la compañía Sudamericana de Vapores. Sin ninguna novedad y haciendo escala en los mismos puertos que en el viaje al Callao, llegábamos a Valparaíso al amanecer del día 31 del mismo mes.

TODA LA VERDAD ACERCA DE LUIS CRUZ MARTÍNEZ,
UNO DE LOS HÉROES DEL COMBATE DE LA CONCEPCIÓN

Mario Soro Cruz¹

Con la finalidad de orientar a los lectores con respecto al contenido de este artículo, antes debo declarar que desde muy niño he sido un admirador de las Fuerzas Armadas de mi país, es muy posible que todo este entusiasmo se deba a que soy un descendiente directo de uno de los héroes más jóvenes y valientes que combatieron en la Guerra del Pacífico defendiendo a nuestro país, hablo del Subteniente Luis Cruz Martínez, valeroso oficial que tuvo activa participación en los combates de quebrada del Manzano, Portezuelo, además de las grandes batallas de Chorrillos y Miraflores, hasta entregar finalmente su vida durante el glorioso Combate de La Concepción, en la sierra peruana, el 10 de Julio de 1882.

Reconozco que poseo una formación de un modelo científico, con un conocimiento muy general de la historia militar de nuestro país, todo esto como consecuencia de haber estudiado y practicado en gran parte de mi vida las ciencias de la ingeniería en el terreno mismo de las obras.

En pocos meses más cumpla 80 años de edad y lo más lógico es no dejar pasar más tiempo sin redactar algo sobre el Subteniente Luis Cruz Martínez, por el hecho de ser sobrino nieto del héroe; fue así que un día me decidí a escribir un libro acerca de él. Estimé que en pocas páginas me sería posible entregar antecedentes personales muy íntimos relacionados con su origen y lugar de nacimiento como también hablar de algunas situaciones en las que se vio involucrado tanto en su adolescencia como en el Ejército. Lo cierto es que el número de páginas del libro se ha incrementado en forma importante debido a la gran cantidad de información que he podido reunir, agregando a ello todo el entusiasmo e interés que ha despertado en mi persona esta maravillosa historia de amor a la patria.

Con gran satisfacción estoy dando término a un libro que muy pronto será publicado con el siguiente título: *Luis Cruz Martínez: uno de los héroes del Combate de la Concepción, ejemplo para toda la juventud chilena.*

Sin duda alguna, este artículo que ahora doy a conocer como el futuro texto, ambos tienen el mérito de entregar importantes sucesos inéditos que corresponden al muy corto período de vida del héroe. Destaco al mismo tiempo los grandes errores como omisiones en que han incurrido algunos historiadores al momento de escribir acerca de la vida del Subteniente Luis Cruz Martínez.

Algunos secretos familiares que atañen al héroe y que siempre estuvieron muy bien guardados por mis antepasados debido a los prejuicios existentes en la sociedad de aquella época, me fueron entregados

¹ Ingeniero mecánico de la Universidad de Santiago de Chile. Se desempeñó en Endesa entre los años 1952 a 1992.

cuando aún era un adolescente a través de relatos orales de Cupertina Guerrero Muñoz (Cupita), esta señora era la empleada de servicio que atendía en forma exclusiva a mis tres ancianas tías abuelas Cruz Bascuñán. Estas señoritas, como su asistente Cupita, nacieron en la hacienda Los Cristales, lugar que se encuentra ubicado a 8 km de Curicó, situación que les permitió a todas ellas conocer y ser testigos de muchos hechos entre los que se encuentra la llegada a este mundo de Luis en ese mismo lugar.

Así como fui un estudioso de las ciencias de la ingeniería, en idéntica forma y con todas mis fuerzas, ahora cumplo con una sagrada misión, la de transmitir algunas vivencias obtenidas de antaño, las que se encuentran plasmadas en mi obra, pretendiendo con muy buena voluntad el dar a conocer sucesos ignorados de la vida de este importante héroe militar.

En el contenido de este artículo se exponen trascendentes relatos que hablan del periodo de adolescencia del héroe, algunos hechos muy relevantes fueron rescatados de apuntes biográficos inéditos que llevan por título *El héroe y su madre*, documento escrito por Inés Adelaida Martínez Alarcón, prima de Luis Cruz Martínez. Toda esta valiosa información la obtuve en la biblioteca del Museo Histórico y Militar de Chile (MHM). Aprovecho esta oportunidad para agradecer infinitamente toda la ayuda que recibí del personal de la biblioteca del museo.²

RELATOS ORALES ENTREGADOS POR DESCENDIENTES DIRECTOS DE DON SEVERO DE LA CRUZ VERGARA A HISTORIADORES Y PERIODISTAS.

Es interesante hacer notar que son muy pocos los historiadores que han incursionado en la vida y obra del héroe Luis Cruz Martínez, pero dentro de todos ellos, solamente Edmundo Márquez Bretón se tomó el tiempo necesario para entrevistar y escuchar relatos orales de algunos descendientes directos de don Severo de la Cruz Vergara, tal como lo hizo con la familia Soro Cruz. Márquez mantuvo largas reuniones en la casa de mi madre, la señora Berta Cruz de Soro. En esos coloquios se encontraban presentes solamente mis hermanos mayores Fernando y Eduardo Soro Cruz. En la *Sección documentos anexos* del libro en cuestión, se han incluido las copias de tres cartas: la primera de ellas enviada por la señora Berta Cruz de Soro a don Edmundo Márquez Bretón con fecha el 7 de agosto de 1984, en la que le agradece infinitamente a este último la deferencia que tuvo al enviarle de regalo un ejemplar del libro titulado: *Luis Cruz a la luz de la verdad*, texto que recientemente había sido publicado por el autor en aquella época. Esta fina atención fue una retribución a todas las entrevistas efectuadas a solicitud de Márquez en la casa de la familia Soro Cruz en la ciudad de Santiago, con la finalidad de conocer y aclarar diversas materias que estaban relacionadas con la vida del héroe Luis Cruz Martínez, las que sirvieron para apoyar, en la forma más fidedigna posible, el contenido de su libro.

2 MARTÍNEZ ALARCÓN, Inés Adelaida. *El héroe y su madre*. Apuntes biográficos inéditos. Biblioteca del Museo Histórico y Militar de Chile (MHM).

Las otras dos cartas enunciadas anteriormente tienen que ver con un intercambio de correspondencia producido entre Eduardo Soro Cruz y don Oscar Ramírez Merino, director del diario *La Prensa* de Curicó, todo esto sucedió en el año 1982. Este intercambio de comunicaciones estuvo relacionado con los muchos antecedentes dados a conocer a ese importante periódico, tomando como base los relatos orales entregados por la señora Berta Cruz de Soro. Este importante material informativo ayudó a esclarecer y al mismo tiempo configurar el real origen del subteniente Luis Cruz Martínez con relación a su progenitor, además de establecer el lugar y la fecha más cercana al nacimiento de este importante héroe de la Guerra del Pacífico. Toda la información entregada a Márquez fue también utilizada en una extensa publicación que apareció en el diario *La Prensa* de Curicó el domingo 11 de Julio de 1982, fecha correspondiente a la celebración del primer centenario del Combate de La Concepción. Ese día el diario curicano *La Prensa*, con su director y periodistas, orgullosos de ser coterráneo del héroe, “echaron la casa por la ventana” al dedicar casi todas las páginas del periódico a este magno acontecimiento. En la portada se destaca la figura de don Severo de la Cruz Vergara, fotografía tomada por un periodista del diario *La Prensa* a un cuadro de grandes dimensiones correspondiente a una pintura al óleo realizada por el pintor francés Raymond Auguste Quinsac Monvoisin. El artista nació en Burdeos, Francia, el año 1790. Viajó a Chile en 1842. La pintura corresponde aproximadamente al año 1867, y fue realizada en la hacienda Los Cristales, provincia de Curicó. El cuadro se encuentra actualmente en poder de un familiar de la rama Cruz Pérez. En la esquina inferior derecha de la misma portada del diario *La Prensa*, aparece una fotografía de mi madre, la Señora Berta Cruz de Soro acompañada de su hijo Eduardo.

El periodista del diario *La Prensa*, señor Aquiles Meléndez Cabello, perteneciente al Consejo Nacional de Periodistas de Chile, fue la persona encargada de entrevistar a la señora Berta Cruz de Soro, hija de don Miguel María Cruz Bascañán, quien fuera uno de los dueños junto a sus seis hermanos de la hacienda Los Cristales, propiedad que recibieron como herencia de su padre don Severo de la Cruz Vergara.

CLDOMIRA DE LA MERCED FRANCO MARTÍNEZ, MADRE BIOLÓGICA DE LUIS, UN PERSONAJE IGNORADO.

Debo destacar que solamente el historiador Edmundo Márquez Bretón ha mencionado una hija legítima nacida de Martina Martínez de Franco. La mayoría de las biografías del héroe sólo nombran a Novarino del Carmen como hijo único del matrimonio. Sin embargo, la existencia de Clodomira de la Merced queda comprobada en el documento de inscripción correspondiente a la Partida de Bautismo existente en la parroquia de Molina. Martina Martínez Urzúa estaba casada con un marino español, radicado en Molina, Gabriel Franco Villar. De esta unión vinieron al mundo dos hijos: Novarino, nacido en 1848 y Clodomira de la Merced, cinco años después, esto es, el 25 de Mayo de 1853.

En la Página 154 del Libro N° 5, se puede leer la siguiente partida que se transcribe a continuación: “En la Iglesia Parroquial de Molina, el veinticinco de mayo de mil ochocientos cincuenta y tres, yo, el cura

párroco bauticé, puse Óleo y Crisma a Clodomira de la Merced, de un día nacida, hija legítima de Gabriel Franco y Martina Martínez, feligreses de la Parroquia, etc. Fr. José Miguel Vásquez. C.I."

De acuerdo al anterior documento es posible comprobar que algunos historiadores han sido algo apasionados al momento de incursionar en la vida del héroe Luis Cruz Martínez, entre ellos encontramos a Ruperto Concha Varas, Teniente Coronel de Infantería (R), con la publicación de su libro titulado *El héroe Luis Cruz Martínez en su centenario*. Es posible que este militar haya sido mal informado por sus propios coterráneos molinenses, en el sentido de reclamar para ellos a la ciudad de Molina como el sitio de nacimiento del joven héroe de La Concepción, en circunstancias que sólo fue bautizado en esa ciudad, en seguida en el texto aludido se ignora la existencia de un personaje muy importante como lo es Clodomira de la Merced Franco Martínez, madre biológica de Luis.³

LUGAR DE NACIMIENTO DE LUIS CRUZ MARTÍNEZ.

En la segunda mitad del siglo decimonono el vasto predio agrícola denominado hacienda Los Cristales, distante 8 kilómetros de Curicó, pertenecía a don Severo de la Cruz Vergara, agricultor de sólida situación económica, quien había nacido en Talca el 8 de Noviembre de 1822, hijo de don Diego de la Cruz Antúnez y doña Dolores Vergara Donoso.

Don Severo de la Cruz Vergara estaba casado con doña Elisa Bascuñán Vargas, hermosa dama dotada de noble corazón. Un día un matrimonio amigo le propone a doña Elisa que se haga cargo de una niña cuya madre, Martina Martínez de Franco, ha sido en la práctica abandonada por su cónyuge, debido a que la mayor parte del tiempo se encontraba embarcado como consecuencia de haber abrazado la profesión de marino desde muy joven en busca de una mejor vida. De esta forma ella ha debido ocuparse como llavera y portera del Convento de Clausura de las Monjas de la Buena Enseñanza, en la ciudad de Molina.

Con una fuerte oposición de sus padres y hermanos, Martina Martínez contrajo matrimonio con don Gabriel Franco Villar, el 22 de Noviembre de 1846 en la ciudad de Molina. Gabriel pertenecía a la marina mercante española, por lo que hacía frecuentes viajes a su país de origen, como a Perú, Argentina y California en los Estados Unidos de América. En uno de esos viajes a España le sobrevino un ataque al corazón en la cubierta del barco precipitándose enseguida al mar, quedando allí para siempre, ese lugar fue su sepultura.⁴

Un día cualquiera de verano, en que doña Elisa ya se ha trasladado desde la casona de calle Huérfa- nos 1757, en Santiago, a su hacienda Los Cristales, llega haciendo su presentación en sociedad, la pequeña

3 CONCHA VARAS, Ruperto. *El héroe Luis Cruz Martínez en su centenario*, 1965.

4 MARTÍNEZ ALARCÓN, Inés Adelaida. *El héroe y su madre*. Apuntes biográficos inéditos. Biblioteca del Museo Histórico y Militar de Chile (MHM).

Clodomira acompañada de su madre Martina Martínez Urzúa. Es una niña frágil y tímida, de tez blanca y ojos claros preciosos como los de su madre. La reciben con especial cariño, quedando bajo la custodia del ama de la casa; esto es, la persona a quien obedecen las criadas que están al servicio de la familia de la Cruz Bascuñán.

Para la niña, llegada desde Molina, acostumbrada a la estrechez de recursos económicos existentes en su casa materna, aquello era para ella como si la hubiesen transportado a un paraíso. El ambiente de abundancia y el buen trato recibido la hicieron olvidar muy pronto la pena de abandonar su corta familia. Escuchó al ama de la casa tratar a la patrona como doña Elisa, muy pronto Clodomira aprendió a expresarse en igual y respetuosa forma. Rápidamente asimiló los buenos modales de la familia que la acogió en su casa y supo al mismo tiempo dirigirse tanto a la señora como a su esposo como "sus mercedes".

Algunos niños y otros más adolescentes alborotaban la mansión con su vitalidad. Eran los hijos de don Severo de la Cruz y doña Elisa Bascuñán; entre estos: Victoria, Elcira, María Luisa, Miguel María, Mercedes, Ana María y Enrique; todos ellos nunca se imaginaron que en un futuro no muy lejano tendrían el alto honor de ser medio hermanos del héroe Luis.

Los inviernos largos y lluviosos, luego que la familia se trasladaba a Santiago, Clodomira, que permanecía en la hacienda Los Cristales, recibía de parte del ama de casa enseñanza de costura, bordado y tejido. Era una chica muy activa y aprendía con mucha facilidad las lecciones de todo tipo que se le impartían.

Transcurren algunos años, y la niñez de Clodomira se fue adentrando en la compleja edad de la pubertad. Su cuerpo se desarrolla normalmente, y aunque no es una doncella muy espigada, luce un cuerpo muy bien formado. Los largos vestidos de la época y especialmente su peinado la hacen aparentar mayor edad de la que realmente tiene.

Don Severo de la Cruz Vergara es un señor maduro de 43 años de edad, fuerte y viril. La llegada de la primavera y la compañía de la doncella hacen renacer en Severo pasadas aventuras amorosas que había tenido en su juventud. Durante esos días Clodomira advierte el interés particular del patrón hacia ella, especialmente con el tono afable de su voz al dirigirla la palabra. De esta forma surge una recíproca confianza que se acrecienta cada vez más con el tiempo. En estas condiciones y en forma muy privada se inicia un romance entre ambos al estilo de la usanza de aquella época, el que finalmente se concretó con el correr de los meses. Todo esto trajo como consecuencia el embarazo de Clodomira. Luego, en el verano de 1866 la joven se esfuerza en disimular bajo la amplia falda su naciente estado de gravidez. Por razones obvias debe ser finalmente ocultada en una pieza del patio interior de la casona en la hacienda Los Cristales. Es preciso que no sea advertida en público su particular situación para evitar los naturales comentarios propios para aquella época.

De esta forma, en pleno invierno del mes de julio de 1866, a Clodomira le ha llegado su hora y el débil llanto de una criatura recién nacida resuena dentro de la habitación, entre el ir y venir de inquietas e improvisadas comadronas que la atienden. Aunque en ardua tarea, ha logrado sortear esa difícil pero natural circunstancia. Un pequeño niño muy hermoso, de cabellos rubios y tez clara, desde ese mismo instante duerme junto a su madre; afuera, el más estricto secreto rodea el nacimiento de esa criatura.

Cuando el niño ya tenía algo más de un mes de vida en la hacienda Los Cristales, el matrimonio de la Cruz Bascañán decide que Clodomira y su hijo sean entregados al cuidado de alguno de los familiares más cercanos a ellos. Además, como era lógico, se hacía imperiosa la necesidad de alejar lo más pronto posible de la hacienda al pequeño con su madre.

Por razones obvias, la persona indicada para recibir a la adolescente mamá acompañada de su hijo era Martina Martínez de Franco, la madre de Clodomira, quien ya ha conocido el desliz de su hija. Se convino en trasladar a la madre acompañada de su hijo desde la hacienda Los Cristales a Curicó, donde serían acogidos por la que ahora ha pasado a ser la abuela legítima del niño haciéndose cargo de ellos. Los primeros días de Agosto de 1866, doña Martina viaja desde Curicó a Molina. Las religiosas del Convento de Clausura de la Buena Enseñanza han aceptado que Martina lleve a Clodomira con su pequeño niño por algún tiempo a ese lugar.

Una tarde, a la hora del crepúsculo, un carruaje se hace presente en la puerta del convento y una señora desciende sigilosa del coche, luego con gran cuidado ayuda a bajar a una jovencita que trae en sus brazos a un niño de muy corta edad a quien el largo viaje ha adormecido profundamente. Las monjas, en especial la Superiora del convento, miran con curiosidad y ternura al menudo retoño de tez blanca y finas facciones. En un ademán de humana comprensión todas las religiosas acuerdan que la honra de la joven madre Clodomira Franco Martínez tiene que ser guardada como un secreto. Al mismo tiempo doña Martina acepta generosamente que desde ese mismo instante el nieto sea también su hijo natural.

El 5 de Agosto de 1866 queda constancia en el Libro Diario o Libro de Vida del convento la siguiente anotación: "Hoy ha nacido un hijo de la portera y ama de llaves del convento, Marta Martínez". Dos días después, el cura de Molina y a la vez Capellán de las monjas, don Celedonio Gálvez, bautiza al pequeño niño.

"En la iglesia parroquial de Nuestra Señora del Tránsito en Molina, Página 43 del Libro N° 11, el siete de Agosto de mil ochocientos sesenta y seis, yo, el Cura Párroco, bauticé, puse Óleo y Crisma a Luis, de dos días nacido, hijo natural de Marta Martínez y de padre no conocido, feligrés de la parroquia, fueron sus padrinos, José Tomás Anrique y Cruz Jerez. De que doy fe. Celedonio Gálvez, Cura y Vicario".⁵

5 La fecha de bautismo estaría correcta el 7 de Agosto de 1866, pero, en aquella oportunidad Luis tenía aproximadamente un mes y dos días de vida.

La fecha de inscripción anotada en la Partida de Bautismo, de ninguna manera demuestra que sea la fecha verdadera de nacimiento de Luis. Al respecto se ha calculado que este suceso habría sido aproximadamente el 5 de Julio de 1866, debido a que al momento de cumplirse con este Sacramento Luis tenía un mes y dos días de vida, según importantes relatos orales que se entregan más adelante.

Ahora bien, si Clodomira de la Merced había nacido el 25 de Mayo de 1853 y el héroe Luis Cruz el 5 de Julio de 1866, esto confirmaría que la joven madre tenía aproximadamente una edad de trece años, un mes y un día de vida al momento de dar a luz a su hijo Luis.

Es muy importante agregar, que la simple lectura de la Partida de Bautismo de Luis lleva a no pocos a asegurar que Martina Martínez de Franco fuera la madre del héroe; sin embargo, al efectuarse un estudio comparativo con el documento anotado anteriormente, se observa una manifiesta contradicción: en él no se reconoce la calidad de madre.

El querer aparecer como madre de Luis le llevó a la sana intención de cubrir el desliz de su hija Clodomira de la Merced. Para ello necesitó contar con la aceptación del cura de Molina. Éste colaboró con un grano de arena consistente en una mentira piadosa. Cambió el nombre de Martina por Marta. Luego omitió añadir el apellido Franco del marido. De esta forma figuraban en su parroquia dos feligreses en apariencia distintas. Una, Marta Martínez, madre de Luis (hijo natural de padre desconocido). Otra, Martina Martínez de Franco, casada con Gabriel Franco, ambos padres de Novarino y Clodomira. La deducción es clara.

Desde el momento mismo que Clodomira de la Merced con su hijo fueron alejados de la hacienda Los Cristales, su morada fue el convento donde tuvo la posibilidad de seguir amamantando a su hijo, se ha comentado que pudo haberse quedado definitivamente en él formando parte de esa congregación religiosa hasta el día de su muerte.

Luego que el pequeño Luis cumpliera algo más de un año, comenzó a crecer al lado de la abuela Martina en la ciudad de Molina; el vecindario la vio aparecer en público con el niño, como era lógico no tardaron en sobrevenir los comentarios de “pueblo chico, infierno grande”. Se conocía el alejamiento de su marido, Gabriel Franco, el que se encontraba embarcado en un viaje a los Estados Unidos de América, de modo que ese desconocido hijo que ahora la acompañaba en su casa de Molina no la dejó bien parada en el vecindario, más proclive a condenar que a comprender los actos de bondad en las personas.⁶

6 MÁRQUEZ BRETÓN, Edmundo. *Luis Cruz Martínez a la luz de la verdad*, Imprenta Adeza Ltda. pp. 22-29.

LA CASONA DE CALLE HUÉRFANOS N°1757, REFUGIO DE LOS DESCENDIENTES DE DON SEVERO DE LA CRUZ VERGARA COMO CONSECUENCIA DE LA CRISIS ECONÓMICA DEL AÑO 1929.

La casona de calle Huérfanos en la ciudad de Santiago me trae infinitos recuerdos. Retrocediendo en el tiempo, por allá en mi adolescencia, tuve la oportunidad de escuchar importantes relatos relacionados con el nacimiento de Luis Cruz Martínez. Trataré de exponer en pocas palabras un acontecimiento no conocido, el cual tiene una gran importancia, debido a que reafirma con mucha fuerza el origen como al mismo tiempo el lugar de nacimiento del héroe Luis Cruz Martínez.

Entre los años 1936 y 1940 compartí con Cupertina y mis dos hermanos menores el mismo dormitorio. Tal como se mencionara anteriormente, Cupertina Guerrero Muñoz, "Cupita", como la llamábamos cariñosamente, era una empleada que tenía la responsabilidad de atender y cuidar a las tres hermanas Cruz Bascuñán, las que eran medio hermanas del héroe Luis Cruz Martínez: Victoria "Toyita", Elcira "Elcirita" y Ana María "Anita María". Con todas estas personas, junto a mi madre y hermanos, tuve la oportunidad de convivir largo tiempo de mi vida desde el día de mi nacimiento, incluyendo además todo el periodo escolar y universitario.

Debo hacer notar que mi cama se encontraba contigua a la que ocupaba Cupita, situación que me dio la oportunidad de escuchar en varias oportunidades, de sus propios labios, relatos orales de algunos hechos de gran trascendencia que habían sucedido en la hacienda Los Cristales y que estaban relacionados con el niño Luis. Los días 9 y 10 de julio de cada año, fechas en las cuales las Fuerzas Armadas y de Orden conmemoran el heroico Combate de La Concepción,⁷ los temas obligados de conversación con Cupita, ya sea a las horas de comida en la cocina o durante la noche en el dormitorio antes de conciliar el sueño, estaban relacionados con los sucesos acaecidos durante el corto tiempo que Luis permaneció en la hacienda Los Cristales después de su nacimiento. En más de una oportunidad escuché el siguiente relato:

"Yo nací y fui criada en la hacienda Los Cristales, mis padres eran unos de los tantos trabajadores que se desempeñaban en las múltiples actividades agrícolas propias de un campo de generosas tierras el que además tenía una gran extensión. La situación de mi padre era muy diferente a la de los otros inquilinos de la hacienda; él tenía a cargo la mantención de un hermoso parque que rodeaba las casas patronales, lugar que era admirado por muchos amigos y personalidades que continuamente llegaban a la hacienda como invitados del matrimonio formado por don Severo de la Cruz Vergara y doña Elisa Bascuñán Vargas, además debía cuidar una plantación de árboles frutales, chacra, gallinero, etc., recursos de los cuales se obtenían los frutos y verduras, como otros menesteres necesarios para el consumo diario de la casa. Mi madre se desempeñaba muy a gusto como ayudante de la persona encargada de la cocina. La permanencia de mis padres en la casona de la hacienda me dio la oportunidad de ver y escuchar en algunas ocasiones, acontecimientos de importancia que se producían en la hacienda Los Cristales.

7 Día de la Bandera, fecha en que los nuevos contingentes de jóvenes militares juran cada año "por Dios y por la Patria" defender el emblema patrio hasta rendir su vida si fuere necesario.

Nunca olvidaré el día que Clodomira llegó a la hacienda acompañada de su madre la señora Martina. Desde ese mismo día la niña Clodomira sería una dama de compañía de la dueña de casa, esta era una costumbre para aquella época.

Recuerdo que el nacimiento del niño en la hacienda cambió bruscamente mi rutinaria vida, debido a que todos los días en la mañana y al atardecer me encaminaba al pequeño cuarto en el cual se encontraba poco menos que recluida Clodomira con su hijo para visitarlos. En aquella época yo tenía solamente siete años y mi único deseo era poder tomar en mis brazos y al mismo tiempo acariciar a ese maravilloso niño de cabellos rubios, ojos claros y tez blanca. A los pocos días comencé a sentir un inmenso cariño por el pequeño, el que muy pronto se transformó en una verdadera adoración. Encontraba que poseía algo muy especial que lo hacía ser muy diferente a todos los otros niños que yo había conocido en la hacienda.

Transcurrió un mes aproximadamente desde el nacimiento del niño, cuando un buen día y en forma repentina se hizo presente en la casona de la hacienda la señora Martina Martínez de Franco, venía a buscar a su hija Clodomira de la Merced y a su pequeño nieto. Hubo una corta conversación entre la dueña de casa doña Elisa y la señora Martina, la que se efectuó en forma privada. Después de esa reunión la señora Martina y Clodomira con su hijo abandonaron el lugar en un coche que la dueña de casa gentilmente puso a disposición de ellos para su regreso hasta Curicó.

Habían pasado varios meses y aún no podía olvidar al precioso niño que más adelante sería llamado Luis, en varias oportunidades mis padres me sorprendieron llorando en forma desconsolada la ausencia de un ser que seguramente había despertado repentinamente mis instintos maternales como al mismo tiempo conquistado mi corazón. Como siempre sucede, el paso de los años fueron los únicos que me hicieron olvidar a esa criatura que tanto amé en mi vida.

En el mismo día que cumplí los catorce años de edad empecé a trabajar en la casona de la hacienda Los Cristales. Años más tarde, cuando las hermanas Cruz Bascuñán decidieron trasladarse para vivir en Santiago y hacerse cargo de la casona de la calle Huérfanos N° 1757, desde ese mismo momento yo fui la persona que tendría la responsabilidad de cuidar a las señoritas Cruz Bascuñán por mucho tiempo, el que se prolongó hasta el día de la muerte de la última de ellas”.

INFORMACIÓN RESCATADA DE APUNTES BIOGRÁFICOS INÉDITOS ESCRITOS POR INÉS ADELAIDA MARTÍNEZ ALARCÓN, PRIMA DE LUIS CRUZ MARTÍNEZ.

“El nacimiento de Luis aumentó en forma progresiva la tensión que ya existía en la familia, por lo que tía Martina se vio casi del todo marginada de sus parientes y amigos, sólo la señora Cruz Jerez, madrina de Luis, le fue fiel y comprensiva hasta el final.

Tanto en Molina como en Curicó, el tema central de los comentarios estaba relacionado con el desliz que había tenido tía Martina. Nuestra familia gozaba de gran prestigio en ambas ciudades, de modo que este error constituía un verdadero escándalo. Cuando Luis tenía 3 años de edad, mi padre pasó al primer año de humanidades en el Liceo de Hombres de Curicó. En estas condiciones, él tuvo que soportar muchas veces las indiscretas preguntas que le formulaban con relación a su tía Martina. Mi padre, sobrino de tía Martina por línea paterna, había nacido en Curicó el 6 de Marzo de 1857, su nombre era Macario Martínez Saavedra. Es importante hacer notar que don Severo de la Cruz Vergara y su esposa, doña Elisa Bascuñán Vargas, se encontraban entre las amistades de mis abuelos, matrimonio formado por Juan Martínez Niebla y Gertrudis Urzúa de Martínez, incluyendo además a tía Martina. Continuamente se hablaba en casa de mis padres de las frecuentes visitas que realizaban a la hacienda Los Cristales, las cuales eran prontamente correspondidas por la familia de la Cruz Bascuñán acudiendo a la Orilla de los Martínez o Maquegua, propiedad de los padres de tía Martina, la que fue vendida en 1880, año en que Luis se enroló al Ejército.⁸

Según mi padre, la amistad entre ambas familias se quebró con el tiempo en forma definitiva. La razón de esta ruptura de relaciones no pude saberla, yo era muy pequeña cuando se hablaba de esto.⁹

Con respecto a que don Severo de la Cruz fuese el padre de Luis, nunca se mencionó nada en nuestra familia, ni tampoco de quien hubiere sido el progenitor del héroe; esta situación quedó herméticamente guardada como el más grande secreto en la conciencia de tía Martina”.

De todas maneras, con posterioridad a todos aquellos acontecimientos, de algún modo se filtró la verdad de que Martina Martínez era tan sólo la madre adoptiva de Luis Cruz. El diario *La Prensa* de Curicó, durante el año 1912, fecha de inauguración del monumento al héroe en la ciudad del mismo nombre, en repetidas oportunidades califica a la señora como madre adoptiva de Luis Cruz Martínez.

Por otra parte, el Coronel Arnaldo de Terán Manterola, nieto de don Uldarico Manterola Ureta, rector del Liceo de Curicó donde Luis Cruz se educaba, escribe en la hoy desaparecida revista *Zig Zag* el 10 de Julio de 1954 la siguiente nota: “Nació Luis Cruz en Curicó, en 1865... doña Martina Martínez de Franco lo crió como hijo adoptivo desde la edad de dos años”.

Del mismo modo, Benjamín Vicuña Mackenna en su “Álbum de la Gloria de Chile”, al referirse a Luis Cruz, escribe: “Fue hijo de un misterio; pero desde la edad de dos años, lo crió en Curicó como madre adoptiva doña Martina Martínez”. Juzgo que don Benjamín, dadas sus relaciones sociales y políticas, conoció el secreto de ese nacimiento. Mas, por no herir susceptibilidades, prefiere encubrirlo diciendo que el héroe fue “hijo de un misterio”.

8 MARTÍNEZ ALARCÓN, Inés Adelaida. *El héroe y su madre*. Apuntes biográficos inéditos, biblioteca Museo Histórico y Militar (MHM).

9 Para el que escribe este texto es obvio que esta ruptura estuvo relacionada con la grave situación producida entre Clodomira y don Severo de la Cruz.

Igualmente el abogado don Nolasco Mardones, que a comienzos del siglo XX y durante varios años ejerció en Curicó el cargo de Notario, escribe en una breve *Historia de Curicó*, que Luis Cruz “fue criado desde la edad de dos meses” por su madre adoptiva, Martina Martínez de Franco.

Historiadores como Edmundo Márquez Bretón, Jorge Inostroza y otros, aseguran que Luis Cruz Martínez tenía dos años de vida al momento de ser bautizado el 7 de Agosto de 1866. Como autor de este artículo puedo comprobar que esta afirmación se encontraría muy lejos de la realidad, porque, para que esto fuere efectivo, el héroe tendría que haber nacido a fines del invierno de 1864. Ahora bien, tomando en cuenta que Clodomira de la Merced fue bautizada el 25 de Mayo de 1853 y el nacimiento de Luis el 5 de julio de 1864, nos encontramos con una situación que es totalmente absurda, debido a que en estas condiciones Clodomira de la Merced habría tenido solamente 11 años, un mes y diez días de edad al momento del nacimiento de su hijo Luis.

El Notario de Curicó don Nolasco Mardones es quien estaría más cercano a la realidad cuando expresa en su texto, *Historia de Curicó*, que Luis Cruz fue criado de la edad de dos meses por su madre adoptiva, Martina Martínez de Franco.

Constituye, por otra parte, una incógnita el lugar donde el niño Luis aprendió las primeras letras. A pesar de la óptima acogida dispensada por los directores de las dos más antiguas escuelas de Molina a las solicitudes hechas por Edmundo Márquez Bretón e Inés Adelaida Martínez, no fue posible encontrar ningún antecedente o vestigio en los antiguos libros de matrícula o de notas. Nada indica que por sus aulas hubiera pasado un alumno llamado Luis Cruz o Luis Martínez. Además, en la matrícula del Liceo de Hombres de Curicó, efectuada el 8 de Julio de 1878, no hay constancia que el estudiante hubiere presentado algún certificado de estudio, indicando la procedencia de algún establecimiento primario o escuela pública, según era su denominación.

Para mayores antecedentes con respecto al lugar donde aprendió las primeras letras Luis, en la biografía *El héroe y su madre*, escrita por Inés Adelaida Martínez Alarcón, sobrina de Martina y al mismo tiempo prima de Luis, expresa lo siguiente: “Luis no asistió a ninguna escuela primaria, su preparación básica fue obra sólo de tía Martina con la señora Cruz ‘Pérez’ Rojas, esta última madrina de Luis, ambas eran profesoras tituladas, además por las dos líneas familiares habían otras que tenían esta misma profesión y que también se preocuparon por la educación primaria de Luis”.¹⁰

10 El verdadero apellido de la madrina de Luis Cruz era Pérez y no Jerez, como figura en el Acta de Bautismo. Además dicha señora estaba emparentada con el cura Gálvez que bautizó a Luis. Esta declaración fue entregada por la señorita Inés Adelaida Martínez Alarcón, sobrina de doña Martina Martínez y por tanto prima de Luis Cruz Martínez. El Certificado de Bautismo de doña Cruz Pérez Rojas se incluye en la Sección Documentos Anexos del Texto en cuestión. En él se deduce que le fue administrado el 6 de Noviembre de 1826, en la parroquia de Molina. El cambio de apellido de la madrina de Luis Cruz, es otra irregularidad más de las diversas que se encuentran en el Acta de Bautismo del héroe.

Como entre los familiares de doña Martina en Curicó algunos se dedicaban a la noble profesión de la enseñanza, es muy posible que alguno de ellos cultivara por vez primera el cerebro virgen del niño. Su carácter, tempranamente despierto, inteligente, vivaz, lo percibió el rector del Liceo de Hombres de Curicó, dos años antes que el alumno entrara al establecimiento, según lo indica más adelante.

El ya citado rector del Liceo de Hombres de Curicó, Uldarico Manterola Ureta, contaba entre sus relaciones a los parientes de Martina, donde conoció al niño. Así lo asevera el Coronel de Ejército don Arnaldo de Terán Manterola, cuando expresa en el artículo descrito anteriormente. *“...En 1876 el señor Uldarico Manterola Ureta, conoció al pequeño Luis y comprobando en él especiales condiciones de inteligencia, solicitó de su madre adoptiva que lo dejara a su cuidado a fin de educarlo convenientemente”*. Nótese que la señora es llamada “madre adoptiva”, lo cual indica que el rector conoció oportunamente el secreto del nacimiento del niño.

ANTECEDENTES DE LA FAMILIA MARTÍNEZ SAAVEDRA. RELATOS DE DOÑA INÉS ADELAI-DA MARTÍNEZ ALARCÓN, PRIMA DE LUIS CRUZ MARTÍNEZ.

“Mi padre, Macario Martínez Saavedra, nació en Curicó, en 1857, hijo de José Santos Martínez y Carmen Saavedra. De profesión abogado, era dirigente del Partido Socialista, efectuó su última campaña en 1938, en la que resultó electo Presidente de la República don Pedro Aguirre Cerda, luego de esta elección, se retiró, falleciendo en 1940.

Cuando murieron mis abuelos, se donó a la iglesia todo cuanto había en el Oratorio familiar. Por las tardes nos reunía para rezar el Rosario, Mes de María o alguna Novena, según costumbres de esa época, sabía latín mucho más de lo que en el colegio se enseñaba, por lo que más de una vez pensé que podría haber sido sacerdote, antes de casarse.

Tanto sus actividades políticas como profesionales, fueron mermando y de a poco se fue convirtiendo en el hombre que vivía de sus recuerdos, así es que a la edad de 70 años, y cuando yo todavía tenía 6 años, sentado junto al brasero nos entretenía contando con lujo de detalle todo lo relacionado con la vida de cuanto familiar podía recordar, desde las más inocentes travesuras, hasta lo más serio y complicado que no pudo escapar a sus ojos. Temas de historia, religión, familiares y políticos, tenía en abundancia.

Entre los hermanos de mi padre, las más cercanas a él, en edad, eran las mujeres, razón por la que mi padre corría siempre tras de Luis, su sobrino, así es que en todo lo relacionado a su vivir, tenía algo que ver con Luis; salía con él, jugaba con Luis, en fin se hablaba de Luis como si hubiese sido lo único en su vida. También era mi padre el sobrino más querido de tía Marta, Martina Martínez Urzúa de Franco, madre (abuela) de Luis Cruz Martínez.

En repetidas oportunidades, cuando mi padre recordaba ciertos hechos que habían sucedido en la vida del héroe y su madre, su rostro se transformaba completamente, se tornaba rosado y sus ojos sobresalían y brillaban como si estuviera sintiendo en carne propia los dolores y sufrimientos que ambos tuvieron que afrontar.

Lo que expongo se basa principalmente en los relatos de mi padre, él tuvo contacto permanente y directo con Luis, como también con tía Martina a la que visitaba cada vez que podía hacerlo, sin que mi abuela lo supiese, debido a que, desde el mismo día del nacimiento de Luis, tía Martina fue rechazada por sus familiares. Esta es también la razón por la que tía Tránsito Urzúa de Pérez, sobrina de tía Martina, declarara que ésta no era su tía, sino la mandadera de la casa, y que el niño que tenía era un hijo del adulterio. Mucha de la información que antaño se escuchaba de mi padre no la comprendía, sin embargo, todo esto penetraba en mi mente como suaves agujijones que jamás pude olvidar y que ahora he podido verificar a través de mis investigaciones y documentos recopilados, en ellos he visto claro el dedo de Dios que los ha señalado.

Mi padre estaba lúcido al hacer todas estas declaraciones y aún al fallecer lo estaba; él es pues el más importante testigo de las verdades que expongo”.

¿QUÉ ME INCENTIVÓ A ESCRIBIR SOBRE MI TÍO (PRIMO), EL HÉROE DE LA CONCEPCIÓN? HABLA ADELAIDA MARTÍNEZ ALARCÓN.¹¹

“Resulta sublime, hechicero, embrujador el poder que ejerce la tierra Patria en la sangre y el espíritu de aquellos a quienes un día vio nacer. Poderosamente supera a la fuerza de los lazos sanguíneos. Así lo experimentó Luis Cruz Martínez desde los albores de su existencia. De la misma forma lo sentimos también quienes tenemos la dicha de conocer y comprender el verdadero valor y hermosura de esta noble tierra que bajo un limpio cielo nos dio la cuna de un hogar chileno.

Queridos jóvenes, vosotros seréis los héroes del mañana si actuáis con sabiduría, con lealtad y patriotismo. Acordaos que esta hermosa tierra es vuestra, que para hacerla libre y soberana hubo de alimentarla y fortalecerla con el néctar poderoso de la sangre de muchos soldados chilenos que nos dieron un increíble ejemplo de valor, de amor y patriotismo. Sí, es por eso que la pasión por el terruño patrio puede más que los lazos sanguíneos cuando nos llama a defenderlo.

Treinta y cinco años lejos de mi país me obligaron a un largo receso en mi vida ciudadana. Después del regreso a Chile, y ya en 1982, al celebrarse el centenario de la muerte gloriosa de mi tío (primo), el Subteniente Luis Cruz Martínez comencé recién a despertar de mi letargo.

¹¹ El autor de este texto observa continuas contradicciones, gran inquietud y confusión en los relatos de Inés Adelaida Martínez Alarcón con relación a la verdadera identidad de la madre de Luis. Finalmente reconoce que el héroe es su primo.

De manos de una amiga recibí el Suplemento Revista del Domingo, incluido en el diario El Mercurio, con fecha 11 de Julio de 1982; las declaraciones expuestas allí, me llenaron de confusión. Jamás había oído algo semejante, sin embargo, no podía actuar apresuradamente. Las confesiones del abogado Miguel Cruz Valdés, sobrino nieto del héroe, me parecían veraces aun cuando me costaba demasiado aceptarlas. Un día me decidí a ir a su oficina y conversar con él en la ciudad de Curicó, tenía el cargo de Tesorero Provincial. Lo noté algo nervioso cuando fui anunciada por su secretaria como pariente de Luis Cruz Martínez; charlamos muy poco, pues había mucha gente en su oficina; quedé de verme pronto para conversar más detenidamente conmigo, sin embargo esta entrevista jamás se llevó a efecto.

Comencé a pensar que a lo mejor tendría razón el abogado Cruz, y que a mí me faltaría humildad para aceptar sus afirmaciones. Transcurrió un tiempo, y tuve la necesidad de hacer un viaje a Curicó por unos papeles de mi padre. En esa oportunidad pasé al Liceo de Hombres y allí, conversando con el rector del establecimiento, él mismo me sugirió la idea de conocer al señor Edmundo Márquez Bretón, que aún no terminaba su libro titulado, Luis Cruz a la luz de la verdad. Fui con el fin de conocerlo y felicitarlo de antemano por la maravillosa obra que según me imaginé estaría realizando su autor. Me recibió muy cortésmente y charlamos unos cinco minutos. Llamó mi atención el que no me haya hecho ni una sola pregunta sobre el tema, pues yo me habría identificado como la sobrina (prima) del héroe. Pasé por alto esta sus-picacia, y no hubo más contactos con el señor Márquez.

Deseosa de leer el libro comencé a buscarlo en librerías, al no encontrarlo me dirigí a la Biblioteca Nacional, y ansiosa me senté una tarde entera a saborear más su elegante prosa que el contenido histórico que pude descubrir en aquel libro cuyo título en nada le cuadraba. Nuevamente se hicieron presente mis dudas con respecto a mi poca humildad para aceptar verdades, según me parecían tan candentes a medida que leía el libro de Márquez.

Viví entonces muchos días de gran inquietud. Las declaraciones que había recibido de mi padre ahora quedaban nulas. ¿Cómo es posible que él haya mentado tanto? Así es como poco a poco fui aceptando la historia escrita por Márquez. Me revelé contra mi padre, ahora él, incluso después de su muerte era para mí un padre mentiroso, y su engaño me hacía creerle y quererlo mucho menos que antes. A tía Martina que, debido a todo lo relatado por mi padre la había mirado como a una diosa, qué opaca, vil e irresponsable me parecía ahora entregando a su pequeña hija Clodomira a una familia muy rica, exponiéndola a tantas desdichas como las que tuvo que soportar posteriormente en el tiempo.

Comencé pues a memorizar el pasado en busca de razones lógicas que hubiesen motivado aquel verdadero desastre producido en nuestra familia. En largas meditaciones escudriñaba en mi mente todo cuanto podía recordar sobre las conversaciones de mi padre y mis abuelos para ver si podía lograr, atando cabos, sacar alguna conclusión. Recordé entonces que tía Martina estuvo largos años apartada de sus hermanos y parientes, incluyendo a casi todas sus amistades que pronto dejaron de visitarla. Tanto tía Martina como mis abuelos habían dejado también de visitar a la familia de la Cruz Bascuñán en la

hacienda Los Cristales y, cuando tía Martina viajaba a Curicó llegaba solamente a la casa de la señora Cruz,¹² madrina de Luis, cuyo domicilio era la calle del Membrillar 236. Comencé entonces a pensar que todos estos problemas podrían ser la causa de su situación precaria, la que aseguran en sus declaraciones los señores Edmundo Márquez Bretón y el abogado Miguel Cruz Valdés.

Me parecía ver buena fe en lo que leía, y empecé a creer en la honorabilidad de estas personas que así lo aseguraban. Escribí entonces al Presidente de la República para rectificar mi parentesco con el héroe, el que en este caso, ahora sería mi primo. Luego escribí un borrador de la vida de Luis basándome en lo expresado en el libro Luis Cruz a la luz de la verdad.

Tanto es el poder que ejerce la intriga malintencionada; todavía más, la prematura maternidad de tía Clodomira junto a las circunstancias que la rodearon —según el libro de Márquez— me llenaban de una especie de congoja que me provocaba lástima e indignación. Juzgué a ambas tías, Martina y Clodomira duramente,¹³ con el dolor que produce una triste realidad que era muy terrible para mí. En mis encontrados sentimientos comencé a tomar el lugar de aquellas que sufrieron en vida el furor de la indolencia, y compadecida de ello, me decidí a buscar quien escribiese un hermoso poema que honrase a esta madre prematura e ignorada por tanto tiempo. Ahora me pesan mucho estos errores que cometí y confieso que esto se debió sólo a mi enorme confusión.

Escribí luego una carta al señor Edmundo Márquez Bretón pidiéndole me explicase el motivo que lo impulsó a hacer este daño, no sólo a nuestra familia, sino que también las futuras generaciones desviando la verdad histórica. Mis inquietudes iban cada día en aumento pues no podía convencerme de todo lo que había oído de mi padre. Esto me llevó a repasar la historia. A leer otros libros de autores que han incursionado en la vida del héroe Luis Cruz Martínez, como también a documentarme al máximo.

En 1912, en la inauguración del monumento al héroe en Curicó, tía Martina presidió este acto junto a las autoridades. No se le habría concedido tal honor sino hubiese sido la 'madre' del póstumo homenajeado, Subteniente Luis Cruz Martínez. Todos estos datos son de efectiva base histórica.

De esta forma, comparando la tradición familiar con los documentos recopilados, más las opiniones valiosas del Padre Eleazar Rosales, fue posible darme cuenta cabal de que tanto el libro de Márquez, las declaraciones del abogado Miguel Cruz Valdés, como los relatos orales entregados por la familia Soro Cruz, ya en la segunda y tercera generación no pasan más allá de ser una fábula. ¿Por qué lo hicieron?, ninguno de ellos aceptaron hablar con esta servidora. Quiero dejar, pues, muy claro que mi perdón alcan-

12 Cuando se habla de la señora Cruz, madrina de Luis, la palabra Cruz corresponde a un nombre propio, y no a un apellido.

13 Finalmente, de acuerdo a todas las investigaciones se pudo concluir que Martina y Clodomira eran la abuela y madre de Luis, respectivamente. En estas condiciones, Adelaida Martínez Alarcón es la prima del héroe de La Concepción.

za para todos, lo entrego en nombre de aquellos que no pueden defenderse porque se fueron al cielo, y sé que en el silencio de Dios, han perdonado”.

DEDICADO AL JOVEN CHILENO, EN EL NOMBRE DE LUIS CRUZ MARTÍNEZ.

“Querido joven chileno. Yo, Inés Adelaida Martínez Alarcón, he emprendido esta difícil tarea con el fin de contribuir con algo al bien de nuestra querida juventud y facilitarles los medios de conocer en profundidad los méritos y virtudes del héroe adolescente Luis Cruz Martínez, cuya imagen ha sublimado el sentimiento patriótico de todos los chilenos. Me he decidido a emplear mis cortos conocimientos con la redacción de unos apuntes, de cuyas páginas salga hacia la juventud de este país, un elixir de suavísima fragancia para ennoblecer sus almas, purificar sus aspiraciones e ideales y preservar sus sagrados cuerpos de vicios abominables. Dios quiera que pueda encantarles hasta el punto en que estés dispuesto a toda lucha, como a todo sacrificio necesario a fin de conservar en tu corazón los grandes valores de nuestra raza, o de reconquistarlos, si es que hubieses tenido la desgracia de perderlos. Los lazos de una íntima afición, y de un sincero interés me ligan contigo. Quiero mucho a la juventud, y es por eso que deseo con todo el fervor de mi alma que comprendáis qué importante es para el joven la práctica de todas las virtudes que se han señalado anteriormente.

Muchas veces nos ha ocurrido que cuando niños o cuando éramos jóvenes adolescentes, alguien nos dijo una frase o una palabra que nos conmovió positivamente y que tal vez nunca hemos podido olvidar, y que aún en la vejez continuará haciendo mella en nuestros corazones, contribuyendo así a nuestra perfección y santidad. Hablo de aquella santidad ‘hijos’, de la que no exijo milagros, sino solamente la aceptación del diario sacrificio que nos impone el deber.

Cómo quisiera expresar con verdadera elocuencia todos los sentimientos que golpean mi corazón y mi mente, al sentirme digna de escribir a la juventud un pequeño trozo de la historia para relatar la gloriosa muerte de 77 chilenos que rindieron su vida en defensa del pabellón patrio.

Las más grandes virtudes humanas y sobrenaturales brillan como las estrellas en el alma de todos estos soldados, que aún adolescentes algunos de ellos resistieron valientemente una lucha desigual hasta dar la vida, con aquella fuerza que sólo Dios entrega al hombre por medio de la virtud del cumplimiento del deber.

La Patria que inmortaliza el nombre de aquellos que ofrendan su vida por defenderla, realza aquí la gloriosa figura del héroe Luis Cruz Martínez, como el último soldado que muere en ese sacrificio ejemplar acaecido en La Concepción, y cuyo nombre lucen honrosos varios establecimientos educacionales en nuestro país.

Quiero continuar hablándote de Luis, de su temple, su patriotismo, de su fuerza interior para superar todas las dificultades a las cuales tuvo que hacer frente desde su más tierna edad, luchando con su

propio destino. Aprendió a ser fuerte, lo que le permitió enfrentarse a las adversidades de la vida con el mismo valor que después debió oponer al enemigo en más de una oportunidad durante los combates en los que le tocó participar.

Por lo tanto, no te extrañes que insista en ponderar las hermosas cualidades que adornaron el corazón del acabado modelo de virtudes humanas que te pongo al frente como una inmensa tarea, para que cada uno de los jóvenes de este país se diga a sí mismo: ¿Por qué no podría yo imitar al héroe Luis y hacer otro tanto, si la Patria me lo pide algún día?

Cuando todas estas virtudes se complementan y anidan en el corazón del joven chileno, es cuando éste se convierte en el hombre valeroso, capaz de triunfar donde quiera que vaya, incluso tener éxito al enfrentar todas las dificultades que se puedan presentar en la vida.

Por el contrario, el pobre esclavo del vicio se arrastra por la tierra, como una desdeñosa maleza que todos pisotean al pasar. Despreciables son sus sentimientos, sus aspiraciones y vulgares son también sus ideales. En lo más bajo y abominable busca su satisfacción, su consuelo y su alivio”.

REFLEXIONES CÍVICAS EXPRESADAS POR ADELAIDA MARTÍNEZ ALARCÓN.

“¿Existe un catecismo patrio?; la palabra ‘catecismo’ de origen griego, significa: enseñanza de las verdades y deberes de un culto. En esta oportunidad, nuestra veneración está dedicada a la Patria. Hay cosas sagradas para los chilenos, estas se encuentran relacionadas con la tierra donde hemos nacido, con nuestra Patria, con nuestro Chile. Las personas que han hecho de Chile un país libre, grande, próspero y respetado por las demás naciones, estas personas merecen también nuestra admiración. Se encuentra universalmente aceptado el culto a la Patria para rendirle respetuoso homenaje a través de sus tres símbolos: Himno, Bandera y Escudo, de cuya existencia real depende que los pueblos gocen del supremo don de la libertad. Estos conocimientos son reflexiones sobre ‘moral cívica’, destinados a formar en el chileno un carácter totalmente propio, democrático y respetuoso de nuestra constitucionalidad. Todo chileno, desde la más tierna edad debe amar a su patria por sobre todas las cosas, tal como se ama a la madre, por ser ‘ella’ para sus hijos la más buena, la más honrada, la más linda. Nadie encuentra defectos en su madre. La Patria es nuestra madre común y es la que reúne para todos los chilenos las más bellas cualidades.

Madre y Patria no pueden tenerse más que una en la vida; sólo la madre biológica desaparece, pero la Patria es inmortal. Nadie dudaría ni un segundo en entregar la vida por su madre; igual hay que hacerlo por la patria, sin vacilación alguna. Para realizar este deber, tenemos la obligación de prepararnos siendo buenos estudiantes y enseguida buenos trabajadores. En nuestras manos está el hacerlo, respetuosos con sus padres y maestros, los que cuidan de sus ropas y sus libros, los que nunca dicen malas palabras, ni destruyen la propiedad ajena, los que no se detienen a jugar en la calle con peligro de sus vidas, los que son puntuales en sus obligaciones, los que dicen siempre la verdad; éstos son los buenos, los elegidos”.

CUALIDADES DEL JOVEN LUIS CRUZ MARTÍNEZ SEGÚN RELATOS DE INÉS ADELAIDA MARTÍNEZ ALARCÓN.

“Físicamente no tenía una gran estatura, era más bien delgado, de pies y manos pequeñas, de rostro trigueño, cabellos castaño y ojos claros como los de su madre, su mirada profunda e inteligente, dejaba ver una limpia moral que encantaba a cuantos lo conocían.

Era reservado en sus palabras y muy cuidadoso en la elección de sus amigos. Cortés en su trato; todas estas cualidades atraían respeto y cortesía hacia Luis. Era despierto y jovial, mostraba gran sinceridad en sus palabras.

La humildad fue una de las cualidades que siempre sobresalió en la conducta de Luis. Nunca soñó con altura, linaje o cuna de oro. Luis jamás ambicionó riquezas ni envidió la fortuna de sus condiscípulos. Todas estas virtudes estuvieron acompañadas a su gran don de mando, por lo que se hacía obedecer sin mayores inconvenientes.

La devoción a la Santísima Virgen del Carmen siempre estuvo presente en Luis desde los albores de su existencia, pues era también en nuestra familia una muy arraigada costumbre la de imponernos el santo escapulario al momento de recibir el Sacramento del Bautismo.

Según mi padre y otras personas que conocieron a Luis, cuentan que era ágil en subir a los árboles y cerros en los alrededores de Curicó y Molina, todas estas localidades le eran conocidas. A la edad de 7 - 8 años cabalgaba e investigaba los lugares más peligrosos cercanos a la ciudad.

Apenas aprendió a leer y escribir redactó versos de una estrofa, estos eran dedicados a la Patria, a la bandera, a la madre, etc.

Se acercaba con frecuencia a mi padre a quien llamaba el Maca para invitarlo a pasear y mirar a los militares que realizaban sus ejercicios y simulacros de combate. Así fue como aprendió la disciplina militar desde niño. Mi padre luego lo llevó al Liceo para presentarlo al rector, Luis sería su futuro alumno.

El joven agradaba a primera vista. Era despierto; hacía muchas preguntas al rector, por lo que éste le tomó desde entonces un especial afecto.

A Luis siempre se le dijo que su padre había fallecido cuando él era muy pequeño, sin embargo, él se daba cuenta de que el apellido Franco, correspondiente al de su supuesto padre y al de su hermano Novarino (los que en realidad eran su legítimo abuelo y tío respectivamente), no alcanzó para él. Sobre este tema hacía preguntas a mi padre muy repetidas veces. Su madre (abuela) Martina ocultó toda la vida la existencia de ese padre”.

ALGUNAS CRÍTICAS LANZADAS POR INÉS ADELAIDA MARTÍNEZ ALARCÓN EN CONTRA DE LA NOTA PRELIMINAR ESCRITA POR DON JUAN MUJICA.

El autor de este artículo ha estimado incluir a continuación el contenido de la *Nota Preliminar*, inspirada por don Juan Mujica, Miembro de Número de la Academia Chilena de la Historia, la que más adelante será objeto de una agria y despiadada crítica por parte de doña Inés Adelaida Martínez Alarcón. La *Nota Preliminar* es un relato que da inicio al libro *Luis Cruz Martínez a la luz de la verdad*, del autor Edmundo Márquez Bretón, en ella se puede leer lo siguiente:¹⁴

“Ciertamente no abunda en nuestro campo literario el relato tradicionista, sin caer en lo folklórico o en el criollismo. Explicar los motivos fundamentales del por qué son tan escasos los autores chilenos que dan preferencia a ese tan medular género, implica un ensayo de nutridas páginas. Esto no concuerda con el estrecho marco de esta Nota Preliminar. Aquí sólo me cabe dejar algunas escuetas impresiones, sin profundo análisis, captadas por mi espíritu con la grata lectura del trabajo Luis Cruz Martínez a la luz de la verdad. Su autor, Edmundo Márquez Bretón, cuenta con un reconocido prestigio entre los escritores chilenos de hoy. Admiro su profundo interés por los acontecimientos enmarcados en el desarrollo de la bellísima provincia curicana su tierra natal. Ha sabido vivir con empeñoso amor el propio ambiente. Se ha mantenido fiel con su permanencia en el terruño. Conserva su guardia perpetua con la realidad que representa la convivencia donde se formó el hogar nativo y donde late el recuerdo de ancestros triseculares. Le sustenta el mismo aire que bordeó su cuna en familiar casona que atesoraba virtudes admirables y las vigorosas tradiciones de la noble y cristiana sociedad chilena.

Conozco en largo tiempo su particular interés por ahondar en la investigación histórica para lograr una captación clara y fidedigna de los temas que relata. Con nítidas imágenes presenta su narración, siempre dotada de elegante prosa.

En su tarea literaria destaca muchas veces una extensa proyección del vibrante sentimiento patriótico que aflora en su alma. Siempre sus escritos reflejan clara expresión del ambiente nativo. Nos regala en su narración el sortilegio de nuestra tierra, plena de hermosura complaciente. Ahincadas en sus relatos encuentro las más finas notas del tradicionismo de la mejor ley. Es como contemplar en mágicas vidrieras el acontecer remoto o cercano de nuestro campo y de nuestra ciudad.

Estimo que las páginas del libro de Márquez serán perdurables, con un acrecentamiento muy merecido en sus valores. Reconozco que el marco de algunos éxitos literarios suele ser de suma fragilidad. En esta oportunidad lo encuentro fuertemente enclavado con perdurables hierros y cobres andinos.

14 MÁRQUEZ BRETÓN, Edmundo, *Luis Cruz Martínez a la luz de la verdad*, Imprenta Adeza Ltda. pp. 11-15.

El narrativo quehacer de Márquez lo veo acrecentado en el hermoso libro. El personaje central, un joven heroico, ejemplo viviente para la juventud chilena, discurre a través de todo el relato. El libro Luis Cruz a la luz de la verdad es una obra desarrollada con admirable sencillez. Su lenguaje es terso, sincero, sin aliños superfluos. Existe en este libro tan bien madurado, el ritmo excelente y anima al lector para no descuidar ni una sílaba de su texto. Ese ritmo se produce sin alardes retóricos sino con extrema naturalidad. Es un feliz resultado, aunado con la suma de factores humanos que el escritor logra en sus protagonistas, no brotados de la fábula sino de la realidad vivida en nuestra tierra. Los acontecimientos que sobrevienen en sus amenas páginas, teniendo trascendencia indiscutida, aparecen sobriamente narrados, expuestos sin inútil dramatismo. La noble existencia del joven patriota la sentimos prolongada durante toda una centuria y la creo proyectada con larguísima vigencia en todo lo largo de nuestro país. Luis Cruz es el único chileno cuya personalidad adolescente, con tan escasos años de vida, la tenemos immortalizada ante la fervorosa admiración de propios y extraños en dos bellas figuras de bronce. La creada por Guillermo Córdoba, que decora la umbrosa alameda curicana, y la genial interpretación de Rebeca Matte Bello en la famosa alameda santiaguina, eje urbano de la capital, dispuesto por el libertador Bernardo O'Higgins.

Cuando aún era desconocida la filiación paterna de Luis Cruz, el tesón puesto por Márquez en incansable investigación culminó con la redacción del libro Luis Cruz a la luz de la verdad, le dio excelente resultado. Lo merecía para tal señor tal honor. Tanto el personaje como el autor del relato andan pariguales en ilustres ancestros. La extensa y selecta parentela del héroe curicano se ha hecho presente. El acontecimiento fue por vez primera difundido en el prestigioso diario La Prensa de Curicó. Las noticias comprobadas en la edición dominical del 11 de Julio de 1982, produjeron muy honda complacencia en millares de lectores. En el diario curicano se reprodujo el retrato que, ejecutado al óleo, se conserva de don Severo de la Cruz Vergara, padre del glorioso Subteniente Luis Cruz, caído con lauros inmortales en la bélica tragedia de La Concepción. Desde varios años conocía esta filiación el distinguido jurista don Luis Molina Wood, cofundador del Instituto de Investigaciones Genealógicas y autor de interesantes trabajos históricos.

ASCENDENCIA DE DON SEVERO DE LA CRUZ VERGARA, PADRE DE LUIS CRUZ MARTÍNEZ.

Retrocediendo en el tiempo, la ascendencia paterna de don Severo de la Cruz Vergara, padre del héroe Luis, procede del noble caballero don Juan de la Cruz, casado con doña Magdalena Bernadotte, el año 1699, avendados en la famosa Génova, patria de Cristóbal Colón. Allí nació su hijo don Juan de la Cruz Bernadotte, quien se enroló muy joven en las fuerzas que apoyaron a Felipe V. Asistió en Palermo a la coronación de Carlos III, reconocido soberano de Nápoles y Sicilia en el año 1734. Se trasladó al Nuevo Mundo en la escuadra española destinada a la defensa de Colonia del Sacramento, en el estuario del Río de la Plata, hoy Uruguay.

Cayó prisionero de los portugueses y logró fugarse. Ya en España se incorporó a la escuadra del Almirante José Alonso Pizarro, enviado en 1741 para combatir al Comodoro Lord Anson. Desde Buenos Aires acompañó al citado almirante en un viaje por tierra hasta Chile. Establecido en Talca, labró una

gran fortuna. Contrajo matrimonio con doña Silveria de Bahamonde Herrera y Ocampo, dama de alta prosapia, descendiente de nobles capitanes pobladores de Chile; contaba entre sus progenitores a los duques del Infantado. Tuvieron trece hijos, ellos son:

- Nicolás de la Cruz Bahamonde pasó a España y fue nombrado Conde Maule, se casó en Cádiz con doña Joaquina Jiménez de Velasco. Publicó en Madrid, el año 1806, Viaje de España, Francia e Italia, obra de catorce volúmenes; tradujo al español y editó por su cuenta en Madrid el célebre Compendio de la Historia Civil del Reino de Chile, escrita en toscano por el insigne maulino don Juan Ignacio de Molina González, benemérito primer sabio chileno; obtuvo la Cruz de la Orden Nobiliaria de Carlos III.
- Juan Manuel de la Cruz Bahamonde fue Ministro del Real Tribunal del Consulado y también Caballero de la orden citada, Alcalde de Santiago en 1807 y cofundador con su hermano Nicolás del Hospital de Talca. Se casó con doña Tomasa de Antúnez Silva y posteriormente con doña Dolores Muñoz de la Plaza.
- Anselmo de la Cruz Bahamonde, Ministro de Hacienda en el año 1819, casado con doña Isabel de Antúnez Silva.
- Vicente de la Cruz Bahamonde, fue un gran benefactor de Talca, su regidor perpetuo e Intendente de Maule, casado con doña Josefa de Burgos Fonseca.
- Mercedes y Bartolina de la Cruz Bahamonde, cónyuges sucesivas de don Juan Albano Pereira, regidor y hacendado de Talca. Cuando este último estaba casado con Bartolina de la Cruz Bahamondes, fueron los padrinos de bautizo del niño Bernardo O'Higgins; posteriormente don Juan Albano fue su tutor. Con ello, la familia se emparentaba con el entonces Intendente de Concepción, don Ambrosio O'Higgins.

Los primeros años de infancia de O'Higgins transcurrieron en la amplia casona colonial donde seguramente aprendió a leer, escribir y contar. Justamente, en esa casa, exactamente en Abril de 1788, cuando el menor tenía sólo cinco años, se produjo el único encuentro entre él y su padre, en momentos que Don Ambrosio se dirigía a Santiago a tomar el mando de la Capitanía General de Chile, como era lógico, pernoctó en la casa de su amigo y compadre Juan Albano. Allí tuvo conocimiento de la aplicación y conducta de su hijo Bernardo, lo que le impulsó a enviarlo al colegio de los Padres Franciscanos de Chillán. Más tarde el joven viajaría al Colegio del Príncipe, en el Perú, y a los catorce años se trasladaría a Londres a completar sus estudios en el Colegio de Richmond.

Fue precisamente en esta casona colonial de Talca donde se estableció la Junta Gubernativa, ocasión en que Bernardo O'Higgins, joven hacendado de Los Angeles, fue nombrado General en Jefe del Ejército,

*jurando a dicho cargo el 9 de Diciembre de 1813. Años más tarde, este mismo lugar se ocupó como Cuartel Directorial de Talca, lugar donde O'Higgins firmó el manuscrito borrador del acta de Independencia de Chile y el oficio de su aprobación, todo esto el 2 de Enero de 1818. Actualmente esta casona colonial alberga lo que hoy en día es el Museo O'Higiniano y de Bellas Artes de Talca.*¹⁵

- *Micaela de la Cruz Bahamonde, casada con el noble castellano don Manuel de la Concha Velarde.*
- *Rita de la Cruz Bahamonde a su vez contrajo nupcias con don Ángel García Prieto y posteriormente con don Eugenio Fernández de Burgos.*
- *Manuela de la Cruz Bahamonde, señora de don Juan de Echeverría.*
- *María de los Ángeles de la Cruz Bahamonde.*
- *Faustino de la Cruz Bahamonde, Capitán y Alférez Real de Talca, su regidor perpetuo por privilegio del monarca, esto en el año 1785, cónyuge de doña Mercedes Polloni Molina.*
- *Jacinto de la Cruz Bahamonde, monje del Patriarca San Agustín.*
- *Juan Esteban de la Cruz Bahamondes, progenitor del más insigne vástago del linaje. Nació en Talca. Contrajo matrimonio en 1773 con doña María Loreto de Antúnez, hija del Caballero portugués don José de Antúnez Oliveira y de doña Mercedes de Silva de la Vega y Huerta, cuyos claros abolengos y extensa cuanto ilustre parentela están analizados en la interesante obra La casa de Silva en Chile, publicada por el notable abogado y estadista don Jaime M. Silva (Santiago, 1981). Rindió notables servicios, siendo capitán ya en 1775, Comandante del Batallón de Milicias de Infantería. Regidor, Alcalde y Procurador de Talca. Calificado en el estado noble en 1786.*

De los ocho hijos nacidos del matrimonio de la Cruz de Antúnez, cuya prole es muy extensa, se cita aquí a don Diego Miguel de la Cruz de Antúnez, hacendado en Talca, esposo de doña Dolores Vergara Donoso, perteneciente a linajes que han dado servidores insignes a nuestro país, contando entre sus hijos al citado don Severo de la Cruz Vergara, casado con doña Elisa Bascañán Vargas. Don Severo es el padre del héroe curicano, y primo segundo del eminente político y diplomático don Carlos Antúnez González”.

La Nota Preliminar se encuentra respaldada por antecedentes veraces relacionados con la filiación paterna de Luis Cruz Martínez en las autorizadas obras de Amesti, Cuadra, Espejo, Medina, Opazo y los

15 Extracto “Museo O'Higiniano de Talca”, diario *El Mercurio*. Domingo 23 de febrero de 1986, Santiago.

hermanos Thayer Ojeda, beneméritos en la historiografía chilena. A los anteriores personajes nombrados, debemos agregar al jurista don Luis Molina Wood, cofundador del Instituto de Investigaciones Genealógicas, el que al mismo tiempo es autor de importantes trabajos históricos.

EN LOS RELATOS DE INÉS ADELAIDA MARTÍNEZ ALARCÓN SE DETECTA UN ESTADO DE RESENTIMIENTO IMPORTANTE HACIA DON SEVERO DE LA CRUZ.

“Me ha llamado mucho la atención una *Nota Preliminar* incluida en el libro titulado Luis Cruz a la luz de la verdad, del autor Edmundo Márquez Bretón”. En esta *Nota Preliminar*, don Juan Mujica, Miembro de Número de la Academia Chilena de la Historia escribe con mucho orgullo lo siguiente:

“Los centros de investigación histórica, podrían registrar una nueva cédula de auténtico carácter biogenográfico (como identidad del héroe Luis Cruz Martínez)”. Nótese que la autora de los apuntes inéditos con el título El héroe y su madre, prima del héroe, y respetando los anhelos del señor Mujica expresa lo siguiente:

“Muchas veces nos dejamos cegar por el viciado apetito de los apellidos rimbombantes, de alto linaje y grandes riquezas, o lo que es peor, de sangre azul o extranjera, menospreciando a nuestra raza. Casi siempre, estas aspiraciones no tardan en recibir la aleccionadora amonestación de Dios que quiso darnos un ejemplo enaltecedor de humildad. Él, siendo un Dios todopoderoso se hizo hombre semejante a nosotros, nació en un pesebre y murió desnudo clavado en una cruz, para que nuestro incurable orgullo no tuviese excusa alguna.

No pretendo en mi obra entregar al lector una lección de moral cristiana; sólo trato de dar a conocer que el héroe Luis Cruz Martínez, únicamente por todas sus grandes virtudes llegó a la cima del heroísmo.

Con suma humildad recibía siempre los consejos y amonestaciones de su abuela primero, luego las lecciones y castigos del rector en el liceo, por último la disciplina y las sanciones de sus jefes en el Ejército, así conquistó el aprecio y cariño de cuantos lo conocieron, así fue con sus superiores e iguales durante el corto tiempo que permaneció en este mundo.

Ningún honor rendiremos al héroe con la farsa del linaje o por medio de la existencia de un supuesto padre que Luis nunca conoció y menos recibió beneficio ni ternura alguna. Para Luis, su progenitor fue sólo una horrible pesadilla que tuvo que sufrir y al mismo tiempo soportar durante su corta vida.

La presencia de Luis inspiraba confianza y respeto, esto se reflejaba en su excelente comportamiento. Todas estas cualidades son un don especial de Dios. Esa misteriosa atracción de aquella época aún

se manifiesta en nuestros días, sobre todo en la juventud que siente la presencia del héroe en su diario vivir como un símbolo de bondad y patriotismo.

Dios dotó a Luis de una gran inteligencia, de una virtud extraordinaria, de una fuerza espiritual y física que no dice con el muchachito desnutrido y enclenque que de pequeño haya pasado necesidades como podrían pensar algunos. Tía Martina rodeó a su hijo de todo cuanto ella poseía, en su espíritu y su sangre, en su piedad y su carácter; de otro modo Luis no hubiese podido trepar donde llegó, pues para soportar los embates de la vida es preciso tener una alimentación sana y contundente. Luis lo demostró al enfrentarse a los rigores de la guerra practicando la disciplina militar más austera desde sus más tierna edad”.

EL CORONEL DEL CANTO DIRIGÍA LA CAMPAÑA DE LA SIERRA. EN SU AVANCE IBAN QUEDANDO GUARNICIONES CHILENAS.¹⁶

El ascenso coincidió con su permanencia indefinida en el Perú. El grueso del Ejército chileno se embarcó de regreso a la patria. Su misión había sido cumplida eficientemente. Sólo una parte de las fuerzas militares permanecieron en el Perú bajo las órdenes del Almirante Patricio Lynch, entre estos soldados se encontraba el Subteniente Movilizado Luis Cruz Martínez.

Físicamente Luis era ahora un joven bien desarrollado. Se advertía pertenecer a una familia de muy buena ascendencia. De tez blanca, facciones viriles, mirada inteligente y firme. Según el Coronel Anselmo Blanlot, en aquella época Luis Cruz tenía una “figura atrayente y distinguida”. Era ya un joven que iniciaba sus primeras escaramuzas de amor.

Ha sido tradicional la belleza de la mujer limeña. Los salones de la sociedad se abrieron para los oficiales chilenos. Nacieron romances entre ellos y las jóvenes peruanas, romances que en muchos casos culminaron ante el altar.

En aquella Lima del siglo decimonono –aún de acentuadas características coloniales– nació el primer amor del subteniente Cruz. La tradición no recogió el nombre de la limeña en cuya compañía recorrió las viejas calles llenas de leyendas. Más de alguna vez el crepúsculo debió sorprenderlo en dulce plática con su bienamada. Un balcón de hierro forjado fue el testigo silencioso de los juramentos de amor.

El hechizo de la ciudad de antigua tradición, y el marco romántico de la capital debió envolver en un halo de encanto el primer amor de Luis. Afanes, desvelos, agonías, la felicidad, en fin, que una pasión trae consigo, lo experimentó el corazón del adolescente.

16 MÁRQUEZ BRETÓN, Edmundo. *Luis Cruz a la luz de la verdad*, Imprenta Adeza Ltda. pp. 52-55.

Largos meses transcurrieron en conversaciones de paz entre Chile y Perú con la intervención de Estados Unidos de América. Desgraciadamente ningún objetivo se logró. Entretanto Piérola había huido al interior del país para sublevar a los indios residentes en la sierra. En el mismo intento le secundó el Coronel Andrés Avelino Cáceres. Como era de suponer se les unieron otros oficiales peruanos con los que levantó en armas a los nativos. A éstos se agregaron algunos destacamentos pertenecientes al Ejército peruano, los que habían huido después de las sangrientas Batallas de Chorrillos y Miraflores. De este modo se formaron fuertes bandas que hostilizaban a las tropas chilenas acantonadas en la zona de la sierra.

Durante la permanencia de Luis Cruz Martínez en Lima redacta una hermosa carta dirigida a su madre (abuela) Martina Martínez de Franco, fechada en Enero de 1882. Esta carta fue exhibida en la Universidad de Concepción.¹⁷

La exhibición fue inaugurada por el Presidente de la República Augusto Pinochet Ugarte, el trabajo de montaje lo realizaron los docentes del Departamento de Historia y Antropología con la cooperación del personal de la Biblioteca Central de esa universidad penquista. En ella se presentaron cuatro aspectos fundamentales de la Guerra del Pacífico: bibliografía, iconografía, piezas de museo, entre éstas armas y uniformes de la época, incluyendo una maqueta del poblado de La Concepción que mostraba el desarrollo del combate librado los días 9 y 10 de Julio de 1882.

En la presentación realizada por la Universidad de Concepción se destacaba un importante documento, el cual hasta ese momento era inédito. El documento corresponde a una carta manuscrita fechada en Lima, el mes de Enero de 1882, redactada por el Subteniente Luis Cruz Martínez, la comunicación está dirigida a su madre (abuela) Martina Martínez de Franco. Esta carta, con un alto valor histórico, se encontraba al interior de una urna de cristal. A continuación se acompaña una transcripción fidedigna de la carta original:

Lima, Enero de 1882.

Señora Martina Martínez de Franco

Querida madre:

Le escribo la siguiente con el corazón henchido de entusiasmo, a la par que de dolor; si me preguntáis cuáles son los motivos i yo os responderé: madre hoi hace un año, un año que se libraron las grandes Batallas de Chorrillos, San Juan i Miraflores, las más grandes batallas que se han visto desde que existe América. Estos días siempre serán para mí días de gloria i a la par de dolor. Os voy a dar un pequeño bosquejo de ellas.

17 Documento exhibido en la Universidad de Concepción en Julio de 1992, fecha del Centenario del Combate de La Concepción.

El día 12 de Enero de 1881, al amanecer, abandonamos nuestro campamento en Pachacamac, para dirigirnos a Lurín a juntarnos con los demás cuerpos del Ejército. Llegamos a Lurín como a las doce del día i acampamos junto al Victoria. Estábamos acampados ahí i me llegan tres cartas: una suya, del 21 de Diciembre del año 1881, en la que me hablaba sobre el combate (no podía llegar más a propósito); la otra carta era de un amigo (en ésta no encontré nada), i la última de una persona que no nombro, la cual también me hizo derramar algunas lágrimas.¹⁸

Supóngase Ud. acampados, acomodándonos para el viaje: la marcha a las 6 de la tarde, el combate al amanecer, ¿podrían llegarme más a propósito las cartas? Yo pensaba i decía: quizás sean las últimas que lea i esto me enternecía mucho; a las 5 de la tarde se da la orden de marcha a todo el Ejército: ¡Qué espectáculo tan solemne era aquél! Ver a 23.500 hombres con el fusil al brazo, el cinturón i la canana a la cintura, el rollo a la espalda, la caramayola i el morral a los costados, marchar airoso i resueltos, como quien va a un festín, al combate; esos hombres no pensaban si verían el día de mañana. ¡Cuántos de ellos no quedaron tendidos en el campo de batalla! En mi vida había visto espectáculo tan solemne, aquello era un laberinto; al principio, los cuerpos salían de los campamentos a tomar colocación en sus respectivas brigadas i divisiones, i luego después la marcha. Yo estaba situado en el puente de Lurín, el famoso puente 'Buin', del tiempo de Bulnes, por el cual desfiló casi todo el Ejército, era aquello solemne, grandioso, a cada grito de ¡Viva Chile!, se me erizaban los cabellos i me latía con fuerza el corazón, era aquello conmovedor.

Los soldados marchaban como si fueran a un convite, a una fiesta, con la sonrisa en los labios, andaban un paso i vivaban a Chile.

Ver a la caballería i artillería daba orgullo, esos caballos parecían que conocían la solemnidad del momento, porque se erguían majestuosos i sus jinetes con la carabina al gancho i el barboquejo a la barba se parecían a esos coraceros franceses como los pinta Víctor Hugo en 'Los Miserables'; la artillería, compuesta de 110 cañones, todos Krupp, abarcaban una extensión como de legua, i esos caballos tan lindos daba gusto verlos pasar el puente a toda carrera con las piezas de campaña; en fin, no he visto nunca un espectáculo tan grandioso i al mismo tiempo tan conmovedor. Anduvimos toda la noche i al amanecer nos encontrábamos como a tres mil metros del enemigo; esto acontecía con la segunda división, en la tercera sucedía otra cosa, ésta venía como a cinco mil metros; la primera división rompió el fuego a las 4 de la mañana. El orden del combate era el siguiente: La primera división debía atacar la parte que correspondía a Chorrillos, en esa parte se encuentran el morro Solar, el salto del Fraile i los caseríos de la hacienda de Villa. La segunda división debía atacar el ala izquierda enemiga que cubría a todo San Juan; la tercera división no debía entrar en pelea sino

18 "...i la última de una persona que no nombro, la cual también me hizo derramar algunas lágrimas". Es muy posible que la última carta a la cual se refiere Luis corresponda a una comunicación enviada por su madre Clodomira de la Merced Franco Martínez.

proteger, en caso de apuro a cualquiera división o brigada. En este orden se principió el combate. La primera división atacó antes que la segunda, porque ésta se extravió del camino i llegó después. No hai cosa más terrible que una batalla. Ver que al lado de uno cae un hermano, un amigo i no poder quedarse al lado de él para auxiliarlo, esto es mui triste.

Estas reflexiones las hace una persona sensata; pero, nuestros rotos, qué van a pensar en amigos, en matar no más piensan. No creía yo que tuviéramos hombres como nuestros rotos, no me lo imaginaba, es cosa grande ver al soldado chileno en una batalla, se transforma completamente, ya no es el amigo, no es el hombre natural, no es el león, el tigre, qué sé yo con qué compararlos, es una hiena sedienta de sangre, todo lo devora, su gusto es matar cholos, saciar su venganza. Habría sido imposible que nos hubieran vencido; con soldados como los nuestros podemos competir con cualquier nación americana, excepto los Estados Unidos de América, no por sus soldados, sino por la cifra de su población. Era grande el espectáculo, tronando el cañón i el fuego de la infantería era un redoble continuo. La artillería no se entendía, parecía que con las manos ponían las bombas i granadas encima de los cerros. La parte en la cual se resistieron más fue en el morro Solar; pero había razón, supóngase usted un cerro el doble más alto que el que hai en esa,¹⁹ de piedra i mucha pendiente, coronado de artillerías i ametralladoras, había un foso que tendría de largo como cuatro cuadas, en contorno un magnífico reducto, trincheras i cuanto diablo hai de defensa. Lo atacaban el Melipilla, Colchagua i Talca; poco después llegó el Cuarto, el Segundo, el Chacabuco i otros cuerpos del Ejército. Los tres primeros cuerpos principiaron el ataque a las 5 a.m. i nada conseguían; llegaban a la mitad o más allá del cerro i los cholos los hacían volver. Para mayor apuro se les concluyeron las municiones; tienen que volver atrás para buscarlas, esto era supremo; pero, sin embargo, de esto no se acordaban, al contrario, con más ardor volvían a la pelea.

A las 2.10 p.m. han venido a conseguir tomarse completamente el morro Solar.

En San Juan sucedía otro tanto, el Buin que nunca se había encontrado entero en ningún combate, aquí se lució, por donde pasó el Buin parecía que había pasado una máquina segadora, la que, en lugar de segar espigas, segaba cabezas humanas; era horrible i grandioso aquello. Pero lo que hubo de grande en San Juan fue la carga de los Granaderos. El cerro que atacaba el Curicó estaba lleno de artillería i había mucha gente; pero la artillería nuestra poco a poco iba disminuyendo a ambas. El Curicó peleó en toda regla, pocos son los cuerpos que pelearon de esa manera, todo el regimiento desplegado en guerrilla, en columnas por compañías. Los curicanos avanzaban ligeritos i luego se encontraban en la cima del cerro, lugar donde cayó herido el Coronel Cortéz. Los cholos habían arrancado i se habían atrincherado al pie del cerro, en unas tapias que allí había; aquí las iban a pagar a nueve los curicanos; al bajar el cerrito, los cholos les tiraban a puntería fija i nos hacían

19 Cuando de refiere: "...a un cerro el doble más alto que hai en esa", hace referencia al cerro Buena Vista que se encuentra en la ciudad de Curicó. Actualmente se denomina Condell.

tremendas bajas. En esto llegan los Granaderos con el Comandante Yávar por el flanco derecho de nosotros, dieron vuelta al cerro i volvieron por el otro lado; todos los peruanos se encontraban en un potrero como de cuatro cuadras o cinco, los Granaderos no encontraban por dónde pasar, pero a caballos rompieron la muralla i entraron, entonces fue cuando el Comandante Yávar dio la siguiente voz de mando: "Granaderos, carabinas al gancho, poncho a la cintura, saquen el sable, el gran galope, carguen". Aquello fue una verdadera carnicería; la victoria fue completa: 'Viva Chile'.

Querida madre, dentro de poco os seguiré narrando otros combates, si es que antes Dios no exige mi holocausto por mi patria; entre tanto en vuestras plegarias, no os olvidéis de vuestro hijo que os recuerda de continuo.

Luis Cruz Martínez.

ROSALINA MUZZIO, EL GRAN AMOR DEL SUBTENIENTE LUIS CRUZ MARTÍNEZ

La oscuridad del anochecer comenzaba a acentuarse dentro del cuartel chileno en el poblado de La Concepción y Carrera Pinto reparó en ello cuando las letras de los partes que estaba revisando se le hicieron poco visibles. Alzando la cabeza, llamó a su ordenanza, el Soldado Lorenzo Aceitón.

— Échele parafina a la lámpara —le ordenó, pero el oficial se extrañó al observar que el soldado no se movía de su sitio.

— Se acabó, mi Teniente —le dijo Aceitón—. Anoche le eché las últimas gotas.

— Pues vaya a conseguir más. ¿Cómo vamos a pasar la noche a oscuras?

El soldado se quedó sobándose el mentón, como si tuviera que resolver en su mente un problema muy complicado, el que luego fue exponiendo como si hablara consigo mismo:

— El almacén del bachicha Muzzio está cerrado; y mi Sargento Clodomiro Rosas me ha dicho que en este pueblo no le abren a nadie después que ha oscurecido, aunque sea el Santo Padre. ¿Pero, sabe usted?: se me ocurre que si va al almacén mi Subteniente Cruz Martínez, es muy posible que lo atiendan muy a gusto.

— ¿Por qué tendrían que abrir el almacén especialmente para atender a Cruz Martínez? —quiso saber el Teniente Carrera Pinto, intrigado por la curiosidad.

El Soldado Aceitón lanzó una risa fingida, que en el fondo mostraba ser algo maliciosa y le reveló en tono confidencial:

- Esta tarde lo encontré platicando con la hija del italiano y parecían ser muy amigos. ¿Me entiende, mi Teniente?

Carrera Pinto hizo un esfuerzo para no sonreír, tratando de mantener la compostura, pero al mismo tiempo le ordenó al soldado:

- Bien, dígale al Subteniente Cruz Martínez que vaya por la parafina.

Al mismo tiempo que el ordenanza salía a cumplir su misión, el oficial abandonó el edificio de la Comandancia y se encaminó al corredor que contorneaba el patio de la casa parroquial. Estaba apoyado en uno de los horcones, contemplando el perfil de los cerros tenuemente delineados por la luz de las estrellas, cuando llegó a su lado el Subteniente Arturo Pérez Canto.

- Linda noche, ¿no le parece, mi Teniente? –le observó éste—. Menos mal que no hay luna; esto siempre me pone un poco melancólico.
- A mí me gusta –dijo Carrera Pinto, sonriendo suavemente. Crucé muchas veces la cordillera arreando ganado a la luz de la luna.

La curiosa revelación que contenían sus palabras despertó el interés de su subalterno, quien se quedó observándolo atentamente y, luego de cierta vacilación, le expresó:

- Me parece haberle oído contar alguna vez que usted era empleado de la Intendencia de Santiago antes de la guerra, mi Teniente. Carrera Pinto lo aprobó con un murmullo que salió de entre sus labios, y dejándose llevar por el ambiente íntimo en que los envolvía la penumbra, comenzó a narrarle un trozo de su vida. En efecto, cuando estalló la guerra era empleado de la Intendencia, pero antes, hasta 1871, había tenido negocios de compra y venta de ganado que traía desde la Argentina. Le parecía muy extraño a todo el mundo que siendo un descendiente de la familia Carrera, se ganara la vida de aquel modo. Pero la verdad estribaba en que la fortuna de sus familiares no alcanzó a llegar a sus manos. Su padre, don José Miguel Carrera Fontecilla, murió cuando él tenía doce años y su hermano Manuel, apenas diez. Los bienes de los Carrera se habían diseminado en muchas manos y ambos jóvenes tuvieron que ponerse a trabajar apenas dejaron de ser adolescentes. Ignacio lo hizo comerciando con ganado. Pero un día que regresaba de la Argentina sufrió una caída del caballo y se vio obligado a buscar otra actividad más tranquila. Fue entonces cuando un amigo de su familia lo recomendó para trabajar en la Intendencia de Santiago. Él no estaba hecho para la vida detrás de un escritorio y pronto volvió a dedicarse a labores del campo. Se hallaba trabajando en el fundo de unos conocidos cuando estalló la guerra y de inmediato se enroló en el Batallón Carampangue, en cuyas filas hizo las primeras campañas, hasta la posesión de Tacna. Dicho Batallón, posterior-

mente pasó a integrar el Ejército regular bajo el título de 7.º de Línea. Después de la Batalla del Campo de la Alianza, Carrera Pinto fue transferido al Regimiento Chacabuco. Resulta en cierto modo emocionante estar bajo las órdenes de un Carrera —reflexionó Pérez Canto, después de escuchar el relato de su jefe—. Lo hemos conversado varias veces con el Subteniente Cruz Martínez. Usted sabe que Lucho es un chacotero, y tiene ideas particulares sobre usted; a veces suele llamarlo “don José Miguel” o mi “General Carrera”.

El Teniente lanzó una breve carcajada. Se sentía muy honrado que lo comparasen con su glorioso abuelo, el prócer de la Independencia de Chile.

- ¡Cómo quisiera poseer el temple de don José Miguel! —exclamó casi para sí mismo y Pérez Canto se apresuró a acotarle:
- Ya tendrá ocasión de probarlo, mi Teniente.
- Si se presenta esa oportunidad, todos seremos iguales —razonó simplemente Carrera Pinto—. El único temple de que podremos hacer gala será el del pueblo chileno, nada más.
- Eso es lo que le digo frecuentemente a Luis Cruz Martínez; pero no hay forma de hacérselo entender —expresó el Subteniente Pérez Canto; y agregó algo que llamó la atención de su superior—: Tiene un antiguo problema familiar que lo hace sentirse inferior a los demás. Es un muchacho raro, en ocasiones, de una timidez enfermiza y, en otras, de una audacia increíble.
- ¿Y eso por qué...? —quiso saber Carrera Pinto.
- Entiendo que es por su situación familiar —le aclaró Pérez Canto, con cierta vacilación—. Un compañero que lo conoció cuando ambos se alistaron en el Batallón Cívico Curicó, nos reveló que Luis Cruz Martínez es hijo de padres desconocidos y que fue adoptado por una señora de Molina llamada doña Martina Martínez de Franco. Luis estaba recién nacido y todo lo que ha alcanzado en la vida se lo debe a su madre adoptiva. Cuando se alistó en el Ejército, iniciaba el tercer año de humanidades en el Liceo de Hombres de Curicó.

A medida que Pérez Canto iba exponiéndole el asunto, el Teniente Carrera Pinto arrugaba más y más el entrecejo y, de pronto, lo interrumpió:

- De la situación del Subteniente Cruz Martínez no debe volver a hablarse, ¿me entiende usted? —dijo con cierta seriedad—. Para nosotros, el muchacho debe ser considerado un oficial tan digno como cualquier otro. Eso es todo. Vaya a ver qué pasó con él. Fue a buscar parafina al almacén del señor Muzzio.

*YO VIVO EN ESTE MUNDO MANCHADO DE HORROR SÓLO PORQUE EXISTES TÚ, MI BUENA Y HERMOSA ROSALINA.*²⁰

Ahora, para el Subteniente Cruz Martínez no era lo más importante el obtener combustible. Valiéndose de esta misión tenía la oportunidad de contactarse fácilmente con la hija del italiano Muzzio, dueño del almacén y el hotel. En el poblado de La Concepción se sabía que sólo a Luis le era posible que su amiga del alma Rosalina le abriese el negocio y le llenara de combustible la gorda vasija de greda que él llevaba consigo. Unos segundos después de depositar el envase lleno de parafina en el suelo, inició como otras veces un delicado coloquio con su amada Rosalina. Ambos estaban amparados por una penumbra que reinaba en el marco de la puerta a la entrada del edificio. Era una pareja de estudiantes, por la baja estatura del subteniente como la menuda y delicada figura de Rosalina Muzzio. El joven vestía un raído uniforme de veterano de guerra y la muchacha mostraba en su rostro aceitinado una madura expresión de seriedad.

- Rosalina, creí que no iba a verla nunca más —le dijo Luis—. Nuestro Ejército iba destinado al sur, ¿cómo iba a imaginar que tendríamos que regresar al norte, a este pueblo? Ya sé que no es bueno lo que voy a decir, pero no sospecha usted qué inmensa alegría me proporciona este traslado a La Concepción.
- Yo también pensé que no volveríamos a encontrarnos Luis, y, aunque me sea doloroso declararlo, estaba aliviada de esta situación —repuso la señorita Rosalina Muzzio.
- ¿Entonces, no deseaba usted que vol-viera? —preguntó con tristeza el joven oficial, pero al mismo tiempo ella agachó la cabeza, tratando de ocultar sus ojos.
- Por favor Luis, no me haga confesar cosas que me han atormentado durante las semanas que corrieron desde que se marchó —le habló Rosalina en un susurro—. Digo aliviada y es la verdad.

Pensaba que, al irse usted hacia el sur, se alejaba del peligro que encierra su permanencia en este poblado, y al mismo tiempo yo no tendría que resolver el dilema de... ¡Oh Luis, compéndame! Mi padre y mi tía son italianos, pero yo soy peruana, nací aquí, en La Concepción.

- ¿Y eso qué tiene que ver? —le replicó el subteniente, con una leve sonrisa—, y en un ademán impulsivo la tomó de los hombros exclamando: ¡Rosalina, mi peruanita linda, yo le prometo...!

20 Coloquio amoroso entre Luis Cruz y Rosalina Muzzio, dedicado con todo respeto y cariño al héroe. Texto novelado por el autor de este artículo, basado en un Informe Oficial escrito por el Coronel Estanislao del Canto, relacionado con el Combate de La Concepción. Se acompaña más adelante el respectivo informe.

La jovencita no lo dejó concluir. Con una de sus manos le cubrió la boca y moviendo la cabeza con un sentimiento de dolor le expresó:

- No, Luis, no diga cosas que no se pueden cumplir. Nuestro amor es algo imposible. Hasta mi padre, que, repito, es italiano, pero que ha vivido cuarenta años en esta región, está dispuesto a defender con su vida esta tierra peruana.
- Lo comprendo, Rosalina —manifestó Luis, aunque en verdad no encajaba bien en el pensamiento de la muchacha—. Pero la guerra es asunto de hombres. Nosotros no venimos a combatir contra las mujeres. Además, aunque soy muy joven, pienso que en el amor no existen fronteras y éste tiene sólo una bandera, la del cariño que existe entre dos seres que se aman infinitamente.
- A veces, yo también me digo lo mismo —musitó tristemente ella—. Pero, ¿qué somos las mujeres en medio de este torbellino? ¡Nada! No se nos consulta; simplemente se nos protege, se nos encierra, como si fuéramos la presa principal que el enemigo viene a conquistar.
- ¿El enemigo...? —Luis retrocedió medio paso para observarla mejor. Se sentía herido—. ¿Me juzga usted su enemigo, Rosalina?
- ¿Cómo puedes hablar así? Tú sabes que vivo en este mundo manchado de horror sólo porque existes tú, mi buena y hermosa niña. Tú sabes que sería capaz de todo por tener la gloria de llevarte algún día al altar de Dios. Ardiendo está ahora el santuario por el fuego de la guerra; pero tú, ante él, eres como una bella flor que permanece siempre indemne perfumando las ruinas.

Absorta, la joven seguía escuchando con atención lo que decía Luis:

- Noche a noche sueño contigo. Me imagino en un campo como el de mi tierra, allá en Curicó, donde se cultivan las amapolas, las rosas y los crepúsculos recordarán la sangre entre el oro del trigo, amándote como jamás joven alguno podría hacerlo. ¿Comprendes Rosalina...?
- Oh, sí.
- Y otros sueños. En todos tú, ante todo Dios. Dios en tus palabras, en tus caricias... Bésame, Rosalina, bésame una sola vez, si no lo haces mi corazón puede fácilmente romperse.

Un beso, más grande que una promesa, ardió como la zarza de la Biblia entre las frondas amigas de una bella enredadera de flores que se encontraba entrelazada en el portal de entrada a la casa de Rosalina.

Ya sobre la primera oscuridad de la noche naciente, se espolvoreaba sutilmente la luz de oro lacteada que llegaba desde todas las estrellas del cielo.

El coloquio entre los dos jóvenes continuaba sin cambio; eran las mismas frases, las mismas promesas, eso sí, que hiladas en forma de poemas por el enamorado Luis.

De pronto, como una espiga punzadora, se clavó en la sensibilidad de la bella joven Rosalina una terrible interrogante.

— ¿Y si no termina pronto esta cruel guerra?

— Si continuara el conflicto... Si no se pone fin a esta lucha...

El joven Luis titubeó algunos segundos, no supo qué decir; el solo pensamiento de la guerra lo sacudía de inquietud, de terror; era como una ventisca helada, como un signo de tempestad que le arrancara con violencia sus sentimientos desde el corazón.

Siguió un silencio angustioso; un silencio oscuro; era como si la noche se hubiera introducido con todo su misterio en la duda que se acrecentaba hasta desfigurar el rostro de la linda muchacha. “Si la guerra no termina pronto”.

— ¿Y si la terrible guerra continuara aquí en la sierra? —volvió a preguntarle ella.

— Mi Patria me obliga a defenderla bajo el tricolor de la bandera. Estoy obligado a luchar hasta la muerte contra tus hermanos peruanos, pero no contra ti. ¿Me comprendes Rosalina?

Ella dijo como en un eco:

— Dicen que el verdadero amor es más fuerte que el odio.

— ¡Oh, sí! Yo, terminada esta campaña, si no muero en la lucha, te prometo que volveré por ti. ¿Tienes alguna duda de esto?

— No era eso lo que yo pensaba...

— ¿Qué pensabas? ¿Qué imaginabas? —preguntó Luis.

— Nada.

Ella sonreía tristemente, pero al mismo tiempo le empezaban a brotar algunas lágrimas, las que en el corto tiempo fueron aumentando hasta forjar un leve llanto.

— ¿Lloras?

— No, no soy yo quien llora, es mi cuerpo que no puede resistir el dolor. Yo comprendo perfectamente que tú debes cumplir con tu deber de soldado.

— ¿Me das la razón? Gracias.

— Te la doy a ti porque no puedo dársela al amor.

— Otra vez los enigmas; habla con franqueza —dijo Luis.

— Yo creo que tú me entiendes —murmuró Rosalina.

— No, no te comprendo.

— Yo no sé de política —dijo Rosalina—, pero creo que la causa de la Patria es justa, porque los mejores hombres han dado su sangre y cuanto tenían por ella. Ellos combaten por una causa justa, por la sagrada Patria; pero como tú parece no entender otras razones que pesan con mucha mayor fuerza como son las del amor, creo que estaría demás continuar platicando. Sigue tu destino y no vuelvas a pensar nuevamente en mí.

— Pero, ¿qué insinúas que haga? ¡Dilo!, ¡Dilo, por Dios! Yo no quiero perderte.

— ¿Y tú crees que yo lo deseo? No me conoces muy bien.

— Pero pone a la vista tus ideas.

— Me dijiste que por llevarme al altar de Dios harías cualquier cosa.

— Sí —respondió Luis.

— Bien, no sigas combatiendo, no más guerra.

— ¿Cómo? Sería un desertor, un cobarde.

— ¿Tú lo crees así? Muy bien.

- Pero, me desconciertas por completo ahora Rosalina.
- No te pido que sigas combatiendo bajo la bandera justiciera de la patria; solamente te insinúo que desistas; ya has peleado bastante. ¿No te basta haber combatido en la quebrada del Manzano, Portezuelo, además de las Batallas de Chorrillos y Miraflores?, ahora en la sierra, busca un pretexto... Lo encontrarás, sin duda. Absteniéndote de ir a la guerra, no se confundirá nuestra sangre en la misma guerra. ¿Me comprendes Luis?
- ¡Sí, sí! Trataré, si se presenta la oportunidad de complacerte.
- ¡Gracias! ¡Gracias! —dice Rosalina— con una suprema emoción, con una voz luminosa de felicidad y de esperanza. De sus labios anaranjados se desprenden, como de un cáliz divino, los besos poseídos de pasión, como el vino de amor, o el vino del sueño, más aún con el vino de toda una eternidad.

En ese instante, antes en que la jovencita continuara hablando, se oyó en el interior del almacén la voz de un hombre que la llamaba con autoridad.

- ¡Es mi padre! —exclamó la muchacha nerviosamente—. ¡Sería terrible que nos sorprendiera! ¡Váyase, Luis, márchese antes de que lo descubran!

Rosalina intentó introducirse por la puerta entreabierta, pero el subteniente la retuvo con suavidad por un brazo y le repitió su pregunta, con manifiesta ansiedad:

- Dígame la verdad. ¿Me juzga usted su enemigo?

Rosalina volvió rápidamente la cabeza y se inclinó hacia él, musitándole con cierta inquietud:

- ¡No, Luis, por cierto que no! Adiós, amor mío —y entró precipitadamente en su residencia, cerrando la puerta. Pero al momento volvió a abrirla lo suficiente como para asomar por la juntura una fracción de su rostro, y también revelarle con ansiedad—. Avise a sus compañeros. Este pueblo va a ser asaltado el domingo. Adiós.

Luis se quedó en la vereda, paralizado por la impresión. Luego, sintiendo desde el interior del almacén la voz del padre de la joven, recogió el cántaro con parafina para luego dirigirse a toda prisa al cuartel. Durante el camino logró sobreponerse del temor repentino que le había provocado la revelación de Rosalina, y entró a la casa parroquial con paso mesurado para no alarmar a sus compañeros.

¡RÍNDASE OFICIAL, Y SU VIDA SERÁ RESPETADA! ¡RÍNDANSE USTEDES CHOLOS DE...! FUE LA VIOLENTA RESPUESTA DEL OFICIAL CHILENO.

En la mañana del segundo día de combate, entre las ruinas del cuartel sólo quedaban con vida el Subteniente Luis Cruz, cuatro soldados, tres mujeres y dos niños. Las municiones se habían agotado. Pero aún flameaba maltrecha la bandera de Chile; estaba herida de muerte como sus defensores, mas no había sido arriada.

¿Qué pensamientos cruzaron por la mente de Luis Cruz en los últimos minutos de su existencia que el destino le otorgaba? Su naturaleza joven le reclamaba no terminar con su vida tan pronto. Luis amaba y se sabía amado por Rosalina, una hermosa niña del poblado de La Concepción. ¿Qué mejor incentivo podría tener Luis para seguir viviendo? Después de una defensa heroica podría rendirse con honores militares. Tendría la oportunidad de volver a su tierra natal junto a su abuela, podría reiniciar los estudios en el Liceo de Curicó. Más tarde ingresaría a la universidad; sería un profesional destacado, un hombre de importancia. Sin embargo, por encima de todo esto, había una tradición de honor que respetar, un deber militar que cumplir. Tendría que seguir la huella del sacrificio entregada por los tres valiente oficiales que le habían precedido durante el largo combate.

El Subteniente Cruz Martínez se había hecho conocido en el poblado de La Concepción por su idilio con Rosalina Muzzio, y debido a esto, desde las filas peruanas –frente al cuartel– llegaron algunas voces insinuantes.

— ¡Ríndase Luis!, ya ha luchado bastante.

Pero la respuesta viril del subteniente no se hizo esperar:

— ¡Jamás! Un chileno no se rinde fácilmente.

Después de dos años de permanencia en el Ejército se había empapado de su espíritu; sabía por experiencia que en el Código de Honor de las Fuerzas Armadas de Chile no estaba registrado el vocablo rendición, y menos ahora en La Concepción.

Nuevamente llegaron a sus oídos voces disuasivas:

— ¡Ríndase oficial, y su vida será respetada!

— ¡Ríndanse ustedes, cholos de...! –fue la violenta respuesta del oficial chileno.

Para obtener su rendición se pretendió conmover sus más íntimos sentimientos de un hombre enamorado. Alguien hizo acudir en ese momento a Rosalina Muzzio acompañada de su tía Giovanna Muzzio. El

oficial y la dama se miraron hondamente. Luis se veía con muestras evidentes de un terrible agotamiento, el uniforme estaba estropeado a causa del combate y su cabellera revuelta como un remolino; sin embargo mostraba decisión en su mirada. El rostro de Luis irradiaba una viva expresión de agresiva fortaleza.

— ¡Ríndase, Luis! —exclamó Rosalina con una dulce voz entrecortada—. Ya ha resistido bastante.

— ¡Señoras, los chilenos no se rinden!

Luis Cruz más los cuatro soldados que quedaban abandonaron el portal de entrada al cuartel. Ellos eran Manuel Riveros, Bonifacio Lagos, Manuel Jesús Muñoz y Estanislao Rosales. Estaban decididos a enfrentar por última vez a sus enemigos.

Un oficial peruano —el Comandante Lagos— al contemplar al oficial chileno, sintió un íntimo estremecimiento. Luis Cruz guardaba un extraordinario parecido con su propio hijo. Tenía la misma edad, idéntico porte y similares facciones. Las entrañas paternas del oficial peruano se habían conmovido en ese terrible instante.

— ¡Subteniente de la Cruz, ríndase! —gritó con acento afectuoso—. Yo respondo por su vida.

— ¡Jamás! ¡Los chilenos nunca se han rendido!

— Finalmente, en un desafío suicida, el oficial, blandiendo el sable, y el pequeño grupo de soldados cargando a la bayoneta arremetió contra el muro de soldados peruanos. Los fusiles y lanzas enemigas acabaron con aquellas vidas que en ese mismo instante treparon al carro de la gloria. Luis era un joven que vivía su primavera idealista.²¹

INFORMES ESCRITOS POR EL CORONEL ESTANISLAO DEL CANTO RELACIONADOS CON EL COMBATE DE LA CONCEPCIÓN.

“La división entró en La Concepción como a las 5 p.m., estando ya ocupada esa plaza desde momentos antes por el Chacabuco 6º de Línea, que había llegado cuando sólo hacía poco más de una hora de concluido el combate con el exterminio completo de la compañía que allí sucumbió. El aspecto que presentaba el cuartel era lúgubre i mui conmovedor, porque sólo quedaban montones de cadáveres de ambos combatientes, i el hacinamiento humeante aún de los escombros del cuartel que había sido consumido por el fuego.

21 De acuerdo a los antecedentes que se han expuesto anteriormente en este artículo, y considerando que la fecha de nacimiento de Luis Cruz es el 5 de Julio de 1866, y el de su heroica muerte el 10 de Julio de 1882, es posible concluir que la edad del héroe al momento de entregar su vida era 16 años y 5 días.

Se comprende la precipitación con que el enemigo debe haber emprendido la fuga, ya que no tuvo tiempo para apoderarse de la bandera que flameaba aún en la puerta del cuartel, i que viéndola yo desde la casa en que me desmonté del caballo, ordené a mis ayudantes Bisvinger i Larenas que me la fueran a traer, lo que se ejecutó poniéndole con lápiz rojo la fecha del día en la estrella de la bandera i la firmó Bisvinger.

Yo llegué a la casa de don Luis M. Duarte situada en la misma plaza donde estaba el cuartel i en el lugar en que acostumbraba a alojar. Esta casa, como todas las de la población, estaba desierta, sus habitantes habían huido en todas direcciones refugiándose en el Convento de Ocopa que distaba más o menos una legua.

Ordené que como el cuartel estaba colindante con la Iglesia, se hiciese dentro de ella una fosa conveniente para enterrar a los oficiales i la tropa que cumpliesen i en seguida que se le pegase fuego a la iglesia para que los escombros de ella salvaguardasen la profanación de sus cadáveres, todo lo cual se ejecutó anunciándoselo al comandante Pinto Agüero, que había ordenado sacar los corazones de los cuatro oficiales i ponerlos dentro de los respectivos frascos en alcohol para traer un recuerdo de esos héroes.

Seguimos la marcha al día siguiente a las ocho de la mañana, no sin ordenar antes al capitán de bagajes don Feliciano Encina i otros agentes, que una vez salido el Ejército me encendiesen fuego por los cuatro lados a la población para dar un castigo realmente ejemplar por los actos de verdadero salvajismo que habían cometido, pues, repito, que hasta este momento en que escribo me da enfriamiento de cuerpo i temblores de nervios al recordar los hechos brutales ejecutados con los cadáveres de los chilenos allí sacrificados.

En la casa del señor Duarte, en donde yo estuve en el pueblo de Concepción me refirió un sirviente de nacionalidad española, i que era el único habitante que cuidaba la casa, que el combate había empezado a las 2 de la tarde del día 9 por dos batallones perfectamente armados, que arriaban a más de 2.000 indígenas para obligarlos a atacar el cuartel. La tropa se defendía heroicamente disparando sus armas con mucha calma, i había veces que una misma bala tendía a dos o tres individuos. Durante la noche no cesaron de atacar el cuartel, tomando posesión de la torre de la iglesia, desde donde la tropa enemiga con los rifles hacían a los chilenos gran número de bajas. Vino el día 10, i tan pronto aclaró, i como no podían penetrar al cuartel, le prendieron fuego por dos partes, con la ayuda de estopas encendidas i parafina que eran lanzadas desde la misma torre de la iglesia, con lo que se consiguió realmente que el fuego consumiese completamente el edificio del cuartel.

Como a las nueve de la mañana del día 10 de Julio no quedaban sino el Subteniente de la Cruz i cuatro soldados que defendieron la entrada al recinto del ya quemado cuartel. Se notó a esa hora que ya habían agotado sus municiones, porque no hacían ningún disparo, i entonces algunas voces peruanas que conocían perfectamente al oficial, le gritaban: "¡Subteniente de la Cruz: ríndase hijito.

No tiene para qué morir!'. A lo cual él les contestaba: '¡Los chilenos no se rinden jamás!'. I volviéndose a su tropa le preguntaba: '¿Es verdad, muchachos?'. Los soldados contestaban afirmativamente i entonces el oficial les ordenó calar la bayoneta i se fueron furiosos contra las masas indígenas. De suerte, pues, que ya fatigados tuvieron que rendir su vida, quedando algunos clavados en las lanzas de los salvajes; al Subteniente de la Cruz²² se le aplicó un tiro por la espalda. Me comentó el sirviente español, que cuando no podían hacer rendirse al Subteniente de la Cruz, hicieron llegar hasta el cuartel i acompañada de una mujer a una jovencita a quien el oficial saludaba siempre con cariño para que fuese a rogarle que se rindiese i el oficial la rechazó indignado.

Los últimos dos soldados que escaparon después de la muerte de Cruz Martínez se refugiaron en el atrio de la iglesia i allí se les notó que hablaban. Luego se abrocharon el uniforme, se pusieron el barboquejo i se lanzaron sobre la turba para morir rifle en mano".²³

Estanislao Del Canto

Coronel

Comandante en Jefe de la División del Centro

CARTA DEL DOCTOR JUSTO PASTOR MERINO EN LA QUE NARRA A SU HERMANO JOSÉ LUIS EL TERRIBLE ESPECTÁCULO QUE PRESENTABA LA PLAZA DE LA CONCEPCIÓN DESPUÉS DEL SANGRIENTO COMBATE.

El Coronel del Canto estaba ahora replegando todas sus fuerzas hacia la costa. Empujaba a Cáceres en dirección al sur.

La división chilena sufrió un atraso de veinticuatro horas. De este modo, el Coronel Juan Gastó acometió impunemente a los setenta y siete héroes de La Concepción. Solamente el día diez en la tarde entraron las avanzadas chilenas al pueblo. Ante su vista se ofreció un espectáculo macabro. Tal como se expusiera anteriormente, los frailes del Convento de Ocopa habían hecho posible la evacuación de los habitantes del poblado gracias a una estratagema. El domingo 9 en la mañana se celebró una procesión —con el permiso del Capitán Ignacio Carrera Pinto— guiando a sus fieles hacia el Convento. Era una forma de liberarlos de los efectos de la dura contienda que se avecinaba.

El cuadro lúgubre descubierto por los soldados chilenos a su entrada al poblado de La Concepción, se hace presente con un testimonio valioso descrito por un médico chileno. A las cinco de la tarde del día 10 de Julio el doctor Justo Pastor Merino —Cirujano del Ejército— formaba parte de las tropas de avanza-

22 Debemos destacar que para esta oportunidad el Coronel Estanislao del Canto llama al héroe Luis como Subteniente de la Cruz, esto lo hace involuntariamente, utilizando el apellido de su progenitor don Severo de la Cruz, con quien era un viejo conocido por compartir los mismos intereses en el gusto por la actividad agrícola.

23 BULNES, Gonzalo. *La Guerra del Pacífico*. Publicado por el diario *La Prensa* de Curicó, Domingo 11 de julio de 1982.

da. El doctor Merino era miembro de una antigua familia curicana. Su relato revelador lo efectuó en una carta dirigida a su hermano José Luis que residía en Curicó. Su testimonio posee el valor de un documento histórico del más alto interés.

Muchas son las cosas, hechos y acontecimientos del pasado curicano que aparecen en su exacta dimensión, con caracteres generalmente desconocidos, al hojear las viejas y reseca páginas del diario *La Prensa* de Curicó. De esta forma encontramos publicadas los días 8 y 9 de Julio del año 1905 dos interesantes cartas: una dirigida al diario por don José Luis Merino C., solicitando la publicación de otra carta escrita por su hermano el doctor Justo Pastor Merino C., fechada el 15 de Julio de 1882, cinco días después del Combate de La Concepción, en la que narra a su hermano José Luis, el terrible espectáculo que presentaba la plaza de La Concepción a las pocas horas del término del sangriento y heroico combate. Es de mucho interés señalar que fue el médico curicano a quien le correspondió la dolorosa tarea de extraer los corazones de los cuatro oficiales muertos en el Combate de La Concepción, los cuales se guardan en una cripta de mármol en el interior de la Iglesia Catedral de Santiago. Se acompaña copia fidedigna del contenido de las dos interesantes cartas:²⁴

Curicó, Julio 7 de 1905
Señor Editor de La Prensa
Presente

Mui señor mío:

Siendo el 9 de los corrientes el aniversario del sangriento combate que tuvo lugar en Concepción del Perú –en el que un puñado de nuestros invencibles soldados de guarnición en dicho pueblo, sucumbió heroicamente batiéndose contra fuerzas inmensamente más numerosas– deseo, señor Editor, se sirva dar a la publicidad en su simpático diario a la correspondencia que, días después de dicho combate, me dirigió desde Tarma mi hermano Justo Pastor, cirujano de nuestro Ejército durante toda la guerra del Pacífico.

*Tratándose, señor Editor, de una brillante acción de guerra en que a Curicó le cupo nuevamente la suerte de colmarse de gloria, por figurar con un héroe –Luis Cruz– no dudo que Ud. accederá gustoso a dar cabida en las columnas de *La Prensa*, para conmemorar dicho aniversario, de la correspondencia a la que me refero i que le envió, con lo que empeñará una vez más, estoy seguro, la gratitud de los curicanos i muy especialmente la de su affmo. Amigo.*

José Luis Merino C.

24 En la misma cripta donde se guardan los corazones de los cuatro oficiales héroes de La Concepción, en la Catedral de Santiago, se guarda la carta original, redactada por el doctor Justo Pastor Merino.

Tarma, Julio 15 de 1882

Señor José Luis Merino C.

Curicó

Querido hermano:

El combate de Concepción tuvo lugar en la misma plaza del pueblo, lugar en que estaba situado el cuartel, principiando a las 2 de la tarde del día 9 i continuando hasta las 10 u 11 de la mañana del día 10, hora en que se les agotaron a los nuestros las municiones i sucumbió el último de sus denodados defensores. Se dice que Carrera Pinto sólo se apercibió de la llegada del enemigo cuando ya estaba dentro del pueblo i que inmediatamente situó su escasa gente en las bocas calles de la plaza a fin de impedir el acceso al enemigo; pero siendo estos tan numerosos, cerca de tres mil, tuvo que ceder al número i replegarse al cuartel, defendiéndose desde todas las ventanas i el portal de piedra del edificio contiguo a la iglesia, sosteniendo el cruento combate por tan prolongadas horas hasta sucumbir el último de sus defensores, Luis Cruz, valientísimo oficial, al que dicen más de una vez le gritaron los cholos: ríndase señor oficial i nada le haremos, a lo que él contestó que sucumbiría como sus compañeros, defendiendo el puesto que la Patria le había confiado.

Nosotros entramos a Concepción como a las 5 de la tarde del día 10, a sangre i fuego. Pues a esa hora todavía quedaban en el pueblo algunos montoneros, que pretendieron hacerse fuertes a pesar de nuestra proximidad; pero tuvieron que ceder, i una vez nosotros en el pueblo, lo primero que hicimos fue visitar el cuartel. ¡Qué terrible espectáculo se presentó desde el primer momento a nuestra vista! Gran parte del cuartel había sido abrasado por las llamas i al llegar a su puerta se veían desde los umbrales los cadáveres hacinados. Entré al cuartel de a caballo i al encontrar en los cuartos i en el patio cadáveres i sólo cadáveres ignoro lo que pasó por mi mente. Sólo sé que maquinalmente llevé la mano a la cintura, sacando mi revólver i miré alrededor, esperando quizás en encontrar a algunos de los asesinos.

A poco observar reconozco el cadáver de Julio Montt, oficial del Chacabuco, el que fue atendido por mi mismo de tifus en Huancayo hacía mui pocos días, se había ido a concluir su convalecencia en Concepción. Momentos después encuentro el cadáver de Arturo Pérez Canto, inteligente i digno oficial, i más tarde los cadáveres de Carrera Pinto, jefe de la guarnición i el del bravo Luis Cruz. Reconocí también el cadáver de un niño Pardo, hijo de un sombrerero de Curicó, soldado que también lo tuve yo en Huancayo enfermo de tifus.

Todos los cadáveres, incluso los de los soldados, estaban completamente desnudos i horrorosamente lanceados, teniendo algunos más de cincuenta lanzazos. Mataron hasta las mujeres de los soldados, a las que les cortaron los pechos entre otras barbaridades.

A gran número de los cadáveres, entre ellos a Carrera Pinto, les cortaron rebanadas de carne i se las comieron los mismos salvajes. Se encontraron cadáveres hasta de niños mui pequeños

i en la falda de un cerro había un cadáver de mujer i un niño de pecho llorando al lado de ella.

En el pueblo, a pesar de tener una gran extensión, sólo se encontró uno que otro de sus moradores, entre ellos un cura de apellido Gómez, el que me dio algunos detalles del combate, aunque mui sucintamente. Todos los demás habían huido, i se nos dijo que un buen número de las familias estaban hospedadas en el convento de Ocopa, no a mucha distancia de Concepción.

Siendo mui difícil llevar con nosotros los cadáveres de los cuatro oficiales, les saqué a cada uno de ellos el corazón i los puse a disposición del Comandante del Chacabuco, señor Marcial Pinto Agüero, para remitirlos a Chile.

El día 11 a las 8 de la mañana, después de sepultar los cadáveres i reducir a las llamas los edificios más valiosos de la población, incluso la iglesia contigua al cuartel, nos pusimos en marcha a Jauja, adonde principió a entrar la vanguardia a las cinco de la tarde; pero la retaguardia siguió entrando hasta las 8 de la noche. Al día siguiente en la tarde teníamos al enemigo a la vista, quizás las avanzadas.

Como a una hora de camino desde Concepción nos mataron un soldado del Lautaro de un balazo i le atravesaron el pulmón a otro del mismo cuerpo el que murió al llegar a Jauja.

Me olvidaba decirte también que al entrar a Concepción le dieron un balazo en una mano a un soldado del Chacabuco i le amputé un dedo en Jauja.

El día 12 a las doce de la noche salimos de Jauja en dirección a Tarma. Caminamos toda la noche sin haber cerrado los ojos i con un frío glacial, hasta el día siguiente, 13, que se alojó la división como a dos leguas de Tarma; pero el Estado Mayor, algunos compañeros i yo seguimos avanzando i nos alojamos en Tarma donde nos hemos concentrado. El 14 en la mañana entró también la división.

Aquí no tenemos temor alguno. Hai municiones en abundancia i la tropa con lo que pasó en Concepción ansía la revancha.

Tu carta de 23 de Junio la alcancé a recibir en Huancayo. Saluda a la familia i adiós. Tu afectísimo hermano.

Justo Pastor Merino C.

GRANDIOSA ORACIÓN FÚNEBRE PRONUNCIADA POR EL PRESBITERO CLOVIS MONTERO EL 9 DE JULIO DE 1911, CUANDO SE REALIZÓ EL TRASLADO DE LOS CORAZONES DE LOS HÉROES DE LA CONCEPCIÓN DESDE EL MUSEO HISTÓRICO Y MILITAR HASTA LA CATEDRAL METROPOLITANA.²⁵

“Excmo. Señor:

Ilmo. y Rvdmo. Señor:

Señores:

¡Junto a Dios los inmortales! El que se arrastra por las regiones bajas de la materia, llevando con fatiga en sus hombros la ruda carga de una existencia mediocre, bien está en la tierra; es polvo y vuelve al polvo.

Pero los elegidos desde la eternidad por el Omnipotente para las grandes empresas; aquellos cuyo corazón encendió Él con la llama del heroísmo y cuya diestra tomó para guiarlos por los ásperos y elevados caminos de la gloria; los que tienen fuerzas para sujetar a las naciones, para hacer volver las espaldas a los reyes y para desplazar las puertas de bronce que defienden los imperios, ¡aquí, al lado de Dios de los Ejércitos, de los conquistadores, de los héroes!

La antigüedad les habría tributado honores divinos; mas, atribuyéndoles glorias ajenas, los habría empequeñecido. Nosotros los reconocemos como hombres que se despojaron de las imperfecciones de la materia, y haciéndose superiores a la humanidad, la honraron con triunfo imperecedero, y ahora los traemos a la morada de Jesucristo, el primero de los hombres, el primero de los héroes, el primero de los mártires, el inmortal, el Dios.

¡Ah!, si bien están aquí envueltos en los resplandores de Cristo, hermoeados con la sangre del sacrificio, los que murieron por la Patria, siguiendo las huellas del Redentor Divino. ¡Quién como Él! Apareció sólo para conquistar el Universo, y cuando resonó su voz en los valles de Galilea, los hombres se acercaron temblorosos a besar su mano omnipotente, y cuando el calvario sorbió su sangre, el mundo se detuvo jadeante en su carrera desenfrenada, y las naciones fueron a arrodillarse a los pies del patíbulo, poniéndose al cuello con sus propias manos la cadena de la noble esclavitud.

Semejante a Él, vosotros, guerreros cristianos, tuvisteis ánimo para escalar el Tabor de la gloria y ascender con paso seguro al calvario del sacrificio, y por eso venís aquí, porque el heroísmo ha ceñido vuestras frentes con la inmortalidad y os ha señalado como eterno modelo a las generaciones que pasarán por este suelo querido, mientras Chile sea Chile.

25 Diario *El Mercurio* de Santiago, 11 de julio de 1911. Archivo Nacional, Fondo Varios Vol. 989 p. 135.

¡Adelante, héroes invictos! Entrad al lugar del descanso perpetuo, vosotros que jamás descansasteis en vuestra corta vida; cubiertos con cenizas sagradas, yacen vuestros despojos sangrientos, lejos de la patria, allá en el poblado de La Concepción, donde os concibió la gloria; pero en vuestro corazón os poseemos enteros, porque érais en verdad todo corazón.

¡Adelante! Venid a recibir el premio de vuestros esfuerzos, Ignacio Carrera, Julio Montt, Arturo Pérez, Luis Cruz; Chile os acompaña y la enseña que jamás dejasteis de seguir por los caminos del honor, el estandarte del Chacabuco, desgarrado por las balas, salpicado con sangre generosa, desteñido por los soles de mil tremendas jornadas, os precede en vuestra última ascensión.

¡Oh Señor Dios de los Ejércitos! Voy a hablar de mi Patria, representada en sus más nobles hijos, y vacilo; es lo primero en mis amores, es mi sangre, es mi alma, es mi vida. Si me faltan las palabras, si los labios no me obedecen, la presión del entusiasmo hará estallar mi pecho de patriota. Señor, tú purificaste con un carbón encendido los labios del profeta, purifica hoy los míos y enciéndelos con el fuego de la elocuencia, aunque después olvide el habla y enmudezca para siempre la voz en mi garganta”.

“Señores:

En Chile había paz; pero un día sonó en las alturas el grito de guerra y de repente cambió todo: fue como cuando en verano se nubla el cielo de improviso; y antes que los hombres puedan presentirlo, se desgarró el rayo del seno de la tormenta. El honor y la integridad de la Patria estaban en peligro.

Entonces un trueno salvaje de espantoso fragor retumbó de un extremo a otro de Chile, y el grito de guerra adquiriendo nuevo vigor con la distancia, fue a repercutir en los rincones más apartados, descendió a los valles más profundos, penetró en las cavernas, despertó los ecos envejecidos, trepó a las más altas montañas y fundió la nieve de los picachos donde anida el cóndor. En las selvas araucanas, un viento cálido arrancó extraños sonidos de los árboles seculares, y revivió la época de Caupolicán y Lautaro; en los lagos del Sur, hirvió la sangre de las leyendas antiguas; y en los campos de Maipú, durante la noche, las osamentas de los héroes despidieron resplandores siniestros. Y de la oscuridad de las minas subieron a las superficies de la tierra, abandonando sus tesoros, los hombres de brazos de hierro, para acudir al llamamiento de la patria; lo oyeron los labradores y quitaron el yugo a los bueyes arrumbando sus arados, sacudieron el polvo de sus ropas para cargar el fusil; de las chozas salieron los indígenas, de los palacios los ricos, de la inacción los perezosos, las madres vistieron a sus hijos con los vestidos de fiesta, los besaron en la frente y señalándoles el camino del deber, les dijeron con voz humedecida en llanto: “Venced o morid”, y los viejos héroes de corazón joven, se levantaron con paso vacilante á descolgar el sable enmohecido con la sangre de la batalla de Chacabuco, para entregarlo a sus hijos, y vieron tomar una forma real en los confines de la Patria a los sueños de gloria con que había florecido en el invierno de su vejez.

¡Ah, Señores! Chile es un país de rocas duras y frías, pero se estremece violentamente cuando en su seno hierve la lava de los volcanes. El chileno es también duro y frío como la piedra de sus montañas, pero lleva dentro del pecho un volcán, el volcán del patriotismo y, ¡Ay del enemigo cuando ese volcán entra en erupción!

Las oficinas de enganchamiento se ven asediadas por una turba siempre creciente de hombres que pertenecen a todas las condiciones sociales y a todas las edades de la vida; hasta los adolescentes, sedientos de gloria, huyen de sus casas y piden un puesto en las filas. Ya la oficialidad está completa y se cierran las puertas a los nuevos pretendientes. Pero un joven, hijo de los antiguos próceres, no puede resignarse a quedar en un descanso forzado, mientras tantos otros van al peligro; se cubre con el humilde traje de los hijos del pueblo, adopta su manera de hablar y va a sentar plaza de soldado. Tal vez se duda de su origen y le hacen escribir. Él quiere llevar hasta el fin la mentira sublime y procura fingir la letra. Todo es inútil: los jefes conocieron a Ignacio Carrera Pinto y lo rechazan. “Un Carrera –le dicen– no puede ser soldado raso”. ¡Oh injusta bondad! ¿Por qué le rechazáis? ¿Pues qué? Es más que un Carrera, es un chileno; y al chileno, con tal de ser héroe, lo mismo le da ceñirse la espada del oficial que terciarse el fusil del soldado.

Más ¿quién puede doblegar una voluntad firme y tenaz? Ignacio Carrera Pinto llega a las filas y con él llegan también Julio Montt Salamanca y Arturo Pérez Canto. Un adolescente de 14 años, Luis Cruz Martínez, sigue sus pasos con la alegría del que se prepara a asistir a una fiesta. ¡Qué pretendes, niño insensato! Tienes necesidad de las caricias de tu madre, y desafías las inclemencias de la guerra. Tus miembros son débiles, tu corazón es tímido, las fatigas te postrarán y el ronquido de los cañones te llenará de espanto. ¡Pero no! Ese niño es de la raza de los pumas que rugen en las cordilleras de Curicó, tiene la insensatez de los héroes; en un tiempo más le veréis en el poblado de La Concepción.

Ha comenzado la era fabulosa. Los chilenos, más veloces que las águilas, más fuertes que los leones, se ponen en marcha hacia el Norte; unidos como si fueran un solo hombre, buscando impacientes al enemigo para probarle que deben recordar las hazañas que hicieron los antepasados cuando fue su hora y que nuevamente están dispuestos a adquirir una gloria y un nombre inmortal.

Se pelea por mar y por tierra. En Iquique la Independencia reniega de su nombre arriando la bandera, y la Esmeralda se hunde bajo el peso de la gloria, al mismo tiempo que Prat va a colgar la estrella de Chile en el firmamento de la inmortalidad. En Angamos, nuestros marinos encadenan al coloso de la armada peruana y se llevan a besar humildemente los pies de la Reina del Pacífico.

Pisagua y Dolores les dan el dominio de Tarapacá; Tacna les recibe como se debe recibir a los héroes: con el fuego de todos los cañones y con el obstáculo de las trincheras; pero los nuestros, aunque desechos por las fatigas de la marcha, desalojan a los enemigos del último reducto, se toman a Tac-

na y sin pérdida de tiempo van a elevar en el Morro de Arica la bandera tricolor. Así como en los moribundos, la vida que es rechazada de todos los miembros del cuerpo se reconcentra en el corazón haciendo esfuerzos desesperados para no dejarse vencer en esta postrera lucha, que es la más importante para todos por ser la decisiva; así también nuestros contrarios llevaron a Lima, corazón del Perú, los restos de su Ejército, le unieron todo el nervio de guerra que aún había en las provincias y aseguraron el territorio con doble línea de fortificaciones. A pesar de todo, el bizarro Ejército chileno siguió avanzando impávido, sin que le detuvieran las inmejorables posiciones de los contrarios, ni las trincheras, ni las minas ni el fuego terrible de las artillería, que diezmaba sus filas; finalmente venció al enemigo en Chorrillos, le deshizo en Miraflores, y el 17 de Enero de 1881 los heraldos anunciaron al Perú desde las más altas torres de Lima que la ciudad de los Virreyes estaba bajo las garras del Cóndor.

¡Salve, luchadores invictos! Habéis grabado en la historia el nombre de Chile con caracteres que ni el tiempo, ni las más grandes hazañas nunca podrán borrar de nuestra historia. ¡Salve, gloria a la Patria! Habéis dado tanto lustre a la bandera tricolor, la habéis adornado con tantos trofeos, que las nuevas generaciones, antes de empuñarla habrán de comprometerse á llevarla a la victoria o morir estrechándola fuertemente con sus brazos sobre su corazón. ¡Oh Iquique! ¡Portento sobrehumano de inenarrable heroísmo! ¿Cuál de los paladines que engendra la fábula pudo anunciarte? ¿Qué nombre del mundo antiguo o del mundo moderno será capaz de igualarte, por más puro, por más noble que sea? ¡Oh, sí; yo veo aparecer a tu hermana gemela; se llama Concepción! De hoy en adelante no quedarás sola en la historia.

La llama de la emulación afiebra al Ejército, que no puede resignarse a ser menos que la Armada. No; cuando se trata de servir a la Patria, no cederá la palma a nadie. Rápido y destructor como un ciclón, ha subido del sur el Chacabuco, formado por Domingo Toro Herrera, a quien el patriotismo, por un milagro inexplicable, ha hecho en un instante viejo militar, táctico profundo y héroe invencible. Su cuerpo lo componen gallardos jóvenes que con la sonrisa en los labios han cambiado las comodidades del hogar por las fatigas de la guerra.

A él le ha discernido el honor supremo el gran Dios de las batallas: setenta y siete de sus hombres—y para qué más, si ellos solos pueden dar bastante gloria a Chile?—setenta y siete, digo, van a cubrir la guarnición allá lejos, muy lejos, en las alturas de la sierra, en el poblado de La Concepción.

Ellos son la cuarta Compañía del batallón intrépido que recorre las montañas persiguiendo al enemigo. Los tres mil habitantes del poblado de La Concepción soportan la humillación de su presencia; mas esperan el momento oportuno para vengarse. Y esa ocasión largamente deseada llega al fin. En el día como hoy, un 9 de Julio de 1882, a las 2 de la tarde, las alturas de los cerros que dominan a la ciudad comenzaron a llenarse rápidamente de enemigos, cuyas intenciones no podían ser dudosas. Algunos momentos después comenzó el fuego de fusilería.

Los chilenos se replegaron entonces a su cuartel para esperar reunidos a las fuerzas contrarias. La desproporción era evidente: un puñado de valientes, algunos de ellos enfermos, contra millares de hombres, uno contra cientos; los compañeros estaban lejos y no había un caballo para mandar un aviso; las municiones eran escasas; el poblado estaba contra ellos; no quedaba, pues, ni la más remota esperanza de éxito.

¿Qué hacer? Los enemigos que ya entraban a la ciudad disparando sus armas, no creyeron ni por un instante que se les haría resistencia, les parecía absurdo que en aquellas circunstancias fuera posible vacilar. Y vacilación no hubo, señores. Aquellos cuatro jefes: Carrera, Montt, Pérez y Cruz, aquellos setenta y tres soldados conocían la eterna consigna del Ejército chileno; antes de ir al cuartel la habían oído de boca de sus madres; durante la campaña la habían visto cumplir siempre, y si no la hubieran conocido, la habrían inventado ellos en aquel instante, porque eran chilenos y el chileno no se rinde jamás: sólo vence o muere.

Poco tiempo antes, Carrera, gloriosamente herido en Chorrillos, había venido a Chile; y cuando llegó la hora de la despedida, el más pequeño de sus sobrinos le dijo con la serenidad de un hombre: 'Tío, no se rinda nunca; mejor es que lo maten'. ¡En aquel niño inexperto hablaba el espíritu de la Patria!

Dispuestos a vender caras sus vidas, se dividen en cuatro grupos para defender las cuatro entradas de la plaza y reciben al enemigo con una descarga cerrada. Durante una larga hora se mantienen temerariamente en sus puestos sin retroceder un solo paso, sin perder un solo cartucho, haciendo claros enormes en la masa de los asaltantes. Si aquellos héroes tuvieran suficientes municiones, serían capaces de vencer; pero ya les van escaseando, y aprovechan un momento de indecisión y pánico en los peruanos para replegarse al cuartel en perfecto orden y conduciendo a sus heridos. En el poblado se interpreta mal este movimiento, se cree que la retirada de los chilenos es la derrota y a medida que los atacantes ven disminuir el peligro sienten aumentar su valor; unos suben a las azoteas o aparecen en los balcones de las casas y otros llenan la plaza y se acercan al cuartel; pero luego cae un centenar de asaltantes y los demás huyen a parapetarse donde la muerte no esté tan cercana. A la cabeza de veinte soldados, Carrera sale a perseguirlos, una bala le inmoviliza el brazo izquierdo, ¿qué importa? Con un brazo también se puede manejar la espada.

Pero ha llegado la noche, amiga de los cobardes. ¡Noche horrible y tenebrosa, que la maldición de Dios caiga sobre ti! A favor de las tinieblas, los enemigos se acercan al cuartel, bañan con parafina su techo de paja y lo incendian; el fuego se propaga rápidamente y va a cebarse en los heridos que mueren en medio de atroces tormentos; los demás salen, lanzan un ¡viva Chile! Y en honor a la Patria hacen la última salva con los últimos cartuchos, dejando en el suelo un montón de cadáveres enemigos. Mas ¡ay! También Carrera ha muerto con el pecho atravesado por una bala. "Rendíos, es les grita, rendíos; os dejaremos libres". Es verdad, rendíos, ¿Qué más queréis hacer? Ya sois héroes,

¡Pretendéis acaso ser locos! Estáis reducidos á menos de la mitad, ¿puede el honor de la bandera exigiros que sigáis combatiendo?

¡Ah, no! Sería un sacrificio inútil, que la Patria no necesita, porque tiene ya demasiadas glorias, y, ¿cómo seguir si ni siquiera armas tenéis?...

Sin embargo, ellos siguen, porque les queda la bayoneta, que en sus manos es un arma terrible, y porque, recordando lo que hicieron los padres de la patria cuando fue su hora, quieren adquirir una gloria eterna y un nombre inmortal. Todos matan, hasta en el momento mismo en que mueren; al amanecer cae Montt, se levanta penosamente, deja fuera de combate á algunos enemigos más y cierra sus ojos para siempre: ¡tenía 18 años y ha emulado las glorias de 60 siglos! A las ocho de la mañana cae Pérez traspasado por veinte lanzas; a las diez sólo queda Cruz y cuatro soldados. Se lanzan como fieras al último asalto y uno tras otro expiran acribillados de heridas.

Después de veinte horas de combate todos han muerto y luego el joven sublime yace en el suelo moribundo. "Ríndase, oficial", le dicen mil veces; desean tener un prisionero, sólo uno, aunque sea aspirante; pero el joven encuentra nueva vida en la indignación y aunque no tiene fuerza para levantarse, las tiene para dar el último golpe y muere al mismo tiempo que el peruano que más se le ha acercado.

Aprended, oh jóvenes, las enseñanzas de las generaciones pasadas, contagiaos con el heroísmo de estos corazones con el fuego de su amor, y, si mañana la Patria os llama a defenderla, no vaciléis un instante y dejadlo todo, familia, riquezas, comodidades, para tomar un fusil y con él lanzaros por el camino que han seguido nuestros guerreros. Sabed que hasta hoy no ha habido un solo chileno que no haya amado a su Patria. ¡No, ni puede haberlo! Y si encontráis en nuestra tierra a alguno que se dice enemigo de Chile, o asegura que no lo ama, preguntale dónde ha nacido, y si es chileno, no creáis en sus palabras, porque o miente o no sabe lo que dice.

¡Oh Señor, que amas a Chile y le has dado héroes y glorias, sigue derramando sobre este país tus bendiciones con mano pródiga y no permitas que olvidemos los ejemplos de virtud y heroísmo que nos entregaron los oficiales y tropas en el Combate de La Concepción, ni que se entibie en nuestros pechos el amor a la Patria y a la Religión de nuestros padres! Pero, si en tus inescrutables juicios está decretado que un día recibamos el castigo merecido por nuestras faltas, te pedimos, como Rey David, que de acuerdo a tu amante corazón, sea tu mano la que nos hiera y no la de los hombres. No dejes que el enemigo profane nuestro suelo, ni que nuestra bandera sea manchada con el polvo de la derrota; aparta de nosotros tan penosa humillación: nos has dado cordilleras que imitan tu grandeza, caigan ellas sobre nosotros y sepúltennos con sus rocas; nos has dado un océano, que pregona tu omnipotencia, rompe sus cadenas para que sus inmensas ondas nos envuelvan y nos borren de la superficie de la tierra. Besaremos entonces con reconocimiento tu mano justiciera,

porque en el mismo castigo ha resplandecido la misericordia y cantaremos tus glorias por los siglos de los siglos. Amén”.

Mientras hablaba el Presbítero Clovis Montero y enaltecía la heroica epopeya de la Concepción, el General de División Estanislao del Canto y el Coronel Domingo Toro Herrera derramaban abundantes lágrimas, emocionados por el recuerdo de tiempos pasados y por la imponente manifestación que presenciaban.

Después de colocar la urna de los corazones en el monumento destinado a los héroes terminó la ceremonia. Habían pasado 29 años desde el día en que cayeron los 77 de la fama.

UN MARAVILLOSO DESCUBRIMIENTO HISTÓRICO EN EL LICEO DE HOMBRES DE CURICÓ RELACIONADO CON EL PERÍODO ESCOLAR DE LUIS CRUZ MARTÍNEZ.

Existe un suceso de mucha importancia que se encuentra en unos apuntes inéditos escritos por Inés Adelaida Martínez Alarcón, prima de Luis. Se trata de un acontecimiento de gran trascendencia, relacionado con la fecha de matrícula del héroe en el Liceo de Hombres de Curicó. El documento biográfico tiene por título: *El héroe y su madre*, el cual me fue facilitado gentilmente por el personal de la biblioteca del Museo Histórico y Militar de Chile. En su interesante contenido es posible leer la siguiente historia:

“El ingreso de Luis al primer año de humanidades se efectuó exactamente con fecha 8 de julio de 1878. Sin embargo el año anterior, esto es, en 1877, tía Martina ya había estado en el mismo liceo los últimos días de diciembre de ese mismo año con la intención de matricular a su hijo (nieta), pero en esa oportunidad Luis fue rechazado por faltarle aproximadamente seis meses para cumplir los doce años de edad que exigía el establecimiento educacional. Por lo tanto, recién el día ocho 8 de julio de 1878, Luis es aceptado y matriculado en el liceo que actualmente lleva el nombre del héroe. Ese mismo día, Martina Martínez declaró ante el Rector don Uldarico Manterola no ser la madre del muchacho que llevaba a matricular, firmando los documentos sólo como apoderada de Luis Cruz. El rector respetó sin inconvenientes la palabra de ella. *“Cruz, don Luis, hijo de padres no conocidos. Se incorpora al primer año de estudios. Es natural del Depto. de Talca y vive en la calle Membrillar N° 236²⁶ –su apoderada que suscribe– es Martina Martínez de Franco”.* Al año siguiente, en 1879, cuando el alumno ingresa al segundo año de humanidades se produce un cambio de nombre, ahora Luis aparece con el segundo apellido de la madre (abuela), esto es, Luis Cruz Martínez.

Se debe comentar que en el momento mismo que Martina confiesa al rector que ella no es la madre de Luis (en realidad era su legítima abuela), una buena parte de esa conversación privada no escapó a los

26 La calle Membrillar N° 236 se encuentra en la ciudad de Curicó, y corresponde a la dirección de la casa perteneciente a la madrina de Luis, señora Cruz Pérez, lugar que frecuentaba la señora Martina con su hijo cuando viajaban desde Molina.

finos oídos del muchacho que en ese momento se encontraba a muy corta distancia de la oficina del rector. Aquellos instantes fueron los más duros para Luis, fuera de todas las dudas que tenía anteriormente con respecto a la identidad de su padre, se agregaba ahora que esta señora, a quien quería tanto, tampoco era su madre biológica. En ese mismo instante corrió a comunicarle esta situación al 'Maca', así llamaba a su tío Macario Martínez Saavedra, en el cual encontró siempre un importante apoyo familiar, el que junto a la gran fuerza de voluntad que poseía Luis, le ayudaron a superar todo este terrible conflicto con la hombría que era preciso mantener en situaciones tan difíciles. En forma muy inteligente fue comprendiendo la dolorosa posición de su madre (abuela); sin embargo, todo este conflicto incentivó a Luis a tratarla con el mismo cariño de siempre, jamás mencionó a ella nada de lo que escuchó el día de su ingreso al liceo".

Por último, el 5 de marzo de 1880, Luis es matriculado en el tercer año de humanidades, curso en el que permaneció muy poco tiempo debido a que el 5 de abril de ese mismo año se enroló con mucho entusiasmo en el Batallón Curicó. Durante el mes que asistió a clases vivió en la casa del rector del liceo, el que además tomó la responsabilidad de ser su apoderado. Es importante destacar que el hijo del rector era muy amigo y además compañero de curso de Luis. Debo agregar que la relación de mucho afecto que había entre Luis y el rector del liceo, es el resultado de los vínculos de amistad que existían entre algunas familias tradicionales de Santiago como en Curicó, por ello se creó una correspondencia entre el dueño de la hacienda Los Cristales don Severo de la Cruz Vergara y don Uldarico Manterola. Como consecuencia de esta situación, es muy posible que el tema relacionado con la educación y el bienestar del joven fuera tratado en forma confidencial entre ambos. El padre de Luis se interesó para que su hijo recibiera una educación del más alto nivel, y de esta forma hacer de Luis un ciudadano y líder honorable.

La gran amistad que existía entre el rector del Liceo de Hombres de Curicó, don Uldarico Manterola y el alumno Luis, queda plenamente demostrada con la existencia de un importante documento, el cual corresponde a una afectuosa carta que Luis enviara al rector el 27 de febrero de 1881, desde Lima, capital del Perú, la que en aquella época estaba dominada bajo las Garras del Cóndor. Se acompaña copia de la carta al final de este artículo.²⁷

¿CUÁL SERÍA LA FECHA REAL MÁS CERCANA DEL NACIMIENTO DEL HÉROE LUIS CRUZ MARTÍNEZ?

La fecha de incorporación correspondiente a la matrícula de Luis existente en el Liceo de Hombres Luis Cruz Martínez de Curicó es de la más alta importancia, debido a que con fecha 8 de julio de 1878 Luis recién había cumplido once años, once meses y un día de vida, edad muy cercana a la que exigía el establecimiento educacional para el ingreso del nuevo alumno al primer año de humanidades. Esta edad se calculó tomando como fecha de nacimiento el documento oficial o Partida de Bautismo del pequeño niño,

27 Carta que Luis enviara desde Lima al rector del Liceo de Hombres de Curicó, don Uldarico Manterola. El documento original se encuentra en el Museo Histórico y Militar (MHM).

correspondiente al 7 de agosto de 1866. De todas maneras este acontecimiento de ninguna forma confirma que el héroe hubiere nacido los primeros días de agosto de 1866, debido que al momento de ser bautizado tenía un mes y dos días de vida, y no dos días, como dice la Partida de Bautismo. En estas condiciones, no es aventurado hablar del 5 de julio de 1866 como la fecha real más cercana del nacimiento de Luis.

Con todos los antecedentes que se tienen, incluyendo los documentos que se han encontrado, considerando además como fecha real del nacimiento de Luis el 5 de julio de 1866, y conociendo al mismo tiempo que su holocausto en La Concepción se produjo el 10 de julio de 1882, esto hace posible establecer que la edad del héroe el día de su muerte era de dieciséis años y cinco días, y no dieciocho años, como lo afirman algunos historiadores que han incursionado en la corta vida del héroe.

Para comprobar en forma fehaciente la fecha de matrícula de Luis al primer año como también las correspondientes al segundo y tercer año de humanidades, viajé a la ciudad de Curicó el día 4 de julio de 2008, en seguida me encaminé al Liceo de Hombres Luis Cruz Martínez y solicité la ayuda de su director, señor René Muñoz Peña, el que con gran entusiasmo e interés logró desenterrar de las oscuras bodegas del liceo los centenarios libros de registros con las fechas de las matrículas que además incluían las calificaciones obtenidas por el alumno Luis Cruz Martínez en ese establecimiento educacional. El rendimiento escolar de Luis en el primer y segundo año de humanidades fue sobresaliente, sus notas en todas las asignaturas alcanzaban el máximo de votos de distinción. Además en las anotaciones incluidas en el libro de registros del segundo año de humanidades, se podía leer que Luis había adelantado algunos créditos de asignaturas académicas correspondientes al tercer año de humanidades. Esto mostraría que Luis Cruz Martínez fue un alumno brillante durante los dos años y algo más que permaneció en el Liceo de Hombres de Curicó.

Concluida mi visita al Liceo de Hombres de Curicó, inmediatamente me trasladé a la parroquia de Molina, en ese lugar obtuve las Partidas de Bautismo de Clodomira de la Merced y la de su hijo Luis. Además logré encontrar el Certificado de Matrimonio de Martina Martínez Urzúa, casada con Gabriel Franco Villar, padres de Clodomira de la Merced. En la misma parroquia, me fue posible ubicar la Partida de Bautismo de la madrina de Luis, la señora Cruz Pérez, el documento tendría la finalidad de certificar que el sacerdote de Molina cambió el apellido Pérez por Jerez en la Partida de Bautismo de Luis. Esta situación es irregular si se toma en cuenta que el sacerdote Gálvez estaba emparentado con la madrina de Luis.

Para dar término a este artículo, debo relatar un suceso que tuvo una gran significación en todas las personas que estábamos en la oficina del director del liceo. En el momento que una de las secretarías abrió uno de los libros de registros de alumnos que se encontraba sobre la mesa, dejando al descubierto la página en la cual se podía leer la anotación de incorporación del joven Luis al primer año de humanidades, en ese mismo instante me embargó una inmensa alegría, y debido a un repentino ademán instintivo el que al mismo tiempo mostraba una indescriptible emoción en mi persona, me incliné respetuosamente y besé el nombre de Luis, ese joven que cuatro años más tarde sería un oficial del glorioso Ejército de Chile y uno

TODA LA VERDAD ACERCA DE LUIS CRUZ MARTÍNEZ, UNO DE LOS HÉROES DEL...

de los más grandes héroes que combatieron en la Guerra del Pacífico. Que Dios guarde eternamente el alma de este grandioso militar.

Lima, Febrero 27 de 1881.

Señor

Uldarico Manterola:

Mi apreciado i querido rector:

Después de saludarlo i desearle la más completa felicidad paso a tratar un importante asunto en esta carta.

El objetivo de la comunicación mi querido rector, es para darle prueba de que no soy ingrato i que no he olvidado todo lo que Ud. ha hecho por mí. Sí, mi apreciado rector, me acuerdo muy bien de todos los favores que he recibido de Ud. como asimismo de los castigos que con justa razón me aplicaba, i yo ahora veo mui bien que eran mui justos. Ud. comprenderá mi querido rector de que ahora estoy más hombre que antes, sí señor, ahora no soy el chiquillo travieso de antes, ahora soy hombre, porque en la milicia se aprende a ser hombre i yo como soy sargento i por lo tanto tengo que mandar, debo hacerme respetar, por esto tengo que aprender a ser un soldado.

Mi apreciado rector, después de haber peleado en la quebrada del Manzano, Portezuelo i las grandes Batallas de Chorrillos i Miraflores, me encuentro en Lima; al fin se han cumplido mis deseos, ahora debo volver a mi patria.

Le voy a dar algunos detalles de los grandes Combates de Chorrillos i Miraflores.

El día 12 de Enero a las 5 p.m. emprendió la marcha el Ejército en dirección a Chorrillos i Miraflores.

La primera división abrió el fuego a las 4 a.m. por el lado de Villa Chorrillos. La segunda división lo hizo a las 6 a.m. por el lado de San Juan. Los enemigos tenían triple línea de trincheras.

Ha habido que sacarlos de reducto en reducto, de fuerte en fuerte, de trinchera en trinchera. Los hacíamos salir de una trinchera i se metían en otra, en fin, era una continuación de combates i cuál de todos más reñidos. El combate ha sido mui largo, principió a las 6 a.m. y concluyó a las 2 p.m.

El Curicó se portó muy bien i ha tenido mucha suerte, han salido heridos el Comandante Cortéz, 2 subtenientes i como 20 soldados; muertos como 90 soldados, mui pocos.

El día 15 en la mañana se firmó un armisticio que debía concluir a las 12 p.m. del mismo. Nuestras tropas se encontraban como a tres cuadras de las líneas enemigas i estaban descansando, se habían

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

quitado las fortituras i hasta las cananas cuando los cholos rompen simultáneamente los fuegos i se empeña el combate que concluyó a las 6 p.m. con feliz éxito. El día 17 Lima era ocupada por una división de 6.000 hombres.

Pocos días después todo el Ejército chileno entraba a Lima.

La orgullosa capital del Perú, la ciudad de los virreyes se había desplomado, vencida imploraba el perdón del vencedor. El Perú estaba derrotado, la guerra tocaba a su fin.

Hasta este momento no se ha nombrado Gobierno; pero se dice que en pocos días más se designará uno i se firmará la paz. Dentro de algunos quince días volveremos a Chile, a nuestra amada patria. Mis pensamientos son de entrar al Liceo i continuar mis estudios; para conseguir esto solicito de Ud. la misma ayuda que antes i yo le prometo señor, hacerme merecedor de esta protección, estudiando con más ahínco i más laboriosidad.

Esperando de Ud. este servicio, que mediante su buen corazón creo poder conseguirlo, se despide su más eterno agradecido.

Luis Cruz Martínez

Espero Ud. me conteste, es favor.

